

 Seix Barral

**Jeroen Olyslaegers**

Voluntad



# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

UNA REPENTINA NEVADA

CADERA ROTA, HOMBRE ROTO

TANTEANDO A TRAVÉS DEL POLVO, JADEANDO EN EL AIRE

HELADO DEL INVIERNO

NOTAS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Durante la Segunda Guerra Mundial, y tras la ocupación alemana, Amberes se ve asediado por la violencia y la desconfianza. Wilfried Wils se siente poeta, pero se gana la vida como policía. Es ahí, en esa vida y época divididas entre la belleza (la de Yvette, la mujer enamorada de él; y la de Lode, un joven compañero de trabajo temerario que arriesga la vida para ayudar a los judíos) y el horror (su mentor artístico, Barbita Feroz, a quien le gustaría ver a todos los judíos aniquilados), donde Wilfried deberá escoger cuál es su bando y, por ende, su destino.



Seix Barral Biblioteca Formentor

**Jeroen Olyslaegers**

Voluntad

Traducción del neerlandés por  
Marta Arguilé Bernal

*Para la ninfa y para mi hijo Quinten*

**UNA REPENTINA  
NEVADA**



Una repentina nevada. Me hace pensar en la guerra. No por el frío u otra molestia, sino por el silencio que fugazmente tiene a la ciudad entre sus garras. Ahora cae a raudales del cielo. Es de noche. Oigo los ruidos cuajar en una nada sorda. Y entonces alguien como yo debe echarse a la calle, muchacho, sea viejo o no. Sé que todos piensan: ahora se caerá y se romperá la cadera. Pronto estará con las patas en alto en una cama del hospital de Sint-Vincentius y luego todo habrá terminado para él, abatido definitivamente por una bacteria de las que proliferan en los hospitales. Es curioso cómo la gente mayor se contagia del miedo ajeno. Por ese miedo dejan que los encierren en asilos, dejan que los alimenten con estupideces y gachas frías, se conforman con una noche de bingo de mierda y una marroquí que les limpie el culo con un trozo de papel de váter. Cada cual es muy libre de conservar su miedo. Yo jamás he sentido miedo, no de verdad, y a este mico viejo ya no se le pueden enseñar trucos nuevos. Fuera la nieve cruje bajo mis botas. No, no son unos zapatos de postín, sino mis anticuadas botas de cordones que he conservado con esmero durante años, que he hecho remendar docenas de veces y que he engrasado casi cada semana; unas botas que ahora me permiten retroceder en el tiempo. Sigue nevando. Una vez vi la imagen ampliada de un copo en un periódico de la sala de lectura de la biblioteca. Esos copos son piezas únicas, bellos mundos contruidos geoméricamente que ahora caen sin más sobre mi abrigo y mi sombrero. No, no voy a dedicarles ningún poema, nadie los lee ya y mi fuente está seca. La nieve transforma la ciudad, y no sólo la conmina al silencio sino quizá también a la reflexión, al recuerdo; al menos eso es lo

que me sucede a mí. Cuando nieva, veo mejor. Cuando nieva en la ciudad, sabes lo que quiere decirte de verdad, lo que ha perdido, lo que olvidará. Renuncia a la ilusión del tiempo pasado.

Ante mí se halla el Stadspark destellando blancura. Espero y cierro los ojos por un instante. La luz amarilla de la calle se vuelve azul, tan azul como el cristal pintado de las antiguas lámparas de gas. Imagínate una ciudad sin apenas alumbrado, sólo un débil resplandor azul en la calle, por miedo a que caiga fuego del cielo. Si alguno de nosotros tenía la suerte de contar con una linterna de mano para la ronda nocturna, consideraba la luz como un privilegio que no era de la incumbencia de ningún alemán, con guerra o sin ella. A fin de cuentas, todo era ya bastante oscuro. Recuerdo que ese descontrol enfurecía a los alemanes. Tuvieron que amenazar con multas ridículas y hasta con la pena de muerte antes de que los ciudadanos fuesen más cuidadosos con su luz. He visto a Feldgendarmes montar en cólera cuando nos pillaban usando las linternas sin tapar. ¡Sabotaje! Y que si esto, que si lo otro. En la comisaría, nuestro inspector nos miraba: «¡Venga, chicos! ¡Tomáoslo en serio!». Nada de reprimendas, debíamos tomárnoslo en serio y se acabó. Bueno, nos habíamos quedado en el Stadspark, bañado por una débil luz azulada. Pero yo giro a la derecha. Entro despacito en la Quellinstraat. Tu bisabuelo ya no se fija en los escaparates. Contemplo la ciudad tal y como es de verdad: una mujer desnuda con una estola de piel blanca sobre los hombros, una de esas a las que un cirujano tras otro no puede quitarle las zarpas de encima; que si un pecho nuevo, que si otra cara. Magníficos edificios han sido derribados aquí, bloques de oficinas han ocupado su lugar. ¿Sabías que antes había un gran hotel en la esquina de la Keyserlei, cerca de la ópera? Fue construido por un alemán antes de la guerra del 14. ¿Aprendiste algo en el colegio sobre Peter Benoit? Probablemente no y, en mi opinión, ni falta que hace. Antes nos enseñaban nombres y fechas, cosa que ahora se considera un error. Pero nadie, ni antes ni ahora, te suelta el bofetón que la historia es en realidad. Lo más jodido es que no se acaba nunca, no de veras. Sigue y sigue. Peter Benoit se ha convertido en el nombre de una calle. Cuando yo estaba en la escuela, casi teníamos que postrarnos ante él. «Enseñó a cantar a nuestro pueblo.» Un auténtico héroe, vaya.

Delante de la ópera había una estatua de ese compositor, tan venerado en otros tiempos, rodeada por lo que la gente de entonces llamaba *la piscina de Camille* en honor a un alcalde del que seguramente no habrás oído hablar jamás y al que, si te soy sincero, yo sólo recuerdo vagamente. Así pues, el laureado artista, el hombre que dio lecciones de canto a su pueblo y que se alzaba ahí, inmortalizado en bronce, miraba por encima de un estanque adonde iban a mear los borrachos. La estatua fue trasladada, la llamada piscina fue desmantelada, y en cuanto al gran hotel que frecuentaban los elegantes oficiales alemanes para tomar un aperitivo con sus amigas durante la Segunda Guerra Mundial, ahora hay en su lugar un monstruo de hormigón que descuella sobre nada en particular. «¿Así, todo era mejor antes, yayo?», me parece oírte pensar. Y, por cierto, si tú y yo pudiéramos vernos, si la familia que un día formé y que ahora no quiere saber nada de mí nos lo permitiera, estoy seguro de que me llamarías «abuelo». La palabra *yayo* se está perdiendo. Pero te aseguro que antes no era mejor, sólo igual de malo. La imaginación lo es todo. En el principio no existía el Verbo y, desde luego, no estaba con Dios. En el principio existía la imagen de la oscuridad, no lo olvidas. Me detengo un momento en mitad de la calle. Dos grandes banderas negras cuelgan de un edificio que ya no está. En cada una de ellas hay dos runas que parecen rayos. Estoy ante el cuartel general de las SS en Flandes. Aquellos uniformes... Los polis nos volvíamos locos. A uno de mis colegas le cayó una bronca por no saludar a un mamarracho vestido de negro que ni siquiera era alemán, aunque estaba claro que habría preferido ver la luz por primera vez en, digamos, BimBamBaviera. Fantoques. Con tantos uniformes distintos no había forma de saber cuándo había que saludar y cuándo no. Te juro que a menudo tenía que morderme la lengua. Algunos de aquellos fanfarrones no tenían ni pizca de respeto, con tipos así daba lo mismo ir en pelotas. Al final de la calle tuerzo a la derecha. Deben de ser las cuatro de la madrugada. Sigue habiendo un silencio absoluto, sigue cayendo la nieve y no se ve ni un alma. Bueno, salvo por un drogadicto que me pide un euro. «Vete a tomar por culo», le digo. «Oye, viejo», farfulla. Miro de hito en hito sus ojos enrojecidos y le digo que ya estoy devorando su alma como un cancerbero infestado de lombrices, y que se largue de mi vista antes de que

me apodere por completo de él. Tu patriarca se merienda a esa clase de gente, ¿lo sabías? ¿No me crees? Ya lo harás. Y quizá será una pena. Echo un vistazo. A mi derecha, al final de la Keyserlei, está la estación central, la catedral ferroviaria conocida como Middenstatie, aunque ya nadie la llame así. A mi izquierda, en la esquina de la Keyserlei con la Frankrijklei, está el café Atlantic, y encima, el hotel Weber, el cuartel general de la Feldkommandantur. Por ahí pululaban todos aquellos hombres vestidos de gris de campaña, primero con aire triunfal, arrastrándose de una cena elegante a otra, donde eran recibidos siempre con la debida consideración: su jefe, por ejemplo, se inclinaba sobre una carpeta con antiguos dibujos a tinta de la ciudad que nuestro alcalde le había ofrecido como obsequio biqueando como un búho sedado... Tanto revuelo para que apenas tres años más tarde representasen de nuevo su propio triunfo pasado, aunque para entonces ya supieran de sobra que su imperio milenario tenía las horas contadas. Ahora me desvío a la derecha, en dirección a la estación, y al cabo de unos diez metros vuelvo a girar a la derecha por la Vestingstraat. Hace frío, tengo unos veinte años. A cincuenta metros está la comisaría de policía del sexto distrito, mi distrito. Alguien grita a mi espalda:

—¡Wilfried!

No es mi verdadero nombre, pero ya te hablaré de eso más adelante. Un fulano llamado Metdepenningen, Lode, me alcanza y me da una palmada en el hombro. ¿Te dice algo ese nombre? Puede que sí. Pero no quiero poner todas mis cartas boca arriba de una vez. Sigue leyendo y todo se aclarará.

—Se me están congelando las pelotas, tío. —Lode resbala, está a punto de torcerse el tobillo. Consigo agarrarlo del codo en el último segundo y suelta un taco.

Acabamos de completar juntos nuestra instrucción. Tres meses oyendo estupideces y ya somos auxiliares de policía, lo que básicamente significaba que debíamos obedecer a cualquiera de más graduación y tener el uniforme limpio. Durante ese periodo vi a Lode morder con ahínco su lápiz y mirar fijamente aquella pizarra. Siempre que hacían una pregunta, él levantaba la mano. Un pelota, sin duda, y también un chico guapo: el pelo negro como el azabache, una sonrisa traviesa. Era hijo de un carnicero de la Astridplein. Fue

Lode quien empezó nuestra amistad. Uno de esos tipos que después de la primera semana ya te dice que serás su amigo para toda la vida. «Cada día me enseñas algo nuevo...», aún lo oigo decir. Justo en el momento en que empezamos a subir los cuatro escalones hasta la comisaría, salen dos Feldgendarmes. Nos miran y uno de ellos ladra:

—*Sofort mitkommen!*[1]

Algunos estereotipos son ciertos sin más. Todos esos alemanes uniformados hablaban así. De modo que los acompañamos, porque a esas alturas ya sabíamos que no nos quedaba otra que obedecer. Normalmente debíamos presentarnos para recibir órdenes, pero si un Feldcapullo ruge, lo sigues. Enfilamos por la Pelikaanstraat en dirección sur. Lode y yo caminamos detrás de los dos superhombres de uniforme en completo silencio, como un par de niños castigados. Los alemanes no llevan aquí ni siete meses y es como si todo fuera suyo desde hace años; la ciudad se ha abierto de piernas frente a esos hombres. Hay reglas para todo. Los peatones que van desde la Middenstatie hasta la calle Meir deben circular por la derecha; los que quieren ir en la dirección contraria, por la izquierda, ¡y ay de ti que vayas a contracorriente por equivocación! Si alguien hubiera propuesto algo semejante durante los años anteriores a la guerra, la gente se habría muerto de risa y ahogado las carcajadas en espuma de cerveza. Pero ahora, cuando uno de esa raza superior abre la boca, todos hacen lo que se les ordena, y encima están contentos: orden, por fin. Cruzamos la calle y pasamos por debajo de las vías en dirección al Kievitswijk. Nos detenemos dos calles más allá, junto a una casa con la fachada descascarillada. Uno de esos Feldgendarmes se sacude el polvillo de nieve y llama a la puerta con fuerza. Entre tanto, el otro nos dirige una mirada de «ahora vais a ver». Pero no sucede nada. La casa sólo parece más silenciosa por culpa de los golpes. El puño vuelve a martillar la puerta. Ahora oímos un ligero rumor. Alguien baja la escalera lamentándose en una lengua que no entiendo. La puerta se abre con un chirrido. Por la rendija vemos un rostro ominoso de grandes ojos. De pronto la cabeza se estampa contra la puerta cuando los dos tipos la abren de golpe.

—¿Chaim Lizke? —ruge uno de ellos.

Oímos un murmullo. Los dos alemanes entran rápidamente, uno nos

indica que esperemos fuera y cierra la puerta.

—Seguro que es otro refractario que se niega a cumplir con el trabajo obligatorio —susurro.

Lode no dice nada. Patea contra el suelo para combatir el frío. Tiene la mala fortuna de no poder permitirse unas botas tan recias como las que calzo yo. Debes saber que, en aquel tiempo, el suministro de uniformes era un desbarajuste, un «nido de urracas», como dicen en esta ciudad. El que tenía dinero para conseguir suficientes cupones de ropa iba más presentable que el resto. También eso volvía locos a los alemanes. Unos años más tarde nos obligaron a todos a comprar los nuevos uniformes que ellos mismos habían diseñado. Pero la medida no hizo más que empeorar las cosas porque para entonces sólo unos pocos inspectores estaban en condiciones de poder comprarse uno. Todos intentábamos llevar algo que al menos se viera presentable de lejos, y confiábamos en que no nos jodieran ni unos ni otros. Mientras, ha estallado un gran follón en la casa. Gritos y llanto. Oímos a niños chillar. Un armario se vuelca. Alguien baja rodando por la escalera. Más gritos. Pero las órdenes ladradas en alemán se imponen sobre todo lo demás. La puerta vuelve a abrirse de golpe y ahí están: la familia Lizke. Cinco niños a medio vestir entre los cuatro y los doce años, una mujer llorosa con un pañuelo torcido en la cabeza y el padre de familia que mira al suelo mientras la sangre le gotea de la oreja hinchada. «Una colección de israelitas», habría dicho irónicamente Barbita Feroz. Ya volverás a encontrártelo más adelante en esta historia. Te diré las cosas como son: no tengo ni idea de lo que esa gente echaba en el puchero, pero el resultado no causaba muy buena impresión: apestaba.

También hay que decir que a veces se me revolvía el estómago al ver a Lode. Ese chico apestaba a sangre y vísceras de un modo indescriptible. Siempre he sido muy sensible a los olores; mi padre solía decir que tenía el olfato de una preñada. Lo decía en broma, por supuesto, pero le habría partido la cara cada vez que soltaba el comentario, preferiblemente durante una fiestecilla con muchos borrachos alrededor.

Uno de los Feldgendarmes nos hace un gesto y con el dedo enguantado nos señala un papel. Subraya una dirección: Van Diepenbeekstraat. Ahí es donde tenemos que ir y ellos no saben cómo llegar. Lode evita mi mirada, como si él no estuviera ahí. La calle no queda muy lejos de mi casa. ¿Seguir las vías y luego pasar por debajo del puente de la Van den Nestlei? Asiento a los alemanes. La dirección se encuentra en el séptimo distrito. No es el nuestro, pero no estoy tan loco como para hacérselo notar. Y allá vamos. Nosotros delante con uno de los alemanes al lado y los extranjeros detrás con el otro Feldcapullo. La mujer sigue llorando, su marido le susurra palabras de aliento. Sospecho que es polaco, aunque bien podría ser hebreo o qué sé yo. El Feldgendarme masculla algo y oímos que le suelta un bofetón al hombre. Y, ¡hala!, los críos vuelven a echarse a llorar. Yo habría enfocado las cosas de otro modo y sospecho que Lode también, pero ¿quiénes somos nosotros? Un par de guías urbanos a horas intempestivas. El suelo está muy resbaladizo, la nieve ya no cruje bajo los pies sino que ha convertido las calles en una pista de hielo. Los alemanes pretenden mantener un ritmo que una familia con niños pequeños es incapaz de seguir. Los críos se caen de culo cada dos por tres. Más paradas, más gritos, más patadas, más lloros. Lode continúa sin decir ni pío. Veo que se le crispa la cara. Rememorar la escena ahora me hace pensar en el mar. En aquella época yo aún no había ido nunca al mar, pero cuando más adelante fui y me encontraba en la playa, mordisqueando un gofre y fingiendo que todo aquello valía mucho la pena, vi a una familia numerosa batiéndose en retirada con sus bártulos, sus tumbonas y parasoles y con los niños nerviosos perdidos y rojos como un tomate. El padre explotó, arrastró bruscamente a uno de sus hijos menores por la arena mientras cargaba a una de sus hijas en el otro brazo y su mujer, que también iba con un niño en cada mano, aguantaba con vergüenza las miradas furiosas de la gente de alrededor. Juro que en ese momento vi nevar a una temperatura de treinta grados. Y te aseguro que también entonces oí que alguien gritaba en alemán.

—*Wier zind bald daar*<sup>[2]</sup> —le digo a uno de los Feldgendarmes.

Es un alemán chapucero, lo sé, pero estoy tan harto ya de esa ridícula situación que por primera vez me valgo de su lengua, ni que sea para calmar un poco esa escalada de rabia, porque así no se adelanta nada, no conseguirán que esos israelitas se pongan a patinar como locos de puro miedo. Además, lo que he dicho es verdad, ya casi hemos llegado, porque acabamos de volver la esquina de la Van Diepenbeekstraat.

—Esa señora y esos niños también son refractarios, ¿no? No te jode —me susurra Lode. Le tiembla la voz—. En serio, ¿son maneras de comportarse?

No digo nada. ¿Qué voy a decir? Lo que él constata, lo sé yo también. Pero les seguimos la corriente, los acompañamos, los guiamos, obedientes y solícitos, a una dirección escrita en un trozo de papel. Sale la luna y hace brillar el hielo de la calle como si fuera plata. Y entonces sucede. Uno de los niños, un chico de unos doce años, se zafa de la mano de su padre y echa a correr. Oímos al padre gritar. El Feldgendarme que camina delante a nuestro lado no hace nada durante unos instantes. Está tan sorprendido como nosotros de que ese chiquillo con sus escuálidas piernas corra por el hielo como un potrillo recién nacido que apenas puede tenerse en pie. El chico no tarda ni cinco segundos en caerse. Antes de que consiga ponerse en pie de nuevo, el Feldgendarme lo alcanza y le da una patada en el culo... Increíble. Lo vemos deslizarse por el hielo como si fuese un auténtico trineo hasta que se estampa de cabeza contra una farola y se queda inmóvil. Los alemanes se parten de risa y, en realidad, sería una escena cómica si no fuera porque la madre lanza un grito como si le estuvieran retorciendo un cuchillo dentado en las entrañas y se desmaya. Su marido junta las manos llorando y las eleva al cielo como si sus ruegos fueran a lograr que el Todopoderoso restaurase el orden con una flamígera espada, o al menos ese gesto fuese a sacarlo del «modo apagado» y le hiciera ver lo que está sucediendo aquí abajo.

—*Aufstehen!*<sup>[3]</sup>

Resuena la orden, tanto para la madre como para el chico, que se encuentra un poco más allá. El alemán que está más avanzado hace amago de ir hacia él, pero Lode se le adelanta. Va tan rápido que se diría que lleva patines. Alcanza al chaval, se arrodilla e inclina todo el cuerpo alrededor del chico como si fuera una envoltura, una concha de caracol hecha de músculos.



No lo suelta, ni siquiera después de que el Feldgendarme, sonriente aún, lo exhorte y le diga en un tono más tranquilo:

—*Schon gut.*[4]

El alemán lo exhorta de nuevo y luego le da a Lode un puntapié en el trasero, casi en plan jugueteón.

—¡Que te den por culo, cabrón! —ruge Lode. Por su voz se nota que está llorando. Le veo una parte de la cara enrojecida, su bonito pelo negro engominado cae en mechones sobre el rostro del chico, su casco blanco está sobre la nieve un metro más allá, como un orinal bostezante.

El alemán pierde el sentido del humor y soltando una imprecación echa mano de la porra. Antes de darme cuenta siquiera, mi mano sale disparada y mi puño se cierra alrededor de la muñeca del Feldgendarme como un torno. El alemán y yo nos miramos. Lo que me salvó, muchacho, fueron esos pocos segundos de desconcierto en la cara de aquel Feldcapullo. No puede creer que eso esté sucediendo en este ridículo país que han ocupado casi sin esfuerzo. En esos escasos segundos no logra asimilarlo. Que en esta ciudad donde han instalado el culo un mocoso insignificante como yo con un ridículo uniforme le apriete la muñeca con fuerza y mire su cara arrogante es sencillamente una escena que no pueden comprender. Bien, pues lo suelto y él no hace nada. Sigue mirándome mientras su compañero levanta a la madre de un tirón y mantiene a raya a los niños. También el padre de familia nos mira a mí y a Lode, mira cómo recojo el casco que está en la nieve, cómo le pongo la mano en el hombro y lo ayudo a levantarse con delicadeza mientras él sigue cargando al chico en sus brazos. Mira cómo sacudo la nieve del lloroso Lode y cómo éste limpia la sangre de la frente de su hijo y, a continuación, con el pulgar y el índice le frunce un poco los labios de la boca entreabierta, como si fuera a salvar a un ahogado haciéndole el boca a boca. En ese instante los ojos del chico se abren ligeramente y Lode da un profundo suspiro y estrecha más contra sí el cuerpo espigado. No quiere su casco. Sin decir una palabra o mirarnos siquiera, echa a andar con el chico en brazos y la cabeza bien alta, y todos lo seguimos en silencio, hasta los alemanes, como en una pelea familiar en la que el padre bebido se recupera de su desenfundada borrachera y repentinamente mudo ve los estragos que ha causado. Tampoco los dos

compañeros que están haciendo guardia en la entrada del viejo almacén de camas del ejército, el destino final de esa delirante caminata, dicen nada al vernos llegar. No han presenciado lo sucedido, pero es probable que hayan oído el jaleo. Permanecen ahí, pálidos y tiesos, observando a Lode sin casco y con ese crío en brazos, como el resucitado héroe de Hollywood Errol Flynn, al que seguramente casi nadie conoce ya, y se olvidan hasta de saludar a los alemanes. Antes de que lo arrastren al interior con el resto de la familia, el padre toma con cuidado a su hijo de los brazos de Lode, mira a mi camarada a los ojos y murmura algo. Y a continuación desaparecen, engullidos por la hueca oscuridad que reina en ese edificio, como si jamás hubieran existido. Lode y yo nos quedamos fuera. Deberíamos largarnos de allí inmediatamente, pero mi compañero no tiene ganas de irse aún. Traga saliva, se arregla el pelo, me coge el casco de las manos y luego les pregunta con aplomo a los guardias si tienen cigarrillos. Fumamos mientras la nevada se reanuda indecisa. Uno de los guardias, un policía de unos treinta años con mostacho al que todos conocen como Gust el Bizco porque le bailan los ojos a la que lleva cinco vasos de cerveza negra, nos dice que mañana meterán a toda esa caterva de gente en un tren con destino a Limburgo, a Sint-Truiden para ser exactos. Nadie le pregunta qué harán con ellos una vez lleguen allí.

—Y a mí me toca ir en ese tren —añade Gust el Bizco—. Será para verlo. Pero me pagarán un dinerillo extra, así que no seré yo el que se queje.

Lode inhala el humo hasta el fondo de sus pulmones y le pregunta cuánto.

—Cuarenta y cinco francos —contesta Gust.

—No está mal —dice Lode mientras tira la colilla en la nieve.

El inspector nos mira desde detrás del mostrador y suspira. Saca el Registro de Incidencias, un grueso cuaderno de rayas horizontales azules y una raya roja vertical en el margen, y moja la pluma en el tintero. Ambos escuchamos el relato de Lode, cuya ira vuelve a encenderse a medida que avanza el dictado, lo que a su vez me vuelve a poner nervioso a mí. Al final, el inspector deja la pluma, se quita las gafas de montura redonda y me mira cansado.

—¿Estás de acuerdo con lo que acaba de contar tu camarada?

Le digo que, en realidad, los alemanes no nos han dicho en ningún momento de qué se acusaba a la familia.

—Tu compañero ha dicho que los acusaban injustamente de algo, que es muy distinto. ¿Os han mostrado esos hombres algún papel?

—Sólo uno donde figuraba la dirección del almacén de camas.

Lode golpea el mostrador de madera con la mano.

—¡No es normal, jefe! Esos niños eran menores de quince años. ¿Una mujer y un montón de críos? ¿Y cómo sabemos además que el padre era un refractario? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

Un chasco. Pero ¿qué quieres? La mayoría de la gente habla sin pensar. ¿Sabes que tuve que convencer a Lode para que prestara declaración? Me costó lo mío en el camino de regreso. Él repetía una y otra vez que era mejor no seguir hurgando en la mierda. Sólo había aireado su disgusto, nada más. Pero andaba muy desencaminado. Precisamente, lo que había que hacer era dar parte. La razón era bien sencilla: debíamos suponer que aquellos dos Feldcapullos harían exactamente lo mismo en cuanto regresaran a la Feldkommandantur, y que, por lo tanto, había una posibilidad razonable de que nos llamaran para un requerimiento. Aquellos hombres eran concienzudos y probablemente habían anotado nuestra identificación. Si no dábamos nuestra versión de los hechos, estaríamos en una situación mucho peor. Había un solo detalle importante en el que debíamos ser muy claros y así se lo recalqué a Lode. Yo había detenido a aquel Feldgendarme porque temía que atacara a mi compañero. Eso era lo único que contaba, lo demás no era asunto nuestro. Teníamos que cubrirnos las espaldas. Al final Lode acabó dándome la razón. Pero me equivoqué al juzgarlo y, sobre todo: yo debería haber hablado primero, porque en lugar de concentrarse en ese único hecho mientras declaraba, su furia volvió a jugarle una mala pasada y no pudo evitar formular una acusación y subrayar en su testimonio la gran injusticia de la que creía haber sido testigo... Había algo más, algo que yo sólo llegaría a comprender más tarde. Si Lode me lo hubiera contado en ese momento, no

lo habría creído aunque me lo hubiera jurado por lo más sagrado. Lode conocía a aquel extranjero. Conocía al judío Chaim Lizke al que habíamos ayudado a arrestar junto a su familia.

—Imagino que sabrás, Metdepenningen, que esto irá a la Feldkommandantur.

—Y al alcalde también, ¿no?

El inspector se rasca detrás de la oreja y vuelve a ponerse las gafas.

—Pero bueno, chaval, ¿es que vas a enseñarme cómo tengo que hacer mi trabajo? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, mocoso? ¿Cinco semanas? ¿Qué tendrá que ver el alcalde con esto?

Al inspector se le ha agotado la paciencia y Lode se ha dado cuenta por fin. Duda, titubea.

Hace poco lo he descrito como un héroe de Hollywood y no retiro ni una sola palabra de lo dicho. Causaba impresión, estaba poseído y rodeado por una fuerza que pocas veces se ve y que se asocia, tal vez con razón, con héroes largamente olvidados o con un dios en su aterradora belleza. Pero en general la gente es patética, no es consecuente y sobre todo se engaña a sí misma. Nadie es un héroe siempre.

—Bueno, qué, ¿vas a decir algo más?

Lode traga saliva audiblemente.

—Se trata de un caso de mantenimiento del orden público y eso es competencia del... humm...

El inspector junta casi el índice y el pulgar y dice:

—Te falta esto para tener que hacer el servicio nocturno lo que queda del invierno. ¿Es eso lo que quieres? —Mira a Lode y luego a mí, el razonable—. La palabra *injusticia* no aparecerá. Y ahora largo de aquí.

Una vez en la calle, Lode sostiene que el inspector es un topo, que ya antes

de la guerra estuvo preparándose con sus camaradas y que con ellos forma parte de una sociedad secreta que tiene por objeto desestabilizar la ciudad y el Estado, o más bien doblegarlos, con violencia o sin ella, a los caprichos del invasor. Mientras me lo cuenta en esa noche de finales de enero de 1941, me imagino a un montón de hombres enmascarados que, a la luz de las antorchas titilantes, juran lealtad eterna a su hermandad y a su nueva patria. En ese momento ya sé que existe la traición sin necesidad de que me asalten espontáneamente imágenes *kitsch*. Pero esto último es algo que desde niño no puedo remediar.

Yo tenía unos siete años cuando mi padre me contó que en otros tiempos la familia de mi madre había vivido en un pequeño castillo. Aquella noche tuve un sueño: estoy en medio de ese castillo y lo primero que siento es el frío estremecedor de los suelos de mármol bajo mis pies descalzos. Mi madre está en lo alto de una empinada escalera y me hace señas. Una puerta enorme se abre de golpe. La sigo, pero no logro darle alcance. Una tras otra se van abriendo las demás puertas, todas ellas recargadas con exuberantes adornos labrados en madera: ángeles que se hacinan unos sobre otros, águilas que se picotean el buche, serpientes que se retuercen. La última puerta se abre. Mi páfida madre ha desaparecido. Veo a una condesa clavarse las uñas en el cuello buscando restos de podredumbre. Luego aparece una sirvienta con una cofia blanca y vomita sangre en el retrete. Veo a un conde con armadura de caballero alzando la espada en el salón del trono y con la locura arremolinándosele en la boca. Un anciano vestido con harapos levanta un dedo admonitorio mientras un perro le lame los pies descalzos. Hay un estandarte que huele a moho tirado descuidadamente al pie de la escalera. Fuera hay peces boqueando en un estanque seco, abrasándose al sol. Alrededor de esa piscina de barro yacen montones de hombres, mujeres y niños destrozados, sobre los que pululan millones de moscas verdes que entran y salen y ponen huevos. Y, por supuesto, también hay hombres con antorchas. Aquella mañana amanecí con gripe.

—Nosotros no podemos fiarnos de nadie, Wilfried.

—¿Y quién te dice que yo soy de fiar?

Lode parece visiblemente sorprendido, me mira, me escruta el semblante en busca de algún atisbo de ironía o de burla y al final decide echarse a reír.

—¡Anda ya! ¡No seas comediante!

—Lo digo en serio. ¿Quién te dice que exista un «nosotros»? ¿Quién te dice que haya alguien de fiar?

—¡Tú sí! —exclama él, y me da un buen empujón—. Tú sí.

¿Yo sí? Eso está por ver, muchacho, y no estoy bromeando. No es que alguien como yo hubiera estado en condiciones de traicionar a Lode por algún motivo y de ese modo permitir su persecución, y, quién sabe, tal vez su deportación y finalmente su muerte. Puede sonar algo pillado por los pelos, pero no lo es en absoluto. Dos años después del empujón que Lode me da, cuando los alemanes ya han empezado a cagarse de miedo, arrastran a la gente a un campo de concentración por mucho menos. En cualquier caso: ¿había alguien digno de confianza, aunque no hiciera nada para perjudicar o traicionar a su compañero? En una vieja película policiaca francesa de los años setenta, el personaje que representa Alain Delon dice que sólo hay una actitud correcta para tratar a un policía, y es una mezcla de ambigüedad y desdén. Lo que me hizo gracia al oírsele decir tan fríamente era el hecho de que el propio Alain Delon interpretaba a un policía. En cualquier caso, ser poli es un oficio raro. Ya te contaré después lo que tu bisabuelo padeció por eso. ¿Y por qué no ahora? Así nos lo quitamos de encima de una vez. Acepté el trabajo en el que me enchufaron para escapar del servicio de trabajo obligatorio que habían impuesto los alemanes. ¿Notas ya la «ambigüedad» ladrándote al oído? Un chico se hace policía para que no lo lleven a trabajar a Alemania y como policía ayuda a arrestar a otros que quieren eludir ese mismo servicio de trabajo obligatorio. Aunque, por descontado, en el caso de la familia Lizke y sus congéneres no se trataba de trabajo. De todos modos, en el invierno de 1940 a 1941 ni los propios alemanes sabían aún qué hacer

con toda esa gente. Tenían que irse, y ya está. Por otra parte, en la ciudad había bastantes que se quejaban de que aún hubiera judíos por ahí. Mucho estaban tardando, en su opinión. A ver si se aclaraban, que hicieran su trabajo o se marcharan, como suele decirse. Porque si crees que ese pueblo es tan peligroso y condenable, ¿cómo permites que tales parásitos sigan rondando por aquí? ¿Cómo es posible que esa raza superior siga tolerando en las calles al enemigo del pueblo? ¿De verdad van a esperar a que esa chusma se adapte a nuestros usos y costumbres por miedo? Pues ya podemos esperar porque eso no sucederá jamás. Una sanguijuela sólo sabe hacer una cosa, no se adapta nunca. Los alemanes llevaban aquí desde mayo. Habían ocupado el país entero en cuestión de un par de semanas como si tal cosa. ¿No les daba vergüenza ser incapaces ahora de limpiar el resto? Y, claro, después empezó a correr la historia de que todo era por los dichosos pedruscos; que los judíos podían quedarse porque eran necesarios para garantizar el orgullo y la prosperidad de esta ciudad, a saber, el negocio de los diamantes. Todos eran lobos de la misma camada, decían, hasta los alemanes cedían ante el vil metal. Un compañero de mi padre que trabajaba en el ayuntamiento me contó que, apenas un mes antes, todos los judíos habían tenido que ir a registrarse a la Gildekamersstraat, situada detrás del ayuntamiento. La gente no paraba de llegar, todos los de la oficina tuvieron que hacer horas extra, según el compañero de papá. La cola llegaba hasta la calle, donde esperaban bajo la lluvia con sus grandes paraguas negros. Los «emplazaban» a presentarse con sus cédulas de identidad, lo que naturalmente era una fórmula burocrática para decir que los «obligaban». «Lo que llegué a ver allí, chico... ¿Qué era todo aquello? Si supieras la de tipos que entraban y el montón de papeles que llevaban consigo. No sabías ni por dónde empezar. Polacos, alemanes... Familia por aquí, familia por allá... Y con esos nombres. Algunos de ellos llevaban años viviendo aquí, pero no hablaban ni una palabra de neerlandés, ni siquiera francés. Pero ojo, que no todo eran barbudos y abrigos negros, a veces entraban mujeres, auténticas diosas. Te caías de espaldas sólo de verlas... Costaba creer que aquellos bellezones pertenecieran a la estirpe de Abraham.» El compañero de mi padre pidió que volvieran a llenarle el vaso. Unas semanas antes de aquel registro masivo ya habían exigido a algunos

cafés y restaurantes que indicaran en la puerta que el negocio estaba en manos de judíos. Pero todas aquellas medidas no les bastaron a las viejas y a los babosos, a los quejicas y a los camorristas. Y va y resulta que de pronto todos sus deseos se ven cumplidos. Meten a una porrada de judíos en un tren y se los llevan a Sint-Truiden, la ciudad de la fruta, y de rebote se arma allí otro follón. Se oyen quejas y lamentos. «¿Por qué tiene que tocarnos a nosotros aguantar a esos extranjeros? ¿Saben cuánto cuesta? ¿Y qué coño van a hacer aquí? ¿Ayudar a recoger manzanas? ¡Estamos en plena temporada!» A los tres meses, los alemanes dejaron que toda esa gente volviera a la ciudad. Ahora ya nadie se acuerda de eso en vista de que dos años después de ese desastre sí supieron qué hacer con los judíos y los trasladaron mucho más al este de Limburgo, a lugares donde el fuego consumía cadáveres día y noche y las chimeneas humeaban sin cesar. No, en ese momento aún no conocíamos esos detalles, claro, pero ninguno de nosotros se tragaba que llevaran a los israelitas y a los demás a lugares donde se les daría la oportunidad de ganarse un lugar en el Reich con el sudor de su frente. Fueron los malditos cobardes los que aseguraron otra cosa después de la guerra, algunos de ellos siguieron mostrando su rastrera moralidad de esclavos al sopesar las cosas, lo que habían visto y lo que no, poniendo énfasis en lo que «no», y cuya repentina miopía otros consideraron creíble por la sencilla razón de que todos, de lo más alto a lo más bajo, del secretario general al gobernador, del alcalde a los mocosos con uniforme como yo, éramos vulnerables. Eran tiempos difíciles, sigues oyendo decir a mucha gente incluso hoy, y además hay que verlo todo en su contexto. Le doy la razón a Alain Delon y añado que su opinión sobre los policías es extensible a todo el mundo: eran tiempos de ambigüedad y desdén, y en eso no se diferencian de otros tiempos. O, mejor dicho: jamás llegaron a irse, sino que siguen planeando sobre nosotros.

Años antes de que tú nacieras ya me había planteado en más de una ocasión poner por escrito mis experiencias. Te contaré cómo fue. Estamos en 1993. Me hallo en mi despacho con vistas al Stadspark y estoy ocupado ordenando



mis papeles. No, finjo estar ocupado. En la habitación de al lado, tu bisabuela está llorando sobre nuestra colcha. Eso me saca de quicio. La impotencia es agotadora, aísla a las personas como yo. Por supuesto que sé por qué llora. Pero no quiero sentirlo. No quiero pensar en ello. Y su llanto hace que desee por encima de todo no estar aquí. En fin, es casi mediodía. No hay comida en casa, tengo hambre y es evidente que mi mujer no tiene la menor intención de hacer algo al respecto, y, por descontado, yo no pienso pedirselo. Me apetece un *potjesvlees*, una *rillette* de pato para ser exactos, y conozco una buena carnicería en la Carnotstraat. Lo principal es salir de aquí porque no aguanto ese lloriqueo ni un segundo más. Hace buen tiempo, estamos a comienzos de primavera. Amberes ha sido elegida capital cultural europea y por todas partes hay carteles publicitarios con una fotografía. Si mi opinión hubiera contado para algo, habría votado poner la imagen del cuadro *La loca Meg*. Es un milagro que podamos ver esa excepcional pintura de Bruegel el Viejo en la salita de un pequeño museo, ese mero detalle ya dice mucho de lo que somos en esta ciudad, y el propio cuadro también lo revela. En él se ve el terror en estado puro, la rapiña en la boca del infierno. El hecho de que no haya que esforzarse mucho para ver esa revelación no la hace menos reveladora. La loca Meg corre y brama por un paisaje delirante, plagado de guerra y recuerdos en rojo, marrón y negro. Tiene los ojos desorbitados, de modo que lo ve todo y no ve nada. ¿Ha causado ella ese horror o sólo toma parte en esa vileza y no hace más que seguirle el juego? Deberías pasarte algún sábado por ese museo para contemplar el cuadro con detenimiento. Es verdad, puede verse por internet y un chico de tu generación encuentra más de lo que busca. Ve a ver el cuadro en persona y luego averigua por qué esa revelación está colgada aquí; quizá consigas deducir por ti mismo por qué dice tanto de esta ciudad. En fin, volviendo a 1993, tal vez una foto de Stan Laurel y Oliver Hardy vestidos de presidiarios y con una pala junto a la cabeza baste para anunciar un año cultural. Parecen desconcertados, como sólo ellos pueden estarlo. Está claro que acaban de intentar cavar un túnel para lamentablemente terminar de vuelta en su propia celda. Los miro y me reconozco a mí mismo. Sobre sus cabezas de chorlito figura la pregunta: «¿Puede el arte salvar al mundo?». «No me jodas», pienso. Quiero una

tostada con *rilette* de pato, pero al final de la Quellinstraat no tuerzo a la derecha en dirección a la Carnotstraat, porque de pronto tengo más sed que hambre, y sigo caminando hasta la Geuzenhofkes, la plaza que sólo llaman así los viejos ciudadanos de Amberes como yo, donde antes había cuatro parterres y en el centro de cada uno se alzaba una bonita estatua de un pintor célebre o un alcalde notable rodeada de árboles a cuya sombra en otro tiempo se sentaban y se cogían las manos las parejas de enamorados. Ahora hay autobuses rugiendo permanentemente para sacar lo antes posible de la ciudad al montón de gente que vive en las afueras. Ahí, en la esquina, en el lateral de la ópera, hay un gran café con columnas que presume de marchita elegancia y donde a veces me encuentro con viejos compañeros. Son alrededor de las once de la mañana. No hago más que entrar en el café cuando alguien exclama: «¡Mirad quién viene por aquí!». En medio de la sala hay un par de amigos míos jugando a las cartas. Me alegro de verlos y de no tener que sentarme solo a una mesa a beber como una triste planta mientras me dedico a jugar con los posavasos de puro aburrimiento. Richard, una mole de hombre y un compañero mío que apenas un año más tarde saldrá del hospital y en lugar de estómago llevará una bolsa de plástico colgándole por fuera con la que seis meses después se irá a la tumba hecho un esqueleto andante, me hace una seña. Otro de los jugadores de cartas se llama Leo. Desde que se enteró de que soy poeta, ese pelele me llama Maestro, medio en serio, medio en guasa. Por si fuera poco, sólo hace un par de años que lo sabe, aunque yo lleve ya cuarenta puñeteros años publicando, pero su actitud es típica en esta ciudad, típica a más no poder. A los otros dos jugadores apenas los conozco. Me siento a su mesa y pido una cerveza. Están jugando al *whist*, un juego que nunca he llegado a entender del todo. Tomo un sorbo de cerveza y miro alrededor. «¡Va de picas!», exclama Richard, y me guiña el ojo mientras se limpia la espuma del mostacho que lo ha convertido en miembro honorífico del Club de los Bigotes de la ciudad, una fuente de orgullo para él. En esos momentos tengo ya setenta y tantos años, pero la bondadosa compañía de estos jugadores de cartas hace que vaya menguando hasta devolverme a la infancia. No dura mucho. Entre jugada y jugada, Richard me pregunta si he visto a Lode. Lo mismo podría haberme dado un puñetazo. «No», respondo,

y desvío la mirada y me fijo en el sujeto que está sentado a una mesita del otro extremo del local, que me devuelve la mirada sin el menor recato a través de unos gruesos lentes. Me mira como si yo fuera una rata exótica en un nocturnario. Tiene el pelo ralo y va mal afeitado. Me parece reconocerlo, pero es imposible. La última vez que lo vi, yo era un policía de veinticinco años y él —y ahí es cuando se me ponen los pelos de punta— tendría exactamente la misma edad que ahora, unos cuarenta y cinco años. Estoy en uno de los pasillos del cuartel general del Sicherheitsdienst,<sup>[5]</sup> el servicio de seguridad alemán, que por aquel entonces tenía su sede en una enorme mansión sita en la Della Faillelaan, y estoy esperando algún papel que deben darme y que debo a mi vez entregar a mi inspector. El hecho en sí ya es extraño, porque nosotros no tenemos mucho que ver con la Gestapo. Esos hombres tienen un régimen dentro del régimen. No obstante, en ese momento están empezando a inmiscuirse cada vez más en los asuntos policiales corrientes. Los Feldcapullos no son fáciles, pero esos hombres vestidos de paisano con su abrigo de cuero son harina de otro costal, un paso más en el espectáculo de burda violencia al que nosotros asistimos en primera fila aunque más adelante aseguraremos que apenas vimos nada. La puerta de uno de los despachos está medio abierta. Veo a Hombregafa de pie vestido con un uniforme negro, su gorra descansa ladeada encima de un busto que está sobre el escritorio de roble. Lo veo y lo oigo, a pesar de que de cuando en cuando aparto la cabeza igual que la aparto también en este café. Grita y le tira unos papeles a una mujer, una israelita o la esposa de un israelita. Sí, eso es, está casada con un refugiado de Austria. La conozco, la he visto a menudo en la panadería de la Jacob Jacobstraat, donde suele comprar galletas de queso y adonde yo me acerco a veces por mi padre, porque le gustan mucho los *rugelach*. Reconozco su perfil de inmediato. Ella aparta la mirada de los bramidos que le escupe Hombregafa con su uniforme negro. Él le espetta que ha sabido arreglarlo todo muy bien, que todos los judíos conocen a personas que pueden ayudarlos en tiempos de necesidad, y ten, aquí tienes tus papeles, felpudo de un asesino de Jesús, aquí tienes los papeles para él, y ahora tu maromo podrá seguir aprovechándose, no lo meterán en un tren rumbo a algún campo de trabajo, puedes estar tranquila, le grita Hombregafa, puedes

estar muy contenta... Ella aguanta con orgullo e incluso le da las gracias mientras recoge del suelo los deseados papeles. La mujer no me mira al pasar por mi lado, pero Hombregafa sí lo hace; él sigue mirándome. Exactamente igual que ahora, en el año 1993, no ha cambiado ni un ápice, quizá se le vea un poco menos atildado, pero la mirada a través de esas gafas de lentes convexas es igualita a la de entonces. Me observa a través de un resquicio en la cortina del tiempo, luego dobla un trocito de cartón y va empujando en dirección a la lengua restos de comida que tiene metidos entre dos dientes, para tragárselos después. «Mírame aquí sentado —me dice sin emitir un solo sonido— y entérate de que te reconozco y que fuiste testigo de un hecho que estuvo a punto de costarme la cabeza, o no: que justamente me salvó la cabeza, porque aquella mujer a la que yo traté con tanta desconsideración accedió al final a declarar en mi favor cuando me encerraron junto a mis camaradas en Harmonie, al lado del Mechelsesteenweg, porque después de todo yo había salvado a su marido; en contra de mis ideas, pero lo hice: lo salvé y eso fue lo que también me salvó a mí al final.»

Mientras Leo protesta a voz en grito diciendo que Richard es un tramposo de primera porque no para de ganar y los demás le dan la razón efusivamente, Hombregafa se pone en pie, se abotona el abrigo y me hace un puñetero saludo con la cabeza antes de salir del local.

—¡Jefe! —exclama Richard, harto de tanta tontería sobre la suerte que tiene en el juego—. ¿Qué hay hoy en el menú?

Según el camarero, que conoce bien a sus clientes, hay algo ligero y fácil de digerir. Levanto la mano y pido una Duvel para acompañar la comida y una vez más cruzo los dedos. Desde que me jubilé no soporto las comidas copiosas, mi estómago ya no puede digerirlas, así que opto por el plato más ligero del menú, pero siempre me equivoco y acabo con acidez por culpa de una ensalada de pollo que algún inútil con uniforme de cocinero ha empapado de balsámico o algún otro vinagre extranjero. Y la vuelvo a fastidiar. Una lasaña de salmón. ¡Es increíble! Uno no espera sorpresas de algo así. ¿Acaso no representa el grado cero de lo que se puede comer entre las doce y las dos? Y sin embargo... suelto eructos en el servicio y vuelvo a ver a Hombregafa cada vez que me repite la cerveza pesada y la supuesta

ligereza llamada lasaña de salmón. Cuando vuelvo del baño hay otra Duvel esperándome. Me la bebo y luego me bebo otra más. Con la cabeza atontada y la mano temblorosa me despido por fin de mis amigos porque aún tengo que ir al carnicero, les digo, que la parienta quiere *rillette* de pato.

En casa, tu bisabuela sigue llorando sobre la colcha, con ese cuerpo viejo y marchito suyo. El llanto se ha convertido más bien en un tenue lamento y en mi cabeza embotada suena hasta melodioso. Antes, ella solía cantarme piezas de opereta que resonaban en nuestro modesto pisito. Era hija de un notable carnicero que me aceptó muy pronto como futuro yerno pero que dejó de confiar en mí en cuanto ella y yo nos casamos. Tu bisabuela siempre quiso ser un ruiñeñor en un escenario, poner su caja de resonancia al servicio de *Meine Lippen sie küssen so heiß*, de Franz Lehár, o interpretar con muchas plumas algo más picante de Offenbach. Pero su padre jamás se lo permitió. «Todavía puedes convertirla en una puta», me espetó pocos años después de que nos casáramos, cuando volvió a salir el tema mientras estábamos sentados a la mesa de Navidad y él daba buena cuenta de las croquetas de pavo que su queridísima hija le había preparado con cariño por primera vez después de la escasez de los años de guerra. Pero entonces resultó ser demasiado tarde. Entonces ella ya tenía los brazos metidos en agua y jabón para lavarle los pañales a nuestro hijo y negó con la cabeza cuando al día siguiente volví a proponerle que se apuntara a la academia de música. «¿Y tú qué?», me preguntó, y se encogió de hombros antes de que pudiera responderle.

Llamo a la puerta del dormitorio. Ella ha dejado salir por fin al gato de nuestra habitación y ahora el animal no quiere moverse de ahí. Aparto a la bestezuela, y sosteniendo en la mano un platito de tostadas que he untado esmeradamente con *rillette* de pato, le digo a la puerta cerrada:

—Venga, come algo.

Los sollozos se detienen por un momento.

—¡Déjame en paz! No tienes sentimientos —dice ella.

Suena como si algún malvado le hubiera metido un trozo de tela en la boca.

La insto a que abra la puerta.

No responde.

—Esto no puede seguir así.

No responde. La oigo tomar aire para una nueva tanda de llanto. El gato maúlla, se frota contra mis pies y luego se me engancha al pantalón, intentando llegar a la comida que hay en el plato. Ahí está él, el poeta poco laureado y policía otrora competente.

—Te traigo tostadas con *rilette* de pato. He comprado la *rilette* en la carnicería de la Carnotstraat.

—¡Dáselas a ese gato asqueroso! —me grita.

Cierro los puños.

—¡Eso es lo que pienso hacer como no abras la puerta!

No responde.

Un matrimonio, querido muchacho, es un ejercicio de humillación hasta que la muerte nos separe. Eso que llaman *convivencia* es un monstruo de muchas cabezas. Si pudiera poner todos esos momentos uno detrás de otro, la ristra parecería el trofeo de un caníbal. Así lo han entendido también los hindúes. Deberías buscar alguna vez imágenes de su diosa Kali. Aparece con la lengua roja fuera y en el cuello azul lleva colgadas unas calaveras de ojos hundidos que reflejan, uno a uno, los momentos humillantes que tanto el hombre como la mujer saben que es mejor mantener de puertas adentro. Uno se consuela con la idea de que esa unión posee una utilidad indiscutible: todo el mundo cree que tiene que ser así. He odiado apasionadamente a tu abuela en silencio, pero ahora la extraño como el típico hombre que no es capaz de expresar sus sentimientos ni cuando la vida se desmorona a su alrededor.

—Ven aquí, gato —digo—, mamá no quiere comer.

El gato se pone como loco. Maúlla como si estuviera a punto de parir. Me sigue hasta la cocina. Ah, por cierto: ¿te gustan los gatos? Si es así, quizá sea mejor que no leas lo que viene a continuación. Pongo la tostada con *rilette* en su plato. El gato come con devoción. Le pregunto si está bueno. Me siento, suspiro. En la mesa de la cocina están los cupones de descuento de los supermercados que mi mujer ha ido recortando. Amoniaco: compra dos botellas y paga una. Chuletas en promoción. Crema solar gratis por la compra de una hamaca de playa. Todavía están los platos sucios de anteaayer. Eso no había sucedido jamás. Huele a tocino quemado en la cocina, que, a pesar de las quejas de tu abuelo, no hemos renovado desde los años sesenta. «Pero si ya no es de estos tiempos... Además, ¿qué anda trajinando mamá por aquí aún?» Ni hablar, el dinero es el dinero, y lo que funciona, funciona. En cuanto el gato se termina su plato con lo más succulento que puede encontrarse en esa carnicería, empieza a maullar frotándose una y otra vez contra mi pierna. Y más, y más, y más. No se cansa nunca. Basta ya, has tenido suficiente. ¡Hala! Vuelve a clavarme las uñas en el pantalón. Miau, miau. Entonces se sienta de pronto y empieza a rascarse furiosamente debajo de la barbilla. Ya estamos otra vez: pulgas. Me toco el tobillo, donde una pertinaz picadura de pulga no me dejó dormir en toda la semana pasada. Mi mujer ha reanudado su llanto. Luego tendrá la garganta deshecha. Cierro la puerta. El gato no para de rascarse. Echo mano de un cubo que hay debajo de la fregadera y a continuación lo lleno hasta el borde de agua tibia. Cojo un yogur cremoso de la nevera y pongo dos buenas cucharadas en un cuenco de sopa.

—Toma, maldito saco de pulgas.

El gato no sabe lo que le espera y se abalanza sobre el yogur. Aparto el cubo del grifo, abro el cajón inferior del armario donde guardo las herramientas de jardín y saco mis guantes de trabajo. Están prácticamente nuevos. Trabajar en el jardín no es lo mío, y desde que tu bisabuela se lastimó la espalda, tampoco lo es para ella. ¿Llegaste a conocerla? No, imposible. Bueno, pues me pongo los guantes y me agacho hasta el gato, que por supuesto ni siquiera me mira y sigue comiendo y relamiéndose. Si fuera capaz de rascarse y comer al mismo tiempo, lo haría. Lo agarro por el

pescuezo y apenas puede moverse. Se retuerce, lanza zarpazos al aire y de pronto se paraliza, con las pupilas muy dilatadas. Lo meto rápidamente en el cubo lleno de agua tibia. Se agita como un loco. Lo empujo con las dos manos. El agua salpica por todas partes. Sigo empujando como buenamente puedo hasta que toca el fondo. Espero. Salen burbujas. Siento la fuerza del pasado, aunque probablemente ya no esté revestida de ira. Y entonces parece como si el gato se hinchara y un instante después sale disparado del agua como un cohete, bufando y gimiendo como un loco. Cualquier intento de agarrarlo resulta inútil. Empapado y con los pelos erizados, salta como un poseso hacia la puerta cerrada de la cocina emitiendo un gruñido de algo que ya no es un gato. Paf. Otra vez. ¡Y pum! De nuevo. Me miro los guantes de trabajo mojados.

Oigo que gritan desde el dormitorio:

—¿Qué está pasando ahí?

Ya no hay ni rastro de llanto en su voz. Tengo la mano en el pomo. El gato se me tira a los tobillos. Sus garras atraviesan el calcetín. Intento darle una buena patada, en vano, y al final acabo abriendo la puerta. El bicho se mete a toda prisa debajo del mueble del pasillo sin parar de gruñir y bufar. Ha nacido un animal vengativo. «Te habrás quedado a gusto —lo oigo maullar con odio—. ¡Estarás contento!»

Esa misma noche empecé a escribir. El ardor de estómago se negaba a remitir y yo no conseguía olvidar el rostro de Hombregafa, que seguía mirándome. Jamás llegué a terminar el manuscrito, y por las frases iniciales te harás una idea de cómo me sentía entonces:

Escuchadme. Soy una legión de voces, a la mayoría de ellas las detestáis, a pocas de ellas las aprecio yo. Aún respiro; resulta necesario. Pero si conocierais esta historia, ninguno de vosotros me concedería ni un solo aliento más. Y lo comprendo, porque desconocéis lo que es saber de verdad a largo plazo, y todo yo soy —por desgracia— un largo plazo. Eso me convierte en un ángel vengador, anclado en un tiempo equivocado y cobarde. En mí prevalece la verdad, en vosotros lo contrario: la vida del día a día.



¿Percibes la cólera altanera? Es curioso que una persona como yo, que ya era bastante mayor por entonces, tuviera la oportunidad de releer esto años más tarde y se diera cuenta de su insensatez. Tampoco hay que olvidar que por aquella época aún me consideraba un gran poeta aunque incomprendido. Me sentía como si unos demonios me arrastrasen de los pelos de vuelta a la historia y por primera vez en todos esos años me hicieran saber algo que ahora tengo por cierto: no acaba nunca. El caso es que por entonces también me sentía demasiado optimista para pensar que no habría lectores para este libro o que yo no podría llevarlo a buen término. Tuve que esperar más de veinte años para comprender por fin que mi historia sólo es apta para una persona, y esa persona eres tú, muchacho. Una cosa más: sé que es ridículo, como una puta vieja que vuelve a usar sus artes con la esperanza de burlar las arrugas, pero debo ser sincero y contártelo. No tenía la intención de publicar este libro con el nombre de Wilfried Wils. Ahora siento aflorar mi vergüenza, que tan escasa se ha vuelto, pero sigo. Iba a publicar el libro bajo el seudónimo de Angelo, mi nombre secreto que, por desgracia, ahora, a diferencia de antes, cuando lo usaba a menudo en la literatura, no le pegaría ni con cola a este cuerpo consumido hasta los huesos.

La cama era de hierro, me contó mi madre, una cama que había forjado mi abuelo en su día, una camita infantil para afrontar el tiempo que yo pasaba enfermo. Tenía cinco años y languidecía. La esperanza era devorada por las horas que juntas se dejaban domeñar en días que después se convertían en semanas y finalmente en meses. Pero ni una sola lágrima corrió por las mejillas de mi padre, él siempre supo que su hijo, su único descendiente, lo sobreviviría. Mi madre, menos segura de sí misma, estaba convencida de que sería una víctima desde la cuna hasta la sepultura, y ya se imaginaba avanzando detrás de un pequeño féretro, y en su pecho, en lugar de un corazón, un cráter eternamente humeante. El médico, que se llamaba Geerschouwers —así me lo recalca mi madre, como si un nombre fuese a imprimir más fuerza a aquella desdichada historia—, y que, por cierto, muchacho, lleva ya mucho tiempo muerto, tropezó por la calle y en el acto

sufrió un crujido fatal en el cuello; bueno, pues ese médico dijo que el daño estaba en mi cabeza. Meningitis. Años después, mi padre añadía siempre a continuación: «Mentiritis», como si aquel estúpido conjuro poseyera la magia de hacer reír a la gente con esta historia. Meningitis. Y no era cosa de risa. Corría el año 1925 y yo ya no estaba en este mundo. Personalmente no me acuerdo de nada, ni de la enfermedad ni de todo lo anterior. Lo primero de lo que sí me acuerdo después de haber pasado cuatro meses en coma es de estar mirando a un hombre desconocido y a una mujer desconocida, y que la mujer se echó a llorar porque yo había abierto los ojos. El hombre exclamó: «¡Wilfried, Wilfried, estás vivo! ¡Estás curado!», pero yo no tenía ni la menor idea de quién era el tal Wilfried, y si no me hubiera dolido tanto la cabeza, me habría vuelto para ver si había alguien detrás que respondiera a ese nombre con una sonrisa. Llamaron al doctor Geerschouwers, porque creían que la enfermedad me había afectado el entendimiento, y él les explicó que lo que me pasaba era normal. Y así fue como aquel doctor me presentó a mí mismo, a mi padre y a mi madre. Te llamas Wilfried, Wilfried. Tuvieron que enseñármelo todo de nuevo. Yo tuve que confiar en su palabra. Creer que aquel gracioso era mi padre y que aquella oveja baladora era mi mamá. Tenía cinco años. Repito: corría el año 1925. Y al cabo de un tiempo me di cuenta de que era mejor fingir que me creía todo lo que me decían, pero tardé más de un año en levantar la vista automáticamente al oír el nombre que ellos me habían puesto por segunda vez. Reconocer a mi madre y a mi padre y llamarlos así me resultó fácil, pero el nombre de Wilfried empujaba continuamente un lugar en mi cabeza donde ya había un nombre, un nombre que quizá hubiera elegido yo mismo o que me hubiera sido susurrado durante mi periodo de mentiritis. Más tarde, durante las clases de catecismo, fue creciendo en mí la sospecha de que mi verdadero nombre me lo había puesto un ángel. Angelo. Así me llamo yo en verdad. En lo recóndito de mi ser soy Angelo. Quizá fue un demonio que quería engañarme, pero en ese caso aquel demonio difería poco de los dos que a partir de los cinco años tuve que considerar mis padres y con los que además tenía que fingir que me llamaba Wilfried. No. No. No. Wilfried no tiene ninguna historia, Angelo sí.

Estoy en la mitad de la enseñanza media, lo que ahora se conoce como la secundaria, pero que también puede significar mediocre. Un alumno mediocre es lo que soy, y en este momento todo el mundo empieza a tomárselo como un gran problema. Mi francés deja mucho que desear según Cyriel Goetschalckx, un profesor que me reprende con un «Willlllfrít» antes incluso de que yo haya podido destrozar una frase entera en francés. Uno va dando saltos descaradamente por su frágil memoria. No es más que cine y cada uno proyecta su propia mirada retrospectiva según su necesidad. Tampoco me cuesta demasiado esfuerzo convencerme a mí mismo de que desde el principio de aquella enseñanza «media» ya intuí cómo funciona realmente el sistema. Fábrica y mecánica. Engranajes que giran. La hélice de un tornillo que pasa por la coronilla de los profesores debe enroscarse bien en el estudiante. Se vende como conocimiento, pero tú, mi querido muchacho, ya te habrás dado cuenta también de que se trata, más que nada, de aceptación. A fin de cuentas tienes ya diecisiete años, ¿no? Eso me parece, aunque no estoy muy seguro. Lo que piensa todo el mundo debe ser atornillado en las almas jóvenes como la verdad. Ahí estoy yo, pues, sentado en un banco del Ateneo Real, igual que tú ahora, y ésa es la razón de que te cuente esto, porque es probable que te resulte familiar. Me sorprende que mis compañeros de clase, que se comportan tan desenfadadamente en el recreo, no tengan ningún problema para aceptar todo ese llamado proceso de aprendizaje. Con la mayoría sucede de modo espontáneo, y los que no pueden seguir se destinan a mano de obra. En mi clase hay un chico rubio que se llama Karel. Los profesores se burlan de él a menudo por las simpatías políticas de sus padres. El profesor de historia en especial no puede contenerse: «La semana que viene hablaremos de Alemania. ¿Estarás contento, eh, Karel?». Casi siempre hay algunos idiotas que también se ríen, con la esperanza de hacerle la pelota al maestro. Karel, por su parte, permanece imperturbable, algo que me fascina enormemente. No es el primero de la clase; sin embargo, saca unas notas razonablemente buenas. Es obediente y aplicado. En ningún momento da muestras de sentirse humillado, ni siquiera cuando se le ríen en la cara porque una vez más sabe la respuesta

correcta a una pregunta. Por cierto, volverá a salir más adelante en esta historia. Sea como sea, en lo que a mí respecta, soy capaz de aprender el material de estudio, pero suelo bloquearme cuando me ordenan que lo repita. Tartamudeo, me encallo, y naturalmente también se meten conmigo por eso. Entre tanto se ha convertido en una gran desgracia. Los últimos años voy pasando más mal que bien y al final tengo que repetir un curso. Lo achaco a la fuerza declinante de Angelo, el maestro hipnotizador, con su corazón infantil inaccesible y poético. Los primeros años me hizo inexpugnable. Y lo que más me irrita es que no sé por qué me falla ahora, por qué la voluntad de Angelo ya no puede imponerse a los demás. ¿Podría ser que el que mora en mi interior ya no tenga ganas de jugar el juego? ¿Que él, antes que el llamado Wilfried, haya comprendido que el aprecio de los demás carece de valor? El que se hace llamar mi padre echa mano de la correa al examinar mis apuros mensuales con profusos comentarios de los profesores. «¡Un cuatro en gramática francesa! ¡Un cero en folclore! ¡Álgebra... maldita sea!» Pero pasa por alto el rotundo nueve que he sacado en gimnasia. Excepcionalmente, no tengo ninguna dificultad para aceptar la gimnasia ni al profesor de gimnasia que, con una barba como la de un héroe bíblico, impera sobre el sudor, los límites del cuerpo y el miedo al fracaso. Pero ahí entra en juego un objetivo superior, un objetivo que mantengo oculto a los demás. Mi cuerpo, que todos consideran torpe, no es mío: hay otro cuerpo debajo, un cuerpo de ángel que debe ser fortalecido mediante el ejercicio. Pero ese nueve no tiene ningún valor para mi padre, lo que le importa es el francés. El dominio de la lengua francesa debería permitirme volar cada vez más alto con las alas mecánicas de la aceptación, para por fin poder aterrizar con un nombramiento vitalicio como funcionario de ese Estado que todos maldicen. Por lo demás, la correa de mi padre es simbólica. Jamás me ha puesto el culo al rojo vivo y, por otra parte, un chico de diecisiete años ya no es ningún crío. Así que su furia se transforma enseguida en melancolía. Opina que son tiempos difíciles. La guerra no tardará en estallar. La empresa de taxis para la que trabaja de contable está al borde del abismo. Las facturas se amontonan. La familia rica de mi madre considera que ya ha ayudado bastante, se acabó. Y rimando fastidiosamente con toda esa desgracia, tiene un hijo del que no puede

sentirse nada orgulloso. «Necesitas más mano dura.» La ira se la tolero, pero sus quejas y suspiros, la derrota que acepta sin oponer una resistencia digna de tal nombre, eso no. Me vuelve desconfiado. Un observador ajeno al asunto creería que mi madre es inmune a las idioteces de mi padre, pero advierto las manchas rojas en su cara, la exasperación. Está junto a la puerta de la cocina, secándose las manos con un trapo. Lleva la peluca un poco torcida o eso me parece a mí. Hace un año, un dermatólogo le recomendó que se rapara el pelo para poderse untar mejor el cuero cabelludo con la pomada negra que olía a petróleo que él le había recetado. Ella me ha confesado que tiene caspa, pero cree que irá mejorando poco a poco. Me dice que no hay nada que temer, que sigue siendo la misma. Pero aún tiene la peluca sobre la cabeza y casi nunca bien puesta porque el picor sigue atormentándola, lo que a su vez lleva a su marido al rechazo y a la desesperación. La necesidad, al menos según ella, de que me tome un vaso de leche caliente en ese preciso instante acaba de echar por tierra el triste sermón de mi padre. Todo parece dicho. Durante una semana no sucede nada. Pero justo en el momento en que espero que mi supuesto padre se haya convencido de que ya no tiene hijo, de que el ternero ya se ha ahogado y de nada sirve ya tapar el pozo, me dice que ha encontrado a alguien que me ayudará. Se llama Felix Verschaffel y vive en la esquina. Qué sencilla puede ser la vida, ¿verdad?

Una mañana de domingo a las diez estoy delante de la puerta de una tienda cerrada en la Plantin en Moretuslei, con mis libros de francés bajo el brazo y las rodillas frías. La puerta se abre y una atildada señora de unos sesenta años frunce sus labios pintados de rojo cereza y me pregunta si soy el hijo de Wils. El interior huele a cuero fino. Me pide que me quite los zapatos. Todo está escrupulosamente limpio. En algún lugar de la casa oigo graznar un papagayo (después me enteraré de que se llama *Gaspar*, un bicho del que es mejor mantenerse alejado). «Ve arriba, muchacho, mi hijo te está esperando.» La escalera cruje. Una puerta abierta arriba muestra un despacho con libros ordenados detrás de un cristal verde. El humo del tabaco flota como una niebla pantanosa. Llamo brevemente. «*Toc, toc* —oigo a continuación—, ça

*doit être le petit seigneur Wilfried, n'est-ce pas? Mais entrez, bonhomme, entrez.»* En un rincón, tumbado en un diván completamente raído, está Felix Verschaffel mordiendo una pipa. Me pide que le pase mis libros y me señala una silla. Lleva un traje marrón de tres piezas, sus ojos saltones delatan rabia y su barbita excepcionalmente bien cuidada le confiere al rostro un aspecto aún más feroz.

Va pasando una hoja tras otra, ora suspirando, ora sonriendo.

—¿Cómo se llama tu profesor? —me pregunta al final sin mirarme—. ¿Cómo? ¿Goetschalckx? El del Paardenmarkt, ¿verdad? ¿Cyriel, no es así? Me lo imaginaba. Una familia de *doscaras*. Su hermano se llama Robert. Abogado, por supuesto... Sólo hay dos cosas que hay que untar bien, ¿eh? Dime, maître Wilfried!: ¿qué es lo que hay que untar bien? Las ruedas de carro y a los abogados, *jeune homme*. Recuérdalo. Bueno, vamos a conversar todo lo posible en francés, ¿de acuerdo? Es decir: yo hablo y tú escuchas. Esto... —Tira los libros sobre una mesita auxiliar atestada de periódicos—. Esto no es francés. No respira. Si uno quiere dominar una lengua, debe saltar de cabeza en *la fleuve culturelle*. Debe empaparse los oídos de amor por la flexibilidad de esa lengua de cultura. No es porque amemos sinceramente nuestra lengua materna que no podamos tener una *maîtresse*. Deberías verte la cara. No has entendido lo último, ¿verdad? Te veo pensar: ¿habrá querido decir *maestra*? Una *maîtresse* puede hacer de maestra. —Barbita Feroz golpea sonriente su pipa apagada en el cenicero repleto—. Pero eso son vulgaridades y no vamos a empezar por ahí.

Busca un libro que tiene detrás y a continuación se sirve con la otra mano un licor violeta en un vasito diminuto. Lo llena hasta arriba sin que le tiemble el pulso. También yo, después de pasar unos cuantos domingos con Barbita Feroz, acabaré lleno hasta la coronilla de veneno embriagador. Sin mirarme, dice:

—Empezaremos con *Les Chants de Maldoror*, escritos por Isidore Ducasse, más conocido como el conde de Lautréamont...

Búscalo en tu ordenador, muchacho. O no, mejor déjame que te escriba el comienzo del libro. Traducido, se entiende, porque sospecho que la manzana nunca cae lejos del árbol y que por tanto tu francés en estos momentos será tan penoso como el mío entonces.

Quiera el cielo que el lector, animoso y momentáneamente tan feroz como lo que lee, encuentre sin desorientarse su camino abrupto y salvaje a través de las ciénagas desoladas de estas páginas sombrías y rebosantes de veneno...

En ese instante siento un bofetón en toda la cara. Angelo no da crédito a sus oídos y tanto él como yo lo sabemos: son mis campanas que repican al son de las palabras. Corre el año 1937.

Semanas después salgo una vez más de la Kruikstraat, donde vivo con mis padres en una casa destartalada, y me dirijo a la Plantin en Moretuslei, al estudio de mi taumaturgo.

—¿Cómo van tus notas, *jeune homme*?

—Mejor.

Los ojos saltones de Barbita Feroz forman unos espejos negros. No todo desaparece en su interior, pero lo suficiente.

—A mí no me engañas. Mucho menos *un coeur encore assez simple* como el tuyo.

Delatado por mi corazón que al parecer es demasiado simple. Me creo corrompido, pero por lo visto aún debo practicar la paciencia.

—He traído mi boletín por si quería verlo.

—Bravo. Ahora te creo.

Mi tartamudeo ha desaparecido de un día para otro. Se ha esfumado de pronto. Cuando pienso de nuevo en ese periodo, me veo como un caminante perdido que da vueltas por el mismo sitio. Barbita Feroz ha cortado las ramas bajas de los árboles y me ha mostrado un camino. No es más que eso. Puedo reanudar la marcha.

Me cuenta que estuvo con mi padre el sábado pasado. Vi a papá salir de

casa aquel día. No quiso decirme adónde iba, pero advirtió que volvería tarde. Mamá y yo nos miramos. Ahora resulta que estuvo en un pueblo de la región de los Kempen, junto a mi profesor *ad interim* y muchos otros hombres.

—Café Royal, ahí es donde estábamos.

—Bebiendo cerveza...

Suelta una risilla disimulada.

—Desde luego. Y también nos reímos mucho. Fue una velada especial que organizamos mis amigos y yo, en la mismísima guarida del diablo. Lamenté que no vinieras y así se lo hice saber a tu padre.

—Yo también lo lamento ahora.

—Todo el pueblo está lleno de casas bonitas. Tiene un aire inglés. ¿Sabías que hay una sinagoga allí? En medio de los Kempen... Se la han regalado a los israelitas. Llevamos a un cómico. La terraza estaba abarrotada. La de tonterías que llegó a decir aquel tipo, muchacho. Apareció con una enorme nariz postiza, justo como esos hombres. Nos meábamos de risa. El humor es un arma, amigo mío. Todos esos Salomones, Isaacs y no sé qué más oyeron retumbar nuestras risas hasta en sus refinadas pocilgas.

Barbita Feroz se golpea con fuerza la pierna derecha, hipando fuerte. Hasta tiene que sacar un pañuelo para secarse las lágrimas que se le saltan.

—Hubo un momento en que yo ya no aguantaba más. Tu padre tampoco. Más tarde le dije: «Jozef, debe empezar desde abajo. Eso es lo que hemos aprendido esta tarde. Mira a cuánta gente podemos movilizar». Y él no paraba de asentir.

—No me contó nada de lo sucedido.

—Sea como sea, se estaba haciendo tarde y teníamos que llegar a tiempo para coger nuestro tren. Así que muchos de nosotros nos encaminamos hacia la estación. De pronto veo algo tirado en el suelo. Era como un billete de tren. Lo recojo y... Espera, que te lo enseñaré.

Barbita Feroz se levanta de su diván, alcanza un trozo de papel y me lo entrega. De lejos parece verdaderamente un billete de tren, sólo que está impreso en un tipo de papel distinto. Burdamente escrito se lee: «¡Todos los lacayos de Hitler a Berlín en vagones de ganado de 4.<sup>a</sup> clase!».».

Me observa dándome tiempo a que lo asimile.



Su voz baja una octava.

—Habían inundado el andén con esos papeles. ¿Te das cuenta? ¡En nuestro propio país! Esos malnacidos las hicieron imprimir especialmente para nuestra velada, porque está claro que dinero no les falta. Vuelve a leerlo. «Todos los lacayos de Hitler a Berlín en vagones de ganado de 4.<sup>a</sup> clase...» Ahora ya sabes todo lo que hay que saber, ¿no? Eso es lo que quieren hacer con nosotros, eso es lo que nos desean todos esos masones, los bolcheviques y esos hijos de Judá de narices ganchudas. ¿Has oído hablar alguna vez en el colegio de la libertad de expresión? Bueno, pues aquí ya no existe.

Hunde con fuerza el dedo índice en el papelito que tengo en la mano.

—Con nosotros no. Ya lo verás. Con nosotros no.

¿Quiénes son las personas que nos rodean? Y, sobre todo: ¿qué función cumplen en nuestra vida? Me imagino que todavía no te habrás hecho esa pregunta. A tu edad, los amigos caen de las ramas de los árboles. Están ahí y punto. Al menos, espero que así sea en tu caso. Espero que celebres la vida con tus amigos, incluso sin darte cuenta de que lo haces. Pero mi grupo de amigos se ha visto drásticamente reducido, casi todos están muertos y enterrados, y mi familia, ya lo sabes de sobra, me considera una maldición. A veces creo que el mundo entero le grita a Wilfried Wils que aquí ya no hay ningún lugar para mí y que mejor haría muriéndome. Pero admito que esos sentimientos surgen después de haberle dado un buen tiento al Calvados. No quiero saber nada de asilos, eso lo sabes también. Pero antes de que pienses que me han abandonado por completo a mi suerte, querría tranquilizarte. Tu procreador de tercer grado tiene a una enfermera a su disposición. Lo llaman atención domiciliaria, y ella por su parte se llama Nicole, una mujer fuerte y robusta en la cincuentena. No, no la necesito para que me limpie el culo o me meta en la bañera. La mujer cocina bien, me hace la compra y, si no le ladro enseguida, canta en la cocina. A veces, cuando canta, cierro la puerta de mi estudio de un portazo. «¡Basta ya!», me oigo gritar a mí mismo de vez en cuando, porque lo mejor que puede hacer un viejo cabrón como yo es parecer amargado y rezongón, es casi lo que se espera de él. Pero la semana pasada,

cuando aún no había empezado a nevar y una fuerte lluvia golpeaba los cristales, la oí cantar y por primera vez no me irrité. Con ternura y sin rastro de tristeza cantaba *La bohème* de Charles Aznavour. Ese nombre no te dice nada, ¿verdad? No hace falta que lo busques, es un viejo tostón que no te gustará. La canción va sobre el propio Aznavour cuando estaba en París sin un céntimo en el bolsillo, pero ¡ay, qué feliz era! Canta que por entonces era joven y hacía locuras con sus amigos. En la televisión que Yvette y yo acabábamos de comprar, lo vimos cantar la canción con el puño cerrado y un pañuelo blanco en la otra mano. Sea como sea, al oír esa canción me pregunté por primera vez qué función cumplía Nicole en mi vida, aparte de limpiar y fregotear y ponerme cada mañana una taza de infusión de hierbas en las narices. Esa pregunta me alegró, muchacho, porque es muy probable que ella sea la última persona que cumple alguna función en mi vida que todavía no he descifrado por completo. A todas las demás personas que se han cruzado en mi camino las he podido ir situando en el tablero de ajedrez a lo largo de los años como un jugador fanático que vuelve a colocar las piezas para revivir la partida de lo que unos y otros han significado para él. El juego de ajedrez hace mucho que terminó, sólo quedan ya los recuerdos; con eso quiero decir en realidad que mi vida ha dejado de ser ya tan complicada. Pero la canción que cantaba Nicole sobre aquellos artistas bohemios me hizo pensar que aún me queda una partida por jugar, aunque se trate de un juego mucho más sencillo. Uno que, por ejemplo, se juegue con un dado y dos fichas como en el juego de la oca. Con eso me doy por satisfecho. Mientras juegas, el tiempo te clava menos garras en el cuerpo.

Ese disco de Aznavour sale a mediados de los sesenta. Para entonces estoy en el tranvía 4, como dicen por aquí. Un hombre de unos cuarenta y cinco años. La primera vez que oigo esa canción no estoy con Yvette sino jugando al ajedrez con Lode. Estamos en el café Terminus de la Statiestraat, cerca de la Koningin Astridplein, donde pasamos mucho tiempo juntos. En el local hay una gramola. Un cliente tras otro van echando monedas para escuchar *La bohème*. Todos se la saben de memoria y siempre hay uno que canta a voz en

cuello: «*Je vous parle d'un temps que les moins de vingt ans ne peuvent pas connaître!*». Tras lo cual, los demás, que ya están un poco achispados o en camino de estarlo, corean: «*La bohème, la bohème. Ça voulait dire on est heureux... La bohème, la bohème. Nous ne mangions qu'un jour sur deux...*». Y, en fin, lo he tachado de «viejo tostón», pero en ese momento la canción hace algo con los tipos como nosotros. Nos pone tristes e incontrolables, y nos reímos de nuestra entrega al cantar a pleno pulmón. En ese momento ya hay algo irreparablemente roto entre nosotros, algo de lo que los hombres no suelen hablar entre ellos, algo que tiene que ver con el resentimiento. Lode sigue siendo un hombre apuesto, aunque se aprecien los estragos causados por el ocasional exceso de alcohol. Aunque lo mismo podría decirse de mí y de la mayoría de nuestros colegas. Sin embargo, estamos en la flor de la vida, como suele decirse. Él trabaja en la policía de extranjería, yo en la brigada antivicio. A él lo llaman a sus espaldas Lode el Toro, mi apodo es Mono de peluche. Pero eso no tiene la menor importancia. Jugamos al ajedrez todas las semanas porque somos cuñados y lo que hay entre nosotros lo disputamos sobre el tablero. Estamos unidos sin que ninguno de los dos pueda hacer nada al respecto, como dos pastores belgas que pasan todo el tiempo atados con la correa a una caseta sin que su amo les conceda jamás un paseo. Pero no aullamos a la luna, sino que jugamos al ajedrez y nos tomamos una copa. Eso nos basta. No, fingimos que nos basta, aceptamos el juego.

Casi treinta años más tarde, Lode me pregunta cómo andan las cosas por casa y yo me encojo de hombros. Estoy más interesado en el alfil que él acaba de adelantar y que, junto a la torre que había movido antes, me está amenazando la reina sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Tendré que darme por vencido y eso me pone de muy mal humor. Aún seguimos repitiendo este ritual una vez por semana y cada vez sigo siendo demasiado cobarde para inventarme una excusa que me permita escaquearme.

—¿Cómo está ella? Nunca me cuentas nada.

—Se pasa todo el santo día lloriqueando encima de la cama.

Le como el caballo con el alfil y con un suspiro él me arrebató la reina

con la torre, una jugada que —oh, fuente de ira— se queda sin castigo.

—¿Es que no lo habías visto? —me pregunta.

—Pues claro que lo he visto, no te jode, pero no había nada que hacer. Además, no sé si lo sabes, pero la partida no se gana haciéndole jaque mate a la reina del contrario.

Por supuesto, mi voz suena demasiado irritada, demasiado dolida, como la de un niño pequeño. No sólo me humilla, sino que además debo recalcar esa humillación.

—Wilfried, tu nieta ha desaparecido. Yo también estoy afectado. Entiendo que Yvette esté destrozada. Pero tú...

—Yo estoy en ello, Lode. No sufras. Estoy en ello.

—¿Estás en qué?

—Tiene veintiún años. Ya sabes cómo es. Está haciendo locuras constantemente. Seguro que dentro de poco nos llamarán por teléfono para decirnos que la han encontrado por ahí o que ha tomado drogas o que está con algún tipo en las Ardenas. ¿Qué coño quieres que te diga?

—Es un caso aparte. Pero tú te llevas bien con ella, ¿no?

—Tú también, según creo.

Lode enciende un cigarrillo y me mira:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Le encantan los abuelos como nosotros. Me he enterado de que ha ido a verte algunas veces.

—Eso fue por sus estudios. La ayudé un poco. Oye... ¿Qué te ha entrado de pronto?

Mientras escribo esto, mi querido muchacho, esta conversación sobre tu tía sucedida tantos años atrás, vuelvo a oír a aquel armenio con su melancólica canción. *La bohème, la bohème*, éramos jóvenes, éramos locos.

Y entonces veo que Lode también la tararea, su mano hace un grácil movimiento acariciante sobre el tablero marcando el compás como un director de coro afeminado, mientras piensa cómo puede joderme otra vez con la torre o el caballo. Siempre juega a la defensiva, esperando a que yo ataque su línea con toda mi furia. No es una partida de ajedrez seria, pero, como ya te he escrito aquí, entre nosotros dos no va de eso.

Levanto la mano para pedir algo más.

Con la mirada fija aún en el tablero, me dice:

—Invito yo. A fin de cuentas es mi cumpleaños.

—Joder —musito—. Se me había olvidado por completo.

Él me mira. Sus ojos azules se están hundiendo en una creciente selva de arrugas. Pero ahora ya no atisbo ni rastro de cinismo en su mirada.

—¿Todavía te acuerdas? —exclama.

Es miércoles, 19 de febrero de 1941.

—¡Ah, ahí estás! Menudo tiempesito, ¿eh? ¡Corre, entra! —dice Lode mientras me abre la puerta de par en par para que pase.

Me conduce por la escalera que hay junto a la carnicería de sus padres en la De Coninckplein, hasta el piso donde vive con ellos. Ayer me dijo que iban a celebrar una fiesta en su casa y me preguntó si me apetecía pasarme. Hace unos seis meses que nos conocemos, nos vemos casi a diario en la comisaría y de vez en cuando nos vamos a tomar una cerveza juntos, y sin embargo su invitación me pilla un poco por sorpresa. Los dos vivimos aún con nuestros padres, pero a mí jamás se me habría pasado por la cabeza invitarlo a mi casa. Mi padre lleva ya un tiempo insufrible porque no tiene trabajo y mi madre con su peluca y esa posesiva preocupación suya... Prefiero no llevar a nadie. Así que por un segundo dudé de aceptar la invitación por miedo a sentirme obligado a invitarlo yo también. Pero la carne escasea y uno no rechaza así como así una fiestecilla en casa de un carnicero, suceda lo que suceda después.

Su madre está en lo alto de la escalera. Es la clase de persona que te hace sentir cómodo desde el primer instante, una de esas madres de brazos carnosos y una risa que amenaza con brotar en cualquier momento, una risa que le hace temblar las carnes.

—Vaya, ¿otra vez está lloviendo? —dice—. Quítate la chaqueta.

Le doy mi gabardina y me paso las manos por el pelo empapado. La sala de estar es oscura pero acogedora. Aún hay luz afuera, pero las recias cortinas de las ventanas ya están echadas. En la esquina izquierda hay un sillón vuelto

hacia las cortinas. Volutas de humo salen despedidas hacia arriba y oigo el crujido de un periódico. Al otro lado, la sala está dividida en dos por unas puertas correderas de vidrio que están cerradas y detrás de las cuales se ve una luz amarilla. De la cocina colindante salen los alentadores olores de un festín inminente.

—Hay vino.

Lode me guiña el ojo y me muestra el sacacorchos con aire triunfal.

—¡Yvette! —grita su madre desde la cocina—. ¡Pon los platos en la mesa! El amigo de Lode ya está aquí.

Se oye un chancleteo y las puertas correderas de vidrio mate con burbujas se abren.

—Te presento a mi hermana, Wilfried, ésta es nuestra Yvette.

Tiene el pelo negro como su hermano y los mismos ojos azules. Se ha pintado los labios de rojo y lleva un vestidito más bien de verano de color blanco hueso con las mangas abullonadas que le llegan hasta la mitad de los antebrazos y con un estampado de rayas moradas y negras. Lleva un cinturón de charol negro. Es delgada, no, más bien nervuda, un cuerpo de nadadora. Te presento a tu futura bisabuela, muchacho, en toda su encantadora gloria de entonces...

Le tiendo la mano.

—Buenas noches, Yvette.

Ella me mira sonriente y dice:

—Bueno, ¿dónde está tu regalo?

—Uy... No sabía nada.

—¡Pero será posible, Lode! —le da una palmada juguetona en el brazo a su hermano, que está intentando abrir la botella de vino—. ¿Es que no se lo has dicho?

Lode deja la botella y por toda respuesta le da un empujón de broma.

—Mi compañero acaba de llegar y ya empiezas. ¿Pero qué modales son éstos?

Intenta agarrarla y hacerle cosquillas.

Ella se zafa de él y me dice con un gritito:

—¡Es su cumpleaños, listillo! Lode cumple veintiún años. Un adulto, por

fin, bueno, eso es lo que se cree él. Basta. ¡Suéltame ya!

De repente me entran sudores. Es su cumpleaños y ahí estoy yo con las manos vacías.

Los dos hermanos siguen bromeando y no me prestan la menor atención. Yo los miro y no sé qué hacer. Del sillón que está vuelto hacia las cortinas sale al fin una sonora maldición.

—¿Podéis parar ya?

—Mi padre —susurra Lode riendo, y se lleva un dedo a los labios.

Voy hasta el sillón.

—Buenas noches, señor.

Un hombre con las orejas de soplillo, un bigote sobre su labio leporino y el pelo ralo acepta la mano que le tiendo y no la suelta.

—Wils, según creo.

—Wilfried Wils. Buenas noches.

—¿No serás hijo del barbero de la Rotterdamstraat?

—Venga ya, papá —le dice Lode—, si fuera así, lo habrías visto antes, ¿no? ¡Está al otro lado de la plaza!

—No, señor —le digo—. No soy hijo del barbero.

—Alabado sea Dios... —gruñe el carnicero, y me suelta la mano y parece algo más tranquilo—. Bueno, cenaremos rollitos de carne. ¡Yvette, ¿quieres hacer el favor de poner ya los platos y los cubiertos en la mesa?! Lode, sírvele una copa de vino a tu invitado.

Que sepas, muchacho, que en aquel momento yo sentía muy poco interés por el amor carnal. Me parecía un contrato que uno firma, nada más. No me imaginaba aún en una cama toqueteando a otra persona. Me toqueteaba a mí mismo sin ningún pudor y con eso me bastaba y para ello ni siquiera se me ocurría soñar con una mujer que hiciera todo lo que yo quisiera. Y no, tampoco necesitaba el cuerpo de un hombre para correrme de pie delante de la ventana de mi sofocante habitación. ¿No es eso lo primero que se te ha ocurrido al leer estas líneas? Yo tenía la cabeza en otras cosas que no voy a contarte. Y antes de que se te ocurra pensar de nuevo que en aquella época

todos nos dejábamos humillar bajo la cruz de la ley y el precepto, debo volver a poner freno a tu imaginación. Mis padres jamás fueron chupacirios; mi padre en especial sólo sentía desprecio por aquellos plañideros de iglesia que dormían devotamente con las manos sobre las sábanas y que consideraban al portador de la sotana de detrás del altar como su despiadado guía en la zoología de los deseos. Mi padre era un librepensador, pero lo mantenía de puertas adentro por el obstinado convencimiento de que no le incumbía a nadie más. Visto en retrospectiva, resultó ser un cazador, pura sangre. Podía pasarse días emitiendo poco más que gruñidos, pero si se trataba de mujeres, rara vez conseguía mantener la boca cerrada. Aún le oigo decir como quien no quiere la cosa y con mi madre delante:

—Lo primero que un joven como tú debe hacer en un baile es mirar con calma. No vayas directamente a la barra a por una cerveza. Y tampoco saques a bailar a la primera de turno, porque antes de que te des cuenta tendrás que pasarte el resto de la velada con alguien con quien deberás seguir siendo atento pero a la que en realidad no soportas. No, Wilfried, lo primero es mirar, siempre mirar. ¿Dónde están las oportunidades? ¿Cuál de ellas tiene la postura correcta? Porque una mujer que no va bien erguida... Mira a tu tía Emma, ¿va bien erguida? ¿De dónde crees tú que le vienen todos esos problemas de estómago? Yo no digo nada, no me malinterpretes. Pero la postura sólo es una cosa. Otra es...

Ahí lo interrumpió mi madre.

—Jozef, ¿crees que esto es necesario ahora?

Él contuvo el aliento y finalmente dijo:

—La otra cosa es el deseo. En eso puedes entrenarte. Puedes olerlo.

Me gusta evocar ese recuerdo, por cierto, fue la única vez que no vi a mi padre como una figura siniestra en una conjura que tenía por objeto hacer de mi vida una prisión. ¿También tú te sientes encerrado? Si es así, debes saber que es una prueba de sentido común.

Yvette me estudia mientras en la mesa hay una fuente con un montón de rollitos de carne brillando en su salsa. Si hablamos de caza, en esos



momentos yo soy su presa, lo que mi padre vería sin duda como el mundo al revés. Lode ha calado enseguida a su hermana y eso le divierte. La madre no para de servir más comida y el padre es quien lleva la voz cantante. Lo tosca que es su complexión y lo afilada que resulta su técnica de conversación, como los cuchillos con los que despieza la carne en su obrador. Ni a la mujer ni a la hija se les permite hablar. El carnicero me pregunta por mi padre, qué hace para ganarse la vida. La palabra *comtable* le inspira desconfianza. Una vez cerrado ese capítulo, me habla como por casualidad de un desfile que vio unos domingos atrás: todos eran chicos de aquí, vestidos con un uniforme negro marchando detrás de una bandera y rodeados por una multitud. Lode quiere meter baza, pero basta una mirada de su padre para dejarle claro que no es necesario. A continuación hablamos del rey, que se ha quedado en el país, y del gobierno, que no parece muy dispuesto a regresar después de haber huido a Londres. Digo que no entiendo mucho de política. Masticando despacio un rollito de carne, el padre evalúa mi mirada, igual que su hija. Está claro que quiere saber cómo me posiciono, si simpatizo con los alemanes o no. Pero lo hace con tanta cautela, que a mi vez intento averiguar en qué bando está él. ¿Conoces ese chiste sobre cómo hacen el amor dos erizos? Poquito a poco y con mucho cuidado. Un chiste malo, lo sé. Mientras tanto, yo me como la carne con la misma cautela que una monja con hábito blanco, porque sospecho que, si me mancho, la omnividente de Yvette estallará en carcajadas. Noto las axilas sudorosas al ver que un guisante ha aterrizado accidentalmente al lado de mi plato. Y el padre de familia que no para de hablar. Que si he leído tal cosa en el periódico y que qué me parece, o que si tenemos una radio en casa. A propósito de esto último le digo que a mi padre le gusta escuchar a Beethoven. Un auténtico disparate, por supuesto, pero es Angelo en mí quien lo cree oportuno, que imagina tener a un padre que en botas altas está pescando en la *fleuve culturelle*, como habría dicho Barbita Feroz.

—Beethoven... —dice el padre, pensativo.

—El compositor... —añade Lode.

La mirada que le dedica su padre vuelve a hacerlo enmudecer.

—La música serena los ánimos —me apresuro a decir yo, y veo que

Yvette ahoga una incipiente carcajada en su servilleta.

—La mayoría de la gente se adapta... —concluye el carnicero astutamente.

Lode ha vuelto a olvidar su temporal voto de silencio:

—*Kanonenfleisch! Wir sind Kanonenfleisch!*[6]

En sus ojos veo a lo que se refiere o, al menos, eso creo. Después de que escoltáramos a la familia Lizke hasta la Van Diepenbeekstraat aquella fría noche de invierno, tanto él como yo hemos corrido un tupido velo sobre el asunto. Fue una coincidencia que pasáramos juntos por aquello, que los Feldgendarmes nos reclamaran a los dos a la vez. Por lo general, dos auxiliares de policía jamás salen juntos a patrullar. De modo que no sé qué otras experiencias habrá tenido Lode después de aquello y él tampoco sabe nada de mí. Entre tanto han sucedido algunas cosas. Por ejemplo, en enero tuve que escoltar a algunos «vagabundos de pura raza» con un colega más veterano. Ése es el término oficial para referirse a los gitanos —nosotros los llamamos bohemios—, y éstos habían sido lo bastante tontos como para presentarse en la oficina de extranjería de la Steenhouwersvest y pedir un permiso de residencia temporal. Pasma general. La policía de extranjería nos hace una llamadita a nosotros, nosotros les hacemos una llamadita a los alemanes (efectuado por nuestro inspector) y, hala, a la Van Diepenbeekstraat. En esa ocasión no hubo incidentes dignos de mención. Esos bohemios apenas se enteraban de nada. Mi colega comentó riendo que en su opinión los hombres iban borrachos, y es posible que así fuese. Lo que quiero decir con esto es que se ha convertido en algo casi rutinario. Todo el mundo calla. En cualquier caso, se oyen pocas quejas y la mayoría mantiene la cabeza gacha; al fin y al cabo, uno no siempre sabe en qué bando está el otro. En la calle me he enterado de que en algunos barrios ponen juntos a los polis con simpatías alemanas cuando reparten las tareas. No tengo ni idea de si eso sucede realmente, en nuestro caso al menos no es así. Por descontado que los pocos proalemanes expresan abiertamente sus preferencias, pero el resto calla, como si existiese un acuerdo tácito para no complicarse la vida

mutuamente. Y además: prevalece la amenaza, la amenaza de la traición. Pronto te das cuenta de que incluso el colega más cordial podría poner en apuros a una persona indiscreta, y eso es algo que Lode sabe también, porque no tiene un pelo de tonto. Pero sentados a esta mesa queda muy claro que el asunto de Lizke aún le ronda por la cabeza.

Yvette pregunta si no deberíamos hacer un brindis, ella ya ha levantado su copa. Su padre se limpia la boca en señal de conformidad. Brindamos y le deseamos salud a Lode.

—¡Y una novia! —exclama el agasajado.

—Contente un poco —decide el carnicero.

Yvette me mira y se señala discretamente la barbilla. Tengo un poco de salsa en la mía. Me pongo colorado.

Al llegar a casa no es Beethoven lo que suena en la sala de estar. Mi padre está ahí sentado, castrado. Mi trabajo es el que mantiene a la familia y mis primeros pasos hacia otra vida, por muy lejana que pueda parecer ahora, lo llenan de una profunda envidia. Además tenemos visita. Tía Emma, que nunca se sienta derecha y que, según mi padre, por eso tiene problemas de estómago, ha venido a vernos. Está tomando una copita de licor con mi madre, su hermana. Ella posee lo que le falta a mi madre: encanto, la alegría de la casa.

—¡Dichosos los ojos que te ven, muchacho! —exclama—. ¿No vienes del trabajo? ¡Con lo que me habría gustado verte con el uniforme puesto!

Ya te he contado que mi madre desciende de gente distinguida, y tanto ella como su hermana representan el declive de ese linaje adinerado. Mi madre se casó por debajo de su condición (no es casualidad que eso amargue sobre todo a su marido), y la tía Emma se soltó la melena con un banquero divorciado durante los años veinte, lo que le costó el favor de sus padres. No la vemos mucho a pesar de que vive cerca. Nuestra casa está en la Kruikstraat, que va a parar a la Boeystraat, que a su vez desemboca en una

avenida transversal llamada Van den Nestlei, donde mi tía vive en la casa de una familia rica. «Judíos —me ha confiado mi padre—. Tu tía está ahí día tras día haciendo lo que esa gente le pide.» O sea que es una sirvienta, lo que al parecer no representa un obstáculo para su *joie de vivre*, antes al contrario: lleva con mucho gusto la ropa que «su señora» ya no quiere y que a ella siempre le queda impecablemente.

Le pregunto cómo anda su estómago. Mi tía se lleva la mano a la barriga y me mira sorprendida. Mi padre se hace el despistado.

—¡Tengo un estómago a prueba de bomba, cariño! No te imaginas lo que cocino para los míos y que también yo me como sin problema.

—Se está haciendo tarde —dice papá.

Tía Emma se vuelve hacia mi madre:

—Pero aún no he tenido tiempo de contarte por qué estoy aquí.

—Adelante —dice mi madre—, dilo rápido.

Le brillan los ojos.

Tía Emma toma un sorbito de licor, por lo que su voz suena más trascendental.

—Con la mala suerte que he tenido en la vida, me parece más que justo que mi familia sepa cuándo me van mejor las cosas.

—Has ganado algún premio —bromea papá con avidez, porque ahora también se ha despertado su curiosidad.

—Mucho mejor que eso... —puntualiza mi tía—. Tengo un nuevo amante.

—¡No hablarás en serio! —exclama mi madre incrédula.

—Y no es un cualquiera. Se llama Gustav y es oficial de las SS.

—*Wo sind die Kanonen?*<sup>[7]</sup> —susurro yo; nadie se percató de ello.

—Emma, nena... —la voz de mi madre suena tranquila—, ¿no deberías andarte con cuidado? Puedes perder tu trabajo.

Se dice que un hombre piensa en el sexo cada pocos minutos. Es posible. Supongo que tú podrás confirmarlo, ahora que estás en pleno crecimiento bastará con que una mujer mire en tu dirección. A veces parece como si

intentasen convencernos de que seguimos llevando dentro a un animal, el animal que quiere aparearse, y tal vez detrás de eso se esconda una profunda desesperación. Al fin y al cabo, hay otros apetitos tan fuertes como ése o más que no sé si han sido investigados ya. El deseo de normalidad, por ejemplo. Vivir en tiempos de guerra es algo excepcional; todo cambia, la ciudad se deja poner otra máscara. Es el impacto de la novedad. Cuando una persona se convierte en padre o en madre después de un poco de sexo, todo el mundo le advierte: cuidado, porque ahora será distinto. Hacer niños no tiene nada de especial hasta que llega el día en que miras una cuna con una criatura a la que todo el mundo espera que te acomodes. Todos a tu alrededor fingen que se trata de lo más normal del mundo, pero tú no lo sientes así. Todos alrededor de esa cuna repiten que deberías estar contento de tener un hijo sano y que con eso basta. Lo mismo sucede cuando una ciudad está ocupada por otros aros y otras costumbres. Después del impacto, la mayoría quiere fingir cuanto antes que todo ha vuelto a la normalidad, que la vida sigue y que uno debe adaptarse, tal y como me dijo el padre de Lode. Límitate a seguir con lo que estabas haciendo y lo demás vendrá por sí solo. La ciudad está llena de banderas y de uniformes, y los cafés, atestados de soldados. Todo es normal. En tiempos así casi se puede oler el deseo de normalidad. La capacidad de adaptación de la gente es admirable. En el cine ya no ves a estrellas de Hollywood, pero no importa porque esas películas alemanas son casi igual de entretenidas. Hay risas, hombres que persiguen a las mujeres y se ponen románticos, asesinatos que hay que resolver cuanto antes y de vez en cuando la bella Zarah Leander canta una canción en la pantalla que hace que las mujeres echen mano del pañuelo. Siempre he sido un apasionado del cine. Estoy en el Scala de la Anneessensstraat. Presenta la película un individuo de la Volkswering, la organización por la defensa del pueblo, a la que se ha unido Barbita Feroz. Su discurso es patético. Nos habla como si fuésemos unos pardillos que no se enteran de nada. Debemos abrir los ojos a la realidad. Los israelitas son un veneno. Bah, todo el mundo es un veneno, pienso yo en ese momento, ¿cómo es que ese hombre de gestos ampulosos y voz inflamada no lo ve? El veneno es justamente ese deseo de normalidad, la hipocresía que trae consigo, y la moralidad de esclavo que alberga cada uno.

Pero Barbita Feroz me ha recomendado esa película, así que me quedo sentado. Se trata de una película de pelucas con preciosos decorados que habrán costado un dineral. Una peluca suprema con bigotito y barriga cervecera recibe el título de duque. Pero necesita dinero, muchísimo dinero para mostrar que su estilo de vida se corresponde con el de un duque y peluca suprema. Ese dinero lo recibe de un israelita que tiene joyas y oro a espuestas. Éste se quita la barba y los tirabuzones y se pone una peluca para poder entrar en la ciudad, donde en realidad aborrecen a los de su clase. Me divierto con la encantadora crueldad del actor que interpreta el papel del israelita. Se convierte en el consejero de la peluca suprema y pronto se hace cargo de todo y expolia la ciudad con recaudaciones e impuestos. Los que se oponen son torturados y ahorcados, las mujeres que no se pliegan a sus deseos son chantajeadas y violadas. Pero el pueblo se rebela. Al final el israelita debe pagar por sus fechorías, la peluca suprema sufre un infarto y le dice al pueblo liberado que lo sucedido es una advertencia. Telón. Aplauso y algunos gritos más. ¡Fuera los judíos! Todo el mundo a casa, a seguir con la normalidad.

—¿Qué tal la película?

Barbita Feroz toma los poemas de Rimbaud que me había prestado y me pide que me siente. *Gaspar* el papagayo no está de buenas. Oigo sus graznidos desde el piso de arriba.

—Tiene cólico —aclara Barbita Feroz.

—Era muy entretenida —digo.

—¿Había mucha gente en la sala? ¿Cómo reaccionó el público?

—Se oyeron algunos gritos.

—Sé que dentro de ti se esconde un hombre que desea que las palabras vayan acompañadas de hechos. Gritar no basta, en eso estamos de acuerdo, pero se trata de ir sembrando semillitas que pronto darán sus frutos. ¿Me entiendes?

Yo asiento por la fuerza de la costumbre.

—¿Qué te ha parecido nuestro amigo Rimbaud?

—Magistral.

No miento. Deberías leerlo alguna vez, muchacho, aunque sea traducido. Esos poemas harán que la cabeza te dé vueltas. Qué fuerza. Una fuerza avasalladora.

Es evidente que a Barbita Feroz le complace mi entusiasmo.

—Estoy contento, muy contento. Me alegro de poder contribuir a que alguien como tú conozca otros mundos, aunque hayas terminado tu escolarización, temporalmente, espero. Por cierto, ¿sabías que también llegué a conocer a tu abuelo? ¿Te lo había dicho ya? Aún me parece verlo sentado en el café Old Dutch, frotándose el bigote y mirando el billar. No tenía ninguna cultura, *si tu me permets*. Pero piensa en los saltos que ha experimentado tu línea paterna. No olvides nunca de dónde procedes. Tu abuelo era un granjero, tu padre, un contable y ahora tú eres un auténtico intelectual para quien el francés apenas tiene secretos. Debes saber que representas la modernidad. Eso es lo curioso del progreso: se interioriza a través del linaje. Ya no somos lacayos, ¿entiendes? Hay latente... —Barbita Feroz se frota el índice y el pulgar, buscando la flecha adecuada que debe disparar a la diana de mi corazón—. Poesía enaltecida. Piensa en Rimbaud, a quien admiras igual que yo. ¿Quién era su padre?: un capitán que apenas se ocupaba de su prole. ¿Su madre?: la hija de un granjero. Él la llamaba «La Mother». Exquisito, ¿no crees? Y de ahí surge ese joven, por pura fuerza de voluntad. Su talento corta como una navaja todo el lastre hereditario. «*Arrière ces superstitions, ces anciens corps, ces ménages et ces âges. C'est cette époque-ci qui a sombré!*» ¿Qué dice Rimbaud con estos versos? Que se acabaron todas las estupideces del pasado, que el tiempo en el que él vive ha ahogado todo eso. Vivimos en un tiempo parecido, Wilfried. Un tiempo de aceleración, de elecciones radicales. Tú también lo sientes así, ¿verdad? No es palabrería esotérica; lo hueles, un joven sensible como tú lo respira con cada bocanada de aire.

*Gaspar* vuelve a lanzar un graznido desgarrador.

—¡Ya basta! —oigo gritar a la madre de Barbita Feroz con poca delicadeza.

Silencio. Es probable que haya tapado la jaula del pájaro con alguna tela.

—¿Tienes algo que hacer el Lunes de Pascua?

—No —respondo—. Tengo fiesta.

—Ven al cine Rex de la Keyserlei. Sobre las diez. Yo me encargo de las entradas.

14 de abril de 1941. El llamamiento para que llegue la primavera sigue sin obtener respuesta por el momento y eso pone de muy mal humor a algunas personas. Con buen tiempo, una ciudad parece menos ocupada. Es Lunes de Pascua por la mañana y no hay mucho movimiento por la calle. Sólo en la puerta del cine hay un grupito de personas, entre ellos Barbita Feroz, que va vestido de punta en blanco y no parece afectado por el frío. Sus ojos saltones se agrandan más aún de alegría al verme llegar.

—¡Wilfried! Me alegro de verte. Voy a presentarte a alguien. Señor Verschueren, éste es Wilfried Wils, el joven del que ya le he hablado.

—Encantado —dice el abogado—, y llámame Omer.

Tiene los brazos cortos y una rotunda barriga. De su cabeza calva brota un vozarrón grave que parece emerger de las profundidades de ese cuerpo compacto y resuena como salido de unas catacumbas. Le brillan las uñas y huele vagamente a jazmín. La gente de alrededor lo mira con admiración. El grupito de personas se convierte en una muchedumbre. Hay pocas mujeres, la mayoría son hombres de mirada resuelta, y es evidente que algunos han celebrado la Pascua por todo lo alto. Muchos de ellos van bien vestidos, como el clásico funcionario de rango medio o el comerciante acomodado con su traje de domingo. Pero también reconozco a un par a los que he detenido. Uno de ellos, por ejemplo, causó grandes destrozos en un café cerca de la Carnotstraat porque, según dijo, una puta se había burlado de él. Tuvimos que separarlo de ella entre tres. Ahora me lanza miradas huidizas. Nada que ver con la insolencia que demostró hace un mes: me aseguró que tenía sus contactos y que las cosas no iban a quedar así. Mis colegas me dejaron hacer cuando le descargué varios puñetazos en plena cara, hasta que soltó a la mujer que tenía debajo y empezó a lamentarse. A ella la mandamos al hospital a pesar de sus ruidosas protestas, y nos quedamos esperando un rato



más con él. Veo que ya no tiene los puntos encima del ojo; debería haberle atizado más fuerte. Supuse que eso me costaría alguna amonestación, o tal vez algo peor, pero mis colegas me apoyaron en la comisaría y el asunto quedó zanjado.

—Eres demasiado impetuoso —me señaló Jean, mi colega más veterano—, no deberías malgastar tus fuerzas con esa escoria. Ese tío del café estaba con el culo en pompa. Hubiera bastado una buena patada en los cojones.

Lo acepto porque viene de él. El tipo es un pendenciero con visión táctica. Ya te contaré más cosas de él después.

—Mi camarada dice que eres un hombre de letras...

Omer me mira desde detrás de sus ojeras y frota rápidamente las yemas del pulgar y el índice como si quisiera indicar que el amor por la literatura y el ansia de dinero van de la mano. Pero no va de eso. Va de sensibilidad, de tener ojo para el matiz, de ser un hombre de mundo.

—Yo también soy un gran lector —prosigue—. Leo las tragedias griegas en versión original.

—Enhorabuena, maestro. Para mí eso es apuntar demasiado alto.

—Lo que hoy no se puede, quizá se pueda mañana, joven. Y llámame Omer, no lo diré por tercera vez.

Más tarde todos dirán que el cine estaba hasta los topes, pero no es cierto: sólo hay dos tercios de los asientos ocupados. Reina una peculiar indeterminación en la sala. Años más tarde me invitaron al estreno de una película autóctona donde se percibía algo parecido, una expectación que no tenía tanto que ver con el filme en sí como con lo que venía después: una espléndida recepción con abundante bebida. Y al igual que en esa película de la que te he hablado, ahora también tienen que hacer una presentación, que corre a cargo de un abogado que, según me susurra al oído Barbita Feroz, «antes ganaba mucho dinero con los israelitas, hasta que a él también se le cayó la venda de los ojos». Como ya sabes, él no tiene demasiado buen concepto de la abogacía (hay que untarlos bien, como las ruedas de los carros), así que me sorprende que algunos de ellos se cuenten entre sus

amistades.

En el papelito que han repartido antes pone: «El Volkswering se define a sí mismo como un movimiento de lucha para la defensa de la sangre y la tierra», como si se tratara de una empresa especializada en obras de sótanos y apuntalamientos de techos en mal estado. El discurso es deplorable. El hombre se cree que está en un tribunal lleno de jueces sobornados. Son zalamerías en la línea de «Todos nosotros sabemos que...» y «Así también nos sentimos todos deshonrados...». Se oyen algunos murmullos aprobadores y un «¡Bien dicho, maestro!» algo impaciente.

La película es lamentable. Comparada con la historia de las pelucas, esta última parece una absoluta obra maestra. El supuesto documental muestra que debajo de cada israelita, por muy vestido a la occidental que vaya, se esconde una rata que parasita todo lo bello y puro, con lo que naturalmente se está refiriendo a los que se encuentran en la sala. «¡Dan ganas de vomitar!», grita alguien, y no se refiere a la calidad de la película sino a lo que en ella se vende como verdad y que a él le provoca una indigestión de horror.

En la penumbra, Barbita Feroz ha leído la expresión de mi semblante, y sin que yo le diga nada me susurra que en efecto la película es bastante cruda, pero que está basada en hechos reales porque son imágenes sacadas del gueto de Varsovia y que no me vaya yo a creer que todo ese asunto está trucado.

—Así es como están ahí las cosas de verdad —concluye antes de que alguien de detrás le chiste para que se calle.

Aún no han terminado los créditos y alguien grita que ya ha tenido «bastante».

Otro se suma a él y vocifera: «¡Judíos, fuera!».

«¡Malnacidos!»

«¡Hasta aquí hemos llegado!»

Quiero ponerme de pie, pero Barbita Feroz me agarra de la muñeca y guiñándome el ojo me dice que, dada mi posición, quizá no es necesario que presencie el resto. Antes de que pueda contestarle, se levanta rápidamente de su asiento y echa a andar por el pasillo central. A la par de él, la sala en pleno se pone en pie, presa del caos. La gente se dirige en masa hacia la salida, como si ya llevaran demasiado tiempo aguantando a los piojos y demás

parásitos y hubieran decidido regresar inmediatamente a casa para darse un higiénico baño.

En la salida nos espera una turba de gente que no esconde los palos y las barras que empuñan. Por unos segundos creo que vienen a por nosotros, que he ido a parar a una refriega sangrienta en la Keyserlei sin que ninguno de mis colegas ande por ahí cerca. Al fin y al cabo, es Lunes de Pascua y casi todos los efectivos de la policía tienen fiesta. En un día como hoy sólo hay dos o tres patrullas haciendo la ronda por el barrio. La caterva de gente armada que hay fuera nos recibe con gritos de «¡Judíos, fuera!». Es evidente que nos estaban esperando. Veo algunos uniformes de las SS flamencas y me pongo de muy mal humor. Vestido de paisano me siento de pronto como si fuera en paños menores, un policía anónimo durante un deseado día de permiso. La chusma forma una ruidosa manifestación y gira por la Pelikaanstraat. Algunas personas se van, pero la mayoría sigue la concentración. Antes de doblar la esquina, ya oigo cómo se hace añicos el cristal de un escaparate. No veo a Barbita Feroz por ninguna parte, lo más probable es que esté en primera fila, flanqueado por sus amigos abogados. En la Pelikaanstraat veo ladrillos pasar volando. Se ensañan con los comercios. La gente de los pisos superiores mira a través de las cortinas. Un vendedor sale a la calle hecho una furia pero enseguida escapa por los pelos a la lluvia de bastonazos que amenaza con caerle encima como una tromba de agua. Acosado, cierra la puerta detrás de él. Tomo un poco de distancia y echo a correr disimuladamente hasta la Vestingstraat. En la comisaría reina un silencio de siesta propio de alguna cantina mexicana en horas de máximo calor. No se ve ni un alma. Grito y golpeo la madera del mostrador.

—¡Alarma, chicos, alarma!

El inspector saca la cabeza por fin.

—Wils, ¿pero tú no tenías permiso?

Tras oír mi relato coge el teléfono. Antes de decir algo por el auricular me dirige una mirada interrogante.

—¿En qué dirección iban?

—¡Tú qué crees! —grito.

Salgo corriendo a la calle y sigo el griterío que se aleja en dirección al

barrio judío.

Puedes preguntarte, mi querido muchacho, por qué fui tras ellos. No podía contenerlos, sin el uniforme no tenía ni la más mínima posibilidad, y mi presencia como ciudadano corriente podía volverse más tarde en mi contra. Debo reconocer con toda sinceridad que probablemente me dejé llevar por la sensación, nada más. ¿Me convierte eso en un adepto ciego y, por tanto, en un malnacido? Puedes responder tú mismo a esa pregunta, y si a tus ojos fui realmente un malnacido, quizá puedas saltarte el resto. Porque desde luego es verdad: en cada adepto se esconde un malnacido. Sin embargo, creo que deberías continuar leyendo a pesar de todo, pienses lo que pienses de mí, porque nadie, tampoco tú, es plenamente consecuente, sólo los locos de los manicomios lo son, encerrados en su propia cabeza, agarrándose fanáticamente a su visión del mundo, que nadie salvo ellos entiende. Pero no hablemos de eso, al menos no por ahora. Ahora vamos en dirección a la sinagoga en la esquina de la Van den Nestlei y la Oostenstraat que, como después supe, era el destino claro de aquella turba.

Alcanzo el ruido a la altura de la Baron Joostensstraat. Se han detenido, pero en esos momentos desconozco el motivo. Hay cristales por todas partes. Un israelita está en la calle, sangrando y gimiendo, medio engullido por la muchedumbre furiosa. Lo agarran por el cuello del abrigo y lo meten en su casa. El rumor de la calle suena hueco, rebota contra las paredes, recuerda a una feria que ha acabado desmadrándose. Al frente de la manifestación veo palos levantados y luego a dos agentes de policía que reculan bajo un torrente de abucheos. Es probable que hayan intentado contener a la turba, pero no tiene mucho sentido siendo sólo dos. Uno toca el silbato mientras huye a todo correr hacia el puente del ferrocarril de la Plantin en Moretuslei. El estridente pitido divierte enormemente a los manifestantes, parecen una pandilla de mocosos viendo a sus padres humillados. Acto seguido la emprenden con las vidrieras de colores de la gran sinagoga. Veo a Omer, el abogado de voz

grave, derribando primero una verja y luego junto a otros dando patadas enconadamente a la puerta principal del edificio. Los jalean ruidosamente. La madera cruje y de pronto irrumpen en el interior. Aplausos. Se oyen llantos aterrorizados dentro de la sinagoga y a continuación es como si el propio edificio vomitara a una familia que al parecer reside en la casa del conserje. Una mujer, dos niños y un hombre bajan la escalera a patadas y enseguida echan a correr para salvar la vida, aunque no logran esquivar completamente la lluvia de bastonazos. Tienen suerte de que, aparte de unos pocos exaltados, nadie los persigue con demasiada saña. Veo que siguen las vías del tren en dirección a la Grote Hondstraat, donde se encuentra la comisaría de policía de mis colegas del séptimo distrito. A continuación el edificio sigue vomitando: sillas, libros, rollos de papel. Los manifestantes que también quieren entrar en la sinagoga retroceden un poco hasta que dejan de tirar cosas durante un momento. Omer sale a la calle sujetando entre sus garras una larga barra de hierro con la que golpea los cristales que aún no están destrozados. La gente se lanza a por los libros de oración y los rollos de la Torá y los hacen trizas. Nubes de humo salen de la sinagoga. De nuevo se oyen aplausos y abucheos. Están filmando, veo a un equipo de cámara a un lado. Alemanes, sospecho. Todo está preparado. Todo forma parte de un juego muy grave, como si se tratara de una procesión de Pascua, pero con gritos y cristales rotos en vez de velas y canciones. Mira, dice Angelo, es tu momento. Mira adónde te has dejado llevar y dónde ahora podrías ser algo más que un mero testigo. Sólo te separa un paso de participar en esto. Veo a una mujer gorda dándole un puntapié a uno de los libros, recula y le propina otra patada mientras grita que no quiere ensuciarse los pies. Recibe unas cuantas risotadas de aprobación. La verja que rodea la sinagoga cae, doblada como juncos por «la fuerza del pueblo», como suele decirse. Sale más humo negro a través de las ventanas rotas. Me he resguardado en el portal de una de las casas de la Van den Nestlei. Un hombre de aspecto impecable con un traje de tres piezas a rayas me pide fuego para encender su cigarrillo, impávido, como si no pasara nada, y yo le doy lo que me pide como si también me hallara con él en una fiesta de verano donde la gente se divierte con inocentes juegos populares. Coloca las manos alrededor de la llama formando una concha protectora para encender

el cigarrillo, luego hace una inclinación con la cabeza a modo de agradecimiento y susurra: «Sí, ya ha durado demasiado. Estaban avisados. Ahora tienen lo que se merecen». Sin esperar mi reacción, se dirige al montón de escombros que se ha formado alrededor del edificio y golpea con la mano una silla que aún no estaba completamente rota y que se hace astillas contra el suelo. A continuación se aleja del caos. Entre tanto, Omer ha destrozado todas las ventanas. Hace oscilar la barra de hierro por encima de su hombro, mirando alrededor en busca de más. Me ve de pie en el portal y me guiña el ojo, como si por un instante quisiera desentenderse de la violencia que él ha contribuido a causar. Aparto la mirada y finjo no haber visto su gesto. La sirena de los bomberos se acerca; no causa demasiada impresión en los presentes. Sigue sin haber policía a la vista. Veo que Omer pateo a una judía en la barriga. La mujer está en el suelo, aferrándose a las barras de la verja derribada. No emite ningún ruido, yace ahí como una muñeca. Él la pateo una vez más y mira a su alrededor, como si acabara de romper una maldición y quisiera un aplauso por ello. Pero sólo yo he visto lo que acaba de hacer y él no puede verme a mí. Sólo yo me imagino la cabeza de Omer en un charco de sangre. Llegan los bomberos, los hombres saltan del vehículo y acoplan la manguera de caucho al surtidor. La gente les insulta. Un fulano le tira a uno de ellos una piedra, que se estrella contra su casco. Sin dudar, el bombero se abalanza sobre el que le ha tirado la piedra y le atiza un buen golpe. El tipo se desploma. Se oyen los silbatos de la policía. Llegan corriendo de todas partes y forman un cordón alrededor de los bomberos. Se acabó la fiesta. Me escabullo de allí, mi casa está a unos cien metros, en la Kruikstraat. También han destrozado algunas ventanas de mi calle, se oyen lloros y aún quedan algunos golfillos con palos. Uno de ellos mira nuestra puerta achicando los ojos, probablemente para ver si encima del timbre hay un apellido que suene a judío. Lo agarro por el pescuezo y le estampo la cabeza contra la puerta. «Aquí no», digo. El chico se cae torcido en el umbral, se tapa la cara con las manos y se echa a llorar. Lo cojo del cuello como si fuera a estrangularlo y lo pongo de pie, contra la puerta. Está sangrando y tiene la nariz destrozada. Aprieto más fuerte. Juro que siento cómo se me ralentiza el latido del corazón, juro también que tengo ganas de

seguir apretando y sé que soy capaz de ello sin ningún problema. Sus amigos están un poco más lejos, no se atreven a hacer nada y nos miran con la boca abierta.

—Por favor —farfulla el chico—, por favor.

De sus labios brotan burbujas de sangre.

—Por favor ¿qué? —pregunto.

—Por favor, señor...

Lo dejo ir.

Una vez en casa, los que dicen ser mis padres me miran con los ojos espantados.

—Creía que ya estaban dentro —tiembla mi madre.

Mi padre se rasca la oreja y dice:

—Tienes sangre en el traje.

Posteriormente el rabino presenta una denuncia. Esa destrucción de bienes no puede quedar impune. En su opinión, la ciudad debería correr con los gastos. El tribunal sigue ese razonamiento y hace el requerimiento de pago a las autoridades municipales. Sin embargo, los alemanes se mantienen en sus trece. No piensan dar ninguna indemnización. Lo que la ciudad sí hace, y nos tocará a nosotros apechugar con ello, es poner en todas las sinagogas vigilancia casi permanente, que durará prácticamente la guerra entera. Hay que proteger lo que está amenazado y que, en caso de daños, puede costarle dinero a la ciudad. A todo el mundo le parece normal, porque así es la ley.

Mi enfermera dice que estoy algo lúgubre y que no hay motivo para ello. Me ofrece una infusión de hierbas y una galletita. Nicole está delante de mi librería y la veo buscar algo. Al final saca un voluminoso libro y me lo entrega.

—Tome —dice—. Anímese un poco.

Reconozco el libro y no puedo por menos de sonreír.

—¿Lo ve? Lo sabía.

Me pellizca suavemente el hombro y vuelve a desaparecer en dirección a la cocina. La oigo cantar, pero no es *La bohème*, alabado sea el cielo. En mi regazo descansa una voluminosa edición que lleva por título *Paisaje de las letras neerlandesas*. Saco el libro de su estuche y busco mi nombre. Wilfried Wils, ahí estoy, seudónimo: Angelo. Y ahí también pone: «Uno lee la obra de Wilfried Wils, más conocido con el nombre de Angelo, con cierta extrañeza y sin embargo con placer». Suena como si mi poesía tuviera que ser degustada como un plato exótico, ¿no crees? *Con cierta extrañeza y sin embargo con placer*. ¿Cómo se les habrá ocurrido? O, mejor dicho: ¿cómo se le habrá ocurrido al «uno»? Porque el «uno» en ese lema le confiere un sello de más autoridad, como si nadie pudiera leer mi poesía de otro modo que no sea «con cierta extrañeza y sin embargo con placer». Aquí tiene la palabra un dios anónimo que no admite contradicciones. También se elogia mi ardor: «Wilfried Wils ha sabido combinar esa idiosincrasia, esa contracorriente, ese existencialismo de posguerra con un oscuro romanticismo en el sentido más originario de la palabra, y que uno sospecha que constituye una fuente profunda en la lírica de Wils, así como también en su vida personal».

Ahora lo oyes en boca de otra persona. Nicole es una diablilla que sabe perfectamente cómo soy. O, mejor dicho, que usa perfectamente lo que sabe de mí. Sí, soy un hombre orgulloso, siempre lo fui. Pero ahí no se acaba todo, y con un poco más de explicación quizá podrás imaginarte lo que ese pequeño párrafo significa para mí. A fin de cuentas, el mundillo de la literatura y de la poesía es muy cerrado. No es nada fácil entrar, especialmente si eres un poli y encima no conoces a ningún poeta. Es un toma y daca de dar y recibir elogios, donde los prejuicios son tan frecuentes como entre un grupo de estibadores o, en efecto, de policías. Nunca le dejé leer este párrafo a Lode, a pesar de que en más de una ocasión tuve ganas de mostrárselo. Cuando se enteró por su hermana de que yo escribía poemas, empezó a mirarme con otros ojos. Para él la poesía estaba rodeada de un halo de debilidad. ¿Me había juzgado mal? ¿Podía confiar realmente en mí? Lo que era para uno, no lo era para el otro.

Después de la guerra intenté vender mis poemas a alguna revista. Por entonces había muchas de ellas impresas en papel barato, pero casi todas



anunciaban lo mismo. Tras cinco años de calamidades, el mundo debía empezar de nuevo como en un examen de recuperación. En mi caso sucedía lo contrario. No acaba nunca, nada acaba nunca. Todo sigue y sigue y, por lo tanto, jamás desaparece por mucho que se quiera trazar una línea en la arena como diciendo «hasta aquí hemos llegado». Si es verdad que el tiempo existe, no es una línea que va de *A* a *B*, sino una espiral que gira vertiginosamente hacia ninguna parte. Siempre me hace pensar en un inodoro estropeado en el que al apretar el botón de la cisterna el agua empieza a arremolinarse y dar vueltas hasta llegar al límite y, en el último momento, justo cuando amenaza con desbordarse, se detiene. ¿Me estás oyendo? ¡El filosófico poeta de pacotilla! Sea como sea, por aquel entonces aún no me había dado cuenta de esto último. Quería plasmar en el papel mi verdad en verso, pero antes debía dejarles claro a los redactores de aquellas revistillas que un policía también podía escribir poesía. Es evidente que, de entrada, no debería haberles contado que era poli, porque eso me habría ahorrado muchas molestias. Pero Angelo, que tenía que ir por la vida como Wilfried Wils, pensó que precisamente mi uniforme me haría muy interesante a los ojos de aquella panda de profesores, periodistas de tres al cuarto y haraganes inspirados que constituían la mayoría de los que por entonces escribían poesía en este país. Y cuando por fin conseguí convencer a uno de ellos para que leyera mis versos, mis poemas le parecieron demasiado sombríos, siniestros incluso, y, por consiguiente, no apropiados para los nuevos tiempos, en los que la porquería nihilista quedaba relegada al reino del pasado. Una de aquellas mentes recién lavadas que me habían rechazado —su nombre era Achiel Punt y hace tiempo ya que murió de una operación intestinal con mal desenlace— no esperaba que fuera a buscarlo a su planta baja situada en el Paardenmarkt y, desde luego, no durante mis horas de servicio y por lo tanto con el uniforme.

Me mira completamente descolocado en un bonito día de primavera del año de paz de 1946. En la carta que me ha dirigido cree haberse hecho una imagen de mí, pero cuando me ve en persona me dice a modo de bromita nerviosa que no le inspiraba demasiada confianza que hubiera rondando por su ciudad un policía que, después del trabajo, escribiera pensamientos tan

pesimistas. Lo admito: eso me complace, tanto que incluso me contento con la promesa algo precipitada e hipócrita de Achiel de que presentará mis poemas al equipo de redacción para que los tomen en consideración. Al despedirme lo amonesto por sacar siempre el cubo de la basura a la calle demasiado temprano.

Escribir es curioso, muchacho. Mientras te hablo de Punt vuelvo a ver ante mí el café Vondel, que se hallaba cuatro casas más allá de donde él vivía en 1946. Recuerdo que después de la guerra permaneció algún tiempo cerrado porque miembros de la resistencia habían roto los cristales y destrozado el mobiliario durante su búsqueda de colaboradores. Y de pronto veo ese mismo café en su época de gloria en medio de un barrio con mucho ambiente y me doy cuenta de que se me ha olvidado contarte algo. Quizá no sea importante. Júzgalo por ti mismo.

Estamos a finales de agosto de 1940. La ciudad lleva ya cuatro meses ocupada. Tengo veinte años y el curso pasado acabé por fin mis estudios de secundaria, pero eso no hace feliz a mi padre que entre tanto se ha quedado sin trabajo y se pasa el día lamentándose. Barbita Feroz, sin embargo, cree que debemos celebrar mi diploma porque, las cosas como son, también es un logro suyo. La semana anterior me había hecho saber que habíamos perdido un poco el contacto y que le parecía una pena. Tengo derecho al menos a tomarme una copa en uno de sus cafés preferidos del Paardenmarkt. No descarto la posibilidad de que mi padre le haya dicho que estoy más que harto de estar tirado en la cama, rodeado de libros sin nada que esperar. En ese momento me siento atrapado. La familia de mi madre ha cerrado el grifo del dinero y con un padre sin empleo queda completamente descartado seguir estudiando. Lo sé sólo con mirarlo. Ese hombre encontrará trabajo cuando se lo sirvan en bandeja de plata. Su punto débil, la falta de iniciativa, quedó oculto durante años por el dinero que traía a casa. Ahora está en cueros, tan indefenso como una criatura recién nacida. Pero en esos momentos también

yo soy como un cordero al que pueden llevar al matadero. No me apetece en absoluto dejar que me trasladen a Alemania, un destino que amenaza a cualquier joven sin empleo. Algunos de mis camaradas lo ven más bien como una excelente oportunidad para irse de casa. ¡Al encuentro de la independencia! Así pues, tendré que encontrar trabajo, y esa perspectiva un tanto incierta me llena sin embargo de una incipiente alegría, como si me susurrara a mí mismo una promesa. Si me convirtiera en el sostén de la familia, la venganza sería mía... Venganza por la vida que esos dos que viven en casa han proyectado para mí durante años sin molestarse siquiera en saber lo que yo quería, sin preguntarme jamás qué planes tenía. Es absurdo tener que cargar con la mediocre ambición de tus progenitores, bien mirado es una broma, pero si no tienes a nadie con quien hablar de ello, no se produce la carcajada liberadora al final.

Y ahora Barbita Feroz y yo estamos sentados en el café Vondel.

—¿Y bien? —me pregunta mientras deja su vaso sobre la mesa—. Te veo muy abstraído. Apenas has tocado la cerveza.

—Es cierto. Discúlpeme.

—¿Cómo van las cosas por casa?

Me encojo de hombros.

—Sin trabajo, sin dinero y en guerra.

Barbita Feroz se ríe.

—La guerra se ha terminado. Francia ha caído, a los ingleses les llueven las bombas en la cabeza. Alemania triunfa. Y a tu padre le sobran los contactos. No tardará mucho en conseguir algo.

—Creo que yo mismo tendré que buscarme alguna cosa.

—¿Tú? ¿Y tus estudios qué?

Veo sus intenciones, pero no digo nada. Bebo.

—Así que quieres otra cosa...

—No sé lo que quiero.

—Ya lo creo que sí —responde Barbita Feroz en voz baja—. Lo sabes perfectamente. Me recuerdas a mí. Por eso nos llevamos tan bien. ¿De qué vivo yo? La gente dirá que soy periodista deportivo, que me gano la vida escribiendo artículos para el periódico y, no nos engañemos, la mayoría lo

desprecia. ¿Qué he hecho yo? Estudié Derecho un par de años y resultó ser un error. Luego algunas lenguas que no llegué a terminar. Y sin embargo puedo decir que casi nunca me falta dinero. Desde el principio supe cómo procurarme suficientes ingresos. Me sale de forma natural y no creo que eso vaya a cambiar. Hasta cuando estudiaba tenía dinero. Pero en realidad eso no es lo que me interesa. Hay muchas oportunidades y una persona como yo va goloseando sin tener que pagar ningún precio. ¿Lo entiendes? Todo está aquí, en tu cabeza, entre tus orejas, es ahí donde debe funcionar. El dinero es un medio, nada más. Y tienes gente de sobra a tu alrededor para ofrecértelo.

—Es también una forma de verlo —le digo al final.

—Vivimos en un país en el que a uno le molesta menos que sepas de qué color lleva la ropa interior su mujer que no que te enteres de cuánto dinero gana. Pregúntaselo a cualquiera y todos empezarán a quejarse y a suspirar. Sabes que soy un idealista, siempre lo he sido, y me considero afortunado al poder comprobar que mi visión del mundo se hace realidad. Por eso nunca me ha sorprendido mucho que esa visión me dé dinero, es como si de algún modo me pagaran por el mero hecho de tener ideales. ¿Es muy fuerte? Lo bastante fuerte en momentos fuertes.

—No sé lo que ha querido decir ahora exactamente.

—¿Ah, no? En realidad, ya he dicho demasiado.

¿Lees cómics, muchacho? Sé que es una pregunta tonta para un chico de diecisiete años, pero se me ha ocurrido de pronto. A tu abuelo le encantaban los tebeos de *Bob y Bobet*. ¿Aún se leen? Recuerdo un álbum titulado *El tesoro de Ringeling*, donde al final los héroes del cómic vuelven a ser catapultados a su época por el Padre Tiempo que, con una larga barba blanca y una guadaña en las manos, los mete entre las hojas de un enorme libro, en la página donde aparece descrita su época. «¡Catapum!», exclamaba siempre tu abuelo cuando yo llegaba a ese momento mientras se lo leía. Aunque no apareciera dibujado, el crío estaba seguro de que a continuación el Padre Tiempo cerraría el libro de golpe. Tenía cinco años por entonces, aunque no estoy completamente seguro. Y ahora me produce cierto vértigo pensar que te

estoy describiendo a tu abuelo como a un niño que hace nada que ha dejado el pañal. Además, tampoco me sienta bien hablar de un muerto. En aquel cómic, que apareció unos años después de la guerra, salía un dragón enorme que se llamaba Gue-rra-To-tal. Y aquella Guerra Total devora monedas de oro, dinero de los impuestos que los medievales (pues la historia se desarrolla en esa época) tienen que llevarle hasta fuera cargándolo en cubos de basura. No tengo ni idea de si Willy Vandersteen, el ilustrador, quiso imprimir más fuerza al mensaje antibélico con esa historia. En mi opinión, lo que más le interesaba eran esos impuestos, el dinero con el que todo el mundo está tan obsesionado en este país. Al fin y al cabo, nos creemos ocupados como un país de siervos que pocas veces reclaman para sí la condición de caballero. Empieza a hablar sobre tu cartera y todo el mundo aguza el oído. En eso Barbita Feroz tenía razón. Aquí, el sentimiento del permanente martirio por parte del Estado es omnipresente: la sensación de ser expoliados una y otra vez.

—Si la gente que está ahora en este café supiera lo que ha sucedido aquí mismo, delante de sus narices... ¿Crees que todos estos años hemos estado mano sobre mano y que no sabíamos lo que se avecinaba? La gente como yo sabe cuándo ha llegado el momento adecuado de ofrecer sus servicios para el ideal en el que cree. Cada mes, durante casi cuatro años, recibí dos mil francos por ello. Era sencillo: aguzaba el oído por aquí y por allá, recogía algunas noticias sobre el puerto. Y era aquí donde quedaba con él.

—¿Con quién?

—Mein Freund Gregor, tan pelirrojo como un faro... Un alemán, por supuesto. Algo me dice que llegarás a conocerlo.

—Podría acabar en la cárcel por eso.

—Ahora ya no, desde luego. ¿Otra cerveza?

Antes de que se ponga en pie, una mujer viene a sentarse con nosotros.

—Vaya, barbudo, ¿es que ya no me conoces?

Nos internamos en los bajos fondos: cruzando el ancho Paardenmarkt y pasando por una callejuela transversal, subiendo por la Falconrui hasta la Falconplein, la Verversrui, la Schippersstraat y luego de ahí hacia el norte, por encima de Brouwersvliet: hasta la Spanjaardstraat y los muelles del Bonapartedok. La limpieza brilla por su ausencia. Vamos de tugurio en tugurio; Barbita Feroz, tu bisabuelo y una señora llamada Jenny que de vez en cuando necesita apoyo para andar por los adoquines con los tacones que lleva y la cantidad de licor que hay en su cuerpo marchito. Despide un olor persistente. En todos los cafés saludan efusivamente a Barbita Feroz. Estamos en una zona de la ciudad que en ese momento me es desconocida, sobre todo tras caer la noche. Pero aquí toma las riendas Angelo, el que se esconde en lo más recóndito de mi ser. Aquí, uno zigzaguea de un agujero a otro y de ese modo puede evaluar la profundidad de la estupidez ajena. Aquí todo el mundo expolia mientras lo expolian a él en este cráter sin fondo. Es la primera vez que veo a tantos soldados juntos. Los hombres de la Kriegsmarine son los más escandalosos. De lejos y a plena luz del día, parecen hombrecillos disfrazados de mono, con rayas azules alrededor del cuello blanco y cómicas gorras en la cabeza. De lejos esperas ver acrobacias, te los imaginas columpiándose en las cuerdas de un barco, colgándose de los cañones, tirando las gorras al aire. Pero una vez de cerca y en un café abarrotado de gente, permanecen muy juntos, apenas se tienen en pie mientras toquetean el pecho o las nalgas de alguna mujer. Aquí el blanco de sus uniformes adquiere un borde rancio y hueles su sudor. Beben, derraman la cerveza antes de terminársela y buscan pelea. La ciudad es suya.

—Jenny está de mal humor —dice Barbita Feroz.

Los tres estamos sentados muy apretados en una mesa diminuta. De cuando en cuando nos cae encima cerveza o tenemos que esquivar codazos.

—Déjame a mí... —murmura Jenny mientras intenta encender un cigarrillo.

No se sabe si ya pasa de los cuarenta o si es más joven que yo. El pintalabios se tiñe de azul oscuro bajo la luz verde de la taberna; el pelo rubio parece amarillo. Tiene grumos pegados a las pestañas.

—Déjame a mí...

—Cuéntale a mi joven amigo por qué estás de tan mal humor.

Ella agita el dedo índice.

—No lo hagas, cariño. No es asunto suyo —suena casi implorante.

—A partir de ahora, Jenny tiene que pasar un control médico dos veces por semana.

Su voz se ha vuelto despreocupadamente cruel a causa de la cerveza. Jenny golpea la mesa con la palma de la mano. Los vasos saltan. Pero inmediatamente después, su fuerza parece abandonarla de nuevo. Juega con un anillo con una piedra de color rubí que lleva en un dedo.

—Uy —digo—, ¿no será cáncer, verdad?

Se hace un breve silencio. Jenny y Barbita Feroz me miran y los dos estallan en carcajadas.

Jenny se dobla hacia delante y él se golpea en la rodilla.

—¡Muy bueno! —Luego él le arrebató el bolso a ella—. ¡Espera, te mostraré algo!

Jenny forcejea como una leona.

—¡Suéltalo!

Barbita Feroz la aparta sin problemas y sigue rebuscando con una sonrisa.

—¡Malnacido! —ruge Jenny.

Ella ha agarrado una de las correas del bolso, le da un tirón y todo el contenido se desparrama por el suelo. Frascos, cajitas de polvos, pañuelos arrugados, cartas y un monedero. Como una ciega, Jenny va buscando a tientas por debajo de la mesa, pero él vuelve a ser más listo que ella y levanta una libretita con aire triunfal.

—Tienes que ver esto —me guiña el ojo.

Jenny recoge sus cosas de debajo de la mesa. Me pone la mano en la rodilla para apoyarse. No se ha dado cuenta de que Barbita Feroz ha encontrado lo que estaba buscando. Detrás de un vaho de alcohol y deseo, algunos marineros le miran las nalgas, enfundadas en una ceñida falda verde, las medias de rejilla y los baratos zapatos de charol, su indefensión.

En el librito pone «Cartilla médica», seguido de «Servicio de orden público». Dentro hay sellos y en todos ellos aparece escrito con pluma estilográfica «Sint-Elisabethgasthuis». Jenny sale de debajo de la mesa, le

arrebata la cartilla de las manos y con toda la dignidad de la que es capaz se aleja en dirección a los servicios.

—Toda limpieza es poca para los alemanes. Todas las prostitutas tienen que pasar una revisión médica. Así que ya lo sabes, mi buen amigo, si alguna vez notas que te bulle la sangre, acuérdate de pedir siempre antes el librito. No querrás pillar una de esas enfermedades... Métetelo bien en la cabeza.

—Sí, sí —digo, y desvío la mirada.

Jenny regresa. Se le ha corrido un poco el maquillaje, pero parece verdaderamente animada. Se quita de encima a un marinero tocón sin dignarse a mirarlo y luego se detiene delante de nuestra mesa.

—Oye, maldito...

Él levanta la vista y le sonrío.

—Sólo era para reírnos un rato...

—¿Ah, sí?

—Estaba haciendo el tonto.

Barbita Feroz parece de pronto algo más sobrio. Es como si el rumor se apagara, los vasos ya no tintinearán, se hiciera el silencio. Le agarra la mano.

—Lo sabes, ¿verdad?

Ella se zafa de él.

—Quítame las zarpas de encima. Ya he tenido suficiente.

Se abre paso resuelta entre los cuerpos de los marineros.

—Jenny.

Ella no se vuelve. Él se incorpora a medias, levanta la mano.

—¡Jenny!

La puerta se cierra tras ella. Barbita Feroz se sienta de nuevo, algo desesperado.

—Volverá —carraspea.

De repente atisbo el brillo de una lágrima en esos grandes ojos saltones.

Empieza a pedir cabezazos, es decir: cervezas acompañadas de un vasito de ginebra. Yo lo rechazo educadamente. Ya he visto con mi padre lo que la ginebra le hace a uno: «una mala borrachera», como dicen por aquí. Además,



sé que debo regresar a casa. Son casi las diez y hay toque de queda general salvo para los que tienen un permiso especial.

Me cuesta un poco convencer a Barbita Feroz para que me acompañe.

—*Ich habe eine spezielle tzoeschtemmung!*[8] —grazna, visiblemente satisfecho de su alemán.

—*Ich nicht*[9] —respondo.

Su risa que se transforma enseguida en melancolía; también en eso reconozco la ginebra.

—¡No dejaré que miren mi cartilla, Wilfried!

—No.

—No soy una mujerzuela de cartilla.

—Por supuesto que no.

—Mi Jenny —se lamenta—, ¿adónde habrá ido? ¿Dónde se ha metido esa mujerzuela de cartilla?

—Venga, vamos a casa.

—¡Bésame el culo! ¡Chúpame la cartilla!

Con la ayuda de unos marineros que están tan borrachos como él, levanto a Barbita Feroz y juntos vamos dando tumbos por las calles de los Leien. Ha apoyado la cabeza en mi solapa y da rienda suelta a las lágrimas y los mocos. De vez en cuando farfulla algo ininteligible, levantando el dedo al aire. Cuando vamos por la mitad de la Keyserlei, donde hay más borrachos de camino a casa, se recupera un poco. Se pasa las manos por el cabello peinado hacia atrás, saca pecho y ya no necesita mi ayuda para caminar.

—Eres una joya de chico, tú..., tú sí que vales. ¿Me oyes?

Por fin nos alejamos de la vía del tren, atravesamos el Kievitswijk y subimos por la Plantin en Moretuslei. Delante de su puerta, me pone las dos manos sobre los hombros.

—Te encontraré algo —me dice de pronto con decisión—. Te encontraré algún trabajo. Policía. ¿Me has entendido? Conseguiré meterte ahí. ¡Tengo mis contactos!

Busca las llaves. Lo ayudo a abrir la puerta. Se deja caer en el pasillo y antes de que yo pueda entrar le da un puntapié a la puerta y la cierra de un portazo.

Me doy la vuelta y oigo a su madre gritar bien alto.

—¡Borracho!

El diablo de la bebida también golpea de pronto mi cabeza. Estoy mareado.

Me vomito en los zapatos.

Acompáñanos, muchacho. Es domingo por la mañana del 22 de junio de 1941, así está escrito con tinta en el dorso de la fotografía que sostengo en las manos. Tu futura bisabuela camina entre su hermano y yo. Ha enlazado sus brazos en los nuestros. Formamos un trío que pasea por la Keyserlei. Hace un día bonito, no hay ni una sola nube en el cielo. Cógeme tú también del brazo, así formaremos un cuarteto de diversión. ¿Ves cómo ríen esos ciudadanos y asienten con la cabeza? El buen tiempo hace que todo se olvide. Entonces uno se conforma también con los descabellados precios de la comida. En el mercado negro hay que pagar ahora seis veces más por las cosas que hace dos años encontrabas en cualquier tienda: mantequilla, leche, huevos, carne. La semana pasada, mis colegas y yo volvimos a arrestar a uno de esos estraperlistas. Sin malgastar ni una sola palabra, procedimos a actuar tal y como llevamos haciéndolo desde el invierno: repartimos el botín entre nosotros y soltamos al infractor. Nos topamos a menudo con los mismos estraperlistas y nos saludamos con la cabeza. Lo que antes era ley ha sido reemplazado ahora por acuerdos tácitos, chanchullos y algún que otro riesgo calculado por ambas partes. Cada uno estima sus beneficios, cada uno sopesa los pros y los contras. El que lo considera deshonroso, pierde. El que se encoge de hombros, aprende. Comprenderás que todo esto no está exento de riesgos. Los alemanes quieren castigos duros y tampoco mostrarían ninguna clemencia con nosotros. Los días se suceden y, al final de cada jornada, tu futuro bisabuelo asiente para sí en el espejo, nada más. Cada cual que mire por sí mismo. Rapiñamos en la boca del infierno, son tiempos dramáticos y nosotros fingimos que todo sigue siendo normal. Y mientras tanto todos quieren bailar, bailar y bailar. Bajo la Torre de los campesinos, al final de la calle Meir, hay un club de jazz donde apenas se cabe los sábados por la

noche. Antes de la guerra tocaban swing, y aún lo siguen tocando, aunque ahora las letras estén de vez en cuando en alemán o un tema de Duke Ellington como *Mood Indigo* sea presentado por el director de orquesta como *Ánimo púrpura*, para poder despistar al órgano de censura bastante ingenuo de la Kulturkammer. A nadie le importa, mientras se pueda bailar. Hoy hay un ambiente excepcionalmente animado, es un «vive el momento» y «ponme otra copa». Esta mañana en la emisora de Bruselas, el periódico hablado, como llamamos al boletín de noticias radiofónicas, ha anunciado a bombo y platillo que los alemanes han invadido Rusia.

—Por fin —dijo mi padre—. ¿O acaso te creías que los alemanes iban a seguir siendo amigos de esos bárbaros del este? ¿Te das cuenta? ¿Qué te había dicho yo? Esos hombres no son tontos. ¡Hitler vuelve a mostrar su lado más duro! Esto no durará mucho. Los rusos han huido a la desbandada. ¡Irán corriendo hasta Vladivostok dándose con los talones en el culo!

Sí, está contento porque al final ha encontrado un empleo de chupatintas en el ayuntamiento. El amigo que trabaja allí ha conseguido obrar un milagro. Lo único que papá tuvo que hacer fue demostrar que era del pueblo, lo que significa hacerse miembro del movimiento. Opina que nos ha ido de muy poco, que hemos estado a punto de ir de cabeza al precipicio.

—Porque si hubiéramos tenido que seguir viviendo con tu sueldecillo de policía...

Según él, ahora todo el mundo está contento: él vuelve a tener dinero, respeto por sí mismo y la tapadera del pueblo para poder perseguir a las secretarias, y mamá se siente aliviada por haberse librado de su pesadez. Por lo que a Hitler respecta, no existe, según él, persona más estricta; nos mece en sus brazos como si fueran los brazos de un gigante. Desde luego, mi padre no es el único que disfruta del sensacional ataque contra los impíos bolcheviques. ¿Oyes el zumbido en la Keyserlei? Todo el mundo está hablando de eso. Pero ¿sabes cómo me siento yo? Chic. Porque tengo tres entradas para una matiné en el café Atlantic. Allí actúa una cantante a la que todo el mundo llama «nuestra Zarah Leander». El brazo de Yvette enlazado al mío me hace pensar que esto empieza a funcionar. No voy a engañarte diciendo que he conocido el amor, pero comienzo a entenderlo mejor. Tu

futura bisabuela es una mujer guapa, los hombres vuelven la cabeza para mirarla y las mujeres aprueban su gusto para vestir: elegante y sencillo. Creo que a ella le complace causar cierta confusión entre la gente yendo del brazo de los dos. ¿Quién es su novio? ¿Ese tipo que de lejos tiene un aire a Errol Flynn y que lleva demasiada brillantina en el pelo, por lo que Yvette lo llama «cabeza pegajosa» para fastidiarlo? ¿O es ese otro —o sea, yo— que con sus ojos oscuros como el carbón se pasea con un traje de segunda mano, blanco cremoso, por lo que mi padre dice que le recuerdo a alguien que vendía gofres en una playa de la Costa Azul? En otras palabras, muchacho, el juego ha comenzado y yo me uno, solapadamente, como si perteneciera a algún lugar.

¿Lo ves?, ya estamos dentro. Hay mucha gente. Siéntate con nosotros, aún queda una silla libre junto a la mesa. ¿Te he contado cómo va vestida Yvette? Lleva una blusa con flores naranjas bordadas y una falda negra que le llega justo por debajo de la rodilla, y el pelo recogido con horquillas de color castaño. ¿La boca? Pintada de granate, como de costumbre. Por supuesto está muy contenta. Ya te he contado lo mucho que le gusta cantar. Por todas partes hay camareros que van con la nariz alzada y un paño blanco sobre el brazo derecho. Somos los últimos en ser atendidos. Las mesas de detrás y de delante están llenas de oficiales alemanes. Sus parejas ríen efusivamente, toman vino o crema de menta y chapurrean el alemán y sueltan risillas. El acordeonista ocupa su sitio. El pianista saluda al público con la cabeza y a continuación se cruje los dedos. Ahí está el tenor, José Corazón. En realidad se llama Jos Malfait y es hijo de un famoso cantante de ópera de esta ciudad que cosechó triunfos en Milán, Nueva York y París. Después de la muerte de su padre, «José» intentó tomar el relevo. Antes de la guerra saltó a la fama con su canción sobre los refugiados españoles durante la guerra civil. Y todo el mundo cantaba con él, con su voz, que podía alcanzar de pronto una nota muy aguda como si en esos momentos de la canción alguien le estrujara los cojones: *«Vago solo por las calles de este lugar / Mi odio por la vida canto con pesar / Un infierno viví bajo la capa del sol / Aquí estoy, pobre refugiado*

*español*». No, ahora ya no canta esa canción en vista de que las salas están llenas de oficiales que echaron una mano en esa misma guerra civil y probaron los aviones que unos años más tarde mandaron a nuestro país con las panzas cargadas de bombas y granadas. Pero el estilo español sigue siendo su sello personal. Con el pelo teñido de negro muy repeinado hacia atrás, un poco de kohl en los ojos y una sonrisa de dientes blancos, canta a los toreros y las señoritas y a las guitarras que resuenan por las calles vacías de Sevilla. Aunque ahora cante en alemán.

—Debería haberme traído el abanico —me susurra Yvette risueña.

—Seguro que te va un torero como ése —bromea su hermano.

—Va maquillado y eso no me gusta.

Yvette me mira mientras lo dice.

—Todos esos artistas se maquillan... —digo yo.

Fíjate como casi todo el mundo se mece al compás de la música. José canta sobre el beso de una gitanilla a la que tanto desea. Frente a él hay una pista de baile a la que van sacando a una mujer tras otra.

—Empiezo a estar hasta los mismísimos —refunfuña Lode, y chasquea los dedos en vano a los camareros, que pasan de largo apresuradamente—. Lo único que quiero es una cerveza, nada más.

Alguien vestido con un uniforme de las SS se acerca de pronto a nuestra mesa.

—¿Podría invitar a la señorita a bailar?

Alzamos la mirada. No es alemán, es uno de los nuestros. Pero con el pelo rapado y el taconeo de sus botas casi parece uno de ellos, como si esta ciudad sólo fuera buena para hacer sus necesidades y su cuerpo y su mente se templaran en Prusia. Lo reconozco. Es Karel, aquel chico rubio que estaba en mi clase. Ya te he contado que era un alumno modélico y que los profesores no lo soportaban porque sus padres simpatizaban con los alemanes. No sé si él me ha reconocido. En cualquier caso no se inmuta.

—La señorita está ocupada, largo —le espeta Lode.

—Preferiría que me lo dijera la señorita en persona —dice con aplomo Karel, el sucedáneo de prusiano.

—¿Tienes las orejas tapadas o qué?

—Basta, Lode.

—Vaya, la encantadora joven ha hablado.

—Como no te andes con cuidado, pronto sólo saldrá una palabra de tu garganta.

Lode se pone de pie y le planta cara. Yvette tira de la muñeca de su hermano.

—Déjalo ya.

—¿Lleva encima su identificación?

Lode sacude la cabeza con incredulidad, me mira y dice:

—¿No es increíble? Éste me pide la identificación. —Lode saca la placa de policía y se la planta en la cara al soldado de las Waffen-SS—. ¿Qué te parece?

Detrás de nuestra mesa, las acompañantes de los oficiales se quejan porque no ven nada.

—¡Siéntense! —replica una de ellas.

Imagínate que de veras se sienta con nosotros a esa diminuta mesa que ya te he descrito. Se sienta con nosotros en la guarida del león, rodeado de alemanes y otros que desean ser alemanes por encima de todo y cuanto antes mejor. En ese caso, ¿le impedirías a Yvette bailar con un SS? Ya te veo negando con la cabeza. «Qué importará eso», piensas. ¿Acaso en esos momentos no creía todo el mundo que los alemanes habían ganado y que lo mejor era conformarse? Ciertamente, pero también había algunos que desconfiaban, a quienes les parecía estúpido aceptar sin más que los hechos eran los hechos y que el asunto no podía cambiar completamente en poco tiempo de manera que lo negro volviera a ser blanco o al revés. No te digo que todo el mundo pensara así, nada más lejos de la realidad. También había algunos que seguían esperando, sopesando y vigilando, sin tomar nunca partido. Los llamaban *atentistas*, como si continuaran estancados en el periodo anterior a la guerra. Algunos, los que seguían reflexionando, creían que habían ido a parar con todas sus posesiones a una lotería en la que cada vuelco del destino podía traerles malas consecuencias, quizá no de inmediato pero sí seguramente en el futuro. Levanta la cabeza del suelo y tal vez tengas que pagar el precio después de la guerra. Entonces puede que algún

desgraciado se acuerde de pronto, cuando las tornas de la guerra hayan cambiado por completo, de aquella hermosa mujer llamada Yvette que se atrevió a bailar con un sucedáneo de prusiano. Quizá por eso Lode le ladrara a Karel de aquel modo, un gesto que en el momento mismo resultaba muy imprudente (y así intenté advertírselo también yo). Y, en sí, la cosa no era para tanto, porque por supuesto fue tu futura bisabuela, a pesar de su hermano y del amigo de su hermano al que ya le había echado el ojo, la que tomó una decisión aunque sólo fuera para terminar con tanta tontería.

Yvette toma a Karel de la mano y susurra:

—Vamos.

Antes de que Lode pueda decir nada, los dos se dirigen hacia la pista de baile.

—Imbécil —le digo.

—¿Imbécil yo? Qué fuerte. ¿Y tú qué, Wilfried? No has hecho nada por evitarlo. Cuando ese tío vaya a mear, se las verá conmigo. Llorará llamando a su mamá.

—¿Y qué arreglarás con eso?

—Es vomitivo. Por cierto, este viernes... Es que es increíble. Estaba patrullando con André. Nos aborda una mujer, muerta de miedo. Hay dos fulanos en la estación. Ni siquiera van con uniforme. Están pidiendo la documentación a todos los que salen de la estación central para saber si son judíos. ¿Qué te parece? Vamos para allá. Les pedimos su identificación. No, no la llevan encima. Y nos miran como si fuera absolutamente normal y los locos de atar fuésemos nosotros. «Sicherheitsdienst —suelta uno de los dos—, trabajamos para ellos, es una misión oficial»; nosotros no debemos inmiscuirnos. ¡Y ojo, que no eran alemanes, eh!

—No levantes tanto la voz.

Lode mira alrededor y prosigue entre susurros:

—André les dice que las cosas no funcionan así. ¿Sabes lo que le contesta uno de ellos?

—Te preocupas demasiado, Lode, tienes que andarte con cuidado...

—A tomar por saco. —Pero vuelve a mirar fugazmente alrededor y sigue con vehemencia—: Uno de esos cabrones nos mira y nos pregunta con mucha calma si es verdad que somos policías. Eso sí que ya es de casa de locos, amigo, cada día hay baile de disfraces y nosotros somos los peleles de turno. ¿Lo entiendes? Que si nuestro uniforme es auténtico... Sea como sea, nos los llevamos. Se armó un buen follón en la comisaría, por supuesto.

—*Meine Damen und Herren*, damas y caballeros, *es freut mich sehr, lieber Publikum*, me complace mucho presentarles a esta joven dama, que los deleitará interpretando hermosas canciones de Zarah Leander en el escenario del café Atlantic. Démosle un cálido aplauso... ¡La... Esterella!

Se oyen aplausos. Incluso silbidos.

Aparece una mujer joven, algo tímida y muy corpulenta. Sus carnosos labios murmuran un «gracias». Hace una seña a la pianista y empieza una melancólica canción gitana bajo un fuerte aplauso. Yvette y Karel vuelven a bailar, mientras ella sigue mirando a la cantante.

—*Sie hat die Stimme einer Kanone*<sup>[10]</sup> —oigo decir riendo a un oficial que está detrás de nosotros.

Cuando La Esterella empieza su tercera canción, Yvette y Karel regresan a la mesa. Él nos saluda con la cabeza como si no hubiera pasado nada y luego acepta la silla que Yvette le ofrece con naturalidad. Lode aprieta los puños, pero su hermana le dirige una mirada tan penetrante que él no puede por menos de morderse el labio.

—¿Tú también estás en la policía, Wilfried?

—Agente auxiliar —digo asintiendo.

De pronto, Karel me reconoce, es más, finge que somos viejos amigos. Le dice a Yvette que fuimos al mismo instituto.

—No eras un chico fácil, ¿eh, Wilfried? Siempre intentando salirte con la tuya, aún me acuerdo de eso.

Chasquea los dedos y el *garçon* acude de inmediato.

—¿Cerveza?

Lode no dice nada, yo vuelvo a asentir.



—Un vino dulce para mí —ríe Yvette.

—Si luego vuelves a bailar conmi... —la engatusa Karel.

—Ya veremos.

—Tiene que ser hoy. Tal vez la semana que viene ya me haya ido.

A continuación nos habla de su próximo «*rendez-vous* con la historia», como si eso fuera a dejarnos pasmados.

—Suenan a señora excitada —se burla Lode enseguida.

—Luchar contra los rusos, más excitante imposible —se ríe Karel.

—Eso acaba de empezar... —Yvette toma un sorbo de su vino.

—Hoy mismo he ido a alistarme, pero me han dicho que todavía era demasiado pronto. No quiero perdérmelo. Espero que me acepten pronto o todo habrá acabado antes de que llegue a ver a un ruso. He visto a más compañeros míos alistarse. Somos muchos. Me alegro. Alemania debe saber que no está sola en esta lucha de titanes. Eso forma parte de la reunificación de nuestros pueblos.

Karel bebe de su cerveza y se levanta.

—Disculpad. Tengo que ir un momento al excusado.

Inclina levemente la cabeza, mira alrededor y luego se dirige al servicio.

Lode se pasa las manos por el pelo y dice:

—Bueno.

Hace ademán de ponerse en pie pero yo lo sujeto.

—¿Se puede saber qué te ha entrado?

—No lo hagas... —le digo.

—¿Que no haga qué? —pregunta Yvette secamente.

—Tu hermano quiere ir al servicio para partirle la cara a tu flamante pareja de baile.

—¿No te da vergüenza, Lode?!

—Suéltame la manga, Wilfried.

—Lode, no lo hagas.

Lode nos mira a Yvette y a mí, apura su cerveza y dice:

—Pues si es así como están las cosas, ya os apañaréis. Yo me largo. Si prefieres reír cobardemente con ese fanfarrón, tú sabrás lo que te haces; a mí se me revuelve el estómago.

Y se marcha.

—Ha bebido demasiado —se excusa Yvette.

—Qué va.

—No, tienes razón. Sencillamente es su carácter. Tú eres distinto, ¿verdad? Tú eres..., cómo lo diría..., más realista.

Me mira y me sonrío.

—No sé qué significa eso.

—Dame fuego.

Enciendo el mechero y mantengo la llama debajo de su cigarrillo. Por un instante ella me roza la mano y no es accidental, puesto que la caricia va acompañada de una mirada intensa.

Más realista... La palabra me sienta como una suave bofetada. Angelo maldice con desprecio en mi fuero interno.

Ella me pregunta si ha dicho algo malo.

—Porque lo que he querido decir es que me pareces un superviviente.

—Lode también lo es. Todos nosotros lo somos. Hasta que dejamos de serlo, ¿no?

Me río algo nervioso.

—No, tú eres distinto, lo sé. Tú eres distinto al resto de nosotros. Tú miras a través de todo el mundo. Y algo duro se esconde dentro de ti.

—Caray.

—¿No te parece increíble que vea eso?

—Sí, muy increíble.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Estoy equivocada entonces?

La miro fijamente a los ojos y por primera vez en mi vida dejo que otra persona vea a Angelo.

Ahora me pregunto si eso sucedió en aquel preciso momento. Aunque tampoco importa mucho. ¿Fue algo automático? ¿Me crucé en su camino o actué así para conseguir que ella se cruzara en el mío? ¿También tú te muestras vulnerable con las chicas? Quizá respondas que sí, pero a mí no me convencerás nunca. Me parece que eres demasiado joven para eso. Tampoco

hace falta, no es requisito para vivir con salud. Tampoco es necesariamente bueno para el alma, por mucho que intenten vendértelo. Sin duda es emocionante, pero en ese caso debes aceptar las circunstancias que podrían describirse como «románticas». De ahí que me acuerde de haberle mostrado a Angelo justo ahí, en el café Atlantic. El escenario no podía haber sido mejor. Yvette que primero baila con el sucedáneo de prusiano, la pausa para orinar del interfecto, la furia de Lode y las palabras que ella me dirige. No te olvides tampoco de esa cantante con su obsesión gitana, del sonido del piano y el acordeón y de lo orgulloso que me siento por haber conseguido entradas para esa matiné. En retrospectiva, uno puede decir que sucedió así y así, y a continuación arrogarse el mérito de haber sido él quien quiso que así fuera. Pero alguien como yo hará mejor en reconocer humildemente que es igual de probable que fuera el propio Angelo el que quiso mostrarse y puso las circunstancias de su parte.

Mi mirada la hace parpadear, me observa algo confusa mientras le digo:

—Puedes estar tranquila.

Karel regresa a la mesa, frotándose las manos.

—¿Otro bailecito?

—Quizá después —dice Yvette—. Me lo acaba de pedir Wilfried.

Y con eso se acabó la historia por lo que respecta a Karel. Ni en cien años podría haber predicho la transformación del bueno de Karel en un líder seguro de sí mismo. Si los alemanes no hubieran puesto el pie aquí, haría tiempo que ese chico habría seguido los pasos de su padre como notario, inclinándose sobre escrituras de la propiedad y demás papeleo. En vez de eso, parte al frente oriental y regresa al año siguiente con un trozo de metralla en el cráneo. Deja que lo compongan un poco y parte de nuevo hacia el infierno blanco. En cuanto termina la guerra, me entero de que lo han condenado a muerte por alta traición. Pero al cabo de seis meses reaparece justo en el momento en que los primeros esqueletos tambaleantes regresan de los

campos de concentración y todo el mundo vuelve a enfurecerse o lo finge. Precisamente durante ese periodo lo arrestan en la estación de Lieja, algo más demacrado pero, por lo que me cuentan, bastante asilvestrado aún a causa de esa estepa rusa y esa horda de subhumanos que le van a la zaga y que los han perseguido a él y a sus camaradas desde Ucrania hasta el agujero más profundo de su amada Alemania. Su padre contrata abogados. La pena de muerte se convierte en cadena perpetua y la cadena perpetua se convierte en unos treinta meses de condena tras haber obtenido algunos indultos por aquí y por allá. Después, el siempre escrupuloso Karel lleva la vida de un contable. Sus clientes consisten principalmente en antiguos partidarios suyos a los que, en el contexto de ese incesante renacimiento del pueblo, él ayuda gustoso a robar al Estado, que ha querido apagar la llama eterna de su heroísmo. Muere tres décadas después y deja un montón de hijos, todos contables también. Los hombres como Karel repetían sin cesar que los verdaderos idealistas eran ellos. ¡Muerte a los bolcheviques! Ah, bueno, está bien, idealista... Un hombre debe olvidar además el absurdo hecho de que su vida antes de la guerra estaba marcada desde la cuna hasta la tumba. Escapar de ello era sin duda un sueño imposible, una tarea para un semidiós como Hércules y no para una oveja esquilada llamada Karel. Y mira por dónde, de pronto hay guerra y la vida vuelve a ser un juego en lugar de una trampa. Bajo la sábana blanca de camuflaje llamada idealismo se oculta el aburrimiento, una cadena perpetua en la que ningún juez intervendrá después de la guerra.

Cuando termina la música, tu futura bisabuela propone que vayamos a pasear por el Stadspark.

El sol sigue espléndido. Damos una vuelta. Las palomas vuelan, los mirlos cantan. Mucha gente disfruta del buen tiempo y, por supuesto, todo el mundo va vestido de domingo. El parque es de ellos, o mejor dicho: del ciudadano que tiene derecho a su día libre y que, acompañado de su mujer y sus hijos, demuestra que la vida le sonrío, que es el dueño de su destino. Ella me ha cogido de la mano. Intuyo cierta cautela y la acepto. El pulso se me

acelera un poco, eso sí.

—¿No te importa que seamos casi igual de altos?

—No —le digo, algo desconcertado.

—La mayoría de los hombres prefieren ser más altos.

Yvette me pone nervioso. Antes de que me dé cuenta, empezará a hablarme de dónde viviremos y de cuántos hijos tendremos. Subimos despacio una colina porque ella quiere pasar por el puente que cruza el estanque del parque.

—¿Por qué quieres ir hasta allá?

—Por nada en especial, porque es bonito.

Se abraza a sí misma mientras se inclina hacia delante.

—Mira, somos nosotros.

Señala nuestro reflejo en las aguas tranquilas.

—Hacemos buena pareja —me oigo decir a mí mismo, y enseguida me horrorizo. Sí, tú ríete de mi estupidez. Cuando parece que hay que sopesar bien cada palabra, uno está condenado a utilizar frases muy trilladas que no sabe de dónde han salido.

Ella sonrío y dice:

—Qué sabrás tú de eso.

Un incómodo calor me sube de abajo arriba. No se me da bien este juego, soy un idiota. Oigo que Angelo suspira en mi interior. ¿Tiene que ser tan sentimental? ¿Por qué no enviarle un poema la semana que viene? Un poema lleno de palabras escogidas personalmente puede deleitar, es controlado y flexible, pero a su vez también deja espacio para algo de oscuridad escondida, referencias sensuales a cosas que sólo las almas gemelas son capaces de comprender, un lenguaje secreto que invoca un abismo. Salimos del puente colgante de hierro y torcemos a la derecha sin dejar de pasear, estirando el tiempo.

—¿Eres feliz, Wilfried?

Ni siquiera me mira mientras lo dice. Parece una pregunta como otra cualquiera, pero yo jamás había pensado en ello antes. Ni siquiera he llegado a pronunciar esa palabra, sencillamente no se me ha ocurrido nunca. Ahora que ella me lo pregunta, sé de pronto por qué. Es una trampa. Reclama más

palabras, un futuro, una vida, un camino único del que uno ya no podrá desviarse.

—¿No debería habértelo preguntado?

—Lo estoy pensando.

—Si tardas tanto, ya sé la respuesta —dice muy mosqueada.

No me suelta la mano, pero no tardará mucho en hacerlo. Llegamos al monumento a los caídos, donde se alza el rey caballero montado en su corcel, mirando heroicamente mientras los héroes yacen a sus pies y alguien levanta una bandera. Cuando lo inauguraron, estaba en otro lugar, como si el heroísmo también fuera inquieto. Yo tenía diez años cuando el rey caballero la inauguró en persona. Después mi padre dijo: «El muy cabrón... Nos prometió de todo y no nos dio nada». Cuando yo exclamé indignado que el rey era un héroe y su esposa una santa recibí un bofetón y tuve que irme a la cama sin cenar. «A tu padre no le gusta que lo interrumpas», me hizo saber mi madre a la mañana siguiente.

—Pobrecito... —se ríe Yvette.

Mi mentira ha funcionado.

«Aquí y allá, de arriba abajo, el comediante...», canta Angelo, provocativo, dentro de mí.

—Ven... —me dice ella—. Quiero sentarme un rato. Al sol, si puede ser.

Dejamos el heroísmo a la izquierda y nos adentramos en el parque.

—Un poco más allá —señala—, junto al arenero. Me gusta ver cómo juegan los niños.

La gente nos saluda con la cabeza al pasar. Parecemos prometidos.

Quito la arena del banco. Ella espera pacientemente y luego se sienta.

Hay algunos extranjeros. Sus hijos juegan y chillan.

—Esto está lleno de gente. Es agradable, ¿no?

—¿Qué esperabas con un tiempo así?

—Es increíble —dice un hombre mayor que nos ve mirar a los niños.

Se apoya en su bastón y espera que lo entendamos, que también nosotros veamos la decadencia, la deshonra.

Yvette no contesta, lo que resulta de por sí bastante elocuente.

—Viejo loco —susurro yo.

—No debes decir eso, Wilfried.  
Pero sonrío.

Por cierto, mi querido muchacho, sólo es cuestión de tiempo antes de que ese viejo cascarrabias vea cumplidos sus deseos. Al final de ese verano, los israelitas ya no podrán entrar en ningún parque o piscina. Antes de la guerra ya se habían producido algunas escaramuzas por culpa de ese tema. La gente no paraba de quejarse del antiguo alcalde, ese amigo de los judíos que había permitido como si tal cosa que ocupasen nuestros parques. ¿Cómo era posible, exclamaban, que hubiera decidido así como así que aquella chusma extranjera se quedara en esta ciudad? ¿Aún se le llama democracia o sería mejor decir trapicheo? Porque detrás de todo lo que hay en esta ciudad brilla el pedrusco, el pedrusco de un diamante, y cada tallador, cortador o pulidor es un extranjero que mancilla nuestra ciudad, y que a menudo ha llegado aquí como refugiado de países donde ya no se tragan su comedia. Muchas décadas después, un famoso dibujante de cómics —no, no es el de *El Tesoro de los Ringeling*— ofreció a la ciudad una estatua de su personaje de cómic más conocido; gratis, se sobreentiende. Y cuando se enteró de que el pleno del ayuntamiento había decidido ubicar la estatua en el arenero del Stadspark, se puso furioso, pues en su opinión aún había demasiados judíos en el parque. Los fantasmas siguen siendo fantasmas. Me parece recordar que más tarde el hombre dijo que lo habían citado mal, que él se refería concretamente al libertinaje y al consumo de drogas que tenían lugar en ese mismo parque, pero eso es un argumento flojo porque siempre ha sido así, sobre todo lo del libertinaje. Ya te hablaré más de ello después, ahora debo volver a tu futura bisabuela y a mí, antes del momento supremo. Entre paréntesis: espero que no te moleste. Me reconforta pensar que incluso un chico de tu generación querrá saber cómo eran antes estas cosas. Pues bastante tórridas, si me permites ser descarado y mostrarme patéticamente moderno para los acelerados chicos de hoy en día.

Bueno, ¿qué dice ella cuando ese viejo ha desaparecido de nuestra vista?

—Ven aquí.

—Ya estoy aquí.

—Acércate un poco más.

Me arrimo más a ella. Bum, bum, late mi corazón.

—Voy a escribir un poema sobre ti —me oigo decir a mí mismo; Angelo no dice nada, creo que está conteniendo la risa.

—Es encantador por tu parte. ¿Sabes hacerlo?

—Es pan comido —le susurro.

Sus guantes de encaje me acarician la mejilla. Su rostro está muy cerca del mío.

—Adelante...

Y en ese momento sus tiernos labios presionan los míos. Trago saliva, me retiro enseguida.

—Otro... —dice ella.

Esta vez siento su lengua lamiendo titubeante. También oigo un suave gemido, que ella convierte en un suspiro profundo, porque por un instante mi lengua ha encontrado la suya. Lenguas en un lugar público, eso está muy mal visto, pero a Yvette no le importa.

—Eres prudente... —musita.

Entonces le cojo la cara entre las manos y vuelvo a besarla, y apenas consigo controlar los caballos desbocados que aceleran mi corazón mientras enrosco mi lengua profundamente en la suya. Un beso que entrelaza mi destino al de ella. De pronto veo una mariquita en el cuello de su blusa. Eso trae suerte, oigo decir enseguida a mi madre. Angelo manda en mi interior y me muestra cosas espantosas.

Una mujer se acerca a nosotros.

—Vale ya, que hay niños delante —dice, pero su voz suena suave—. Qué bonito es el amor, ¿eh?

—Míralo como asiente... —se ríe Yvette.

Asiento como un ilegal al que acabaran de atrapar: compongo una sonrisa y de ese modo espero algo de benevolencia. Aún no soy un hombre, pero tampoco un crío. Soy un personaje de una tarjeta postal, la gracia de un chiste



bienintencionado.

—Hacéis muy buena pareja —dice la mujer guiñándonos el ojo—, pero conteneos un poco.

Me quedo sin aliento. Angelo muestra pezones femeninos y bocas que se cierran sobre ellos. Muestra cómo Yvette se retuerce debajo de mí o cómo me cabalga como una diosa, con los ojos entornados, gimiendo con cada sacudida, con cada estremecimiento. Intento apartar esas imágenes pensando que, bueno, que estoy dentro, acogido por otra persona, ligado a lo que tiene que venir.

¡Vaya!, está nevando otra vez.

—Ten cuidado con la bicicleta —le digo a Nicole, mi enfermera.

Y me alegro de que se vaya por fin y yo tenga mi espacio para mí solo. Esta mañana me ha comprado un buen trozo de budín de pan.

—No coma mucha cantidad o le dará acidez.

Pero ¿acaso la acidez no forma parte de la dulzura? Le doy un buen bocado mientras miro ávido fuera, al silencio que pronto volverá a instalarse. He estado pensando mucho rato en ese beso que te he descrito. No debería haberlo hecho, porque de pronto tu bisabuela se ve demasiado joven para mí, demasiado viva también. No era ésa mi intención, es decir, no era lo que esperaba. El muro entre mi difunta esposa y yo ya existía muchos años antes de que ella muriese. ¿Conoces un poema de ese comediante que se hacía llamar Willem Elsschot? No, probablemente no. Se titula «El matrimonio» y empieza así: «Cuando descubrió cómo las nieblas del tiempo le habían apagado a su mujer las chispas de los ojos...». La gente lo encuentra precioso y muy amargo, pero es que uno espera sentimentalismo de los cínicos. Elsschot no tenía ni idea de lo que escribía ahí, lamentándose en un rincón por el rostro de su mujer, ajado por el tiempo. Es probable que también me culpes a mí de cinismo, lo reconocerás hasta en ti mismo, porque tú y tus contemporáneos sois cínicos sin haber vivido nada. Es una pose de todas las épocas. La rascas un poco con un cuchillo no demasiado romo, como si quitases las escamas de un pescado, y ahí está la pasión con su piel blanca.

Todos reflejamos lo que nos rodea sin saberlo y cada uno piensa individualmente que eso es justo lo que nos hace especiales, distintos de los demás. Veo a tu bisabuela bailando sin ropa en la sala de estar y pidiéndome a gritos que vuelva a poner la aguja en el disco porque es una canción preciosa y quiere que la vea bailar así y sepa que está feliz, después de que nos hayamos estado lanzando toda clase de reproches el uno al otro. ¿Cuándo sucedió eso exactamente? Lo he olvidado. Y esa imagen de mi mujer bailando desnuda me hace pensar de nuevo que, por molesto que me resulte, no puedo esconderte nada, tampoco lo que pasó entre nosotros como hombre y mujer. Esta clase de asuntos suele soslayarse a menudo como si no tuviera nada que ver con el tema principal, con lo que realmente importa. Ahora estoy seguro de repente de que son pamplinas, como dicen, o sea, una estupidez, que no se puede eludir lo carnal y que yo debo dejar de sentir vergüenza por ti, o algo peor: utilizar después todos esos recuerdos de su cuerpo que yo mismo he evocado para permitirme algo de melancolía, como un exfumador que de pronto siente nostalgia de los tiempos en los que, con cada calada, condenaba sus propios pulmones a pudrirse.

Me calzo mis fieles botas de cordones y volvemos a ponernos en marcha. No cruzo la calle sin más, sino que decido acercarme a ese triángulo verde que es el Stadspark, ahora cubierto de blanco, sigilosamente, como un puma con la cadera desgastada. Así pues, avanzo con paciencia y cautela, arrastrando los pies hasta el final de la calle, donde empieza la Quinten Matsijslei y ahora hay una jefatura de policía. En mi época, la policía aún no se había instalado en aquel imponente edificio con su fachada llena de símbolos masones. Fuera hay coches y combis de la policía, sepultados bajo la nieve. Cruzo la calle y vuelvo una esquina. En el límite del Stadspark hay una estatua de un «líder socialista» que pusieron a finales de los años ochenta. La veo y por fin me echo a reír. La nieve le ha dado a la estatua una graciosa gorra puntiaguda. El propio escultor le otorgó una sonrisilla. Está eternamente relajado. Tiene la mano derecha metida desenfadadamente en el bolsillo de su abrigo y, con su mano izquierda alzada (al fin y al cabo es un socialista), señala al frente con

el dedo índice. Si sigues la trayectoria de ese dedo, parece indicar un poco burlón la iglesia en el Loosplaats, que ahora ha sido ocupada por los ortodoxos rusos. Casi puedes oírle pensar: «¿Lo ves, ves a esos creyentes llegando en masa a ese edificio y rezarle a Dios y a todo Cristo?». Eso ya no es de esta época, ¿verdad? Parece como si, de ese modo, quisiera desviar la atención de lo que sucede a su espalda, como si lo que pasara en el Stadspark no contara. Sí, así es como lo interpreto yo: sigue mi dedo líder socialista y, sobre todo, no mires al parque. ¿Te he hablado ya del dibujante de cómics que consideraba este parque una Sodoma y Gomorra? Con eso parecía querer decir implícitamente que antes era distinto, que antes no había homosexuales que fuesen a darse el lote a la luz de la luna o que antes el parque jamás acogió otras formas de descarrilamiento carnal. Bobadas, por supuesto. Voy a decirte algo: durante la guerra muchos policías evitaban ese parque como la peste en cuanto caía la noche. Se fornicaba que era un gusto, tanto hombres como mujeres, y también hombres con hombres.

¿Sucedió durante el otoño de 1941? No me acuerdo exactamente de cuándo fue. Estoy en el Stadspark junto a mi colega Jean, un hombre mayor que yo. En épocas pasadas, Jean podría haber sido un normando, uno de esos que desde el barco alcanza la orilla de un salto y a cien kilómetros por hora saquea una ciudad costera, avasalla a las mujeres, prende fuego a las casas y luego sigue navegando por el Loira, adentrándose en el corazón de la Franconia del siglo noveno. No hay gran cosa que hacer ante algo así. Correr detrás de él y esperar que al final los daños sean tolerables. Su mujer regenta un café junto al Waag donde no entra gente decente, precisamente por la reputación de Jean. Esa taberna está llena de gentuza, gánsteres, macarras y bobas sin cerebro pero con conexiones políticas. Jean los conoce a todos por el nombre y el apellido. El negocio apenas si obtiene beneficios. «¡Zulma, vuelve a llenarnos los botes!» es un grito que sale a menudo de su boca. Pero ¡ay de aquel que haya pedido que le fíen demasiadas veces y lleve semanas sin pagar la cuenta! Porque entonces Jean saca la porra y no hay muertos de milagro. Le han propuesto varias veces un ascenso, pero siempre lo ha

rechazado. Desde entonces sus superiores también le tienen un poco de miedo. ¿O será porque conoce a mucha gente en la ciudad, a muchísima gente, y nunca se aprovecha abiertamente de esos contactos y jamás presume de ello? Me ha hecho saber sin rodeos que pertenece a la logia, una organización de liberales que los alemanes disolvieron hace un tiempo. Si alguien con malas intenciones hubiera llegado a enterarse de su membresía, hace mucho que lo habrían pillado. Pero Jean confía en mí, en ese momento parece que todo el mundo aún confía en mí.

—Ve tú solo, Jean —le digo.

Son alrededor de las diez de la noche y Jean se está aburriendo. No hay mucho movimiento, las calles están tranquilas y aún faltan cuatro horas por lo menos para el relevo.

—Gallina. Solamente vamos a dar una vuelta por el parque, nada más. ¿Acaso no somos los que mandan aquí?

Prefiero dejar esa pregunta sin contestar.

—Vamos a ver quién anda escondido por ahí con los pantalones bajados hasta los tobillos. Y tú te vienes conmigo.

Nos dirigimos al puente colgante de hierro. Nada a la vista. Pero, efectivamente, un poco más allá, entre los arbustos, oímos las risas ebrias de unos alemanes acompañados de risitas en nuestra lengua.

—¿Lo ves, lo ves? —susurra Jean.

—Venga ya, esto es ridículo.

—¿La indecencia pública, ridícula? No lo creo.

Jean se desliza sigilosamente hasta los arbustos de donde procede el rumor y luego dice alto y claro:

—*Polizei! Papiere bitte!*

Dos aturdidos oficiales de la Luftwaffe apartan la vegetación. Están acompañados por dos mujeres, claramente de aquí, borrachas como una cuba y con los pechos al aire.

—¿No te da vergüenza? —farfulla una de ellas.

—Usted también, señora. ¡Documentación, por favor!

Uno de los oficiales se repone de su sorpresa y hace un altanero gesto de rechazo.

—*Verschwinden Sie!*[11]

Se lleva una botella a la boca y eructa. Aún la tiene empalmada y le asoma por debajo de la camisa. Procuero contener la risa.

—*Sofort verschwinden!*[12]

Jean se mantiene imperturbable.

—*Papiere bitte.*[13]

—*Arschloch!*[14] —nos escupe el otro oficial.

Se agacha y con un solo movimiento saca su pistola de la funda. Las mujeres se echan a reír, se tienen en pie apoyándose la una en la otra. Se percatan de que las estoy mirando. Una de ellas salta:

—Tú también tienes ganas, ¿no?

Se frota los pezones y se pone a gemir como un cerdo.

—*Ich scheiße auf den Belgischen Polizei!*[15]

El oficial nos apunta con el arma. Ninguno de los dos llevamos pistola, sólo una porra.

Pero Jean mira el arma como si le hubieran ofrecido algodón de azúcar poco apetitoso.

—*Ich frage noch einmal...*[16]

—*Bist du dumm oder was?*[17]

No sé de dónde se lo saca, pero Jean empieza a hablar en alemán en un tono muy calmado y amenazante y cada dos por tres deja caer la palabra *Feldkommandantur* seguida de algunos términos más. Apenas entiendo nada de lo que dice, pero al final el hombre de la pistola baja el brazo. El otro tipo se sube los pantalones. Y también las mujeres, que a todas luces tampoco han entendido gran cosa, se quedan calladas y se visten. Los hombres entregan su documentación y ellas también. Yo escribo sus nombres y su rango.

—*Können wir das nicht einfach vergessen?*[18]

Jean se encoge de hombros. Uno de los oficiales se lo lleva aparte un momento. No puedo pillar nada de la conversación, pero veo que Jean asiente con paciencia. Al final el oficial saca algo del bolsillo y Jean se lo guarda.

—Amigos para siempre —ríe entusiasmado.

Una de las mujeres nos lanza un beso con la mano.

«Canta, oh, musa, la cólera.» Sonríó mientras escribo esto, muchacho, porque ¿no es absurdo que toda nuestra literatura haya surgido a partir de esa primera frase de la *Ilíada* de Homero y que nosotros no hayamos acabado de entenderla de verdad ni siquiera después de 2.800 años? Nos vienen a la mente héroes, creemos que hay mucho valor en los campos de batalla troyanos y nos suena algo sobre una guerra que ha durado diez años. Antes de apreciar las letras, prestamos atención al *kitsch*; es un automatismo. Pero eso no quita para que todas nuestras bellas letras hayan nacido en una tienda donde un héroe llamado Aquiles está enfurruñado porque, siendo como es el más grande, no ha podido conseguir a una hermosa muchacha que consideraba su justo premio. Ha tenido que ceder ese honor a su líder, llamado Agamenón, que se apodera de todo sin tacto ni distinción. Todo empieza con la cólera, con el berrinche por una gran injusticia que le ha sido infligida y que nadie más, salvo él mismo, considera humillante. Más aún: nadie conoce esa cólera porque Aquiles se la calla. La mezquindad del asunto ya debería darnos un bofetón en plena cara. Aquí hay algo que no cuadra. Éste no es un relato sobre la enésima batalla, no se cantan las proezas de un héroe. Esta primera frase nos pone delante un espejo. Y hay más: quién sabe si Homero no nos hizo directamente una advertencia. Cuidado con esa cólera, cuidado con la mezquindad que hay en cada uno de vosotros. No, todo el mundo prefiere saber qué pasó con aquel ridículo caballo de madera con el que los griegos burlaron a Troya, una escena que además no encontrarás en la *Ilíada*. Todo el mundo prefiere olvidarse de la cólera, de la banalidad que llega lloriqueando y te tironea del pantalón como un crío pesado. Y, sin embargo, la cólera personal de cada uno es mucho más poderosa, mucho más fuerte que la grandeza, mucho más trágica también. Es precisamente porque a nadie le gusta reconocerlo y todo el mundo disimula, aunque los crudos hechos se pongan sobre la mesa, que la cólera es lo único que puede devorar el alma de un individuo, una ciudad o un país. La hipocresía me parece lo peor. ¿La cólera? Nadie consigue librarse de ella. Se han ignorado

demasiadas advertencias, se ha permitido demasiada ceguera, se ha consentido demasiada vileza para conjurarla por completo. La hipocresía adopta un color distinto en cada país, va acompañada de una particular negligencia culpable, introduce una ambigüedad propia en la lengua materna. Y en retrospectiva —asumiendo que exista una retrospectiva—, todos callan a su manera sumamente personal y condicionada por su cultura y su región. Así que sigue cantando, oh, musa, la cólera en esta ciudad y la manera en que se ha enfurecido y sigue enfureciéndose. Cántame cómo a veces es redimida, añade Angelo.

En mi cuaderno de poesía de ese periodo de la guerra componía poemas, escribía algunas fantasías de venganza, llevaba la cuenta de mis levantamientos de pesas y otros ejercicios físicos o anotaba algunos chistes que aprendía fuera para entretener a mis colegas. Algunas veces, no muchas, encuentro algo que está directamente relacionado con la guerra. Hacia el final de octubre de 1941 aparece escrito de pronto «Brigadas Blancas» seguido de un signo de interrogación. Creo recordar que fue entonces cuando me tropecé por primera vez con esa designación. Era el nombre de un movimiento de resistencia que en aquel momento también estaba activo en nuestra ciudad. En mi álbum hay pegado un pequeño fragmento de un artículo de prensa sacado de *Volk en Staat*, un periódico que mi padre leía de vez en cuando. Te lo transcribo a continuación: «Frente a las “Brigadas Blancas” presentamos a nuestros valientes camaradas de las Brigadas Negras. Diariamente llueven los alistamientos en nuestra milicia. Si la sangre de nuestros camaradas tiñe los adoquines, ay de los responsables desde los más altos hasta los más bajos. Ay también de la venganza».

Llueven las cartas anónimas. Las palabras *Brigadas Blancas* acaban de hacerse públicas y ya empiezan las acusaciones. «No me cabe duda de que el susodicho X, también vecino de mis suegros, es miembro de la Brigada Blanca. Recibe constantemente la visita de tipos siniestros. Por si fuera poco,

cría conejos en secreto que claramente vende en el mercado negro. ¡El hedor que echan esos bichos no es ningún regalo! Ruego se tomen medidas. Una copia de esta carta ha sido enviada a la Feldkommandantur. Atentamente y con toda discreción...»

No tenemos más remedio que tomarnos en serio algunas de esas acusaciones; nuestro inspector deja otras aparte, a la espera de que los alemanes resuelvan qué hacer, sobre todo la Geheime Feldpolizei, que tiene como misión reprimir cualquier forma de oposición, sabotaje y asuntos así. La cárcel en la Begijnenstraat está ya absolutamente abarrotada. Han arrestado a demasiada gente por menudencias. Algunos colegas se parten de risa cuando van allí.

—Una casa de putas, es increíble. Si antes ya estaba mal, ahora está muchísimo peor.

Mi servicio ha terminado por hoy, quiero irme a casa, pero mi compañero Jean está decidido a quedarse un rato más charlando.

—Un amigo mío trabaja ahí. Es un antro de corrupción, Wilfried, no hay palabras para describirlo. Todo el mundo cree que esos alemanes son la mar de correctos. ¡Y una leche! He oído historias sobre alemanes que se dejan sobornar por esos prisioneros para que les permitan ir a una cita con el dentista y así poder hacerle una visita a su mujer. ¡Bajo vigilancia, se entiende! Es un entrar y salir. Con suficiente dinero, te cueles ahí de visita sin permiso, sin el menor problema. Mientras, están hacinados en esas celdas, y de vez en cuando esos mismos guardias alemanes le dan una buena tunda a uno porque la paga que les ha dado no bastaba, y todo sigue igual. *Zu Befehl?* [19] No lo creo. Esos hombres cumplen órdenes cuando les conviene, y cuando no, se las pasan por el forro.

El dinero todo lo puede y Jean sabe mucho de eso. Me lee la mirada y se echa a reír desvergonzadamente.

Esa noche sorprendemos en flagrante a dos niñatos pintando uves de victoria y el eslogan «Vivan los ingleses» en la vía peatonal de la Provinciestraat,



detrás del zoo.

—¡Infracción en la vía pública! —dice Jean mientras le echa el guante a uno de los granujas.

El otro gime:

—¡Nos ha obligado nuestro padre! —Abre los puños y hace un gesto implorante con las manos—. ¡Ay, pobres de nosotros! ¡Piedad!

—Muy bonito. Traicionar así a vuestro propio padre.

Jean le da una colleja al chaval.

Tiemblan. El pueblo se levanta, como suele decirse. El invierno se ha recrudecido, la comida escasea y son pocos los que todavía pueden calentar su casa como es debido. Las fuerzas de ocupación advierten que está prohibido escuchar emisoras de radio extranjeras. Pero muchos siguen creyéndose seguros detrás de las cortinas. Ayer hubo una manifestación para pedir más pan liderada por amas de casa. Por supuesto, no duró mucho, y sin embargo...

Jean se pone bien el cinturón y me mira.

—¿Qué hacemos con estos chavales?

—En principio deberíamos llevarlos a Begijnenstraat... —respondo, representando el papel que Jean espera de mí.

—Eso creo yo también.

—¡Nuestro padre se pondrá furioso, señor!

El chico ha perdido por completo los papeles; su hermano, al que Jean aún tiene agarrado por el cuello del abrigo, permanece con una calma imperturbable.

—En vista de que vuestro padre os ha enviado aquí a vosotros dos, quizá debamos ir a hacerle una visita.

El imperturbable mira a Jean y dice:

—Nosotros somos patriotas. ¿Acaso tú no?

Jean acogota al chico.

—*Vándalos* suena mejor, ¿verdad?

—¡No le haga caso a mi hermano! Le falta un tornillo. ¡Está loco desde que nació!

—¿Es eso cierto?

—Déjenos ir... No volveremos a hacerlo nunca más.

El imperturbable se encoge de hombros.

—Usted sabrá. Ya lo encontraremos después de la guerra.

—Es increíble... —Jean sacude al chico.

El hermano se tira de los pelos con desesperación.

—No lo haga... No lo haga.

Le pregunto dónde viven.

—Tolstraat —responde temblando.

—Joder, eso está en la otra punta de la ciudad. Largaos de aquí. ¡Id a vuestro barrio a hacer el tonto!

Jean les da un fuerte empujón a los dos chavales. El imperturbable recibe además una patada en el culo.

—¡Traidores! —grita el pateado mientras los dos hermanos echan a correr.

Jean los mira.

—¿Eres capaz de seguirlos? Yo no. Y las cosas van a ponerse peor, mucho peor. Ya puedes ir preparándote...

Cinco semanas más tarde se pone mucho peor.

—¿Perdón? —le pregunta Jean a nuestro inspector—. Repítamelo de nuevo, porque no le he entendido muy bien.

—Límpiate los oídos, Jean. Ya te lo he dicho. Se trata de lo que no debes hacer. Los alemanes han dado permiso a algunos individuos (así consta: algunos individuos) para que esta noche y durante todo el fin de semana escriban eslóganes proalemanes en los muros de varios barrios de la ciudad. Nosotros no debemos intervenir bajo ningún concepto.

—¿Podemos ayudar de algún modo? A lo mejor esos tipos no saben escribir...

—Jean, me estoy hartando ya.

—Pues ya somos dos, jefe.

Salimos. De nuevo nos toca patrulla nocturna.

—¿Por dónde iban éstos a embadurnar nuestras calles?

—Por los Leien. Por los alrededores de la ópera, el Banco Nacional, junto al palacio de justicia...

—Vayamos al Banco Nacional.

—No está dentro de nuestro barrio, Jean.

—La ciudad entera es mi barrio, tonto.

En el frío glacial, atravesamos los Leien en dirección sur.

—Salchichas de verdad. Mi prima las ha traído de los Kempen. Llevamos el campo en la sangre.

—Hace mucho tiempo... —digo.

—No se las ofrezco a cualquiera.

—Lo sé, lo sé.

Me pongo en guardia. Si acepto, ¿me tocará pasar luego por caja? Aunque, tratándose de salchichas de verdad, ¿qué importa lo demás?

—Mañana las traigo.

—Muchas gracias.

—Porque sí, porque somos colegas.

—Yo no tengo nada que ofrecer.

Jean me pone la mano en el hombro y se ríe.

—¿Te crees que no lo sé?

Un poco más abajo, en la penumbra, vemos a tres hombres inclinados sobre la acera, al otro lado de esa excesiva tarta de crema de mantequilla que llamamos Banco Nacional. Uno de los individuos está acuclillado y tiene una brocha en la mano. Hay un bote de pintura a su lado. Como en una película de cine mudo, Jean abre mucho los ojos y se lleva el dedo índice a los labios.

—Vamos a pillar a éstos —susurra.

Nos acercamos con sigilo. Los hombres no levantan la vista. Pintado en grandes letras mayúsculas está escrito: «Alemania celeb...».

De pronto Jean brama:

—¡¿Y a eso llamas tú bellas letras en la ciudad de Rubens, Jordaens y Van Dyck?! ¡La ciudad donde floreció el arte de la imprenta! ¡La ciudad donde residió Desiderio Erasmo y donde probablemente llevó al papel sus

pensamientos más sublimes! ¿No te da vergüenza?

El pintor se cae de culo, otro vuelca el bote de pintura del susto y el tercero se lleva la mano al corazón. No se trata de unos jovencuelos. Calculo que dos deben de rondar los treinta y tantos y el tercero estará al final de la cincuentena.

—¡Hostia! —masculla el pintor, un poco más repuesto—. A tomar por saco el pantalón. ¡Gracias!

Jean coge el bote de pintura medio vacío y a continuación vuelca lo que queda del contenido sobre el sombrero y el abrigo del hombre.

—¡Cabrón! —ruge el pintor seriamente manchado.

Jean suelta el bote encima de su cabeza con indiferencia.

—Tenemos un permiso... —bala uno de ellos.

—No es para ponerse así —gime otro.

Jean le da una patada en las costillas al pintor. El tipo lleva puesto un recio abrigo; sin embargo, oigo un crujido. La palabra *Alemania* ha quedado reducida a una gran mancha después de la A.

—¡Presentaré una denuncia! —chilla el pintor, que se protege las costillas mientras intenta ponerse de pie.

—¡Wilfried! Toma nota de la denuncia.

Meneo la cabeza mientras busco mi libreta.

—¡Yo! ¡Llamado! —le ruge Jean al hombre, y luego le pregunta en tono meloso—: ¿Cómo se llama usted, señor?

—Verschueren, Jozef... —le reprocha el pintor.

—¡Verschueren, Jozef! ¿Domiciliado en?

Le atiza otra patada.

Los otros dos alargan las manos hacia su amigo con impotencia, pero no se atreven a acercarse más ni a Jean ni a mí.

—¿Domiciliado en? Venga, ¿vas a decir algo más?

—Maarschalk Gérardstraat, número 23.

—¿Profesión?

—Está bien... Retiro mi denuncia.

Jean tira de un puntapié el sombrero manchado que el hombre lleva en la cabeza y levanta al tipo agarrándolo de los pelos.

—Te he preguntado la profesión.

—Joder... Funcionario en la Cámara de Comercio. Suéltame.

—¿Y si...? —dice uno de los otros dos compañeros, un hombre de rostro enrojecido al que se le forman burbujas de saliva al hablar y tiene los labios casi morados—. ¿Y si hiciéramos como si no hubiera pasado nada y cada uno se va por su lado?

—¿Y después qué? —exclama Jean, que todavía tiene agarrado del pelo al pintor—. ¡Colorín colorado, este cuento se ha acabado! ¿Eso es lo que tenía en mente, señor? Por cierto, ¿cómo se llama usted, si puede saberse?

—Verstrepen, Kamiel —burbujea el hombre.

—¿También es funcionario como su buen amigo?

—Subsecretario del Servicio de Finanzas de la ciudad. —De pronto suena más seguro de sí mismo, como si el hacedor de burbujas creyera que la forma en que se gana la vida tiene la menor importancia.

—¿Y tú?

Jean señala con la cabeza al inútil escuálido que ha volcado el bote de pintura. Se parece un poco a un judío con dinero que se ve en los carteles.

—Yo tengo una tienda de pintura en la Lange Lozanastraat. Bueno, mejor dicho, tenía. Ahora estoy jubilado.

Jean mira el bote de pintura.

—¡Muy gracioso! ¡Mejor, imposible! ¿Eh, Wilfried?

—Es la monda... —digo tranquilamente.

—¿Y cómo vamos a solucionar esto, señores?

—Queremos irnos a casa —dice uno de ellos mientras otro asiente con la cabeza como un estudiante que reconoce la respuesta correcta aunque no se le haya ocurrido a él mismo.

—Sed buenos y volved a casa, porque vuestra señora esposa ha frito pescado... ¿Te parece una buena idea, Wilfried?

Jean me guiña el ojo.

Le digo que es una idea como otra cualquiera.

Jean le suelta el pelo al pintor instantáneamente.

Los domingos suelo encerrarme en mi habitación y leo a Verlaine. «*Aujourd'hui, l'Action et le Rêve ont brisé / le pacte primitif par les siècles usé / et plusieurs ont trouvé funeste ce divorce / de l'Harmonie immense et bleue et de la Force.*» No voy a traducírtelo, muchacho, porque no quiero decepcionarnos ni a mí ni a ti con mi impotencia para comprender lo que una persona debería sentir ante todo. Copio en mi diario estos versos, escritos según el poeta bajo el signo de Saturno, el oscuro dios romano cuya festividad se celebraba durante los meses de invierno. Llaman a la puerta.

Ahí está mi madre.

—¿Estorbo? —pregunta con calma—. Se me ha olvidado decirte que anteayer llegó una carta para ti.

Deja el sobre encima de mi mesilla de noche y desaparece después de anunciar que la cena está lista. Reconozco la caligrafía.

¡Mi amor, cómo anhelo tus caricias! El Tiempo se ha vuelto odioso para mí, un maestro estricto, que además me reprende cuando pienso en ti, y maldigo en silencio las horas y los días que nos separan. Haces que me encienda, así que espero que no me reproches mis quejas. ¡Quisiera sentir tus dedos en mi cuello y tu boca contra la mía! Cariño, lo que tenemos es tan hermoso, no encuentro palabras para ello. Me haces cantar, ¿lo sabías? Ya te veo reír mientras lees esto o quizá pienses: «¡Bah, será boba!». Pero no puedo evitarlo. ¡Soy completamente tuya! Hazme saber cuándo podemos volver a vernos y cómo pasas las horas en el trabajo. Lode dice que él tampoco te ve mucho, pero añade que es normal. Escíbeme, por favor, que, aunque no vivamos demasiado lejos el uno del otro, quiero atesorar tus palabras escritas cuando esté sola en mi habitación por las noches. Recibe muchos besos cariñosos de tu

YVETTE

¿Cómo puedo decirle a tu futura bisabuela que esa clase de cartas me incomodan? Ella, que es tan sagaz, que parece una mujer de mundo que no se deja amedrentar por nada, se transforma en el papel en una muñeca de *fondant* rosa. Es como si creyera que tiene que ceñirse a lo que debe ser una carta de amor y no se diera cuenta de todo lo que traiciona con ella. Dejo la carta junto con la otra y bajo al comedor para la magra cena que mi madre presenta una vez más como si fuera un festín y sobre la que mi padre comenta:

—La sopa está buena, pero tiene que reposar. Deja un poco para mañana.

—Oh, mi joven amigo, un hombre sabio me contó una vez que es mejor pensar que tú elegiste a tus padres que al revés. Mejor es suponer que fue el alma misma la que decidió reencarnarse aquí, rodeada precisamente de esas personas, y que, de ese modo, cada cual es dueño de su propio destino y sólo debe justificarse ante sí mismo.

—¿De veras se cree esa patraña?

Barbita Feroz asiente triunfal.

—Eso a lo que tú llamas *patraña* procede de Oriente, donde nuestra raza surgió hace muchos miles de años. No te dejes despistar por la traición de la doctrina cristiana, y menos aún por la importancia sobrevalorada de la razón. Tu copa está vacía. ¿Quieres un poco más de licor?

Sin esperar mi respuesta, me sirve un poco más.

—Me alegro de poder desahogarme aquí de vez en cuando.

—Ya sabes que en esta casa siempre eres bienvenido. Pero lo que me cuentas de tus padres... No estarán tan mal las cosas, ¿no? En cuanto a esas cartas de tu novia... A mí me parece precisamente encantadora. No permitas que eso oprima de ese modo tu corazón. En todo lo que me cuentas veo tu sensibilidad de poeta y de eso se trata. No lo olvides.

Alza su copa y brindamos por lo que llamamos los «nuevos tiempos» y el papel que yo representaré en ellos. En el piso de abajo, el papagayo vuelve a montar un gran escándalo. Por primera vez oigo a su madre maldecir levantando mucho la voz. Barbita Feroz se pone en pie de un brinco como si le hubiera picado una avispa. Abre la puerta del despacho y ruge:

—¡No te atrevas a tocar a *Gaspar* o te parto la cara! ¿Me has entendido o tengo que bajar?

—No, no, está bien —suenan la respuesta rauda y espantada desde la profundidad.

Barbita Feroz cierra la puerta con un suspiro.

—*Elle est devenue folle et cruelle, mon ami.* Entre tú y yo, creo que de cuando en cuando necesita un poco de disciplina. Pero ¿qué quieres? *C'est la vie.*

No digo nada más. No toco el resto de la bebida.

El lunes tengo turno de tarde. Me presento ante el mostrador de la Vestingstraat. Reina una extraña tensión en la comisaría. Primero el inspector apenas se digna a mirarme. Luego me dice que Gaston, un compañero mucho mayor, saldrá a patrullar conmigo.

—¿Cómo es eso? ¿Es que Jean está enfermo?

Otros colegas nos miran.

Después de un largo silencio en el que todos siguen mirándome, el inspector me informa de que Jean fue arrestado ayer por agentes del Sicherheitsdienst.

—¿Por qué?

—Mejor te lo pregunto yo a ti, Wils. ¿Sucedió algo el sábado pasado? Ninguno de los dos informasteis de nada en especial.

—No que yo sepa.

El inspector mira a los demás por encima del hombro y les pregunta si han oído bien mis palabras. La temperatura cae ahora por debajo de cero. Alguien escupe en el suelo.

—¿Estás seguro? ¿No pasó nada esa noche relacionado con pintura? ¿Algo en el jodido Banco Nacional?

—Ah, eso —digo tranquilamente.

—Vete a hacer puñetas, chaval. No quiero ver tu cara durante un rato.

Lo molieron a palos. Al menos eso decían, y tres hombres a la vez, añadían casi siempre, porque a alguien como Jean no lo muelen a palos así como así. Según parece, lo tuvieron un tiempo encerrado en la Begijnenstraat y luego no volvimos a saber nada más de él. Reapareció después de la guerra, lo que nadie esperaba ya. Regresó como uno de aquellos esqueletos andantes. Neuengamme. Así se llamaba el lugar donde había estado. Un campo de concentración. Oí que jamás consiguió sobreponerse. No quiso volver a ser policía y parece que devolvió la medalla que le habían concedido. Ya no era



un normando, sino un espectro que pasó el resto de sus días sentado a una mesita en el café de su mujer, cerca de la estufa. Un viejo de apenas cuarenta años del que —de nuevo según parece— se burlaban cuando la guerra fue desterrada del recuerdo general, y ese destierro llevó poco tiempo, por supuesto, muy poco tiempo.

¿Alguna vez has tenido la sensación de estar de pronto excluido de todo? El arresto de Jean supuso un momento así para mí. Leo mi diario de guerra y lo evoco de inmediato. Me doy cuenta de que, por muy ufano que me sintiera entonces por mis fantasías poéticas personales, el hecho de pertenecer a algún lugar también me daba más confianza. Después de lo de Jean, aquello se acabó. Me lo arrebataron. Mis colegas empezaron a evitarme sin darme ninguna explicación y a partir de entonces tuve que ir por mi cuenta. Me sentía a la vez observado y controlado. Las conversaciones enmudecían cuando yo entraba en la comisaría. El inspector me miraba con suspicacia detrás de su Registro de Incidencias mientras le daba el parte de mi servicio, como si cada palabra fuese una trampa, como si alguna fuerza maliciosa se hubiera apoderado de mí: «¿Estás seguro, Wils? ¿Crees que así es como debe constar?».

Renuncié a ir a la taberna con los compañeros. Ya no tenía sentido. Aún me quedaba Lode, pero él no decía ni media palabra de lo que los otros pensaban de mí y yo no insistía. Y también él acabaría traicionándome muchos años después.

—Jaque mate.

—Ni hablar, te como el caballo con mi alfil.

—Debería haber dicho: doble jaque mate. Tú cómeme el caballo, pero yo te sigo haciendo jaque mate con la torre.

—¿Existe eso de doble jaque mate?

Lode se encoge de hombros.

—Da igual cómo se llame, no tienes adónde ir.

Estamos en el café Terminus, muchacho, de nuevo durante aquel año fatídico de 1993, el año de la colcha húmeda sobre la que yace mi mujer.

Lode y yo observamos el tablero. Ninguno de los dos hace ademán de devolver las piezas a su lugar.

—Ay, chico —dice Lode al final.

—Lo sé...

—¿Dónde la han encontrado?

—En uno de esos viejos búnkeres de al lado del parque, en la Della Faillelaan.

Mi nieta, la testaruda niña de mis ojos, está muerta. Anteayer nos dijeron que había sido un suicidio. No sé lo que te habrá contado tu padre sobre la tía que jamás llegaste a conocer. Quién sabe si te ha dicho algo sobre la carta que dejó. Debo contarte mi verdad al respecto, pero no ahora. No tengo ganas.

—Tú también estás tan nervioso...

Yvette me pasa las manos por el pelo y me tira del lóbulo de la oreja.

—Tú me pones nervioso.

—Ya lo sé —me dice ella, y de nuevo suena un poco triste.

Le digo que no sé lo que me pasa.

Sin embargo es bastante sencillo. Querría tumbarme en un diván y simular que padezco una dolencia poética que pone a prueba mis pulmones y mis miembros pero enardece mi mente. El problema es que no me veo a mí mismo en esa pose. No tengo tisis ni soy clarividente. Y es el deseo, el anhelo de ser justamente eso lo que me estruja el alma en ese momento. Al fin y al cabo, querría contemplar el horizonte con los ojos hundidos, el nacimiento de una visión fantástica que sólo yo sea capaz de doblar en versos ante los que el mundo entero se rendirá. Quiero que me elogien y que me odien, tener a mucha gente a mis pies y al resto lanzándome anatemas con espumarajos en la boca. Deben colmarme de elogios, no por amor o admiración, sino por miedo a juzgarme mal. Por supuesto, yo rechazaría esos elogios con arrogancia, culpando a cada uno de los miembros del jurado de la vileza más turbia. Quiero destacar en la imaginación de muchos como una criatura

fabulosa e inalcanzable de suaves ojos oscuros y pezuñas de cabra, un animal con el que poder aparearse a riesgo de incurrir en una locura eterna. Quiero ser poeta, un genio lírico, un monstruo con labios de satén adornando una boca de la que brotan versos. Quiero girar la rueda del destino, darle un buen empujón, convertirme en un jugador que arriesga a una sola carta. ¡Ruina o fortuna!

Pero aquí estoy, sentado en un sofá encima de una carnicería, con casi veintidós años y una única persona que me adora y que parece haber olvidado por completo la oscuridad que en un principio vio en mí. Aquí estoy, después de acabar mis horas en la policía durante las que Lode y el resto de mis compañeros desconfían totalmente de mí desde lo ocurrido con Jean. Ésa es otra: mis horas. Así es como me refiero yo también a mi jornada de trabajo, igual que los demás. Mis horas... Maldita sea, no son mías y lo único que me queda es todo lo que sucede después de mis horas. ¿Te das cuenta de cómo un trabajo así se apodera de uno? ¿Mis horas? El que dice eso no sabe hasta qué punto se ha convertido en un esclavo. Estoy atascado aquí, es decir, sellado con hormigón desde la entrepierna hasta los tobillos, en una vida que aún está por suceder y que ya parece haber sido masticada de principio a fin por antepasados desdentados. Así pues, soy como cualquier otro, como todo el mundo. Y eso precisa algún tiempo para ser asimilado, hace que uno —en eso Yvette, tu hermosa bisabuela, llevaba toda la razón— se sienta un poquito nervioso.

—Se te enfría el té. Te lo he preparado con mucho cariño.

—Uy —digo, y me lo tomo.

Estamos solos, tan solos como pueden estarlo dos jóvenes de aquella época en una casa paterna. Después de todo, sus padres están abajo, limpiando la carnicería, y Lode, de servicio. Estamos en la sala de estar, por supuesto. Se me prohibiría eternamente la entrada en la casa si me sorprendieran en el dormitorio de Yvette.

—Bueno —dice ella—, ya está bien de esa melancolía tuya. Hoy apenas me miras.

Sin decirle nada le desabrocho un botón de la prenda satinada de color malva que tanto se le ciñe al cuerpo.

—Ah, ¿conque ésas tenemos?

Pero su voz no suena acusadora y su mano no me aparta.

Desabrocho otro botón y la miro a los ojos.

Me pregunta si me siento orgulloso de mí mismo.

Se le ve un trocito del sujetador de color carne.

—No te atrevas a ir más allá.

La manera en que me lo dice me enciende la sangre. Casi ni me atrevo a tragar saliva por miedo a que resuene por toda la casa, como un héroe de dibujos animados que se sabe rodeado de un montón de bandidos y no quiere demostrar el miedo que les tiene.

Le desabrocho otro botón e intento hacerlo con la máxima soltura, como si fuese un acto rutinario. Las manos temblorosas empiezan a forcejear con el último botón, que apenas pasa por el ojal. La blusa se abre y deja al descubierto la forma de su pecho, cubierta por el encaje de color carne. Ella sigue observándome. Su mirada delata curiosidad. El corazón me late con fuerza. El suyo parece mantener la calma. Tiene el pulgar colgado en la parte inferior de un tirante, que desliza por el hombro torneado. Se baja también el otro tirante. A continuación, con la mano derecha saca ligeramente el pecho izquierdo de la tela de encaje. Por primera vez veo uno de sus pezones. Me lo ofrece y con la otra mano me empuja lentamente la cabeza hacia abajo.

—Vamos. Es para ti —susurra, y sólo en ese instante oigo su excitación—. Vamos. Mímame. Es todo tuyo.

Sus propias palabras hacen que se le endurezca el pezón.

Le doy un beso y percibo el olor de su piel. Huele a cosas que antes apenas existían en mi imaginación. Son olores de un ignoto sur, el sur del sol, el sur de su cuerpo desnudo, aún desconocido aunque secretamente deseado.

Mi beso se le antoja demasiado discreto.

—Más.

Cierro la boca en torno a su pezón y succiono.

—Sí, sí, así —dice.

El pantalón me aprieta. Procuro respirar tranquilo. Deslizo la lengua por el pezón, exploro su suavidad y, al mismo tiempo, su dureza, el deseo que le da forma.

—No te olvides del otro...

Condenan a este poeta a trabajos forzados de seducción.

Ella me acaricia el pelo pausadamente mientras mi lengua se compadece de su otro pezón. Parece sumida en sus pensamientos, aparta la cabeza y mira por la ventana a la lejanía infinita, engullida por un sueño. Pero ¿seré yo ese sueño? ¿Quién me dice que no se trata de un héroe de cine? Cuando me incorporo para darle un beso en los labios, sus ojos acogen mi mirada. Me aparta con suavidad del sofá y hace que me ponga de rodillas. Se sube más la falda, abre los muslos y me acoge ahí. Mi lengua va de un pezón a otro mientras ella me estrecha contra su cuerpo con más fuerza. Levanto disimuladamente la mirada y veo que ha echado la cabeza hacia atrás. Siento cómo se estremece. Me rodea con las piernas. Sus pies cada vez más elevados me empujan la espalda y yo me siento abrumado por las preguntas: ¿ahora mismo, aquí, de este modo, con tanta naturalidad? Le lamo el cuello, quiero olérselo más, pero ella me lleva la cabeza de nuevo a sus pezones. Vuelvo a notar que se distrae mientras yo chupo, que me deja hacer, que me concede algo de ella que le pertenece a otro y que es inalcanzable. Un breve gemido atenúa fugazmente esa sospecha. Sin embargo, mi pulgar en la parte interna de sus muslos, en ese trocito desnudo, la castiga, aunque sea dulce y pacientemente. Sólo sus pechos y su boca merecen atención: el resto debe seguir siendo una promesa. Por excitado que esté, por muchas vueltas que me dé la cabeza y por mucho que el deseo me presione dolorosamente en el pantalón, me siento en paz. Más aún: quizá sea un alivio que todavía deba limitarme a esas areolas ahora tibias y húmedas, que continúan medio aprisionadas en un sujetador, y a esos pezones endurecidos de un rojo intenso que invitan a morderlos, no demasiado fuerte pero sí lo suficiente, lo suficiente para imaginarnos como animales que no saben dónde acaba el deseo y dónde empieza el hambre.

Entonces ella inspira profundamente y dice:

—Uy.

Oigo la voz de Lode a mi espalda.

—Pero, chicos... —suspira.

21 de marzo de 1942. Según mi diario, es el día en que veo mi primer cadáver. Una mañana de sábado, temprano, Gaston y yo nos encontramos al final de la Ommeganckstraat. No vamos a montar un numerito. Ésa es la expresión que está constantemente en boca de Gaston. Deja caer la frase en casi cualquier situación que se produce durante la jornada de trabajo. Eso mismo fue lo que dijo cuando se enteró de que a partir de entonces tendría que salir a patrullar conmigo. Esta mañana, antes de que empezáramos nuestra ronda, volvió del lavabo con la noticia de que había meado sangre. Pero tampoco había que montar un numerito por eso. Le expresé mi preocupación con cierto titubeo, pero no conseguí hacerle perder la sangre fría. Lo esperaba, nada más, así me lo comunicó con calma. «Estamos aquí para acabar rotos. Un año más de esta miseria y me jubilo. No hay que montar un numerito, Wilfried. Ya es bastante increíble que una persona como yo haya pasado de los cincuenta. La parienta me restriega a menudo por las narices que yo mismo me esté buscando mi perdición. ¿Sabes lo que le digo yo? “Y tú qué”, eso es lo que le digo. Si creyera que es para montar un numerito, me quedaría tumbado en la cama. Son mis riñones. Están viejos. Demasiadas meadas, demasiada bebida.»

Sus palabras permanecen flotando unos instantes. Oímos un silbato de policía. En la Lentestraat hay alguien tirado en medio de la acera y a juzgar por sus heridas ha sido asesinado. Dos colegas protegen indecisos al muerto mientras hacen señas a la gente que los mira desde las ventanas de sus casas y les gritan que cierren puertas y ventanas. Uno de ellos se encoge de hombros, incómodo, como si se tratase de un accidente que ha causado sin querer. El otro mira fijamente al frente, como si pudiera estrangular al asesino allí mismo con un trozo de cuerda.

Viene hacia nosotros maldiciendo. Anda torpemente, como si fuera con zancos, y aunque está furioso tiene la mirada apagada.

—¡Qué cabrones, me cago en Dios!

Le estrecha la mano a Gaston y me saluda con la cabeza.

—¿Alguien que conoces? —pregunta mi compañero discretamente a su enojado colega.

El zancudo asiente y alza su impresionante nariz como si también nosotros fuésemos cadáveres.

—Mi más sentido pésame, Eduard —murmura Gaston.

Eduard menea la cabeza y regresa junto al cadáver.

Es una mañana fría y oscura, a pesar de que los mirlos intentan superarse unos a otros con sus trinos. Me froto los párpados con el pulgar y el meñique y vuelvo a mirar con la esperanza de ver mejor. El impacto de la novedad lo enturbia todo. Cuando se ve el primer cadáver, uno se siente como si se le hubiera revelado algo de otro mundo, como si un dios o un demonio hubieran reducido a esa persona a un saco lleno de huesos y sangre y, sobre todo, le hubieran cortado el hilo de la vida sin motivo ni explicación. Uno se siente como si ese dios hubiera dejado tirada su basura con suprema indiferencia por lo que se puede y lo que no se puede hacer. Como si fuera inevitable que sucediera. Al fin y al cabo, hace tiempo ya que nada es normal.

El hombre yace sobre el costado derecho. Tiene la boca medio abierta. Uno de sus ojos mira apagado el vacío. Su sombrero está tirado en la calle un metro más allá, como un signo de admiración después de una frase. Mírame aquí tumbado. Uno de los brazos está extendido, la palma de la mano, vuelta hacia el cielo, como si el muerto hubiera recibido algo en el último momento. Su pierna derecha sobresale debajo de la izquierda dibujando, casi juguetonamente, un número cuatro. Se ha formado una flor roja alrededor de su corazón. La parte posterior de la cabeza parece hundida, muestra un cráter sanguinolento lleno de coágulos y de frágiles sesos rosados. Los zapatos están desgastados, pero el abrigo y el pantalón denotan dinero. Hay una cartera abierta a su lado. Su cédula de identidad dice que aquí en la Lentestraat, justo al lado de uno de los mataderos rituales de los israelitas, yace Clement Bruynooghe. Alguien ha disparado por la espalda al citado Bruynooghe, Clement, y a continuación le ha metido una bala en la cabeza. Los alemanes llaman a declarar a los responsables del recientemente constituido consejo judío. Parece que amenazan con represalias. Para algunos, la ocupación ya no es un mero desastre natural, sino algo contra lo que se puede oponer resistencia. A partir de ahora se dispara. El tal Bruynooghe no había disimulado sus simpatías por el ocupante.

—Un buen camarada —comenta Barbita Feroz.

—Uno de nuestros colegas se puso hecho una furia. Fue él quien encontró a Clement.

—¿Cómo se llama?

—Eduard, creo... No lo conozco.

—Ah, probablemente se trate del Dedo. Eduard Vingerhoets. Tiene pinta de pájaro, ¿no? La nariz larga y afilada, la cabeza pequeña.

—Sí, ése es.

—Conozco al Dedo desde hace años. Un auténtico camarada. Antes de la guerra protestamos juntos muchas veces. Naturalmente, si estás en la policía tienes que andarte con cuidado con la política. Un gran admirador de Mussolini, siempre nos reíamos de él por eso. Porque, francamente, aunque compartas la misma ideología, ese italiano presuntuoso resulta bastante cómico, ¿no crees? Compara a alguien así con el Führer, no sólo su carisma sino también su visión del mundo. Se ve claramente dónde está el auténtico radicalismo, ¿no? Aunque debo decir que el Dedo jamás ha soportado a los judíos. El Duce se atreve a andarse por las ramas cuando se trata de ese tema, pero el Dedo jamás. Él quiere acabar con todos ellos y cuanto antes mejor.

—Lo llaman el Dedo porque se apellida Vingerhoets,[\[20\]](#) ¿no?

—Sí, pero también por un asunto con una mujer en un bar... En fin, no estoy de humor para cosas escabrosas.

Barbita Feroz suspira, se encoge de hombros. Está abatido. *Gaspar*, el papagayo, falleció repentinamente, y su madre se recupera mal de una caída accidental por la escalera. Así que Barbita Feroz debe encargarse de pronto de hacer la compra y las tareas del hogar. Dice que también tiene que leerle un rato en voz alta todos los días, lo que supone una fuente de disgustos para él.

—¿No conoces a nadie que quiera ganarse un dinerillo extra? ¿Tu novia, quizá? ¿Cómo se llama?

—Yvette...

—También estaría bien que cocinara un poco y limpiara... Eso me



aliviaria mucho. Y me gustaria proponerle que le hiciera un poco de compania a mi madre leyendole un libro. Aunque ya se que ella no querra a nadie mas que a mi.

¿Son imaginations mias o parece un poco culpable?

—Yvette se entiende muy bien con la gente.

—Es un buen comienzo... Hazme el favor y...

—Se lo comentare este fin de semana.

—Uy, pero si aun estamos a lunes. No se si... En fin, paciencia.

—Entonces ¿el tal Clement Bruynooghe era amigo suyo?

—Es increible... Los muy cobardes lo mataron como a un perro. Es una provocacion. Quieren intimidarnos. Pero estamos mas que preparados.

—¿Quienes son «los muy cobardes»?

Barbita Feroz saca su pipa.

—Vaya con el señorito policia. Estás progresando en tu papel. —Apaga la cerilla y se frota los muslos—. En cualquier caso, no han sido los judios, esos son unos caguetas. No son tan estupidos, lo sabe todo el mundo.

—Pues segun parece han arrestado a varios.

—Por supuesto. Pero que me caiga muerto ahora mismo si el que ha hecho esto no es un bolchevique. Un piojoso de la resistencia, claro. Es curioso que empleen ese nombre. En esta Europa, la resistencia somos nosotros.

—Pero ¿por que?

Barbita Feroz me mira sorprendido un momento y luego se echa a reir.

—*Jeune homme...*

—¿Que?

—¿Tú que crees? ¿No has visto con tus propios ojos como ha reaccionado tu colega el Dedo? Clement era uno de los nuestros: trabajaba para el Sicherheitsdienst.

—Me refiero a por que alguien se jugaria la vida de ese modo. No tiene ningun sentido.

—¿Un camarada ha sido asesinado como un animal en plena calle y tú me hablas de sentido? ¿Crees que a la gente le queda sentido comun? Te dire algo, amigo mio: son tiempos conflictivos, tiempos en los que uno se muestra

tal cual es. Es como un estriptis, y ya sabes que el sentido común es una pieza de ropa como otra cualquiera. Uno se lo quita y lo tira al suelo junto a lo demás, y ya está. Aquí todos lo saben todo de todos. Saben quién colabora con los alemanes; de acuerdo, tampoco es que eso sea muy difícil de averiguar. Sólo tú vas un poco retrasado, pareces no saber casi nada. Aunque también sucede en la otra dirección, ¿no? Puedo nombrarte a un par de tipos que podrían haberle metido un balazo a Clement en la cabeza. A los judíos que han arrestado no volverás a verlos. Pero sabemos dónde viven los verdaderos culpables. Esos inútiles no se han dado cuenta.

—Si tiene fuertes sospechas, siempre puede...

—¿Qué? No irás a decirme que vaya a denunciarlos a tu comisaría de pacotilla... Estás loco de remate. Aunque te pongas ese uniforme no debes sobreestimar ciegamente a tus jefes. Denunciar sería lo último que haría uno de nosotros. Ojo por ojo, así de simple. Una llamadita telefónica y asunto arreglado. Aunque yo tampoco soy partidario de eso, no tratándose de Clement. ¡Disparar por la espalda a una persona tan buena, por Dios! Esto es personal, como perder a un hermano. Responder a semejante cobardía significaría manchar tus propias manos. Dime, ¿por qué te ríes como un bobo?

—Venga ya.

Se pone en pie bruscamente.

—No me conoces bien ni tampoco a mis camaradas. Ya va siendo hora de ponerle remedio.

Es mayo y el sol brilla, pero a la madre de Barbita Feroz le da igual. Las cortinas permanecen corridas. Desde su trono le hace una seña a Yvette para que siga leyendo. Mi amada se endereza en el asiento y se aclara la garganta. Como de costumbre, yo me he situado detrás de la anciana. Ella tolera mi presencia, aunque debo mantenerme un poco alejado mientras Yvette le lee.

—¿Otra vez desde el principio, *madame*?

—No, niña. Sabemos que nieva y que nuestro héroe no tiene ganas de trabajar. No hay lagunas en mi memoria.

Yvette vuelve a abrir la revista. En la portada barata se ve un dibujo de una mujer que mira al lector con los ojos desorbitados y la boca entreabierta. La historia del quinto fascículo del noveno volumen se titula «La maldición del conde».

—«Sus ojos acariciaban los cuadros colgados en la pared y se detuvieron en una foto que representaba un castillo medieval. En su mirada apareció un amago de desaliento. Es...» —Yvette tiene la voz ronca. Tose, se sobrepone.

—Bebe un poco de agua, para eso está.

Yvette asiente y toma un sorbito, y, después de haber lanzado una mirada fugaz en mi dirección por encima del hombro de la mujer casi adormecida, reanuda la lectura:

—«Era algo que Robert de Tiège experimentaba a menudo. En esos momentos empezaba a dudar incluso de su talento. La vida se le antojaba muerta e inútil, a pesar de su trabajo, su honor, el arte y la admiración. ¡Claro que tenía éxito! Mujeres jóvenes y bellas lo llamaban *maestro* y después sus ojos reían seductoramente. ¿A quién iba destinada esa sonrisa? ¿Al artista o al soltero? No lo sabía. De pronto pensó...»

—El muy canalla estaba pensando —farfulla Amandine Verschaffel satisfecha.

Yvette mira a su indefensa víctima, que se encuentra al borde del sueño profundo de los inocentes, al que sólo puede entregarse una persona verdaderamente anciana. Me sonrío antes de retomar la lectura.

—«... que estaba invitado a almorzar en casa de la señora Bressoux. ¿Qué debía hacer? ¿Declinar la invitación? Habría un baile al finalizar el almuerzo. Las asistentes femeninas buscarían un posible marido. Robert sonrió. ¡La buena señora Bressoux!»

Se oye un ronquido procedente del cómodo sillón. Tengo que reprimir la risa siempre que sucede. Es extraño que a Barbita Feroz no le guste leer en voz alta. Al fin y al cabo, no suele aguantar más que un par de párrafos. Para entonces, la mujer se reduce a algo que apenas tiene latido, lejos de todo, especialmente de sus propios achaques: la cadera que se niega a funcionar, ese ojo que a veces se queda en suspenso, el temblor que provoca la torpeza del brazo izquierdo, su hijo con las manos tan largas... Todo queda fuera del

tono de esas frases leídas en voz alta de una novela gótica de castillos impresa en papel de periódico barato.

—Sí, la buena señora Bressoux... —susurro yo después de que el ronquido se haya transformado en suspiros profundos.

Nicole se preocupa.

—¿Qué tontería es ésta? ¿De verdad quiere que le lea en voz alta? ¿A usted, una persona letrada?

Debo admitir, muchacho, que a mí también me encantan esas novelas góticas de castillos. Durante un tiempo las coleccioné, las compraba en los mercadillos: revistas de los años de la guerra que olían a humedad, unidas por un par de grapas oxidadas, restos de sótanos que mancillan mi biblioteca con sus historias dramáticas sobre amantes que sólo se reencuentran al final, una maldición que pesa sobre un castillo, un notario piadoso y un infame cochero, sirvientas que ríen y condesas tísicas que tosen postradas en la cama mientras el señor cura susurra una bendición. Esas cosas no deberían pasar ante tus ojos, sino que deberían ser leídas en voz alta, como tu bisabuela hacía con la señora Verschaffel a cambio de una modesta remuneración.

—Anda, Nicole...

—¿Le falta un tornillo o qué? No pienso acelerar su futura demencia con esta porquería.

La miro largamente con los ojos húmedos. Con un suspiro, ella va a por sus gafas de lectura y arrugando la nariz inspecciona las revistas enmohecidas que tiene delante, sobre la mesa del salón.

—¿Dónde estaban metidas?

—Tú lee...

Sí, no es más que una historia, escrita casi por una máquina en cuya tarjeta de memoria hay fichas de todo lo que la mayoría de las personas espera hallar para entretenerse. Y, sin embargo, se me encoge el corazón, me entrego a ella y me culpo a mí mismo por no haber tenido nunca el talento para escribir historias que puedan transportar a la gente a otro mundo, aunque sólo sea durante una hora. ¿Oyes reír a Angelo? Yo sí.

En el café Witte Merel, El Mirlo Blanco, en la Belgiëlei, alguien canta una canción. «*¿Y por qué tendrán las narices tan grandes? Tarín, tarán, narices, narices, tarín, tarirán. ¡De dónde saldrán!*»

Risas.

—¿De dónde la ha sacado, Sylvain?

—Bah, chico. La conoce todo el mundo.

El tal Sylvain guiña el ojo y da un sorbito a su vaso de cerveza.

—Me cago en todo —exclama el dueño del bar, que es más alto que un pino—. Ahora les toca a los míos. La canción gigante de los hombres de Aalst.

—¿Pero qué dices? ¡Si es de Dendermonde!

—¡Que no, que es de Aalst!

—¡Dendermonde, jefe!

Justo al lado de la mesita donde estamos sentados Barbita Feroz y yo, alguien grita:

—Por cierto, ¿no eres tú de por ahí, Sylvain?

El parroquiano tose discretamente.

—De parte de madre.

—¡Ya sabía yo que no eras de pura cepa! —se ríe el hombre que está a nuestro lado.

—Vuelve a llenarme el vaso de cerveza, jefe.

—Yo te invito a una, Sylvain.

—¡Mira como arruga la nariz!

Sylvain se levanta del taburete y vuelve a golpear la barra con entusiasmo.

—«*¿Y por qué tendrán las narices tan grandes? Tarín, tarán, narices, narices, tarín, tarirán. ¡De dónde saldrán!*»

Agita los brazos como un director de orquesta. Algunos lo miran divertidos. Alguien se apunta titubeante a cantar con él.

Como en el resto de las tabernas durante los años de guerra, no hay mucha luz en El Mirlo Blanco. Hay cuadros de tonos marrones en las

paredes. Se nota que todos son del mismo pintor aficionado. Vista del Escalda. La catedral al atardecer. Una oda dolorosa a Bruegel con campesinos alegres que levantan una copa. Algunos proverbios ilustrados, inspirados también en el maestro. Dos perros difícilmente se ponen de acuerdo sobre el mismo hueso. Uno esquila ovejas, otro, cerdos. El que ha derramado sus gachas no puede recogerlas todas.

—¿Esto está siempre tan animado?

—A menudo sí.

Barbita Feroz parece ausente. Veo que alguien vuelve del servicio. La pálida luz que hay encima de la barra le ilumina la nariz. Barbita Feroz le hace una seña. Eduard *el Dedo* Vingerhoets sonrío y se acerca a nuestra mesa. Su largo dedo índice y el pulgar forman un revólver que está dirigido a mí.

—A ti te conozco. Wilfried Wils.

—Es amigo mío, Eduard.

—Pero tú... —dice el Dedo con desdén.

—Somos compañeros, ¿no? Nos conocemos de vista —digo yo.

El Dedo se apresura a contestar:

—¿Compañeros? De compañeros nada. Tú tienes dos caras.

Sus ojos entornados están muy juntos. Continúa mirándome como si pudiera ver a través de mí, como si fuera un cirujano que acabara de abrirme para ver qué partes de mi interior están afectadas. No pertenezco a este lugar, quizá a ningún otro, y sé que él lo sabe.

—¿Se puede saber qué te pasa, Eduard? —Barbita Feroz intenta reparar lo irreparable.

El Dedo y yo seguimos observándonos.

—¿Que qué me pasa? Nada, qué me va a pasar.

—Deja en paz al muchacho.

El Dedo me hace un guiño.

—¿Quieres que te deje en paz? Tu amigo me lo pide tan amablemente...

Me encojo de hombros y le doy un sorbo a la cerveza.

—Venga, Eduard, cambiemos de tema.

—Por mí de acuerdo... ¿Quieres saber una cosa? Lo hemos pillado.

—¿A quién?

—Al tipo que mató a Clement como a un cerdo... —Vuelve a mirarme a mí y sisea—: ¿No estabas tú ahí cuando encontramos a Clement?

Asiento. La nariz del Dedo distrae, es como si un oso hormiguero te estuviera estudiando, como si su trompa te fuera golpeando la cara continuamente. Sólo ahora me fijo en que el tipo lleva un bigotito. Bueno, es más bien como un trazo de lápiz hecho con carboncillo, una pincelada encima de esa pequeña boca que escupe amarguras. La boca vuelve a articular palabras, revelando unos caninos amarillentos:

—Hemos machacado a ese asesino. Hemos machacado a ese malnacido hasta que sólo sacaba burbujas de sangre. —Me mira de nuevo—: Después de mi turno, claro. No querría que pensaras que voy repartiendo leña vestido con el uniforme. —Gran sonrisa, dientes amarillos.

Barbita Feroz me sonrío.

—Luego se lo habrás entregado a nuestros amigos, espero.

El Dedo niega brevemente con la cabeza.

—No, esta vez no. Los alemanes no tienen que saberlo todo. Lo hemos tirado en el dique de Bonaparte con todas sus pertenencias. Glu, glu, glu. Se hundió como una piedra. A ése no lo volveremos a ver. Por cierto, hablando de alemanes...

Barbita Feroz consulta su reloj.

—Sí, ya debería estar aquí. Pero ese hombre lleva una vida muy ajetreada. Debemos tener paciencia. ¡Jefe, otra ronda!

El gigante deja tres cervezas espumeantes en nuestra mesa y se limpia las zarpas en el delantal.

—Lucien, éste es mi joven amigo Wilfried.

—Bienvenido a mi cueva de ladrones.

El dueño apoya los puños en la mesa y pregunta dónde se ha metido «el pelirrojo».

—Te lo acabo de decir. Vendrá —responde Barbita Feroz.

En ese momento se abre la puerta y entra un hombre de pelo rojizo.

—Hablando del rey de Roma, el alemán asoma —se ríe Lucien.

Los dos se saludan con la cabeza. El alemán es tan alto como el dueño del café.

Barbita Feroz se levanta enseguida y le estrecha la mano al hombre pelirrojo.

—*Mein Freund Gregor, Wilfried. Gregor, hier ist der junge Freund, wo ich bereits früher erzählt habe.*[21]

Yo asiento y le tiendo la mano. Sin soltármela, «mein Freund Gregor» sigue mirando a Barbita Feroz.

—*Ist er der Polizist?*[22]

—Sí, sí, policía. —Barbita Feroz se ríe.

Gregor me da una palmada en el hombro.

—*Krieg macht aus uns allen Polizisten, nicht?*[23]

—Exageras, Gregor. A todos no...

El Dedo vuelve a mirarme.

—*Ist schon gut, Eduard. Nur ein Scherz.*[24]

Gregor le hace un gesto con la cabeza a Lucien. Traen otra ronda de cerveza.

Fue tu padre, hace mucho tiempo, mucho antes de que tú nacieras, el que me mostró su preocupación por la guerra de los yugoslavos. Todo lo que él sabía del tema se lo habían contado por televisión o se lo habían dado mascado en algún periódico que, muy garbosamente, ponía la verdad preferida de tu padre en el menú con la esperanza de que tanto él como los demás lectores indignados volvieran a zamparse su ración de indignación al día siguiente. Hablaba de la ciudad ocupada de Sarajevo, de los camiones blancos de las «Nazis Unidas» (son sus palabras) que los furiosos habitantes de la ciudad pintaban de todos los colores del arcoíris porque la neutralidad les parecía una gran mentira, una excusa para no hacer nada. Yo dejaba que se desahogara porque daba la impresión de que le sentaba bien y porque además yo, su abuelo, parecía la persona más indicada para denunciar una sórdida guerra desde un sillón. Vi que era eso lo que pensaba, que esperaba que, con mi pasado, yo le tendería una mano a mi nieto, que no tenía ni puñetera idea de la vida ni la tendría jamás, y a continuación le daría mi bendición a su ira: en otras palabras, que le diría que era normal denunciar la guerra, que todas



las guerras eran una desgracia, y que él y yo pensábamos lo mismo. Empezó a hablarme de los francotiradores de aquella guerra civil, de algo que al parecer se llamaba Sniper's Alley, donde unos tipos apostados en lo alto de un edificio con armas de precisión esperaban a que saliera una señora que pretendía ir a comprar o un niño que se había escabullido de la vigilancia de sus padres, que para aquellos asesinos todo el mundo se había convertido en un blanco, y que si yo entendía algo de todo eso, si sabía lo bajo que podía llegar a caer una persona o si había vivido lo mismo «en mi época». Y mientras te escribo esto ahora vuelvo a pensar en las mismas cosas que pensé entonces, cuando intentaba responderle. Claro que he visto a personas convertidas en blancos, listas para ser aniquiladas porque les había llegado la hora; no: porque simplemente era lo que se exigía. E imagino que en este punto debería hablarte de junio de 1942, el mes en que todos los hombres, mujeres y niños judíos de la ciudad fueron obligados a coserse una estrella amarilla con una J mayúscula en el abrigo. La segunda semana de junio vi una cola muy larga en un colegio de la Grote Hondstraat. En ese mismo edificio cumplí cada tantos años con mi deber democrático con el cédula de identidad y una papeleta de votación en la mano para darle un empujoncito a esa rueda de molino llamada elecciones, hasta que me harté, hasta que ya no tuve ganas de hacer más el ridículo ante los ojos de esos poderosos que, precisamente por su diligencia burocrática, nunca fueron de fiar, siempre han sido una fuerza de ocupación y nos daban la espalda en cuanto otros poderosos llevaban la voz cantante. A ese mismo colegio tenían que ir los judíos a buscar su estrella de David y pagarla (tres estrellas por un franco), les ponían una pila de sellos en su cédula de identidad y los hacían firmar cumplidamente cuando se la entregaban. Escupo sobre la tumba de Napoleón por introducir en estas tierras ese flagelo llamado burocracia, «en interés de todos», según se dice, pero en la práctica en beneficio de un aparato que un siglo y medio más tarde fue capaz de convertirse al canibalismo sin problemas. Nuestros líderes son unos siervos, muchacho. Ésta es la tragicomedia: en cada gobernante hay un siervo que tiembla de miedo. Entre tanto, por la calle había mucha gente con estrellas. Algunos parecía que se avergonzaban por haber contraído una sucia enfermedad delante de todo el

mundo. También los había que levantaban la nariz con orgullo, con más orgullo que antes por lo que podríamos llamar su ascendencia. Y nosotros, los no judíos y habitantes de esta ciudad que invocaba su sentido del humor con un «déjate de bobadas» y «llénanos el vaso otra vez», creímos al principio que era una broma de aquellos alemanes absurdamente minuciosos. La ciudad entera se convirtió en un maldito patio de recreo donde el maltrato era alentado por los maestros en lugar de ser castigado. Era despreciable. Sucedió a la vista de todos. Por supuesto había algunos que como quien no quiere la cosa señalaban que ahora podíamos ver de verdad la inmundicia que había por las calles. Otros creían que seguían siendo neutrales al decir que esa identificación suponía un beneficio en aras de la claridad. Pero cuando esa estrella permaneció en los abrigos y pronto empezó a verse como algo normal, surgió otra preocupación. El nerviosismo de los judíos fue en aumento poco a poco, precisamente porque sabían que su estrella convertía a más personas en posibles verdugos, que no hay nada que invite tanto a golpear a otro como esa vulnerabilidad. *Krieg macht aus uns allen Polizisten, nicht?*<sup>[25]</sup> Por descontado, entre el pueblo supuestamente sensato no se decía ni una palabra de aquella división. En circunstancias así, esos sentimientos quedan escondidos y uno piensa sin duda: o ellos o nosotros. O convertirte en un posible blanco o ser un posible francotirador. La última sábana que uno se echa por encima es el cilicio de la propia vulnerabilidad, de ser una víctima, sin ninguna estrella en el abrigo, por supuesto, pero aun así amenazada, y desea quedarse dormido debajo de esa sábana con la esperanza de que todo haya pasado al despertar. No, no conviene despreciarlo. Y, sin embargo..., sería más justo un poco de reconocimiento por esa eterna ambigüedad. Me oyes desbarrar, muchacho, me oyes parlotear como un papagayo. Porque en ese momento opté por darle con calma la razón a tu padre sobre la sordidez de la guerra, lo que equivale a no decir absolutamente nada. ¿Cómo explicas lo que es la indefensión y de lo que una persona puede ser capaz cuando tu interlocutor jamás ha sentido lo que es ser un cabrón en potencia?, ¿cómo le explicas que es una bendición y una maldición no haberlo sentido nunca y que la rabia desde el sillón no es más que hipocresía ciega ante sí misma? La gente suele decir que hay que ponerse en la piel de otro antes de adquirir el

verdadero conocimiento. Pero también eso es hipocresía, porque con la piel de ese otro se quiere decir en la piel de la víctima. Nunca se habla de la piel de aquellos que se sienten incitados a participar. Antes de condenar la sed de sangre de otro, de alguien al que ni siquiera conoces personalmente, al que sólo has visto por la televisión o del que has leído algo por aquí y por allá, deberías sentir lo que significa esa secreta sed de sangre estimulada por los que llevan las riendas, esos a los que les sigues el juego, lo quieras o no; la sed de sangre, con otras palabras, que todos llevamos dentro. Tu mundo, muchacho, está rodeado de pantallas, todo lo que se le ha mostrado a tu generación, a la de tu padre e incluso a la de tu difunto abuelo es una indignación a la voz de mando, es un quejido a distancia con los oprimidos y los cadáveres hechos pedazos que te presentan con voz cavernosa. Ninguno de vosotros sabe lo que significa la inmediatez, la proximidad con la violencia común os es ajena y, por consiguiente, casi siempre me siento en la obligación de añadir que es una suerte no haber tenido que vivir nunca una guerra. Pero cada vez que vuelvo a oír a algún fulano que se las da de experto empiezo a dudar de esa supuesta suerte, y me siento un hipócrita, un traidor que mastica su herencia hasta dejarla insípida. Como ellos empezaron a decirnos en la comisaría: un judío ya no le importa un bledo a nadie. Pero ahora me arrepiento. Nunca hice de tu padre mi confidente porque di por supuesto que no me entendería. Su hermana se hacía la misma pregunta. Sin embargo, ahora mi confidente eres tú y eso es lo único que importa. Tú.

En esta ciudad, el Día de la Madre se celebra el 15 de agosto, el día en que la Virgen María fue acogida en el cielo. Con guerra o sin ella, es un día de fiesta y se prepara lo que pueda conseguirse con los cupones de racionamiento. ¿Todavía felicitas a tu madre ese día, muchacho? Espero que así sea, aunque tus padres lleven mucho tiempo divorciados y, según tengo entendido, tú vivas a temporadas con uno y luego con otro. No me parece un mal arreglo. A mí me resultaba agotador tener que soportar a mi padre y a mi madre en un mismo espacio, y precisamente la copiosa comida del Día de la Madre, acompañada de un silencio glacial por los innumerables patinazos de papá,

acentuaba el agotamiento.

Esa noche, sobre las nueve en punto, con el estómago bastante lleno, llego junto a otros polis a la esquina de la Oostenstraat, en las inmediaciones de la sinagoga y apenas a dos calles de donde yo vivo. Somos muchos, muchísimos. Entre nosotros hay camaradas de Deurne, de Borgerhout y Hoboken. Algunos dicen venir de Mortsel o Ekeren. Hemos recibido la orden hoy mismo o ayer, no estoy del todo seguro. Ninguno de nosotros sabe qué hemos venido a hacer aquí. Los alemanes llegan con un montón de material.

Nuestros inspectores han mantenido la boca bien cerrada. Algunos de nosotros estamos de mal humor porque nos hayan llamado en un día de fiesta. Ya te he comentado que a causa de lo sucedido con el pobre Jean, la mayoría de mis compañeros se limita a hablar conmigo sólo cuando es estrictamente necesario. Lode aparece de pronto a mi lado y esto no pinta nada bien.

—El juego ha empezado, Wilfried.

A él lo habían llamado a primera hora de la tarde. Junto a otros compañeros ha tenido que repartir por el barrio *Arbeitseinsatzbefehlen*, que en buen alemán significa «órdenes de trabajo obligatorio». Han arrestado a decenas de individuos y se los han entregado a los alemanes. Pasadas unas horas, creyeron que ya habían cumplido con su trabajo. Entonces recibieron la orden de ir a la Oostenstraat.

Cierran la Plantin en Moretuslei. En la prolongación de la Oostenstraat, en dirección a la Middenstatie, veo que también han cerrado una parte del Kievitswijk. Algunos alemanes instalan grandes reflectores en las esquinas de la calle. Hombres de la Sicherheitspolizei y de la Feldgendarmarie saltan de los camiones. Uno tras otro los camiones de mudanza exigidos van llegando a la Van den Nestlei. Quizá *exigidos* sea una palabra engañosa, porque después me entero de que han pagado a los servicios de mudanzas locales por utilizar sus vehículos. No tengo ni idea de si eso es cierto o no. Los conductores se apoyan en el capó y encienden cigarrillos. Nos dividen en grupos. Tenemos que «supervisar» la acción. Cruzamos la Plantin en Moretuslei, pasamos por

la Provinciestraat y torcemos a la derecha en dirección a la Bleekhofstraat. Se dan patadas a las puertas. Un agente del SD saca de su casa a un hombre y a una mujer. Detrás salen niños llorando y una pareja muy anciana que apenas se tiene en pie. El abuelo se tira de los pelos, en su rostro hay una mueca congelada. Su mujer sólo lleva una camisa de dormir y un salto de cama; sus cejas negras asoman por debajo del colorido gorro de dormir. Por supuesto, no pasa mucho tiempo antes de que se arme un follón por la Bleekhofstraat entera. La gente grita, llora. Los chillidos de los niños resuenan sobre todo lo demás. Algunos son arrastrados de los pelos hasta la calle. Mientras tanto, nosotros actuamos como si sólo fuésemos policías. Salimos a las calles y vigilamos como si se tratara de un encuentro deportivo. El efecto es grotesco. Me oigo a mí mismo decirle a un chico de unos dieciséis años que está llorando que debe calmarse y dirigirse tranquilamente hacia los camiones. Otros compañeros ayudan a ponerse en pie a las mujeres que los SD han derribado a patadas. «Si quiere acompañarme un momento...» «Sujete a su pequeño con fuerza, señora.» Y así sucesivamente. Algunos se dejan llevar como sonámbulos, en pijama, apáticos, representando un papel en su propia pesadilla. Todo tiene que ir «más rápido» y «más rápido». La calle está ahora muy iluminada, sombras largas andan por las aceras. Alguien vomita sobre su camisa y arrastra los pies mientras dos Feldgendarmes se lo llevan. Una mujer corre con un abrigo detrás de una madre con dos niños llorosos. Los alemanes la abuchean y recibe un par de bofetones en la cara cuando se resiste gritando. Como no quiere apartarse, la arrastran con los demás judíos hasta los camiones. Su mirada en nuestra dirección lo dice todo.

—¿En nombre de quién estamos aquí en realidad? —le susurro a Lode.

—Aún te haces esa pregunta. Luego oirás que esto no ha sucedido.

Tiene razón. El procurador general, o el alcalde, que a buen seguro está roncando ahora mismo, se despertará mañana con el deseo de normalidad, como cada mañana. La acción nocturna consistió en arrestar a los que se negaban a realizar el servicio de trabajo obligatorio, así constará por escrito. ¿Pero cómo escribes esto honradamente en un proceso verbal? «Ayer noche prestamos nuestra colaboración en una detención cuya causa desconocíamos. Tampoco sabemos el número de personas detenidas, entre las que figuran

mujeres y niños.» Todo lo desconocido está incluido en el salario, también la sensación de estar muy solo aquí, con ese uniforme, abandonado a tu destino, pero es imposible confiar eso a un proceso verbal. Algunos de los nuestros están pálidos o desvían la mirada, pero también hay bastantes que permanecen impassibles. La orden es no dejar escapar a ninguno de ellos y esa orden se cumple. No, no puedes pasar, tú, desesperado, debes subir al camión como desea la raza superior. Pero si todos los que estamos aquí ahora sólo estamos haciendo un trabajo que nadie sabe por qué hacemos dado que mañana ya se habrá olvidado, ¿quién o qué somos? Es más absurdo todavía, porque tampoco existe ya ese «nosotros». ¿Quién soy yo en medio de otros colegas que no quieren saber nada de mí? Menos que nadie. ¿Un fantasma con casco? ¿La Loca Meg de ese cuadro, que avanza por el infierno con los ojos muy abiertos y su espada desenvainada? ¿Es ella la causante de esto o sólo forma parte?, ¿se ha vuelto loca porque tiene algo que ver? ¿Hemos hecho posible que esto suceda o sólo somos los testigos que jamás testificarán sobre lo que han tenido que ver durante sus horas de servicio?

«Si esto puede suceder... —me ronda por la cabeza como un estribillo exasperante—, si todo esto puede suceder, si gente con uniforme puede pisotear a niños, darles puñetazos a mujeres en la cara, dejar a los hombres casi lisiados a golpes mientras los llevan a los camiones de mudanzas que tienen el nombre de uno de los nuestros, un nombre flamenco... Si todo eso puede ser... Nosotros que estamos aquí como qué, como ayudantes en un mundo al revés donde lo blanco es negro durante una noche que se ilumina en un día infernal, como enfermeras que asisten a médicos de habla alemana que, vestidos de uniforme, combaten algún que otro virus humano con porrazos y golpes, con amenazas y bramidos ante el llanto y el lamento y la mierda de muchos en los pantalones, con sangre y vómito y excrementos en la calle... Si todo eso puede suceder, ¿no puede suceder cualquier cosa? ¿No puede suceder cualquier cosa?»

Los alemanes han cortado un tramo de la Plantin en Moretuslei. Lode y yo tenemos que comunicar nuestra salida. Dejamos atrás la Provinciestraat y torcemos a la izquierda por detrás del zoo, de regreso al barrio de la estación.

—Lo que no comprendo —digo— es que todos sean tan...

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de aquella vez mientras nevaba?

—¿Qué vez?

—Cuando tuvimos que llevar a aquella familia judía a la Van Diepenbeekstraat. Acabamos de pasar por delante de su casa. Parece que aún sigue vacía.

Lode mira a su espalda, de pronto se detiene.

—¿Por qué sacas ahora ese tema?

—Porque es tan...

—Dame un cigarrillo.

Busco el paquete y saco dos. Los enciendo. Fumamos. Durante un rato no decimos nada.

—Nunca te lo he contado, Wilfried, pero...

—Conocías a ese hombre, ¿verdad?

Lode menea la cabeza.

—¿Cómo lo sabías?

—Te lo vi en la cara aquel día.

—Chaim Lizke es uno de los hombres del pedrusco. Un pulidor de diamantes. Ese tipo es un caso aparte, un auténtico buscavidas. Mi padre conoció a muchos de esos sujetos unos años antes de la guerra, cuando gran parte de ellos llegó aquí huyendo. Por aquel entonces, papá solía ir a tomarse un café en sus días libres a la Pelikaanstraat, muy cerca de la bolsa del diamante. Allí todo el mundo conoce a Lizke. Yo también. Ha venido alguna vez a nuestra casa, ¿lo entiendes? Esto tiene que quedar entre nosotros. Ya sabes cómo funcionan las cosas con una carnicería. Mi padre tenía un montón de dinero en negro, la guerra estaba al caer... Un hombre como mi padre tiene visión de futuro. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Ahora niego con la cabeza.

—Pues que compramos piedras. Lizke conocía a mucha gente. Mi padre

le daba un porcentaje.

—Y nosotros lo arrestamos a él y a su familia...

—En ese momento casi me dio un infarto, te lo aseguro.

Después de comunicar el fin de nuestro servicio en la comisaría de la Vestingstraat y de despedirnos sin decir una palabra más, vuelvo andando a casa. Amanece. En la Oostenstraat veo a los hombres del séptimo distrito que desde los altercados del año pasado custodian permanentemente la sinagoga contra posibles daños. Sin duda mis dos colegas me reconocen, pero no lo demuestran. En un alarde de mala voluntad los saludo con la mano. No reaccionan. El edificio parece intacto, por orden del alcalde, buenas noches.

El día siguiente es domingo. Normalmente veo a Yvette. Pero no tengo ganas de toparme con Lode, que hoy también tiene el día libre, y supongo que él piensa lo mismo. Afuera todo está tranquilo, demasiado tranquilo hasta para un domingo. Me dirijo a la panadería judía de la Provinciestraat, que como una vejación ideada por un Dios vengativo aún está abierta y despacha a una larga cola. Al otro lado, en diagonal, apenas media calle más allá, la Bleekhofstraat parece un mercadillo a medio recoger, con ropa tirada y cristales rotos por todas partes. Algunas puertas aún están abiertas de par en par. En la cola apenas se habla. Alguien dice que ha dormido mal a causa del ruido, pero luego se mira los zapatos. Una mujer esquelética cree que se le han colado. Levanta el dedo: «¡Me toca a mí!». La panadera alza la vista, asustada. Nadie dice lo que todo el mundo sabe, ni siquiera como una pregunta susurrada entre los valientes. ¿Cuánto tiempo seguirán vendiendo pan estos dos? No mucho, si recuerdo bien, una o dos semanas, no más. Alguien me tira suavemente del abrigo. Me vuelvo. Ahí está tía Emma, que trabaja de sirvienta en casa de una familia judía en la Van den Nestlei.

—Fue todo bastante... —susurra.

—¿Qué?

Hace un gesto con la cabeza.



—Se los llevaron. A los niños también. Triste.  
Quiero preguntarle cómo le va ahora, pero me aprieta el brazo.  
—Aquí no, hijo, aquí no.

Gaston cree que no hay que montar un numerito, pero se ha enterado de que estuve en El Mirlo Blanco.

—Si alguien me vio allí es que también estaba.  
—Es una forma de verlo.  
—¿Por qué me lo cuentas?  
—Dicen que eres un *doscaras*. Pero yo...  
—... pero tú no crees que haya que montar ningún numerito.  
—Puedes estar tranquilo.  
—¡¿Quién no es aquí un *doscaras* en realidad?! —grito por el pasillo.  
Unos colegas se vuelven a mirar.

—Cálmate o no volveré a salir a patrullar contigo —me increpa Gaston.

Antes de que pueda contestarle, Gust el Bizco, que siempre apesta a cerveza negra y que ahora parece surgir de la nada, me agarra de pronto del cuello. Con una mano me levanta contra la pared. Mis pies se balancean a unos centímetros del suelo.

—Suéltalo, Gust.

Veo que algunos colegas mantienen a distancia a Gaston. Gust me aprieta más fuerte. Desvalido, le arañó la cara. La rodilla de Gust sale disparada y me golpea la entrepierna. El intenso dolor me hace ver las estrellas. «No te mees —pienso—, no te mees.» Justo detrás de Gust, más cerca de la puerta, veo la trompa de oso hormiguero del Dedo. Lo veo reír, enseñando los dientes, algo que probablemente no suele hacer a menudo. Indefenso y furioso, cierro los puños. Angelo me muestra cómo me implora clemencia, muerto de miedo y soltando moco por esa enorme nariz suya, pero la imagen no me tranquiliza.

—Te crees, Wils, que puedes hacer lo que te dé la gana. Crees que nos chupamos el dedo y no sabemos nada. Pero sabemos más que suficiente, chaval. ¿Me oyes? Todos aquí saben que delataste a Jean. Todos saben que eres un capullo, ¿lo entiendes? Asimíllalo, reflexiona unos minutos. Eres un

capullo, una rata. A mí me importa un carajo si piensas así o asá, si estás a favor de los ingleses o de los alemanes. Pero será mejor que te andes con cuidado. Porque como vuelvas a atreverte a...

—¡Gust! —grita alguien.

—¡Detrás de ti!

—¡Gust, ven conmigo ahora mismo!

Me suelta. Me caigo. El inspector no me mira mientras empuja a Gust, ahora dócil, hacia su despacho.

Suspenden a Gust por dos días. No lo acusan de usar la violencia física contra un compañero sino de transgredir una reciente ordenanza del comisario en jefe: está prohibido hablar de política en el trabajo.

Estoy tumbado en la cama con el pantalón y los calzoncillos bajados. He cogido el espejo de mano de mamá del cuarto de baño y aunque sé que no debo hacerlo, inspecciono mis genitales. El escroto está morado y seriamente hinchado. El pene está laxo, con un hematoma en el extremo que ha adquirido la forma de una cabeza de cerdo. Llaman a la puerta. Me incorporo de golpe. Dolorido, exclamo:

—¡Ocupado!

La voz de mi madre me hace saber que tengo visita. Me subo corriendo el pantalón y meto el espejito debajo de la almohada. Me pongo de pie. ¿Se habrá atrevido Yvette a presentarse de improvisado?

—¡Ahora mismo bajo! —grito.

Entonces resuena la voz de Lode.

—Estoy delante de la puerta.

Intento mantenerme sentado relajadamente, sin cruzar las piernas. Mis ojos se deslizan por la habitación. ¿Hay algo que me delate, que le muestre a Lode quién soy yo de verdad o el que se hace llamar Angelo? Lo único que se me ocurre es arrancar de prisa un poema que está colgado en la pared, encima de mi cama. Se titula «Vigilia» y lo he escrito con mi propia sangre.

Oh, corazón de poeta, oh, ridículo corazón de poeta.

—Pasa, compañero —le digo animado.

Lode se ve tímido.

—Perdona... pero estaba pensando en ti. Me he enterado de lo que ha pasado.

Le ofrezco la única silla que hay en la habitación. Él toma asiento.

Saco dos vasitos polvorientos de la mesilla de noche. Los limpio con la colcha y le ofrezco un licor que Barbita Feroz me dio hace poco.

—¡Salud!

Brindamos y bebemos. El alcohol me sube rápido. Me acomodo un poco más y me imagino que el dolor disminuye ligeramente por la bebida.

—Me siento culpable, Wilfried. Debería haberte contado antes que no te quieren en el trabajo.

—Como si no lo supiera ya...

—Dicen que Gust te ha dado una buena patada.

—Ha fallado. Por algo lo llaman Gust el Bizco.

Lode ríe, yo también, aunque me cuesta un poco más. Se produce un silencio. Sirvo un poco más de licor.

—A tu salud.

—¡Y a la tuya!

Lode tose y mira la alfombra raída de debajo de mi cama.

—Puedes apostar la cabeza a que entre nosotros hay unos cuantos que son auténticos traidores. Mientras saquen algo... Y luego suelen elegir a alguien, alguien como tú, como chivo expiatorio.

—¿Alguien tiene que hacer de judío, quieres decir?

—Ya sabes a lo que me refiero.

No dejo de pensar en ese «alguien como tú», porque por mucho que me considere un caso aparte, esperaba que no fuera demasiado evidente. No, debo ser sincero: no quería destacar, sino sencillamente formar parte del grupo. Era ingenuo pensar que el mero hecho de llevar un uniforme se encargaría de eso. Mis morados lo dejan claro de una vez para siempre.

—Debo preguntarte una cosa, Wilfried.

—Quieres un poco más de esta bazofia dulzona... —me río y alcanzo la

botella.

—Lo de El Mirlo Blanco... ¿es verdad o no?

—Verdad —digo, y le sirvo—, mi viejo profesor de francés, el que me ayudó a aprobar los exámenes, me llevó allí.

—Ese tipo es un cerdo, Wilfried.

—De acuerdo. Pero a veces uno se entera de cosas haciéndose el tonto.

Lode silba entre dientes.

—Joder...

—¿Entiendes lo que te digo?

—Esto no es ningún juego. No te equivoques.

—Mira quién fue a hablar.

Lode se echa a reír.

—No pienso contártelo todo. Cada cual tiene sus secretos. Sólo te diré una cosa y luego me callaré. Esos alemanes y sus amiguitos como tu profesor van a llevarse una buena sorpresa si quieren volver a juntar judíos. Vaya, deberías ver la cara que pones ahora. No digo nada más.

Por fin, la botella está casi vacía.

Espero que algún día leas esto, biznieto mío, aunque no nos conozcamos y no me hayas pedido mis recuerdos. La tía que nunca llegaste a conocer, mi hermosa nieta que finalmente acabó con una cuerda al cuello, sí me los pidió. Ella quería saber, quería saberlo todo.

—No le hables de esas viejas monsergas —me increpó mi mujer cuando vino a la biblioteca a traernos el té y unas galletas que había hecho ella misma. Sonrió con indulgencia a Hilde y dijo—: Nena, deja tranquilo al yayo.

La miré, tenía dieciocho años entonces. Iba con el pelo desgredado recogido hacia arriba, unos pantalones anchos y una camiseta rota. Se había pintado los ojos como si fuera una bruja. Daba cosa verla, supongo, pero a mí no me afectaba. Yo advertía a la rebelde que llevaba dentro, también algo oscuro. Había llevado a sus padres al borde de un ataque de nervios con sus repentinos accesos de llanto, las lesiones en los brazos, su afirmación de que

de vez en cuando tenía hermosas visiones y oía voces que la apremiaban a ella y a todo el mundo a mejorar sus vidas.

Yo la miré y callé. Lo hice para no inquietar a tu bisabuela, pues ella temía que mis historias pudieran volver más loca aún a nuestra nieta. Callé y he maldecido ese silencio hasta el día de hoy.

Jamás había visto al señor Barbita Feroz tan feroz. Echaba espumarajos por la boca. Barbita espumeante.

—¡Tú y tu amigo sois unos esquirols! ¡Un pozo de traición!

—¿De qué está hablando?

Se levanta de un brinco de su diván y se planta delante de mi silla. Me mira con desprecio y empieza su sermón:

—No, no pienso tragármelo, amigo. No te hagas el tonto. He tenido que calmar a Gregor. ¿Sabes el aprieto en que me has puesto? Di por descontado que me mantendrías al corriente y así se lo dije al SD. «Gregor —le dije—, ese chico está de nuestra parte, de eso puedes estar seguro. Si él sabe algo, nosotros también lo sabremos.» Ahora me lo ha restregado por las narices. Te aseguro que nadie se ríe de esos tipos. De golpe y porrazo, el tal Gregor se transformó en un huracán. ¡Rugía como un condenado! ¡Que si esto, que si lo de más allá! Tuvieron que cancelar la acción de anoche y no me cabe duda de que sabes bien por qué. Tu servicio está plagado de projuicios. ¡No, qué demonios! ¡Eso es decirlo muy suavemente, *pauvre con!* Porque no me dirás que no ha habido dinero de por medio, que no advirtieron a los judíos a cambio de un puñado de monedas de plata. Y por supuesto tú no sabes nada. ¿Quién me dice que no has recibido algo de dinero tú también? La redada no sigue adelante. ¿Contento? Pero vais a acabar escaldados. ¡Todos vosotros! Si no se puede hacer así, se hará de otro modo. ¡Pero se hará!

—Sencillamente, yo no sabía nada —le digo con todo el aplomo del que soy capaz.

—No, está claro que no. Menos mal que tu colega Eduard sabía algo más que tú. El Dedo avisó a Gregor enseguida. En él podemos confiar. Ya va siendo hora de que conozcas un poco mejor a tus amigos. Él sabe de qué lado

estás, se lo he vuelto a repetir.

—Ese hijo de perra me odia.

—Métetelo en la cabeza de una puñetera vez: el Dedo es uno de los pocos amigos que tienes en tu trabajo, pero la cuestión es si nosotros podemos confiar en ti. La cuestión es si eres uno de los nuestros. Me fío del Dedo, ¿pero de ti? Bueno, ¿qué? ¿Vas a decir algo? ¿Sabías que hay tanta podredumbre en tu trabajo que algunos de tus colegas se dejan sobornar por esos asquerosos narices ganchudas? ¿Sí o no? ¡Aclárate!

Me mira con desprecio. En su ataque me ha escupido en la cara.

Procuro mantener mi ira bajo control. ¿Es que todo el mundo se ha creído que puede hacer conmigo lo que le venga en gana, que pueden arrinconarme así como así en un estante, como dice mi padre a menudo? De pronto me sobreviene un odio tan grande, un odio que devora la humillación latente de los últimos tiempos como si fuera un plato de gachas. ¿Por qué me contengo? ¿Por qué tiene uno que ir tragando y tragando hasta que lo único que queda de él es una marioneta sin vida? Estoy preparado, es suficiente. Lo he absorbido todo, he sacado todo lo que había que sacar, y el resto de la educación, el lavado de cerebro mal disimulado que nunca acabó de funcionar, ha terminado. Me limpio la saliva de la cara y me levanto como un hombre.

—¿Por eso tiene que escupirme?

—Perdona, ¿cómo dices? *N'as-tu pas honte?* ¡No tienes vergüenza!

Me enderezo y le muestro a Angelo. Le muestro cómo lo derriba de un manotazo como si fuera un peón en un tablero de ajedrez y luego lo arrastra por el suelo hasta las escaleras, cómo lo tira escaleras abajo a patadas. Veo los puños de Angelo caer sobre él como martillos y destrozarle con eficacia su cara barbuda. Veo el rostro de Angelo salpicado de sangre, cómo se abre la bragueta y se mea encima de la papilla que antes era su cabeza. Todo esto sucede sólo en mi imaginación, pero se lo hago notar. Y funciona al instante.

—Cálmate —le oigo decir—. Me he puesto un poco nervioso.

—Así es —digo.

—Sé que tú eres distinto. Pero tienes que comprenderlo... Mi posición...

—Quizá primero debería tomarse la molestia de comprender quién soy

yo.

—Caray. —Barbita Feroz sonrío algo inseguro—. Buen golpe.

—No vuelva a gritarme jamás —le digo.

Y me marchó.

—No —dice Lode—, no pienso tomar parte. Se ponga como se ponga.

El inspector mira su cuaderno.

—Tendré que tomar nota de eso, muchacho.

—Haga lo que quiera.

Tenemos ronda nocturna. Son alrededor de las tres de la madrugada del 28 de agosto de 1942. Nos han reclutado para una nueva acción. Ahí estamos, como una pandilla de párvulos. Y ahora uno de nosotros habla como un hombre. O como un loco. Apenas hay diferencia.

Gaston tira a Lode de la manga.

—¿Te has vuelto loco? No es para montar un numerito. Sabes bien cuáles podrían ser las consecuencias.

—Significará Breendonk para ti, amigo —dice alguien.

Al fin y al cabo, éstos son los rumores que corren. El que no participa se va volando al campo de concentración, donde sólo impera la crueldad, eso es lo que cuentan. Así que aquí tenéis los nombres, id a la Terliststraat, cogedlos a todos.

—Si ninguno de nosotros va, no sucederá nada.

—Eso es aún peor. ¡Eso es insubordinación, Metdepenningen!

Gaston se inclina hacia el inspector.

—No exagere, jefe. Dejémoslo aquí. Ya lo convenceremos.

Lode nos mira a todos, sacude la cabeza y se va sin malgastar ni una palabra más. Titubeo. No quiero que el juego acabe así. Me veo a mí mismo apaleado en un campo de concentración, rodeado de víctimas y malnacidos, mendigando un mendrugo de pan, para al final concluir que yo mismo detuve para siempre la rueda de la fortuna.

Estamos en la silenciosa Terliststraat. Esta vez no nos acompañan los alemanes. Esta vez estamos verdaderamente solos. Reparten los nombres. Somos una veintena de hombres, quizá más. Dos de los nuestros vigilan la sinagoga de la calle. Es ahí donde hay que encerrarlos a todos.

Gaston repite una vez más que no hay que montar un numerito. Yo suspiro.

—Lo haremos con calma. Nos limitaremos a llamar a la puerta y...

—¿... nos dirigimos a ellos con buenas palabras?

Gaston suspira también. No separamos por parejas, cada una ante una puerta. Llamamos simultáneamente. «¡Abran la puerta! ¡Policía!» Esas palabras suenan más huecas en una calle tan silenciosa. Pero no dura mucho. Casi de inmediato se oye tumulto en las casas, gritos y llantos. Nuestra puerta se abre un poco.

—¿Teitelboim, Abraham?

A través de la rendija vemos a un anciano con barba. Sacude la cabeza con lágrimas en los ojos. Lleva una camisa de dormir.

—*Nein, nein, nein...* —susurra.

—Que todos los miembros de su familia se vistan y cojan algunas provisiones. Pero dense prisa, por favor.

El hombre quiere cerrar la puerta enseguida como si fuésemos vendedores de cosas que no desea, pero Gaston interpone el pie y abre la puerta de par en par. En los escalones hay unos niños mirándonos. Miedo puro, un miedo de los que jamás se olvidan. Mi colega lo intenta de nuevo.

—Mantengan la calma, por favor. Vístanse y acompáñennos.

Dos mujeres empiezan a gritar a la vez. La espera se hace eterna. ¿Qué debo decir? Esto me saca de quicio. Por fin están listos. Pero entonces uno tras otro empiezan a suplicar. Una de las mujeres nos pone algunas joyas delante de las narices.

—*Bitte, bitte...*

Los empujamos hacia fuera. En la calle reina un completo caos. Pero en cuanto todo el mundo ve que no hay alemanes implicados en la acción, aumenta la resistencia. La gente nos tira de la manga. «*Was haben wir getan?*»[26] y «*Bitte, bitte...*».[27] Pero también: «*Bastarde! Bastarde!*»[28]



y «*Schande über euch!*».[29] Conducimos a la familia Teitelboim hasta la sinagoga. Una de las mujeres se tropieza mientras se cuelga de mi brazo suplicando. La arrastro por las piedras. Gaston saca su porra y la amenaza con ella. Mientras tanto hay otros colegas que se limitan a golpear, absolutamente desquiciados, absolutamente solos. Todos con la voz ronca de tanto gritar. Veo que tienen que separar a uno de los nuestros de un judío, al que sigue pateando fuera de sí. Tardo un momento en comprobar quiénes de nosotros han salido. Por debajo de un casco veo de pronto el rostro huesudo del Dedo. Se percata de mi mirada y me hace un gesto.

—Ahora es el momento de demostrar que no eres un *doscaras* —leo en sus ojos.

Lo siento como una mierda húmeda en la cara. El Dedo vuelve a buscar mi mirada, se encoge de hombros y reanuda las patadas.

Sangre en la calle. La gente llora, araña, muerde.

—¡Cuidado, Wilfried! ¡Vas a perder a uno de esos tipos!

Echo a correr detrás de un chico de unos diecisiete años. La calle está cortada. No puede salir. Como si fuera un crío jugando al pillapilla, empieza a zigzaguear con la esperanza de librarse de mí. Lo derribo de una patada e intento echarle el guante. Su odio se despierta repentinamente. Me araña la cara. Le doy un puñetazo. Y luego otro. Lo arrastro por los adoquines. Su madre me suplica que tenga piedad. Me martillea el pecho con las dos manos. La agarro del cuello. Los meto a empujones en la sinagoga. Y continuamos. Un loco me escupe en la cara en la siguiente casa de nuestra lista. Al instante cae de rodillas pidiendo perdón. «Venga, señor...», le digo tan educadamente como puedo. Lo cojo del hombro. Él casi se deja caer por la escalera, un saco de harapos, de repente apenas un hombre. Después se limita a caminar avergonzado conmigo, como si se hubiera dejado llevar por la desesperación y ahora hubiera entrado de nuevo en razón.

Entonces veo a Gust, su rostro manchado de sangre. Está llorando. Se le escapan los mocos de la nariz. Me olvido de inmediato de la patada que me dio. De pronto es insoportable ver así a alguien como él. Lo agarro por el codo.

—¿Estás herido?

—¿Herido? No... —escupe Gust—. Nosotros... Yo. —Respira hondo, se limpia la sangre de la cara. Repite—: Nosotros... Yo. —Después de varios intentos consigue decir algo en medio del ruido infernal—: Ese tipo abre la puerta, saca la barbilla y se rebana el cuello con una navaja de afeitar. Me ha puesto perdido. Y dentro... dentro... —Gust intenta sobreponerse mientras se limpia la sangre de la cara—. Y dentro están todos muertos... Todos muertos a la mesa. Una mujer... y cinco niños. Muertos y bien muertos. Qué es esto...

Gaston me llama a gritos.

—¡Venga, chico, hay que seguir!

Gust hace una señal en mi dirección como si quisiera decirme que lo tiene todo bajo control.

—Está bien. Ve a hacer tu trabajo...

Gaston sigue aporreando una puerta.

—Tendremos que derribarla a patadas...

Después de tres intentos, la cerradura cruje. Desde uno de los pisos gritan que ahí no son judíos. Y luego sueltan maldiciones.

—¡Qué habéis hecho con mi puerta, desgraciados!

Esquivamos por los pelos un orinal lleno que se hace añicos contra el suelo salpicándolo todo. Nos precipitamos hacia arriba, tiramos una mesita a nuestro paso. Un jarrón cae. Abrimos a patadas todas las puertas del primer piso.

—¡Pondré una denuncia! —grita un hombre flaco medio desdentado.

Está en pijama, temblando de ira. Su mujer está tiritando en la cama con un gorro rosa puesto y se tapa la cara con las manos.

—¿Se llama usted Herschell?

El hombre me tira una cédula de identidad a la cara. Nada de Herschell, así que no. En el documento no aparece la palabra *judío*.

—Acepte nuestras disculpas, señor Vandewalle.

—Esto no va a quedar así, pandilla de inútiles.

En la calle hay gente llorando alrededor de un niño que sufre espasmos tirado en el suelo. La saliva le cae de la boca. Tiene los ojos completamente extraviados. Sufre convulsiones como un conejo recién muerto. Uno de nosotros lo coge en brazos bruscamente y lo saca de ahí.

Pasan horas antes de que consigamos meterlos a todos en la sinagoga. Una vez dentro, siguen golpeando la puerta y gritando. Entonces oímos llegar los camiones.

Gaston y yo recibimos una amonestación por haber llamado a la puerta equivocada.

—Directamente del alcalde, señores. Está furioso.

Nosotros nos encogemos de hombros. No consigo quitarme de la cabeza lo sucedido en la Terliststraat. ¿Seré el único? Pero lo olvidaremos juntos, supongo. Juntos lo olvidaremos, porque de pronto vuelvo a pertenecer al grupo después de lo que hemos tenido que hacer entre todos.

Lode también recibe una amonestación directamente del alcalde.

—¿Sabes por qué no tendrá que ir a Breendonk? —La voz de Gaston suena mordaz—. Porque nosotros hemos hecho lo que había que hacer. Hemos limpiado toda la mierda sin él. Los alemanes se dan por satisfechos. ¿Lo entiendes? Por eso él está aún en su casa. —Escupe en el suelo—. Necesito una cerveza.

Tira el cigarrillo apenas consumido al suelo de la comisaría.

—Mantenlo limpio, Gaston —grita el inspector.

—Sí, mantenlo limpio.

**CADERA ROTA,  
HOMBRE ROTO**

Cadera rota, hombre roto. Sí, ésa es la razón por la que he tardado meses en retomar mi escritura, mi querido biznieto. Me da la sensación de haberte dejado en la estacada, como si durante mucho tiempo hubieras tenido que esperar en vano la continuación de mi relato. Pero por supuesto es una solemne estupidez, porque aún no has llegado a leer ni una palabra de lo que he escrito. He pasado el final del invierno y el comienzo de la primavera en el hospital; me parecía haber invocado una maldición. ¿Cuántas veces me había preocupado la idea de resbalarme y romperme algo? Me imaginaba a mí mismo en la calle, ante todo el mundo, sintiendo dolor y una profunda humillación. Pero sucedió en casa, y aunque estaba completamente solo, la humillación fue mucho mayor de lo que había pensado.

Estaba buscando algo, como de costumbre. Hacía rato que Nicole se había ido a casa. Yo estaba releendo las últimas páginas de lo que acababa de escribir y me había atascado. O no: divagaba. Eso es. Sabía lo que debía contarte aún, y no era eso, de pronto me sentí muy disgustado. No quedaba ningún deseo en mi interior. Veía mi vida como una burda línea a lápiz y de repente deseé que un Ser Superior tomase una goma y me borrara. Imaginaba a ese Ser soplando en el papel. Fuff, fuera. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Basta ya; ésas eran las palabras. Y cuanto mayor es uno, más obligado se siente a luchar contra esa única palabra, *basta*, que esconde un deseo. Ya sabes que he sobrevivido a tu abuelo, a mi hijo. Estaba postrado en

la cama, luchando contra el tiempo, no para vivir un poco más, sino todo lo contrario. Iba descontando los segundos, perdiendo el tiempo entre el momento en que dijo basta y el momento en que acabó muriendo. Es perverso ver a un hijo padecer de ese modo, un castigo ideado por un dios miserable. Me permitieron quedarme con él, pero desconfiaban. Todo el mundo me miraba con suspicacia, él también, pero yo insistí y mi hijo no tuvo fuerzas para echarme de la habitación del hospital.

—Muchacho —le dije—, muchacho...

Él meneó la cabeza, por supuesto hacía mucho tiempo que había dejado de ser un muchacho, y me miró desafiante.

—Basta ya, pueden venir a buscarme.

Eso me conmovió terriblemente, como si yo hubiera sido el causante de aquella vida, como si hubiera sembrado las semillas de su cáncer, lo hubiera envenenado desde el principio y su único acto de resistencia hacia mí hubiera sido la rendición completa. Basta ya... «Y yo qué», pensé en ese momento. Él había adelantado a su padre en su deseo. Algunos padres dirían: ya he cumplido mi misión, llévame a mí en lugar de él. Pero yo no. Sólo después de su muerte empecé a sentir de vez en cuando que había tenido bastante y entonces pronunciaba esa palabra, como en un ensayo general, sin consecuencias, un eco de una maldición que mi propio hijo había lanzado contra sí mismo y me había contagiado a mí.

No obstante, sabía lo que tenía que hacer cuando me sentía tan disgustado. Debía recomponerme de inmediato. Pero la melancolía y otros sentimientos oscuros no se dejan engañar tan fácilmente. En ese momento me acordé de un sobre morado lleno de fotos de familia. Creí que encontraría consuelo ahí, aunque luego uno siempre acaba comprendiendo que las fotos tienden a avivar más la melancolía, pues, a fin de cuentas, la oscuridad anhela más oscuridad. Busqué por toda mi biblioteca, miré también detrás de las filas de libros, sacudí algunos de ellos con la esperanza de que el tesoro estuviera escondido entre sus páginas, pero fue en vano. Agotado tras varias horas de búsqueda, me dejé caer en mi cómodo sillón para relajarme y eché el respaldo hacia atrás. En ese preciso momento vi el sobre morado asomando en una esquina, arriba de todo. ¿Cuán idiota hay que ser para guardar algo así

en un sitio tan imposible, desprotegido, bajo el polvo y, sobre todo, tan alto? A veces, diría que incluso a menudo, una persona es víctima de su propia hipocresía, porque al formular esa pregunta ya la estaba contestando. Yo mismo había puesto aquel sobre tan alto pues de lo contrario lo habría tirado y no habría podido soportarlo. Así que hace años mandé construir una escalera de biblioteca de madera y... Ya te imaginas lo que viene a continuación, ¿no? Efectivamente, este infeliz, que en ese momento no tenía más que serrín en la cabeza, se encaramó por la escalera como un jovencito, no se atrevió a subir más del penúltimo peldaño, tanteó infructuosamente por arriba, intentó subir un peldaño más temblequeando, perdió el equilibrio y se fue al suelo cuan largo era. Justo sobre mi cadera izquierda. Crac, dijo el hueso. Un dolor increíble se disparó por mi cuerpo desde el dedo gordo del pie hasta detrás de la oreja. Era como si un luchador de sumo me hubiera saltado encima con todo su peso y me hubiera partido los huesos como si fueran ramitas. Por primera vez en mi vida adulta llamé a mi madre. Me salió espontáneamente y el dolor era demasiado grande para que aquello me desconcertara. No te ahorraré ningún detalle, porque me he propuesto no hacerlo nunca en estas páginas, y por eso te comunico que tu pobre bisabuelo se cagó encima y perdió por completo el control de su vejiga. Así me quedé, completamente desvalido, lejos del teléfono, durante la tarde entera, la noche y las primeras horas de la mañana hasta que llegó Nicole. Entró arrugando la nariz, jamás lo olvidaré. El hedor debía de ser insoportable. Estaba demasiado ronco para gritar, pero lo hice.

Me remendaron un poco en el hospital, el Sint-Vincentius, por supuesto, y hay que decir que allí el personal de enfermería es eficiente y afectuoso. Pero yo soy incapaz de reconocerlo, por muy cierto que sea, según Nicole. A la gente que te pone la cuña, te mete una sonda por el pito, te lava el cuerpo desde el culo hasta las narices y constantemente te invita a hablar no puedo sino describirla con la mejor voluntad del mundo como torturadores. Desde el primer día hasta el último dije básicamente lo siguiente: «Quiero irme de aquí, esto es el infierno». Sólo tenía un alivio: la morfina. Nunca me habían

puesto una bomba de dolor y estuve encantado de conocerla, sobre todo los primeros días. Ni tu generación ni la de tu padre le habéis hecho ascos a las drogas, bien que lo sé, a mí no me engañáis. Pero esos cigarrillos y el polvo que algunos de vosotros os metéis por la nariz no pueden compararse con la estupenda niebla que produce la morfina. ¡Qué placer, chico! No tardé mucho tiempo en dejar claro que mi umbral del dolor era excepcionalmente bajo, y en eso me hacían caso aunque sólo fuera para librarse de mis quejas. Los sueños que trae la morfina son muy fuertes y no resulta desagradable que el sueño y la supuesta realidad se entremezclen, como sucede con una llovizna que diluye los colores de un cuadro que un pintor aficionado ha dejado a pleno sol y sin una nube en el cielo, y que ha entrado en casa para tomar un buen almuerzo y una copa de vino y hasta horas después no se percata de que fuera ya no hay un tiempo tan estival y que su paisaje ha adquirido otra forma. De pronto desfilaban mujeres desnudas a mi alrededor que me incitaban a olisquearlas de pies a cabeza y concretamente entre los muslos. Afloraron sentimientos en mí que creía haber perdido. Tu bisabuela revivió y se veía muy guapa debajo de un parasol, tomando sorbitos de una taza de té mientras miraba alegremente y hasta con evidente placer cómo yo me soltaba la melena en un bosque de ninfas. Me engalanaban el vello púbico con una guirnalda de margaritas, mi vigoroso sexo estaba enhiesto, había jabalíes gruñendo apaciblemente al sol, y una boca cálida y mimosa succionaba mis pezones. Manejaba mi lengua como el mejor y cataba la saliva de fabulosas criaturas femeninas como un buen conocedor del vino dulce. ¿Amor? Aquello era un amor abrumador, desde luego, sin dolor ni pena, sin sentimiento de culpa ni celos. Todo había devenido uno, como los locos hindúes de la Antigüedad describieron en su *Kamasutra*. Experimenté el éxtasis que Lucrecio debió de sentir cuando escribió su largo poema sobre los ladrillos de la vida, un libro que había leído poco tiempo atrás con admiración e incluso con cierta soledad. Todo átomos, todo uno. Al cabo de un tiempo resultó que también había oscuridad, y me entregué a ella de buena gana, pero eso no me impidió volver a apretar la bomba de dolor para poder olvidarme de mi cadera y de la cuña que tenía debajo del culo. La oscuridad adquirió la forma de una obra de arte en construcción, una especie de templo



en un terreno abandonado, que edificaban unos jóvenes con pinta de hippies y donde inmediatamente después celebraban extraños rituales que debían conducir al fin de los tiempos. Una abuelita me tomó de la mano y me guio a las profundidades de la obra de arte. La mayoría de los hippies hablaba alemán, aunque también se oía inglés e incluso neerlandés. Se ocultaba una enérgica fuerza en la mujercilla que seguía arrastrándome más y más a un lugar oscuro que olía a humedad. Oí que alguien excavaba y cantaba. «Ahí está», dijo ella, y vi la silueta de un joven apuesto de unos diecisiete años, exactamente como tú, ¿o ya tienes dieciocho o incluso diecinueve? «Hola, amigo. ¿Va todo bien?», le pregunté. Cesó de excavar. El chico volvió el rostro para mirarme y algo frío se apoderó de mí. «Me llamo Wilfried», dije temblando repentinamente. El chico sonrió con frialdad, como el portador de una máscara que de repente cobra vida, y repuso: «Ya lo sé. Y tú sabes cómo me llamo yo». Detrás de mí oí a la mujercilla glugluteando maliciosa como un pavo, un poco como el ruido que hacen las musulmanas durante la celebración de una boda, pero sin alegría y sobre todo despiadada. «Sí —dije—, sé cómo te llamas. Te llamas Angelo.» La máscara se congeló sobre el chico y yo sentí las uñas de la mujercilla en mi espalda huesuda. «Sólo tú sabes lo sórdido que es todo», dijo ella, y de pronto volví a estar en la cama del hospital Sint-Vincentius e inmediatamente decidí no volver a tocar la bomba de dolor hasta pasado el mediodía por muy terrible que esa perspectiva pudiera parecerme en aquel instante. Los días siguientes no hubo más guirnaldas de margaritas en mis tristes partes y se me aparecieron sobre todo familiares. Había uno en particular que me hostigaba sin piedad: mi nieta, o tu difunta tía y por tanto la hermana de tu padre, que me llevaba sin descanso más allá del límite de una cólera terrible que después seguía reverberando durante mucho rato. «Salgo en esas fotos —chillaba—, las fotos que buscabas, las fotos que hicieron que te partieras la crisma...» Y entonces vi algo que había olvidado durante la caída: que el sobre había caído al suelo igual que yo. A partir de ahí la morfina no me dejó un momento de tranquilidad. Cada vez gritaba más implorando que me llevaran a casa, con ese dolor mortificante que aún me quedaba y que, con el paso del tiempo, resultó ser tolerable sin la droga. Por fin me soltaron y me dejaron en manos

de Nicole y del silencio de mi propio habitáculo. Si hacía mucho reposo, la cadera se recuperaría, me aseguraron; tenía suerte de ser un hombre tenaz que seguía teniendo un cuerpo relativamente flexible. Pero a mí no me engañaban. Una cadera rota, un hombre roto, sujeto con pinzas.

Tu tía Hilde, a la que desgraciadamente no pudiste llegar a llamar tía porque acabó con su vida antes de que tú nacieras, continúa apremiando. Su historia está conectada con la de todos nosotros, también con la tuya. Su historia está en ese sobre morado, puede verse en las numerosas fotos que tengo de ella, que tantas veces he mirado con lágrimas en los ojos, y después, asqueado de mí mismo, he vuelto a esconder, maldiciendo el sobre sin ser capaz nunca de tirarlo. Quizá sea ésa la razón por la que te escribo todo esto, precisamente porque me costó años aceptar la idea de la conexión. Creo que no ha sido hasta ahora, después de esta caída y de este dolor inútil, que me he dado cuenta. Te escribo para dejar claro que por desgracia todo está unido entre sí y que el dolor de Hilde que la llevó al suicidio procede de ahí. Cuando vuelvo a pensar en ella (algo que he hecho demasiadas veces durante las semanas pasadas), Hilde pierde su humanidad y eso hace que vuelva a sentirme terriblemente enfadado con ella. Intento evocar detalles. Su forma de reír, que siempre me parecía algo fingida. Si un gato pudiera reír, pondría la misma cara que Hilde. Parecía reírse del mundo entero, como si a pesar de ser tan joven ya lo comprendiera todo. Podía burlarse de los políticos, de cualquiera con poder y fama, y la palabra que solía emplear a menudo para hacerlo era *pobrecillo*. Sonaba tan muerto en su boca. Mi mujer tampoco podía soportar su sarcasmo.

—Es un alma vieja —decía después de que nuestra nieta hubiera estado aquí para tomar el té y se hubiera vuelto a marchar—, y eso nunca es bueno. A esa edad no se debe saber demasiado.

—Cree que sabe algo.

—Crees que sólo es eso, pero te engañas.

Lo que Hilde sabía ridiculizar sin problemas era la apariencia. Ya lo hacía incluso de muy pequeña. Cuando San Nicolás se plantaba delante de su puerta y su hermano, tu padre, temblaba de miedo aunque ya no creía en él, Hilde saludaba al santo disfrazado con un escueto pero letal «Hola, tío

Lode». Al propio Lode le impresionó tanto que años más tarde siguió utilizando la anécdota para demostrar que él ya se había dado cuenta de algo. Decía: «Anda que no... Hola, tío Lode». Y los dos nos echábamos a reír al unísono y volvíamos a recordar a aquella pequeña Hilde, yo como orgulloso abuelo y él como orgulloso tío abuelo. Sin duda podría ser un recuerdo feliz, pero cada vez que pienso en ello ahora me enfurezco con Lode. Si hubiera estado por aquí cerca, lo habría tirado por la ventana. Pero eso ya no es posible, lleva ya un tiempo enterrado en el cementerio de Schoonselhof.

La primavera casi ha terminado y noto que llevo meses aislado del mundo. No he leído ningún periódico, no he cogido ni un solo libro. Nicole y yo, nada más. Durante meses. Ni siquiera he pensado mucho en ti, mi querido muchacho. Pero ahora ya ha pasado: vuelvo a poder caminar sin dolor. Es un milagro, dice el doctor, aliviado de repente porque al final su optimismo profesional haya resultado ser una predicción. ¿Qué sabrá de maldiciones alguien como él? Peor aún: ¿qué sabrá alguien como él de libertad? Uno intenta mantenerse lejos de las manos de esas batas blancas todo lo que puede. Es una especie de carrera contrarreloj con muletas en la que tu propio cuerpo es la apuesta y el trofeo. Jamás debes ceder ante esos tipos, jamás debes dejar que te juzguen, salvo, lamentablemente, en casos de fuerza mayor o por culpa de una caída como la que sufrí yo.

En cuanto te ponen las zarpas encima, tu cuerpo pasa a ser suyo. Posponen tu muerte sin darte parte en el asunto. Antes de que te des cuenta, te van metiendo meses de purgatorio en el cuerpo por el gota a gota. Antes de que te des cuenta, incluso estando al borde de la muerte y deseándola, te conviertes en una especie de recipiente químico en este mundo sublunar. Y eso es lo que tanto me exaspera, que has ido alimentando la ilusión de libertad para acabar entregándote al sometimiento. Al final, ni siquiera la perspectiva de la muerte es un consuelo, sino que entra en juego la esperanza de mejora que otros susurran; como una bolita que va rebotando en la mesa de la ruleta, tu cuerpo se convierte en el resultado de un juego contra el banco eterno con una cuenta de ahorro menos eterna, contra una inevitabilidad que

ni toda la química del mundo puede remediar. Y por mucho que se alargue, acabaréis en bancarrota tú y los demás, excepto algunas batas blancas que sacarán algún provecho, junto con todo un mundo de fabricantes de pastillas y gigantes de la química que se llevarán el dinero de la caja. Por eso elogian las bondades de la ciencia y desvarían con frases como: «Mirad lo lejos que ha llegado nuestro conocimiento». Para eso te hacen andar a trompicones hacia la muerte como un galeote extenuado. Mientras arrastras los pies por el pasillo de sus hospitales —en pijama, con la cabeza atontada, encadenado a un suero—, alaban tu valor y tus ganas de luchar, como si la lucha acabara de empezar. ¿Valor? ¿A eso se le llama valor? ¿De qué te sirve? Bancarrota, definitivamente perdido y al final privado de libertad. Eso no puede suceder nunca. Prefiero morir en la calle como un perro. Eso es valor.

Nicole me vigila como un pastor alemán. No es que yo sospeche de que se preste a colaborar con los que quieren poner mi viejo cuerpo en sus camas y con sus sueros. No, ella no es así, la desconfianza que le inspiran esos vendedores de drogas legales parece casi tan grande como la mía. Pero cuando la necesidad apremie, cogerá el teléfono, llamará a una ambulancia y al final entregará mi cuerpo al purgatorio químico por mucho que mientras tanto suspire y susurre que no hay alternativa. Ahora ha salido un momento a comprar, y la libertad me llama, algo me llama y me dice que ahora debo marchar. Salgo a la calle por primera vez sin vigilancia y me encamino hacia la *Quinten Matsijlslei*. En el *Troonplaats* recupero el resuello, en uno de esos fríos bloques blancos que dudan entre ser obra de arte o mueble para sentarse y donde yo creo reconocer vagamente un cepo. En una de mis caderas hay una llama piloto que se nota al menor esfuerzo, una llama alimentada por el miedo a volver a caer y verme condenado a una invalidez permanente.

Por cierto, ¿no te había escrito antes que jamás he tenido miedo? Es una estupidez, no sólo ahora, sino también en momentos anteriores de mi vida. Prometo que no volveré a esconder esa ceguera ante mi miedo. Es una

lección que he aprendido de mi cuerpo poco fiable. Pero al igual que a todas esas voces que uno tiene en la cabeza, también se le puede hablar al miedo e incluso negociar con él, sólo que de éste no puedes fiarte jamás. Mantén ese miedo a distancia, nunca le confíes tu bolsa del dinero, no se lo prestes a una mujer a la que quieres y niégate educadamente cuando se ofrezca a ir contigo de viaje. Dile que sabes quién es y que con eso te basta. Dile que sabes que es un maestro. Por aquí y por allá se oye gritar equivocadamente que el miedo es un mal consejero. Quizá, pero te enseña lo que significa vivir con intensidad, te enseña a valorar las mentiras, a jugar el juego, te enseña todo eso mientras lo mantengas a una cierta distancia.

Jadeo, no a causa del esfuerzo, sino sobre todo por mi libertad repentinamente recuperada que ahora siento menos temeraria. Las gotas de sudor se me meten por el cuello de la camisa. Ahora veo dos camiones del ejército entrar en la mediana que está delante de la comisaría de policía. Bajan paramilitares con ametralladoras y se dirigen por parejas al este de la ciudad. Cuatro de ellos me saludan amistosamente con la cabeza mientras toman la Brialmontlei, que está detrás de mí. Dos se apostan en medio de la calle junto a un colegio judío, los otros dos siguen andando. Los que están delante de la escuela encienden un cigarrillo mientras un montón de niños sale a la calle con sus bicicletas de segunda mano de colores chillones para ir a casa. Espero hasta que la mayor parte de esa multitud se ha ido y luego me pongo en pie. Me cuesta menos esfuerzo de lo que había previsto. Cuando llego a la altura del colegio, les pregunto si ha estallado la revolución. Un militar rubio de unos veinte años dice riendo que están aquí por las medidas de seguridad.

—También estamos aquí por usted —dice el compañero.

Yo asiento tan inocentemente como puedo y digo:

—Gracias.

¿Acaso el mundo se ha vuelto loco durante mi cuarentena? Al final de la Brialmontlei vuelvo a ver a otros dos militares al otro lado de las vías del ferrocarril, junto a la sinagoga judía de la Oostenstraat. Giro a la izquierda

por la Mercatorstraat y emprendo el regreso a casa con la cabeza llena de preguntas.

Por desgracia, Nicole ya ha regresado y por supuesto me cae una buena bronca. Que si esto, que si lo otro. Que si me podría haber muerto, ¿y qué habría hecho ella entonces? ¡Y que menos mal que todo había salido tan bien! ¡Que puedo estar contento!

—He visto soldados —digo con la esperanza de que se calme un poco.

—¡Ya llevan meses por aquí! —me grita desde la cocina.

—¿Meses?

—¡Todo propaganda! —oigo que dice—. Nos la han vuelto a colar.

Siempre nos la cuelan, mi querido muchacho, no lo olvides. Yo lo descubrí hace tiempo, como ya te he contado mucho antes. La gente se presenta y te dice qué función cumple en tu vida y tú te lo tienes que creer sin más. Éste es tu padre. Ésta es tu madre. Estamos aquí para protegerle.

—¿Cuándo se irán? —grito en dirección a la cocina, porque siempre da gusto buscarle las cosquillas a Nicole con sus indudables simpatías izquierdas.

—¡No lo sabe ni Dios!

—¿Y la policía qué?

No recibo ninguna respuesta.

De cuando en cuando, a esta ciudad le gusta la mano dura. El que se presenta como padre le habla con severidad, la ve como una prostituta en un garito, una *cabardouche*, como dicen por aquí. Ese padre empieza a hablar de orden y esta ciudad se pone a hacer gorgoritos. Desliza el dedo por el borde de su copa de champán, mira fijamente a los ojos de otro padre que quiere ponerse más estricto y a continuación suspira: «¿Qué decías sobre la disciplina en la calle y la seguridad?». Al principio, esta ciudad siempre se pirra por el orden o, incluso, también por la libertad, si se la muestran. Al fin y al cabo, a ella se le puede ofrecer de todo. El padre que lo propone debe mostrarse seguro, nada más, lo que defiende exactamente da un poco igual. Eso causa malentendidos típicos de los puteros. Uno de esos padres cree que tiene ganada la partida: es lo menos que podría pensarse cuando una ciudad se abre de piernas ante ti como una furcia alegre. Pero finalmente esta ciudad

acaba aburriéndose. A veces pueden pasar años, pero al final ese aburrimiento que tanto la caracteriza se impone y entonces se burla del resentimiento que se ha ido acumulando en su vesícula biliar. De repente lo mira todo con recelo, especialmente a aquellos en los que un día depositó su confianza. Entonces se ríe también de ese padre estricto, primero a su espalda y luego, cada vez más, en su propia cara. La autoridad está muy bien, pero no todo el tiempo, no de un modo tan consecuente, tan serio. A veces a esta ciudad le gustan claramente los uniformes. Al que ataca a la policía, le pone el viento en contra. Pero eso no quita para que esté convencida de que probablemente cada poli lleve dentro a un inútil que necesita un uniforme para hacerse valer. Sobre todo los que carecen de sentido del humor. Porque aquí se perdonan muchas cosas siempre y cuando se hagan con humor. Esta ciudad es voluble, puede ser hipócrita por momentos, pero también está ávida de placer. Le gusta una risa efusiva y desconsiderada, pero también se hace la atormentada y a menudo es irresponsable cuando se trata de quién ha hecho qué. Una persona decente se caga en el prójimo, ella se atreve a cagarse en su propia cama y le echa las culpas a otro. ¿Qué alberga en su corazón? Cuántas veces me lo he preguntado y cuántos disparates me he tragado al respecto. Pero yo sé lo que siento. Porque este viejo finge creer que después de todos estos años no hay interferencias entre su corazón y su cabeza, igual que esta ciudad que dice lo que siente y cree que sus sentimientos equivalen a sus pensamientos o ideas. En lo más profundo de esta ciudad se esconde una falta de amor propio o de apreciarse a sí misma, como dicen por aquí. Está dividida, se dice a veces. Se deja dividir en dos posturas que se enfrentan y que no pueden ni verse ni olerse la una a la otra. Pero eso es demasiado simple. Se deja dividir sobre todo porque no está segura. Dale un nuevo gobierno y se mostrará tranquila, se dejará domesticar, esté dividida o no, refunfuñando en silencio o dando gritos de alegría como si celebrara la llegada de un nuevo mesías. Pero lo que la une de verdad es la sospecha y la aversión a mirarse en el espejo. Prefiere dejar que la reconstruyan una y otra vez a tener que pasar por eso. No le gusta verse, no de verdad, y ningún padre puede hacer nada por remediarlo ni con orden ni con más libertad, ni con un lenguaje rudo ni con caderas rumboas, ni con una escoba en la mano ni con

un artista laureado del brazo. Dicen que quien no se quiere a sí mismo no puede dar amor. Bobadas, esta ciudad sí puede, sólo que su amor es siempre demasiado sentimental o demasiado condicional, demasiado llamativo para ser sincero o sencillamente demasiado efusivo, eso también podría ser.

—¿Quién es aquí efusivo?

Sin andarse con rodeos, Nicole me pone el plato delante.

—Es la hora de sus gachas.

Y mientras yo engullo esas anticuadas gachas de avena con desgana pero obedientemente, te imagino mirándome y preguntándome sin palabras cuándo volveré a hablar de una vez de esa guerra.

Desde que arrestamos a los israelitas de la Terliststraat, en la comisaría miran a Lode por encima del hombro. Prácticamente soy el único que aún lo saluda por los pasillos. El resto de los colegas lo tienen por un cobarde y un traidor porque se ha negado a participar en la redada. Entre tanto, ya casi nadie duda de mí. Pertenezco al grupo. Sólo hay una excepción: para Eduard Vingerhoets jamás formaré parte de ellos, por encima de su cadáver, y no hay nadie que pueda hacerlo cambiar de opinión.

Estoy en una habitación que hace las veces de comedor. Parece que ninguna mujer de la limpieza es bienvenida en este antro de machos. La calefacción funciona a medias; como de costumbre, los ceniceros están repletos, las mesas tienen montones de cercos en los que se quedan pegadas la ceniza y las migas de pan y una de las ventanas que da a la parte trasera de un edificio de la Keyserlei no cierra bien. No es grave, así al menos entra un poco de aire fresco. Aunque el olor a cigarrillos del grupo que acaba de marcharse ahora mismo se disipa muy despacio. Acabo de empezar a comerme mis rebanadas de pan cuando entra el Dedo. Viene a sentarse a mi mesa. Son las dos de la tarde. No hay nadie más aparte de nosotros. La repulsión que siento hacia el señor Vingerhoets aumenta cuando veo lo que acaba de sacar: un arenque envuelto en papel de diario. Otra vez arenque, por todos lados arenque. Este año, está en el menú de todos los hogares. Una pesca prodigiosa, eso se dice riendo despectivamente, es el Rey pescador en



persona el que viene en nuestro auxilio en estos tiempos oscuros. Sin embargo, Su magullado cuerpo en esa cruz hace pensar con fastidio a muchos en un bistec sanguinolento. Tomad y comed todos de él.

—Los viernes toca pescado —sonríe el Dedo a nadie en particular mientras empieza a repizcar y a mascar lentamente.

El olor del pescado frito tapa los efluvios del tabaco. Ya no me como a gusto el pan, pero no lo dejo traslucir. Me terminaré hasta la última migaja seca y sólo después me iré, o no: primero me liaré un cigarrillo y me lo fumaré tranquilamente. Por lo que a mí respecta, ese comemierda puede quedarse aquí zampándose una gran porción de pescado podrido; no pienso permitir que me intimide. Porque si, por un breve momento de debilidad, eso llegara a suceder, todo se habrá terminado. Entonces estarás en su jaula, y él tirará la llave.

—¿En qué estás pensando, Wils?

—Déjame en paz.

—Ten cuidado, llevo un galón más que tú en el uniforme.

Por enésima vez me señala con el dedo índice como si fuera una pistola. Sonríe. A esos hombres no les importa nada el rango o la condición, para ellos no se trata de eso: los Vingerhoets de este mundo están ahí para ayudar a que todo se vaya al carajo más pronto que tarde. Con el régimen anterior había más probabilidades de que se mantuvieran dentro del radar. Esos tipos siempre viven rozando el límite de lo permisible y por eso tienen muchas probabilidades de volverse imprudentes y que los pillen. Con los dirigentes actuales las cosas son muy distintas; ahora tienen la oportunidad de hacer una bonita carrera precisamente gracias a su imprudencia, a su apetito demasiado llamativo. Ahora se toleran muchas cosas que antes habrían sido impensables, o digamos que un cambio de régimen siempre fomenta un tipo de chusma distinta.

—A ti te gustan los judíos, Wils, a mí no me engañas. Un cómplice de la plutocracia, eso es lo que eres.

—Piensa lo que quieras.

—Muy generoso por tu parte, mocososo, gracias. Sé que este verano avisaste a los moshes del barrio para que pudieran salir por piernas. Sin duda

te habrán pagado bien por ello. Hay otros que también se han aprovechado, pero tú eres un caso especial, Wils. Tú te has cubierto las espaldas. ¿Sabes lo que pienso cuando te veo tomando una cerveza con nuestro amigo barbudo en El Mirlo? ¿Sabes lo que pienso? Pienso: espera. Nada más. Espera. Porque los que son como tú siempre acaban cometiendo algún error. A la gente como tú se les suben los humos a la cabeza. Deberías ver la cara que estás poniendo ahora mismo. Esa arrogancia, Wils, disfruta de ella... mientras dure. Y a ti no te daremos una paliza en algún sótano para tirarte después por un dique como una nuez aplastada. No, a ti te pondremos un lacito y te daremos de regalo a los hombres de los uniformes de cuero.

El Dedo no ha dejado de masticar en ningún momento, esos dientes de roedor siguen triturando con la boca entreabierta. Sus palabras suenan amplificadas por la nariz y reverberan contra las paredes de la habitación, amarillas de nicotina.

—No vayas a atragantarte con una de esas espinas —le digo, aunque mi voz suena vacía por el temblor del cuerpo—. No me gustaría que te asfixiaras.

Palabras de las que ya me arrepiento antes de que se hayan apagado. Por desgracia, esa clase de frases siempre permanecen suspendidas en el aire. El tiempo las subraya, las estira, deja que su eco se alargue. El Dedo meneaba la cabeza y se echaba a reír quedamente.

—Realmente eres un caso aparte, Wils. Ya lo creo que sí. Te lo estás buscando. No sabes quién soy yo.

Me lío un cigarrillo con toda la parsimonia de la que soy capaz, a pesar de que aún me quedan dos rebanadas de pan intactas en la fiambarrera. En cuanto enciendo el cigarrillo, el Dedo empieza a estornudar.

—Disculpa —dice enseguida, como si al capullo que soy aún se le debiera algo de educación.

Pero los estornudos no cesan e incluso se vuelven más intensos. Achís. Otro. Achís. Trocitos de pescado salen catapultados de su boca. Se inclina hacia delante tanto como puede. Sus ojillos rojos y arrugados se enfrentan a una inundación. Miro ese cuerpo que de pronto no sabe qué pose adoptar, que debe entregarse al cosquilleo de esa enorme nariz que lo convierte en un niño

grande.

—Qué coño... —consigue articular.

Sí, qué pasa ahora con tanto estornudo. Eduard Vingerhoets se desabrocha rápidamente el abrigo del uniforme y, hala, a estornudar otra vez. Le corren lágrimas por esas mejillas mal afeitadas. Más estornudos. Se le dilatan las narinas. Cerrando los ojos lagrimeantes se palpa el bolsillo interior. Saca un pañuelo con rayitas azul claro. Se lo pone rápidamente bajo la nariz enrojecida e hinchada, pero sus movimientos bruscos hacen que se le caiga la billetera al suelo. El objeto se queda ahí, abierto e indefenso. Atisbo una foto en la que el Dedo posa con un traje negro al lado de una mujer sonriente, en cuyo regazo asoman dos cabecitas infantiles, un hijo y una hija con los ojillos chispeantes de su alegre madre. Una flor seca cubre el resto del retrato familiar. Con cuánto orgullo mira él esa foto, con cuánto cariño también, con cuánto... Entre un estornudo y otro, agarra la billetera.

—Sabes, Wils... —resuella—, sabes que sé dónde vives.

Se mete la billetera nuevamente cerrada contra su corazón y sale apresuradamente del comedor, apretando otra vez el pañuelo contra la nariz. Lo oigo volver a estornudar en la escalera. Aaaa-chís. Ha dejado el pescado a medias en el papel aceitoso. Apago mi cigarrillo. Mi mano tiembla, la de Angelo no.

Los domingos, si mi turno de trabajo me lo permite, los paso con la familia de mi novia. La comida del mediodía no puede ser rechazada bajo ningún pretexto; intenté escurrir el bulto una vez y provocó una crisis memorable. No, no debía de estar tan enfermo —tuve que oír a la semana siguiente—, cuando me vieron pasear por el Harmoniepark con un compañero que después me acompañó hasta el barrio alemán a la taberna In de Welkom, En la Bienvenida. Bobadas, ese día no salí de la cama. Yvette estaba furiosa mientras me lo echaba en cara, pero detrás de ella vi que Lode me guiñaba el ojo. El muy canalla se lo había sacado todo de la manga, así que a partir de aquel día me sentí obligado a comparecer a la llamada, limpio, afeitado y con una camisa blanca recién planchada.

Desde hace poco, el padre de Yvette me ha asignado un lugar fijo en la mesa: a su izquierda. En frente de mí está su hijo; a mi lado, mi novia; y la madre está sentada al otro extremo. Ella trae la sopa de la cocina e irguiéndose sobre nosotros la sirve siguiendo un orden estricto. Primero recibe la sopa el padre, luego me toca a mí por ser el invitado y después vienen los demás. De este modo, todos vamos dándole el plato, donde la madre vierte la sopa despacio. El padre es el primero en probarla, sopla suavemente y frunce los labios. Después de dar su aprobación con un gesto de cabeza, podemos empezar. Los domingos apenas se habla durante la comida y se apodera de nosotros cierta pereza. Los hombres tomamos vino. Una botella, claro, nunca más.

Después de comer, las mujeres friegan los platos, el padre desaparece detrás de su periódico y Lode y yo charlamos, unas veces en la sala de estar, otras veces en su dormitorio en mansarda, un privilegio que siempre pone celosa a Yvette, porque por supuesto ni en mil años sería posible que ella y yo pasáramos un segundo a solas en su habitación. Si alguien nos sorprendiera allí, sólo podría evitar la vergüenza a los ojos de su padre en el caso de que yo pidiera su mano en el acto. Lo único que se me permite es un paseo a su lado después de terminar de recoger y fregar, lo que a veces, para nuestro gran enfado, puede que dure todo el tiempo.

Lode me precede por la empinada escalera en dirección a la habitación de la buhardilla. Yvette busca fugazmente mi mirada y a continuación frunce los labios mandándome un beso. Yo le guiño el ojo.

—Caray, he comido demasiado y estoy más atontado que... —suspira Lode, y mete sus zapatos debajo de la cama de una patada.

Sigue siendo una verdadera fiesta comer en casa de un carnicero. A esas familias no les falta de nada. En casa también nos apañamos, particularmente cuando mis compañeros y yo le tiramos de las orejas a algún estraperlista, pero continúan oyéndose muchas quejas por todas partes. La ciudad y sus habitantes están más que hartos del racionamiento y ya no pueden ver un arenque ni en pintura, como si se tratara de un juegucito que ya hubiera durado demasiado. Se mendiga mucho más. A veces son niños pequeños los que ponen la mano, y pocas veces reciben algo.

Me siento en la cama de Lode y me lío un cigarrillo. Está de espaldas a mí junto al lavabo, coge una jarra de piedra y vierte el agua en una palangana bostezando audiblemente. Se desprende de la chaqueta y arroja la prenda hacia la silla más cercana, que está debajo de la ventana del tejado. Se desliza los tirantes de los hombros, se quita la camisa y la camiseta y empieza a refrescarse. El agua gotea y salpica en la encimera de mármol del mueble.

—¡Qué bien sienta! —dice con una risilla mientras se echa hacia atrás el flequillo ahora mojado.

Las gotas le caen por la espalda. El sol de otoño las ilumina. Se desabrocha el pantalón y se lo baja junto con los calzoncillos. Sin volverse aún, bailando primero sobre una pierna y luego sobre la otra, se lo quita todo, también los calcetines. La parte posterior de sus muslos está cubierta con una suave pelusilla castaña que asciende hasta sus nalgas. Se echa agua en el vientre, se pone de puntillas, probablemente vierte agua sobre sus genitales y sigue lavándose. Todo su cuerpo parece gritarme para que disfrute de su belleza. Pero al mismo tiempo finge que no pasa nada, como si fuera un aseo rutinario en el que casualmente se halla presente un amigo. Sin embargo, no hay palabras, ninguno de los dos hace ruido y eso descarta la rutina. Yo carraspeo o murmuro un «bueno, bueno», pero nada más. Él contesta algo igual de poco articulado mientras se pasa por las nalgas las manos húmedas, con un trozo de jabón. Vuelve a inclinarse hacia delante para echarse de nuevo agua en la cara recién lavada, después de lo cual se enjuaga lentamente los restos de jabón del trasero con una manopla. Las paredes del cuarto se estrechan. Tengo la boca seca. Me siento encerrado. Nada de lo que diga o haga en la cercanía de ese cuerpo desnudo nos satisfará ni a él ni a mí. Entre tanto, en lo profundo de mis entrañas oigo a Angelo riéndose a carcajadas. Míralo ahí sentado encima de la cama, a Wilfried Wils, la gran mente, el que no conoce la piedad, el que quiere vivir con pasión, hacer valer su voluntad; míralo cómo se hunde vertiginosamente en la timidez y la banalidad, tan normal como el que más y por tanto tan condenado a morir como un farsante encubierto que jamás ha logrado escapar de una existencia trazada. Lode me mira por encima del hombro. Parece vulnerable pero orgulloso, una mirada que provoca deseo y repulsa, algo que hace que me dé vueltas la cabeza.

—¿Me pasas esa toalla que está junto a la cama?

Sin levantarme, la cojo y lanzo la rígida tela en su dirección.

Empieza a secarse lentamente. El olor del jabón mezclado con el de su virilidad llena aún más el reducido espacio. Mi cerebro empieza a acelerarse como una rata en un laberinto de puertas, pasillos y estancias probablemente cerradas. Por algún lado debe de haber una salida. La lujuria de uno es el instrumento para el otro, diría Angelo.

—¿Sabes —digo con voz ronca— con quién tienes que andarte con cuidado?

Sin volverse todavía mientras sigue secándose, me pregunta:

—¿Quién?

—Eduard Vingerhoets.

—¿El Dedo? Sé que es un indeseable. Estate tranquilo.

—Desde lo de la Terliststraat te tiene entre ceja y ceja. Por cierto, fue él quien se chivó a los boches del aviso a los judíos.

—¿Cómo estás tan seguro?

Lode me mira ahora de soslayo. Va lento pasándose la toalla por la pierna que descansa sobre la silla. Le veo las partes colgándole y pienso: «No seas idiota, no ves absolutamente nada, aquí hay muy poca luz».

—Ya sabes con quién voy al café. El Dedo también se pasa de vez en cuando por El Mirlo Blanco.

Lode se vuelve hacia mí, se ha colgado la toalla del hombro. Le brillan los ojos. Sólo puedo mirarle la cara, mi mirada no debe deslizarse hacia abajo.

—Hay que hacer algo con ese tipo, nosotros también lo sabemos.

—¿Quiénes son «nosotros»?

Lode da un paso en mi dirección.

—Tú no, de momento.

Otro paso más, se lleva un dedo a la oreja y se la masajea vigorosamente.

—Estás un poco cerca... —le digo, por no decir en voz alta: «Me estás poniendo tu polla empinada casi en la cara».

Se acabó. La atmósfera cambia, todo se desinfla como un globo. Ya no hay nudos en la garganta, ni el pulso acelerado ni movimientos lentos. Lode

se vuelve de espaldas enseguida, se la mete en el calzoncillo y se viste.

¿Puedes sentir arrepentimiento por no haber hecho algo que en realidad no te apetecía? ¿Por algo que no puede ser y que, de algún modo, te hace sentir culpable? ¿Arrepentimiento porque tú eres quien eres y el otro es quien es? ¿Arrepentimiento porque, a pesar de todo, el corazón te lata ruidosamente?

Lode se endereza, sonrío poco convencido. Fumamos un cigarrillo, pero las palabras ya no fluyen entre nosotros.

Yvette llama. Bajo.

Paseamos de la mano hasta la Coninckplein.

Tras los muros recios e imponentes del ateneo, la abrazo. Nos besamos. Lamo su lengua. Ella suspira:

—Por fin solos.

Tía Emma ha dejado una nota en el buzón. Nos invita el domingo a ir a tomar café a su casa en la Van den Nestlei: «Espero que os vaya bien. Estáis todos invitados alrededor de las cuatro de la tarde. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos y han pasado tantas cosas!».

—Muy bonito —dice mi madre—, ¿es que no puede llamar? Ahora nos sale con una carta. Se va volviendo más elegante por momentos. —Mi madre acaricia el papel—. Tiene una caligrafía bonita, siempre la tuvo.

—Espero que su amante alemán no esté —gruñe mi padre.

Apenas consigue ocultar su curiosidad.

—Quizá prefiera el Hulstkamp —me río.

Porque no puedo olvidarme de ese detalle del romance de mi tía: el alemán le había robado el corazón en el café Hulstkamp de la Keyserlei, que en otros tiempos fue un lugar donde los poetas y los artistas se invitaban mutuamente a unas cervezas e intentaban moldear el mundo a su gusto mientras echaban una partidita de dominó. Por allí iba el poeta Paul Van Ostaijen, conocido como el Loco Polleke, antes de sucumbir a la tuberculosis en algún pueblo perdido lejos de la ciudad. Por el Loco, con su gorro de piel de oso y su inmensa elegancia artística, tan joven al fin y al cabo. No llegué a

conocerlo, pero he ido oyendo historias tuyas por aquí y por allá. Fue al mismo colegio que yo y al principio de la guerra dio una conferencia que nadie entendió por su voz demasiado aguda y débil. ¿Fueron esos pulmones ulcerados los que le jugaron una mala pasada ya por entonces? Para muchos, su poesía era un ejemplo. A mí no me va esa locura. O sí: en realidad sí, pero el amor que siento por él es como el que tanto caracteriza a esta ciudad cuando admira a alguien, es decir, está impregnado de una profunda envidia. Porque todo aquel que venga después del Loco Polleke no puede competir con su mente juguetona, su huida a Berlín y las aventuras que vivió allí, su rebeldía, su modernidad sin límites, su... —en fin, lo admito— carácter pionero, hasta su enfermedad que lo hizo toser y toser hasta el final: más romántico, imposible. Pensar que Paul Van Ostaijen ha bebido y flirteado en el Hulstkamp, que quizá su espíritu aún flote por allí, mientras que ahora los boches invitan a las mujeres de aquí con la esperanza de acabar entre sus muslos... Joder, ¿por qué tenía que ser precisamente ahí, en ese café? Es como un escupitajo en la cara de la Musa. Pero por el mismo precio y dicho con permiso, quizá a Pol el Loco le habría gustado, si sus pulmones lo hubieran soportado y él hubiera seguido vivo y con salud para ver cómo la raza superior irrumpía en su ciudad por segunda vez y, en esta ocasión, exigía incluso un lugar en su propia taberna. Por el mismo precio y dicho con permiso, habría estado allí con una camisa negra y la pata en alto, con lo que habría tachado de «inmaduros» sus propios poemas antibelicistas con supremo placer. Nunca se sabe. ¿Quién soy yo para arrojar salivazos a esa Musa? Por el mismo precio y dicho con permiso no hay nada sagrado, todo cambia y no hay nada cierto. La muerte deja clara la vida del artista, enclavada en su obra ahora inaccesible, sus preferencias que devienen inmediatamente legendarias y lo que sus amigos dicen de él. La muerte ahorra la vergüenza, las elecciones de las que uno se arrepiente, o no. A la muerte le gusta especialmente la belleza cuando acaba con un joven poeta. El que vive demasiado tiene serias posibilidades de terminar a ojos de todos como un chapucero o un malnacido. Angelo dice: pon ese cuello blanco tuyo en el tajo de la historia. Por desgracia, para hacer eso, para sentir incluso el deseo de sucumbir a una muerte temprana, hay que poseer los versos que



eleven todo su ser por encima del umbral del olvido. Yo no tengo esos versos y últimamente las esperanzas de que vayan a abrirse paso hasta el papel son bastante exiguas. Mi diario es un lamento ininterrumpido, y un poema que recientemente salió de mi pluma estando medio borracho me hizo pasar vergüenza durante días. Iba sobre «gaviotas ardiendo en el infierno» y el «orden de la sinrazón». ¿De dónde viene ese *kitsch*? No es una gloriosa cópula con la Musa, es semen eyaculado en un pañuelo que entre tanto ya está acartonado. A propósito, ¿cómo es eso posible? Con todo lo que vivo a diario, los cabrones que veo, las amenazas que recibo, la vida en el filo de una navaja en una ciudad ocupada, mis versos deberían ser brutales e inesperados, deberían aparecer en el papel como si hubieran sido escritos con la savia de la vida. A un conocedor de la poesía avezado le daría un infarto. Con lo que llevo escrito de momento, hasta una piadosa maestra del frío y selecto colegio de Las Damas, en la Lange Nieuwstraat, se mearía de risa en las bragas y luego me guiñaría el ojo y me reprocharía no haber probado demasiado de la vida «precisamente». «Dame algo letal, Dios, porque quiero vivir.» ¿Quién escribió eso? ¡Yo no, joder, yo no! Naturalmente fue Pol el Loco. Siempre ese Loco Polleke.

—Lleva a tu novia a casa de tía Emma —me dice mi madre de improviso, como si fuera la primera idea que ha tenido en todo el día.

—Ni hablar —suspiro.

—¡Pero nos la estás escondiendo!

—Lo que me parece muy fuerte —digo alzando más la voz— es que ella siga viviendo allí...

Mis supuestos padres se quedan en silencio.

—Porque han arrestado a sus señores judíos... —añado a continuación.

—Déjalo ya —suelta de pronto mi padre—. Eso no es asunto nuestro, ¿no?

—Ponte el uniforme, Wilfried. A tu tía le gustará.

En el pasillo, tía Emma está radiante. Parece que tenga diez años menos, como si cada noche se pusiera un gotero con el elixir de la juventud. El aire

otoñal agita su vestido de verano, con flores y un pronunciado escote. Ha ido a la peluquería y se ha pintado los labios de rojo intenso. A mi padre se le salen los ojos de las órbitas.

—Ten cuidado. ¡Vas a coger algo en los pulmones! —replica mi madre, de pronto quince años más vieja, de pronto más grotesca con la peluca.

Hace una hora mi madre se ha rociado un perfume de lirios del valle, algo que hace muy de cuando en cuando y que ha hecho pensar a mi padre que había perdido un tornillo.

—¡Pero si nuestro Wilfried ha venido con el uniforme! ¡Qué guapo estás! ¡Entrad rápido!

Subimos la amplia escalera de mármol y nos apoyamos en la baranda de hierro colado con ornamentos de corazones negros y enredaderas. Las recias puertas de la primera planta están abiertas. Suena un gramófono. Una voz masculina canta: «*Einmal wirst Du wieder bei mir sein...*». Hay alfombras persas por todo el amplio espacio. Encima de una mesita auxiliar rodeada por un sofá, un diván de color burdeos y sillas tapizadas, hay una bonita tarta que, ¡ahí va!, hasta lleva fresas.

—Caray —dice mi padre, frotándose el pantalón.

—¡Sentaos! Poneos cómodos.

Elegimos cada uno un asiento y nos sentamos en la puntita, listos para ponernos de pie de un salto si alguna baronesa nos reprendiera de pronto. No es del todo absurdo; hay fantasmas vagando por este apartamento.

—¿Té? ¿Café? ¿O una copa de coñac directamente?

Mi tía ríe dejando sus perlados dientes blancos al descubierto, posando para una marca de dentífrico de antes de la guerra.

Mi madre intenta adoptar su papel de hermana mayor, la que sabe cuándo la cosa está a punto de desmadrarse, la que lo ha analizado todo con años luz de antelación:

—Calma, Emma. Café está bien.

Mi padre asiente como un pez fuera del agua.

—*Schatzi! Meine Gäste sind daar.*[30]

El alemán de tía Emma no me hace reír. Uno lo oye ya por todas partes, y quién sabe si algún día yo no dominaré también la lengua de Goethe.

A través de una puerta abierta que hay al fondo resuena un canturreo a modo de respuesta. Veo que mi padre se remueve en su asiento, como si soltara disimuladamente una ventosidad. Lo oigo tragar saliva. Mi madre endereza la espalda.

Él aparece sonriente, abrochándose el botón superior del uniforme.

Alto, pelirrojo. Mein Freund Gregor.

Y, por supuesto, el oficial da un taconazo, sus labios rozan fugazmente las puntas de los dedos de mi madre y a mi padre y a mí nos da un firme apretón de manos. Es un prusiano de pies a cabeza. Se me acelera el pulso. Aprendería mucho que él simulara no haberme visto antes en una taberna de dudosa reputación en la Belgielei. Además, en las historias que Barbita Feroz me cuenta, se pone hecho una furia. Pero ahora estamos sentados en la antigua vivienda de una rica familia judía. Él con uniforme y yo también.

—*¡Uno plaserr conoserlas!*

—Casi correcto, cielo. —Tía Emma nos guiña un ojo—: Es importante que aprenda nuestra lengua, ¿verdad?

—Claro que sí —dice mi padre con una alegría forzada.

Exactamente en ese momento me parece oír un pedo flojito suyo, reprimido torpemente, precipitado y nervioso como el de un niño en un internado severo.

Mi madre tose.

Gregor le guiña el ojo a mi tía, claramente enamorado y, por consiguiente, condenado a ser un perrito faldero en manos de una mujer de aquí que se las sabe todas. Probablemente en su *Heimat*, en su patria, tenga una esposa y madre esperándolo, pero eso no importa porque hay guerra. ¿Qué mentiras le habrá contado a mi tía? Seguramente nada que le haya costado mucho esfuerzo. A fin de cuentas, ese tramposo de las SS es muy convincente fingiendo que es la primera vez que me ve: sus ojos no delatan nada. Siento las axilas húmedas. La canción ha terminado. El disco cruje. Él se pone en pie enseguida y le da la vuelta con un movimiento fluido, como en una película.

—*¡Estoy loca por él!* —se ríe tía Emma.

Expresar algo tan íntimo es verdaderamente inaudito, no es propio de

nosotros, no es propio de aquí. Mi madre casi se levanta del pasmo. Pero se contiene. Aquí se juega a otro juego, algo que no es propio de aquí sino de otro mundo, y todos tenemos que adaptarnos.

Tía Emma se atusa el cabello, repentinamente pillada en falta. Gregor se pone en pie, es evidente que acaba de tener una buena idea.

—*Warte mal!*[31]

Levanta la aguja del disco y vuelve a ponerla al comienzo de la canción. Se acerca a tía Emma y le ofrece la mano.

—Oh, Gregor... Ahora no...

Pero el amante no acepta un no por respuesta. Mi tía se levanta, se compone rápidamente el peinado y empieza a bailar con él. Los dos se mecen uno contra el otro, con cierta torpeza a causa de la diferencia de altura. «*Komm zurück*», [32] dice con pasión la voz masculina. «*Ich wa-a-a-arte auf dich, du bist für mich... mein Glück.*» [33] Cada vez se muestran más cariñosos. La mano derecha de Gregor casi descansa en las nalgas de mi tía. Entre tanto, ella ha cerrado los ojos, sumida en un sueño de cine. Los miramos con los ojos como platos. Incómodo, mi padre se da golpecitos en el pantalón como si quisiera llevar el ritmo de la música. Mi madre se muere de vergüenza, busca algo en su bolso, encuentra su pañuelo bordado, entierra la cara en él y se suena. Por fin, la canción termina.

—*Soll ich?* [34] —pregunta el SS, y hace un gesto con la cabeza en dirección a la tarta.

—*Bitter zéér!* [35] —le responde su amada, radiante de felicidad.

Y la tarta es cortada con delicadeza pero sin titubeo en porciones iguales. Tía Emma le pasa los platos. Comemos. No, más bien nos deleitamos con devoción. No es nada fácil saborear la *crème fraîche* y comportarse educadamente. Para alivio de todos, ninguno de nosotros habla mucho. Mi tía sigue con una explicación que pronto resulta no tener ni pies ni cabeza, interrumpida de vez en cuando por la sonrisa de Gregor.

—*Und jetzt Cognac!* [36]

Gregor hace oscilar las copas, bastante llenas, antes de dárnoslas.

Mi madre rehúsa educadamente. Mi padre simula titubear por un momento, pero acaba aceptando la copa. Toma un sorbo y dice:

—*Französisch, natürlich!*[37]

Carcajada de tía Emma y de Gregor. El alemán, eufórico, se golpea el pantalón del uniforme como si fuera el mejor chiste que hubiera oído en años.

Luego me mira y me dice:

—*Sie sind Polizist?*[38]

—*Jawohl, und ich bin stolz darauf.*[39]

¿He respondido yo o ha sido Angelo? ¿O será el coñac que corre frenéticamente por mi torrente sanguíneo?

—Caray —exclama tía Emma—. ¡Fíjate cómo habla el alemán!

Mis padres me miran como si llevaran años dando cobijo a un monstruo sin saberlo.

Gregor alza su copa, me guiña el ojo cómicamente como si él fuera un ventrílocuo y yo, su muñeco.

—*Zu einer brillianten Karriere!*[40]

—Salud —dice mi padre en mi lugar.

Las copas se entrechocan.

Barbita Feroz no tarda mucho en hacerme saber que mein Freund Gregor ha disfrutado muchísimo de nuestro encuentro.

—Sabía que tenía una *mademoiselle* en alguna parte, pero que sea pariente tuya es... En fin, eso abre posibilidades, tanto para ti como para mí.

—Y sigue erre que erre, ¿verdad?

—*Toutes les possibilités harmoniques et architecturales s'émouvront autour de ton siège.* Es una cita. ¿De quién?

—Rimbaud... —aventuro, harto de ese juego.

Barbita Feroz me mira como si quisiera besarme.

—*Voilà!* ¿Te das cuenta de cómo las fuerzas se concentran a tu alrededor? Ojo, eso no se le concede a todo el mundo. El mundo es de la juventud, a ella se le brindan las posibilidades, aparecen en el camino de cualquier joven. *Mais il faut faire attention!* Las oportunidades deben aprovecharse. De lo contrario, defraudas la generosidad del universo y estás condenado a vivir la vida de todo el mundo. Y estoy convencido de que eso

no es para ti. No me cuentes patrañas. Ajá... ¡mirad quién viene por aquí!

Todos los presentes en el café El Mirlo Blanco miran a la mujer de rizos castaños que asoman por debajo de un alegre gorro amarillo, y sobre todo sus piernas, que desafían al frío briosamente por debajo de un abrigo de pata de gallo y están rematadas por unos zapatos con unos tacones que normalmente sólo se ven en las pantallas de cine. Ahí está Jenny de nuevo, decadencia incluida, aunque retocada.

—Me prometiste algo —le dice a Barbita Feroz sin saludarlo.

—¡Cielito! Aquí tienen Export, tu cerveza favorita. ¿No son buenas noticias?

—¡Ve a tomarle el pelo a otra! Ya sabes que sólo tomo Oporto blanco.

—¡Jefe! Un Oporto blanco.

—¿Y quién es este jovencito de aquí?

Por poco no me pellizca la mejilla.

—Ya nos hemos visto antes, *madame*.

—Fíjate, aún hay gente que sabe comportarse de forma *civiliesmerada*. Sí, ríete... Es una palabra mía. Ojo, no es que yo hable mal, es sólo que a veces me gusta oír algo que he inventado yo misma. Mi madre lo hacía también. A nuestro peluquero pasó a llamarlo *pelurtero* cuando se enteró de que jugaba de portero en el equipo del café.

Nos reímos. Jenny toma un buen trago de Oporto y dice que podría pasarse horas y horas hablando de sus palabras inventadas.

—¡Doy fe! —suspira Barbita Feroz divertido—. ¡Puede pasarse horas y horas!

—Pero hoy no me apetece. ¿Cómo anda la cosa, eh, protector? Me prometiste algo y no me has dicho nada. ¿O es que tienes vergüenza de tu educado amigo?

—Os dejo solos —murmuro, ligeramente molesto.

—Ni hablar —se apresura a decir Barbita Feroz—, no es necesario. Le prometí a Jenny una pequeña *boutique* que hay por aquí cerca en el barrio, junto a la Charlottalei...

—Pequeña *boutique* no es la palabra. Se trata de un negocio de artículos de tabaco, tal como se anuncia elegantemente en la fachada. ¿O prefieres

convertirla en una tienda de ropa? Así podrás llamarla *boutique*, y te aseguro que a mí no me oirás quejarme. Desde luego, me gustaría mucho más que una barraca donde los tíos vienen a comprar sus avíos para fumar.

Y, ¡zas!, la copa de Oporto de Jenny está vacía. Barbita Feroz chasquea los dedos para llamar al dueño del bar, pero eso no se hace en una taberna como ésta, ni siquiera aunque seas amigo del jefe. El chasquido no tiene ninguna consecuencia. Pero Jenny levanta su copa y el dueño viene enseguida con la botella y le sirve sin decir una palabra.

—Una tienda, éstos son grandes planes —digo.

De la boca de Jenny se escapa un suspiro desdeñoso, no demasiado alto pero lo suficiente para que su protector, su amante de ve-y-túmbate se mantenga ojo avizor.

—No se trata de una cuestión de dinero sino del momento adecuado —se apresura a añadir Barbita Feroz—. Mein Freund Gregor y yo tenemos que ir a hacerle una visita a ese hombre. Parece ser que tiene una ayudante judía en la tienda que no lleva la estrella. A ésa habrá que echarla, por supuesto. Muy pronto estará arreglado, la semana que viene probablemente. Y entonces Jenny, con sus bonitos ojos y su elegante porte, irá a preguntarle melosa al tendero si no tendrá por casualidad un trabajo para ella.

Jenny alarga su mano enguantada.

—Eh, que la idea es que yo me haga cargo. Se acabó que todos esos tíos me digan lo que tengo que hacer. Quiero mantenerme por mis propios medios. Se ha acabado para siempre. Ya he visto y aguantado suficiente.

—Tranquilita, *papillon* —la apacigua Barbita Feroz con los labios fruncidos—. Paso a paso. Paciencia.

Cierro la puerta de El Mirlo Blanco tras de mí, voy bastante achispado con tanta cerveza encima. En la esquina de la Charlottalei con la Belgiëlei, un fuerte viento otoñal levanta un papel ciclostilado de los adoquines y luego lo hace correr por mi pantalón y por poco no va a parar a un charco donde hay hojas pudriéndose. Lo paro con el pie, leo las letras mayúsculas, miro alrededor y lo recojo a hurtadillas, porque estar en posesión de esos escritos

se castiga severamente, incluso con la muerte si tienes muy mala suerte. ¡Muerto por estar en posesión de palabras ilegales! Angelo sonrío burlonamente. Ahora todo cuenta y todo es peligroso. Ya lo he escrito antes: aquí se vive al filo de una navaja, mi querido muchacho. En algunas ocasiones, como durante la caminata que acabo de describir por calles cada vez más tranquilas sin casi apenas gente a la caída de la noche, veo aparecer letras dramáticas en una pantalla, acompañadas de una música emocionante, como en los anuncios de una película alemana desaparecida hace ya mucho tiempo e incluso medio olvidada, aunque, unos diez años atrás, esas películas alemanas también se veían aquí. «¡Miedo en la gran ciudad!» «¡El peligro acecha en cada esquina!» «¡Terror en la calle!» En retrospectiva, resultaron ser ensayos generales, películas que como sargentos bien adiestrados nos gritaban que el fin estaba cerca, que el mundo esperaba a un genio del crimen, que pronto nos transformaríamos en una muchedumbre sedienta de sangre o en una panda de esclavos que no se distinguirían los unos de los otros y que, agachando la cabeza y mirando al suelo, se someterían al flagelo de la dictadura, apoyada por los que se hacían pasar por nuestros propios líderes. Esas películas están prohibidas ahora. Ahora sentimos escalofríos al leer folletos cuyos autores se juegan constantemente la vida. El miedo ha sido imaginado con antelación durante años en películas y en libros, como un reclamo, para al final hacer realidad una ciudad ocupada donde el miedo es normal y todo lo demás también.

Me saco el folleto del bolsillo y vuelvo a mirarlo. La prensa clandestina anuncia sus consignas en desaliñadas letras mayúsculas: «¡PRIMERO A LOS JUDÍOS, AHORA A NOSOTROS!» Debería romper esto de inmediato en lugar de guardarlo. Los trocitos de papel se van volando uno a uno con el viento. Entonces veo que alguien me saluda con la mano más allá del cruce. Es Barbita Feroz. Me está llamando.

—¡No le entiendo! —le grito.

Y empiezo a reír tontamente porque sueno muy ridículo, tan ebrio, borracho como una cuba. Él no para de hacerme señas y gestos para que me acerque. En la esquina de la Lange Leemstraat me sale al encuentro.

—Te he visto ahí —jadea—, es... coño... es...



—¿Qué?

—Acaban de encontrarlo. Se ha armado una buena en el café. No es...

—¿A quién?

—¿Es que no has oído el disparo? Alguien tenía que... Cómo es posible que nosotros no...

—Cálmese, por favor.

Más allá hay gente en círculo en el portal de El Mirlo Blanco. Veo a Jenny volver a entrar precipitadamente en el café, tapándose la boca con su mano enguantada. Barbita Feroz me toma del brazo. El círculo se ensancha un poco. Ahí está Eduard Vingerhoets. Algo, probablemente una bala, ha hecho que la parte posterior de la cabeza se desparrame en papilla. El brazo derecho señala la puerta de la taberna, tiene los dedos agarrotados como para asir el pomo. Es como si justo antes del final, justo antes de una cerveza fresquita y el cálido pecho de una puta, justo antes y, por lo tanto, en el último momento, el Dedo hubiera sido asesinado. A su lado hay un papel en el que una frase va tomando forma en letras adhesivas: «Ojo por ojo».

Barbita Feroz se pone de rodillas sobre el barro y las hojas putrefactas. Agacha la cabeza y empieza a sollozar quedamente como un niño que se hubiera meado encima y no pudiera ocultarlo.

Por lo visto no fue mucha gente al funeral. Por supuesto, Barbita Feroz estuvo allí; yo no, tenía que trabajar. La viuda del Dedo se presenta ante nuestra puerta cada día. Primero le permitieron entrevistarse con el comisario, que sin duda le diría que todos sus hombres disponibles se estaban ocupando del caso y que sólo era cuestión de tiempo que atraparan al culpable. Dicen por ahí que un amigo del Dedo que trabaja como carcelero en el campo de prisioneros de Breendonk mató a golpes de porra a tres comunistas a modo de venganza, uno tras otro, en medio del patio, por lo que todos los presos, hombres, mujeres o niños, tuvieron que mirar. Pero esa historia se ve refutada inmediatamente por otra: los tres infelices fueron asesinados por una pandilla durante una noche de miedo y terror. O no, o sí, aunque no exactamente, porque primero les cortaron las pelotas. Pero también nos enteramos de que

ese amigo cuyo nombre nadie conoce ha tenido que coger la baja por enfermedad a causa de un ataque de nervios. Mientras tanto, la mujer del Dedo sigue ahí. Ya nos ha ido cogiendo por banda a todos nosotros para enseñarnos las fotos de sus hijos con una mano mientras sujeta en la otra un pañuelo húmedo, como un accesorio de duelo. A mí también me acaba pillando.

—¡Era tan honrado! ¿Llegaste a conocerlo?

—Una persona que siempre decía lo que pensaba, señora. Absolutamente.

—El mejor padre que puedas imaginar. Los niños primero, decía siempre.

—Es una pena.

—¡Cuándo van a coger a esos canallas! ¡Terroristas! ¡Ratas de cloaca es lo que son! Matarlo así en plena calle, durante su turno... ¿No les da vergüenza?

Al parecer, nadie ha tenido el valor de contarle que su difunto esposo fue hallado a un metro escaso de su taberna favorita. Todo el mundo sabe lo que pasa en El Mirlo Blanco, de las mujeres que se dejan mimar entre cerveza y cerveza. «Sabía cómo usar bien el dedo con las mujeres», me dijo alguien poco después de su muerte. Es muy típico que el vicio de alguien sólo se comparta después de que su cuerpo yazca frío bajo un trozo de mármol.

Al cabo de un tiempo, la viuda del Dedo se da por vencida. No vuelve a dejarse ver. Ahora me entero de que bebe y de que tiene una aventura con un cartero. Dicen que es comunista.

Todo el mundo lo sabe todo. Sin embargo, nadie tiene ni idea de nada. En condiciones normales, podría pensarse que el asesinato de un agente de policía haría poner en alerta a todos los efectivos del cuerpo y que a continuación se llevaría a cabo una implacable redada para arrestar al autor o autores. Pero las cosas no funcionan de ese modo en una ciudad ocupada. Se dice evasivamente que la «presente investigación» se está siguiendo con atención. En cualquier caso, el Dedo no contaba con muchos amigos en vida. Sus camaradas de verdad estaban en El Mirlo Blanco y allí no va ningún poli salvo yo. Después de su muerte, se produjo sobre todo un suspiro de alivio

por los pasillos de la Vestingstraat. Un hombre como él habría tenido ambiciones, a su edad debería haber llegado mucho más lejos y no llevar sólo una insignia más que yo en la manga. Nunca le concedieron un verdadero ascenso y eso ya lo dice todo. Pero hay que saldar la cuenta. El cadáver de un agente exige represalias, preferentemente prescindiendo de jueces y tribunales. Si a este lado cae uno, deben caer también unos cuantos del otro lado, a ser posible sin demasiado esfuerzo, aun cuando sólo tengan que ver de lejos con el asunto. La cuenta la saldan sombras que no pertenecen a la policía. La Feldkommandantur hace saber que «en represalia por el asesinato del oficial de policía E. Vingerhoets han expulsado del país a diez comunistas». Quizá por eso hemos oído esas historias sobre un carcelero de Breendonk y la escabechina que ha hecho con los comunistas, aunque la mayoría de esas historias se contradicen entre sí. Sean ciertas o no, apuntan a que ha habido una respuesta al asesinato. Al final del día, las cuentas tienen que salir, no hay más. No vuelvo a oír a Barbita Feroz clamar venganza. Eso ya lo dice todo. Han arrestado a algunos hombres y los han deportado, por indicación de Barbita y con el visto bueno de mein Freund Gregor. Lode no me habla sobre la muerte del Dedo y yo no me molesto en sacar el tema. ¿Quién dice que él no haya tenido algo que ver con el asunto? ¿Quién dice que yo no haya tenido algo que ver con el asunto? Una araña no sale disparada ante el menor temblor en su telaraña; suelen ser necesarios más temblores, más personas que den a conocer su voluntad, más gente que quiera arreglar el asunto o que exija un sacrificio. Así es como funciona ahora. Así es como tal vez haya funcionado siempre, pero ahora las acciones y las reacciones, los hechos y las consecuencias se suceden sin ceremonias, sin excusas, sin piedad, invisibles en la oscuridad, pero sabidos por todos.

Una semana más tarde hay algo verdaderamente interesante que leer en el orden del día, con lo que se da por sentado que deberíamos consultarlo siempre. Con efecto inmediato —«*en vigueur avec effet immédiat*», como aparece escrito en el Boletín Oficial del Estado— se prohíbe terminantemente arrestar a los refractarios. ¡Órdenes del alcalde! ¡Y del fiscal general!

¿Empezará a no llegarles la camisa al cuerpo?

—¡Ya iba siendo hora, maldita sea! —dice Gaston mientras se limpia la espuma de cerveza de los labios.

—¿Qué va a cambiar eso? ¿Cuántas veces habremos informado de que no había nadie en casa? Sólo nos llevábamos a los que se ponían impertinentes o a los que no soportábamos verles la jeta.

—¡En fin, Wilfried! ¡Eres tan cínico! —Gaston se ríe.

—¿Y esos extranjeros no eran también refractarios?

Gaston y yo no empleamos la palabra *judío* en nuestras conversaciones. Un acuerdo tácito.

—Como no tengas cuidado, mocoso, no te invito a ninguna cerveza.

—¡Jefe! ¡Otra ronda! —exclamo.

—Anda, el señor saca su cartera.

Después de que nos hayan traído las cervezas a la mesa, Gaston se inclina hacia mí. Tiene un brillo divertido en los ojos.

—Que quede entre nosotros, pero ¿no te parece increíble lo que pone ahí? No sé si ya te lo he contado, pero nuestro inspector es en realidad un camarada mío...

—Qué callado te lo tenías...

Gaston me agarra el hombro y empieza a hablar en susurros:

—Naturalmente, esto quedará entre nosotros, pero está casado con la hija de humm... Espera. No, es demasiado complicado de explicar. Sea como sea, es alguien de mi familia. Y así es como llega uno a enterarse de alguna cosa. Parece que todo este asunto sobre la prohibición de detener a los refractarios ha caído como una bomba en la comisaría. Todos los que tienen un galón en la chaqueta ya se están cagando, hasta el comisario en jefe, según parece. Lo entiendes, ¿no?

—No, no lo entiendo.

—Venga, hombre, piensa un poco. Llevamos todo este tiempo arresando a gente, extranjeros, y gente de aquí... Y ahora resulta que... —Gaston baja aún más la voz— ... en el ayuntamiento dicen de pronto que eso va contra la constitución. ¿Me sigues? Hemos infringido la ley. ¡Y nosotros somos la ley! —Gaston empieza a reírse a carcajadas—. Si alguien llegara a saber algún

día... que nosotros hemos seguido órdenes que son completamente ilegales...  
¿Me sigues o no?

—Como un corredor en el Tour de Francia.

Gaston se ríe más fuerte todavía.

—Ésta me la apunto. Sea como sea, con lo rápido y lo listo que eres, podrás pedalear delante en medio del pelotón. Chico, francamente, no quiero montar un numerito pero... ¡es buenísimo!

Buenísimo, en efecto. Hasta entonces la ley tácita era: no hay otra salida y además todo es normal. Y, sin embargo, a partir de entonces empezó a crecer en algunos el temor ante la factura pendiente. Todos empezaron a cubrirse las espaldas, desde el fiscal general hasta el alcalde, desde el alcalde hasta el comisario en jefe y así sucesivamente. En la parte central de la fachada del ayuntamiento, donde el alcalde finge ser el número uno, pueden admirarse dos estatuas que representan las virtudes de esta ciudad. La de la izquierda es la Justicia, inspirada en las antiguas ideas griegas, y a la derecha se encuentra la Prudencia, igualmente antigua y, por lo tanto, con el mismo pasado glorioso. En tiempos de guerra, la justicia se limita meramente a un pensamiento piadoso, o algo que debe ser resuelto cuando aún queda algo de tiempo después de los auténticos desafíos; la virtud de la prudencia dispone de algo más de libertad de acción. La Prudencia es representada con un espejo en una mano y con una serpiente enroscada alrededor de la otra. El espejo simboliza el autoconocimiento en lugar de la vanidad, y la serpiente alude al mantenimiento del control en todo momento; la prudencia suele relacionarse con tomar las elecciones justas en el momento apropiado. Bruegel estaba trabajando en esta ciudad cuando se construyó el ayuntamiento. En su grabado que representa la Prudencia se cosecha y se pone en salmuera, y la Prudencia está sobre los peldaños de una escalera que hay en el suelo, y con el brazo derecho abarca un ataúd. En la parte inferior del grabado se lee una inscripción en latín: «Si quieres ser prudente, mira el futuro y ten en mente todas las cosas que pueden suceder». ¿Entiendes adónde quiero ir a parar? ¿Entiendes hasta qué punto esta ciudad con su

alcalde ha ofendido la virtud de la prudencia y por medio de otros alcaldes seguirá ofendiéndola hasta el día de hoy? Lo que el pueblo veía aún como un tiempo nuevo con otros señores, usos y costumbres, a sus llamados hombres de política empezó a parecerles pan rancio. Sin duda, oh, biznieto, ya se olían por entonces el posible aroma de una hogaza más fresca, de una nueva normalidad con otros gobernantes. Yo no olía nada. Estaba en medio. Sopesaba una cosa y luego otra. Lo que uno me decía lo contrastaba con lo que me había confiado el otro. En mi fuero interno, Angelo no veía ninguna normalidad, más bien todo eran oportunidades para darle un giro a la vida, un giro tan grande que todo se saliera de madre, que los caballitos del tiovivo se desbocaran por la calle soltando espuma por la boca, todos detrás del gran caballo negro en el que yo mismo me había montado con mi verdad detrás de una máscara sonriente. Ésa es la verdad de la juventud, que nunca quiere conformarse con lo que a alguien mayor le parece normal.

—Te necesito.

Lode está en la salida de la Vestingstraat con un gran saco de yute a sus pies. Son las seis de la tarde y he terminado mi servicio.

—¿Me estabas esperando?

—Te necesito.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Se echa el saco al hombro y voy tras él. No decimos nada. Salimos de la Vestingstraat y cruzamos la Keyserlei en dirección a Geuzenhofkes. A la derecha dejamos mi antiguo colegio y entramos en la ancha Van Maerlantstraat. Lode se detiene junto a una de las casas señoriales que hay allí y se tantea el bolsillo en busca de un manojito de llaves. Hay sendas puertas a ambos lados del edificio. Una tiene una hilera de timbres y buzones, la otra no. Lode abre esta última. Entramos en un pasillo. Él acciona un interruptor y se enciende una débil bombilla que no ilumina gran cosa. Al final del pasillo hay otra puerta en la penumbra.

—Ilumínala...

Lode me da su linterna de mano y yo levanto el haz de luz por encima de sus hombros y lo dirijo hacia abajo. La llave entra en la cerradura y la puerta se abre con un crujido. Estamos en un patio techado. Huele fatal.

—¿No estará tu padre criando animales aquí?

—No hables muy alto —susurra Lode, y señala hacia arriba—. Ahí vive gente y se oye todo. Tapa un poco esa luz.

A la izquierda del patio hay una portezuela pintada de verde. Lode le quita el candado y la abre de un empujón. Palpa buscando el interruptor y de pronto nos encontramos en un almacén de unos diez metros de largo con techo alto. Está completamente vacío salvo por dos jaulas que se hallan al fondo del local. Oigo a algunos lechones y a un cerdo.

—Lo sabía...

Lode busca algo en su gran saco de yute y esparce mondaduras de patata y restos de verduras encima de las jaulas.

—No es para esto para lo que te necesito.

Coge una escoba y aparta la paja que está entre las dos jaulas. Aparece una trampilla. De nuevo el tintineo del manojito de llaves, de nuevo el forcejeo con una gran cerradura. Lode abre la trampilla e ilumina con la linterna el agujero del sótano.

—Deja que vaya yo primero.

Con el saco de yute en una mano y la linterna en la otra, baja un peldaño muy desvencijado y luego enciende una luz.

—Cierra la trampilla al bajar.

Ahora estamos en un sótano seco y muy grande, calculo que debe de tener unos cuatro metros de altura. A ambos lados hay cajas de cartón apiladas que llegan al techo. Un estrecho camino conduce a unas plataformas.

—¿Me ayudas?

Aparto las plataformas. No hay mucho polvo. Entonces Lode llama a una puerta con tres golpes secos y seguidos y luego da otros dos más. Se oyen golpes al otro lado. Lode abre la puerta y de pronto nos hallamos en un salón, una estancia completamente amueblada con alguna que otra lámpara, una cocina, un sillón y una mesa con dos sillas, una cama no excesivamente pequeña y recias cortinas.

—*Haben sie einen Freund mitgebracht?*[41]

Ahí está Chaim Lizke dándonos la bienvenida con una sonrisa mientras se seca las manos con un trapo de cocina. A sus pies hay un balde de agua de fregar.

Lode deja el saco de yute encima de la mesa y dice que le ha traído algo de pan.

Estamos en la taberna Betty de la Rotterdamstraat.

Lode me mira.

—Porque como quien dice ya eres de la familia... Por eso.

¿Así que todo esto es porque mis ingenuas manos encontraron las de la hermana de Lode? Por cierto, ¿no fue más bien al revés, no fue ella la primera en asir la mía? ¿Porque su padre me saluda con algo más que un gruñido y tarda un poco menos en pedirme que me siente? ¿Porque ahora su madre me expresa su preocupación de vez en cuando y me regaña maternalmente para que, por ejemplo, cuide mis pulmones y no vaya sin bufanda cuando ya están cayendo las hojas? ¿Porque él y yo vamos juntos a tomar cervezas, nos entendemos sin palabras y somos amigos para toda la vida? ¿O porque él aún se imagina un montón de cosas más entre nosotros? ¿O será sobre todo porque la bella y elegante Yvette tiene derecho a mí durante el resto de su vida y así lo expresa claramente una y otra vez en sus cartas? Y si no es por todo eso, será por sus dulces besos, los senos que me ofrece, su promesa de que algún día, quizá no muy lejano, quién sabe si no podré disfrutar aún más de su hermoso cuerpo, tal vez antes incluso de encontrarme con ella ante el altar mientras su papá y su mamá se secan una lagrimilla por tener que entregar a su niñita, la más linda de todas, a..., bueno, a ese que tampoco está mal, pero ¿cómo se llamaba?

Por eso, por todo eso, soy de la familia y junto a Lode debo encargarme de cuidar al israelita Chaim Lizke, que hace un momento en ese sótano mostraba un aspecto muy distinto del que tenía cuando avanzábamos deprisa por la nieve con su familia bajo los rugidos de los Feldcapullos camino de lo que entonces parecía ninguna parte. Aquel saco de desgracias, aquella oveja



balando de camino al matadero, parecía ahora alguien que no se dejaba intimidar así como así, *un homme du monde*, como si nos hubiera recibido en el artístico salón de un bohemio donde el mundo que lo persigue hubiera quedado fuera por arte de magia y él gozara de inmunidad en algún retiro artístico que concluirá con la creación de una obra de arte por excelencia.

—Ya ves lo que todo eso implica. Ese hombre necesita recibir comida, necesita cuidados. Mi padre se pasa el día en la carnicería y sólo puede ir por las noches. Mi madre e Yvette no saben nada. Así que yo me voy turnando con él, pero empieza a estar demasiado mayor para todo esto. Como se alargue mucho, le va a dar algo en el corazón. He hablado con él del tema. Fue él mismo quien te propuso y dijo que eras alguien en quien se podía confiar. Por supuesto, eso ya lo sé yo desde hace tiempo.

—Así que quieres que te sustituya de vez en cuando.

Lode mira alrededor con suspicacia, pero hay mucho bullicio en la taberna Betty. Aquí nadie llama la atención. El dueño no para de servir cervezas, su mujer va poniendo discos y los hombres no pueden mantenerse lejos de las mujeres, que una tras otra son conducidas a un escaso metro cuadrado para bailar y, por tanto, para ser medio montadas. Se fuma, se discute, se grita y se ríe, y de cuando en cuando alguna muchacha corre llorosa al servicio tapándose la cara con un pañuelo para dar rienda suelta a una gran pena por una riña con el enésimo hombre que no para de sobarla. Un ambiente suficientemente seguro.

—No sólo eso. Me huelo que el tema se está poniendo demasiado peligroso. Esto nos va a traer problemas. Tiene que irse a Bruselas. Oigo por todos lados que allí hay menos control. Además, ahí vive un tío mío. Él podría conseguir que lo trasladen a Portugal. Estoy tanteando el asunto. Conozco a algunas personas que tienen un plan.

—¿Has encerrado ahí a ese judío? ¿Qué pasaría si hubiera un incendio?

—Puedes estar tranquilo. Hay otra salida y él tiene la llave, pero sabe que sólo puede utilizarla en caso de emergencia. Si cruza esa puerta iría a parar al patio de vecinos de atrás, más o menos.

—¿Dónde están su mujer y sus hijos? ¿No habrán...?

Lode suspira.

—No faltó mucho... Los niños están en algún lugar de las Ardenas. Su mujer se hace pasar por monja en un monasterio de Limburgo. Él lo tiene un poco más difícil.

—A primera vista no se nota.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese tipo se ve más relajado que tú y que yo.

—Él es un caso aparte. Creo que ya te lo he contado alguna vez. ¿Te acuerdas de cuando empezaste a hablar de él y yo te dije que mi padre lo había conocido junto a otros de los hombres del pedrusco? Lamento no haberte podido contar nada más entonces, pero antes tenía que hablarlo con mi padre.

Las últimas frases me parecieron un poco altaneras. Sonaban demasiado enfáticas, ensayadas de antemano. Había algo que no encajaba en aquella explicación. ¿Será porque le cuesta ocultar sus verdaderos sentimientos hacia mí y por eso lamenta todavía haberme mentado, o es por otra cosa? Quién sabe si el padre no se está aprovechando del noble idealismo del hijo y no se trata tanto de salvar el destino de los israelitas como de mejorar su situación económica. ¿No podría ser que el tal Chaim Lizke hubiera pagado generosamente a mi futuro suegro para recibir esa protección y que Lode esté al corriente? ¿Y qué? Los riesgos son enormes. El padre es calculador, pero el hijo quizá sea demasiado temerario. Su temperamento es sobradamente conocido, y como ya te he dicho, no tiene ni un solo amigo en la comisaría: todos lo consideran un esquirolo que dejó a sus compañeros en la estacada. Nadie protegerá a Lode, menos aún tratándose de un judío cualquiera cuando ya han metido a tantos de sus congéneres en trenes rumbo a los campos de trabajo o algo peor.

—Sabes lo que le sucederá si lo encuentran, ¿no? ¿Y a ti, a tus padres y quizá a Yvette?

—Ahora tú también estás metido.

Me quedo paralizado. Lode se apresura a ponerme una mano en el hombro.

—He ido demasiado rápido. Lo siento.

No aparta la mano. Tengo que mirarlo a los ojos y hacer un gesto de

asentimiento antes de que me suelte.

Alguien farfulla algo a la mujer que está detrás del tirador de cerveza para que vuelva a poner la última canción.

—¿No hará ningún mal ponerla dos veces seguidas?

Su pareja asiente con vehemencia. La puerta de la calle se abre con tanta fuerza que tiemblan los cristales. Una veintena de tipos de las SS flamencas irrumpen bramando en la taberna Betty. Griterío. Sus porras barren de las mesas las copas y los ceniceros llenos. La gente se agolpa hacia la puerta. Un borracho que no tiene ni la menor idea de lo que está pasando recibe un golpe en el estómago y tose y escupe un gargajo. El dueño abraza a su sollozante mujer. Unos mocosos con uniforme que tendrán como mucho dieciocho años destrozan los discos del gramófono. Uno de ellos no para de pisotear los fragmentos de baquelita. La mayoría de la gente ha abandonado ya el local. Lode y yo permanecemos sentados. A nosotros no nos miran. Después de tirar algunas botellas y sembrar el suelo de discos rotos, los chavales hacen el saludo nazi. A continuación uno de ellos, probablemente el líder, echa mano de la caja y arrambla con todos los billetes. Luego abandonan el lugar entre risas y burlas.

El dueño mira furioso a Lode.

—¿No eres tú el hijo del carnicero de la plaza de aquí al lado? ¿No estás en la policía? ¡Cómo puedes quedarte con el culo pegado a la silla mientras me joden el negocio! ¡Acaban de quitarme el sustento y tú y tu compañero no hacéis nada!

—¿No te da vergüenza? —le grita llorando su mujer a Lode.

—No podemos hacer nada —le responde éste con toda la calma que puede.

—¡Panda de sinvergüenzas! Ya pillaremos a los de vuestra calaña cuando termine la guerra. ¡Largaos de mi bar de una puta vez!

Barbita Feroz ha salido de «excursión», según me ha susurrado él mismo hace una hora, lo que significa que habrá ido a ver a Jenny o a otra prostituta. De modo que Yvette y yo estamos solos con su madre, que sólo se relaja

cuando su querido hijo sale por la puerta. Hace ya bastante tiempo que ha dejado de fijarse en mí: Yvette es lo único que cuenta. Yvette, que con su suave voz de enfermera sigue leyéndole en voz alta esa novela por entregas, esa especie de historia interminable compuesta por innumerables volúmenes encuadernados en piel: *La maldición del conde*. Ahora están en el quinto fascículo del noveno volumen, una treintena de páginas unidas entre sí por dos grapas.

—Sigue leyendo, niña. Estoy muy cómoda.

—«Pero el espíritu se marchita por tan grandes cavilaciones. Felices..., así se decía Robert de Tiège para sus adentros, aquellos que pueden despertarse en una cama de hospital sin tener que comprobar que se han traicionado a sí mismos. ¡El culpable era él! No, no podían acusar a nadie más de aquella traición. Se negaría el sueño a sí mismo por toda la eternidad. La atroz sensación de culpa no se lo permitía. Sí, era el propio Robert de Tiège el que no se lo permitía. ¡Con una astilla de madera separaría sus párpados hinchados! Al romper el alba, lo encontrarían derecho como una vela, como sí...»

Un suave ronquido llena la habitación. La buena mujer ya vuelve a estar profundamente dormida, como una ardilla que después de haber comido la gran cantidad de nueces caídas empieza su hibernación. La cabecita torcida, un hilillo de saliva que une su boca con el chal que lleva sobre los hombros... Se siente segura.

—No ha tardado mucho —susurra Yvette emocionada.

Hoy tiene un tic que me está volviendo loco. De vez en cuando se lleva la punta de la lengua contra la comisura izquierda de su boca pintada y la presiona firmemente. La parte posterior de la lengua parece un animalillo húmedo y rosado que realiza rapidísimamente algunos trabajos de mantenimiento en la puerta del deseo. Yvette me mira por encima de su hombro y nota que algo me pasa.

—Quiero besarte —le susurro procurando no jadear demasiado.

Ella se encoge de hombros, pero arquea una ceja con aire travieso. Siento que me recorre una oleada de agradecimiento. Por las agujas que mantienen en alto sus cabellos y dejan así al descubierto sus delicadas orejas: gracias.

Por ese carmín que hace que sus labios parezcan tan glotones: gracias. Por cómo le brillan los ojos a través del rímel: ¡muchísimas gracias! Por ese aroma de lirios del bosque que se escapa de su escote bastante recatado: mil veces gracias, oh, universo, es por todo eso por lo que mi corazón permite que lo hagan trizas con mucho gusto.

—Qué dices ahora, Robert de Tiège, traidor de tu propio corazón... — susurra ella burlonamente con la ceja aún arqueada.

La levanto lentamente de su silla de lectura y la saco de la estancia de la madrecilla. Como de costumbre, la mujer ni se inmuta. Bajamos unos peldaños y la conduzco hasta un vestíbulo que no lleva a ninguna parte pero que está ocupado por abrigos colgados pulcramente en un perchero, y zapatos y sombreros en los estantes que hay a ambos lados. Ahí estamos bajo el arco de la entrada, en medio de las prendas de ropa, con una luz amarilla digna de una foto de Hollywood, el comienzo de un final feliz poco antes de dar paso a los créditos y a una música de repente muy alta.

Busco a tientas el tirador de la luz. ¿Nos besamos en la oscuridad o no? Pero sus labios ya han encontrado los míos y nos besamos a plena luz, rodeados por el olor de la cera abrillantadora, las bolitas de naftalina y el betún. A veces me veo como un animal excitado, pero una y otra vez su boca me muestra que eso no es nada en comparación con lo que debe de haber en su interior, una tormenta de lujuria que ella deja que se desate y que al mismo tiempo reprime. Así, un beso suave se vuelve súbitamente devorador y su jadeo ocasional me lleva a un grado de excitación que jamás habría podido alcanzar yo solo, como si el universo entero rugiera preparándose para el apareamiento. Y, sin embargo, todo sigue representándose en mi cabeza y nunca puedo corresponder del todo a su entrega. Cuando mis besos se enardecen, ella me arrastra de nuevo a la calma, para después, con un gesto sutil de su lengua, llevarme otra vez a tocar el techo. Supongo que yo sigo pensando demasiado, mientras que ella se limita a seguir el fuego que arde en sus entrañas, unas veces, suave; otras, abrumador. Lo que nos hacemos mutuamente con nuestras bocas es ya de por sí toda una historia. Luego, y eso sucede siempre en el momento en que noto mis labios secos, ella me conmina a mirarla profundamente. Si intento imponérselo yo, ella es la

primera en desviar los ojos. Pero si es ella la primera en buscar mi mirada, se la sostengo y entonces me siento demasiado desnudo, demasiado vulnerable, demasiado solo. Angelo suele elegir esos momentos para mostrarse, algo que Yvette parece siempre notar y que hoy por primera vez ha llegado incluso a ver:

—Ahí está otra vez.

—¿Quién? —le pregunto yo, el inútil, el pelele sin atributos, que está ahí con los ojos perdidos en los de ella y, por lo demás, completamente en cueros.

—El sinvergüenza guapo, ese sucio traidor —contesta ella sin pestañear.

Intenta rimar esas palabras con las frases empalagosas de las cartas que me manda tan a menudo. Mi boca detiene las palabras que ella quiere añadir. Gira la cabeza a la izquierda y su lengua vuelve a abrirse paso entre la mía. Nuestras lenguas se enroscan, unas veces lenta y tentativamente, otras veces rápida y alegremente, y cada cambio de ritmo hace que sienta la cabeza ligera, como si jamás pudiera ser capaz de seguirla, como si al final no pudiera estar a la altura de su deseo, que es mucho más inventivo que el mío y, quién sabe, quizá mucho más obsceno de lo que yo querría reconocer. Le tomo la mano y se la pongo en mi bragueta, preparado para disculparme de inmediato hasta el fin de mis días si ella se escandaliza. Sin embargo, nada hace sospechar que la incomode. Al contrario, su mano me pellizca suavemente ahí mientras con la otra apaga la luz y nos envuelve en la penumbra. Y seguramente haga bien, porque lo que de repente yo parecía querer de un modo tan impulsivo —¿era yo o era otro?— sucede mejor a oscuras. Ella me toquetea a través del pantalón, como si supiera lo que hace y al mismo tiempo se tratara de un descubrimiento inocente, una combinación que me enloquece más aún. Mantengo los ojos cerrados, ahora no puedo mirar, todo tiene que seguir sucediendo en la más completa oscuridad. Debo seguir besándola y someterme con placer a lo que me hace. A fin de cuentas, acaba de apartar de su pecho mi mano titubeante y ya no me atrevo a tocar nada más. Sus dedos han encontrado la cremallera. Abre la bragueta y su excitación me confunde y todo me da vueltas. ¿Está disfrutando tanto como yo, quizá más incluso? De nuevo no puedo seguirla. Ahora palpa suavemente

el algodón de mis calzoncillos, y al tocar un lugar húmedo arriba pellizca un poco más fuerte. Mientras tanto, su lengua encuentra formas de dejarme sin aliento. Sin titubear, desabrocha dos corchetes de mi pantalón.

Tengo toda la cremallera abierta. Me pregunto si ahora Yvette me estará mirando furtivamente mientras me besa y me acaricia el cuello, pero sigo sin atreverme a abrir los ojos aún, como si todo esto fuera a desaparecer de pronto si lo hago, para no volver nunca más. Noto dos dedos a ambos lados del elástico de mis calzoncillos. Primero lo tira un poco hacia atrás y luego baja la tela blanca. Mi pene desnudo busca aire y se empalma. Huelo de inmediato mi propia excitación, mi propia bestialidad viril, y me pongo rojo como un tomate. Su boca encuentra de nuevo la mía y sus besos se vuelven consoladores.

—Ven aquí —dice—. Ven aquí.

Con lo que parece querer decir: confía en mi mano, ríndete. Estoy a punto de caer de rodillas mientras ella empieza a acariciarme y yo emito sonidos que ya no consigo controlar. Cuando vuelve a tomarme con más brío, me encojo un poco a causa de la sequedad de su mano. Pero ¿cómo decirlo? ¿Qué palabras emplear para explicar algo así de forma práctica? Ella cesa de besarme al instante, me suelta. Yo sigo intentando encontrar palabras explicativas cuando de pronto vuelvo a notar su mano sobre mí, húmeda y acogedora. Sólo eso, el hecho de que haya humedecido su mano sin preguntarme —probablemente se haya escupido en la palma para complacerme mejor— hace que en el último momento no me corra, aunque esté muy cerca. Me entra frío. Por muy excitado que esté, algo oscuro empieza a cantar conmigo, una pregunta empieza a tomar forma en los tonos de una melodía. «¿Por qué hace esto conmigo? ¿Por qué hace esto conmigo?» ¿Es porque sabe que ahora somos «familia», como dijo Lode? ¿Sabe ella algo del judío que su padre y su hermano tienen escondido? ¿Sabe ella que yo lo sé? ¿Nuestra relación ha de quedar sellada así, de esta manera, ella con la mano en mi miembro que se estremece y yo sin poder ir a ninguna parte, sin querer ir a ninguna parte? ¿Porque prácticamente somos familia ya, por eso?

¿Y por qué oigo sobre todo a Lode susurrarme esta última frase al oído? No, son bobadas, deja de pensar, mantén los ojos cerrados y deja que suceda.

Su boca me apacigua, de nuevo me lleva a una excitación más bestial que conmovedora. Y yo vuelvo a capitular, soy enteramente suyo. Su mano va alternando también el método de excitarme. La suavidad se transforma en brío, los tirones más rápidos dejan paso a un pellizqueo tranquilo. Yo voy pasando de una sensación a otra, ya no sé ni dónde estoy, qué hago ni quién soy, aparte del hecho de que con cada estremecimiento de placer sólo oigo en mi interior que soy suyo, suyo y de nadie más. Estoy a punto de explotar. Y ella también lo percibe. De pronto estira del cordoncillo de la lámpara y me encuentro bajo la luz intensa. Me da otro tirón más fuerte. Su boca abandona la mía. Me obliga a mirarla y dice: «Adelante», después de lo cual mi semen sale despedido y por supuesto va a parar a los abrigos de la madre. Y luego, sin soltar aún mi miembro todavía tembloroso, vuelve a besarme, de nuevo con una excitación a la que yo soy incapaz de acercarme ni siquiera en mi clímax.

De pronto oímos un fuerte gemido. Nos miramos. Yvette me tranquiliza:  
—Otra vez está soñando.

Los policías nunca van solos. Parece sacado de una puñetera canción. Pero es cierto: un agente solo, sin ningún colega a su lado, es sospechoso. Estate tranquilo que ya he pensado en eso. ¿Qué hago cuando me toque el turno de ir a llevarle comida al judío? ¿Voy con el uniforme o no? Lode llevaba el suyo puesto el día que me esperó. Al final me decanto por hacer lo mismo que él y confío en no tropezarme con ningún Feldcapullo que me pregunte qué hay dentro del saco que llevo conmigo. Por si quieres saberlo: dos salchichas, tres patatas y un trozo de pan negro; si un hombre se pasa a la clandestinidad, lo mejor es que escoja a un carnicero o a un granjero como protector. Lode me ha dejado preparado el saco y el manojito de llaves detrás de la portezuela que hay junto a la carnicería. También eso me pone nervioso, teniendo en cuenta que en ese lugar hay ocasiones más que de sobra para ser visto. Pero no encontramos otra solución. Mientras buscábamos una en vano,



susurrando en la oscuridad en el camino de regreso después de ir a ver a Lizke, no pude por menos de sentirme ridículo. Todo esto puede hacerse mejor, es más, debe hacerse mejor, sólo que yo tampoco sé cómo. Entre tanto me veo haciendo la señal en la puerta detrás de la que se esconde Lizke. Un conspirador de pacotilla, un farsante es lo que soy, un chapucero. ¿Qué es peor: saber que eres un aficionado o pensar que podrías hacerlo mejor pero no sabes cómo? Llamo y vuelvo a llamar, la puerta se abre y el enigma Lizke me da la bienvenida. Mira lo que le he llevado y me pregunta si la próxima vez no podría añadir unos huevos. Me encojo de hombros y farfullo algo. Hoy huele a brillantina. ¿Es este hombre realmente un artesano del diamante, un hombre del pedrusco? No me entra en la cabeza. Olisquea el pan, pellizca suavemente las salchichas, acaricia las patatas, sonrío y se vuelve hacia mí.

—*Bitte setzen sie sich...*[42]

—*Leider keine Zeit*[43] —le contesto.

—*Aber natürlich...*[44]

Vuelve a asaltarme la idea de que probablemente el padre y el hijo lo tienen aquí escondido a cambio de dinero, como a un monstruo sacado de algún cuento de Grimm. Pero ¿quién tiene aquí el poder? ¿Qué sucederá si se le acaba el dinero, los diamantes o las joyas? ¿Han acordado una retribución diaria o se trata más bien de una cantidad fija? ¿Lo echará a patadas el padre de Lode cuando ya no pueda darle más? Un pensamiento no excluye el otro. Pero no, es imposible, el riesgo es altísimo. En estas circunstancias, una persona no puede permitirse desairar a otra. Si obligaran a Lizke a largarse de ahí por falta de dinero y lo arrestaran, no sería extraño que él acabara llevándolos a todos a la horca con su confesión. ¿Es algo que sólo se me ha ocurrido a mí o el padre y el hijo también se han parado a pensarlo? ¿Puede el padre pensar con claridad sin verse distraído por la codicia y el afán de ganar dinero? Porque las cartas están claramente sobre la mesa. Si sólo se trata de dinero, el polizón es el que lleva el timón.

Le pido el saco, saludo educado con la cabeza y ya tengo la mano en el pomo de la puerta cuando comenta:

—*Sie scheinen mir ein Intellektueller...*[45]

Me detengo, no sé qué tengo que decir al respecto.

—*Haben sie Bücher?*[46]

Le pregunto qué clase de libros le interesan.

Él se encoge de hombros: de lo que sea, pero preferiblemente que estén en alemán.

Asiento y le digo que tal vez pueda conseguirle algo. Sólo conozco a un hombre que tiene montones de libros en alemán, y la idea de pedírselos prestados hace que por arte de magia aparezca una sonrisa en mi rostro por primera vez en todo el día.

Así que, no mucho más tarde, vuelvo a encontrarme frente a frente con el enigma Lizke cargando una bolsa de lino llena de libros, todos ellos en alemán. Barbita Feroz no sabía muy bien cómo tomarse mi repentino entusiasmo por la literatura alemana. Me buscó varios ejemplares un poco azorado. Algo de Schiller, Hesse y Jünger. No todos los libros están en la línea de la nueva conciencia popular, según me hizo saber, no obstante, siempre que fueran provistos de un exlibris, su nombre y algún que otro lema en latín, estaban todos permitidos.

Chaim Lizke los va sacando uno tras otro de la bolsa de lino, los deja sobre la mesa del comedor, no demasiado estable, y me guiña un ojo. Su ancha boca esboza una sonrisa. Asintiendo, como si reconociera a viejos amigos, elige uno después de cierto titubeo y a continuación se sienta en uno de los dos sillones desvencijados. Sin dirigirme siquiera una mirada, abre el libro que ha escogido y empieza a leer. De vez en cuando suelta un suspiro de satisfacción. Según parece, ya puedo retirarme. Se moja el dedo con saliva antes de pasar la página, mira fugazmente en mi dirección y reanuda la lectura.

Yo sigo sentado a la mesa y me lío un cigarrillo. Mientras fumo, estudio a Lizke. Su tranquilidad o su capacidad para aislarse en un santiamén detrás de un libro, como si este escondite ya no existiera, como si ya no importara si lo traicionan o no, me deja perplejo. ¿Debería uno admirar esa sangre fría? ¿O esa expresión de normalidad no es más bien algo afectada? Pero lo que yo esté pensando o haciendo le trae sin cuidado: da igual que vaya soltando

volutas de humo, bostece ostensiblemente o me tire un pedo, él no levanta la vista. Vuelve a ensalivarse el dedo y pasa la página. El silencio que hay entre nosotros deja amplio espacio para otros sonidos. El tictac de un viejo reloj hace que se me acompañe el corazón, parece el preludio de un inminente ronquido en el sillón, como un gato viejo junto a una chimenea. Los sonidos del mundo exterior, antes apenas audibles, resuenan ahora como voces tímidas procedentes de otro universo, como si estuvieran demasiado lejos para tener algún significado; de hecho, resultan demasiado patéticamente exiguos para causar impresión. El sillón cruje; Chaim Lizke cambia de posición. Se rasca detrás de la oreja, se sorbe la nariz con fuerza. Se palpa en busca de un pañuelo y expectora. Vuelve a pasar otra página.

—Je, je... —suena en tono muy bajo.

¿Acaso las primeras páginas de *El lobo estepario* le proporcionan gran placer o es más bien un desprecio divertido por el talento literario de Hermann Hesse? No hay forma de saberlo.

«¡Ten cuidado, es una primera edición!», me había dicho Barbita Feroz refiriéndose al libro. Pero en las manos de ese hombre no es más que un objeto de uso, no una joya. ¿Debería dejarle claro que no haga dobleces, que no fuerce el lomo del libro, quizá que no deje demasiada saliva en el papel? No tengo ni idea de cómo se dice eso en alemán.

—*Das sind nicht meine Bücher...*[47] —hago un intento.

Lizke levanta la vista y vuelve a sonreír.

—*Danke schön. Sehr freundlich...*[48]

Adelanta ligeramente la barbilla, entorna los ojos y, junto con su sonrisa congelada, forma una máscara de gratitud y reconocimiento.

—*Das freut mir*[49] —repite, con un nuevo asentimiento, mientras sus ojos vuelven a posarse en las letras impresas.

Suspiro y pienso de repente que no importa. Pienso que esos libros no volverán a manos de Barbita Feroz. O quizá sí, pero en esos momentos Barbita Feroz no podrá hacer nada salvo encogerse de hombros a causa de otras preocupaciones que no tienen nada que ver con libros. De pronto pienso que casi todo es temporal. Nunca me había parado a pensarlo, pero ahora, viendo a Chaim Lizke leyendo ensimismado, esa idea se concreta de golpe.

Sin embargo, ni siquiera ese sentimiento hace que desee ir a sentarme en la postura del loto bajo un árbol oyendo de fondo el rumor de un riachuelo que discurre plácidamente y con la doctrina de Buda como un cómodo pañuelo de seda alrededor de mi cuello desnudo. Sí, todo es temporal, pero la inquietud que Lizke me provoca parece haberse desligado del tiempo. Es una inquietud profunda e impredecible. No puede quedarse aquí por mucho tiempo. Aparece en mis sueños, a veces sin palabras pero de forma muy presente. Ayer, por ejemplo, abría la puerta y me susurraba como un mayordomo inglés: «*Allow me, sir*», y a continuación silbaba con los dedos en la boca y un carruaje tirado por dos sementales negros desbocados que sacaban espuma por la boca salía de entre la niebla de un Londres victoriano y aminoraba el paso. Lizke debe irse. Se me mete bajo la piel sin que sepa por qué. Últimamente Lode cuenta conmigo cada vez más para que vaya a llevarle comida a ese hombre. Es evidente que él está ocupado con otros asuntos, probablemente con actos de resistencia, quién sabe si de sabotaje. Todos percibimos que la tensión va en aumento, como si hubiera una gran confrontación en ciernes. No son más que tonterías, por supuesto. La vida en esta ciudad va arrastrándose de incidente en incidente. Se dice que una cosa trae la otra. Ocupación o no, no es más que eso. A veces, en un momento en que todo parece normal, empiezo a sentir de pronto escalofríos y me llevo la mano al estómago. No dura mucho, apenas un minuto, como si un robot en mi interior recibiera un mensaje de alguien con un cerebro genial que quiere destruir el mundo con un plan sardónico.

Delante de la puerta principal en la Kruikstraat me palpo los bolsillos del pantalón en busca de la llave. Alguien me pone la mano en el hombro y me dice que debo acompañarlo. Antes de que comprenda lo que sucede, me encuentro en el asiento trasero de un coche, entre dos hombres con abrigos de cuero. El tipo que conduce despacio por la Belgiëlei ha abierto la ventanilla y sostiene el cigarrillo medio fuera, mientras que la otra mano permanece relajada sobre el volante. Nadie dice una palabra. Junto al Harmoniepark, el coche se desvía a la izquierda por la Karel Oomsstraat. El hombre que está a

mi derecha tose ostensiblemente.

—¿No podrías apagar ese asqueroso cigarrillo? Aún no me he recuperado de la bronquitis.

—No me fastidies —dice el conductor.

Nadie me dice nada. Soy un cargamento que debe ser conducido del punto *A* al punto *B*. Intento concentrarme en mi respiración y veo ante mí al judío del que me he despedido con un apretón de manos no hace ni media hora. Entrelazo las manos sobre el regazo. Ahora me presentan la cuenta. Ahora llega el momento que no quiero imaginar en detalle, pero que a veces, durante alguna noche excepcionalmente intranquila, he llegado a imaginar. Entramos en un barrio residencial y el coche tuerce a la derecha. ¿Cómo me he engañado a mí mismo? Veo a Lode advirtiéndome, a Yvette sonriéndome, a mi madre llorando en la cocina y me veo a mí mismo, solo y abandonado, comiendo pan en el comedor cochambroso de la Vestingstraat. Sopeso posibilidades, posibles réplicas y otras formas de argumentación que puedan tener sentido a primera vista, aclaraciones sobre un comportamiento aparentemente sospechoso. Aquí viene la escena. Éste es tu momento, Wilfried Wils. No finjas que no lo sabes. Ve calentando entre bastidores. No vayas a acobardarte. Estate preparado para todo, en especial para las porras que caerán sobre ti y que te dejarán tierno y sanguinolento como un bistec de lo más selecto, uno de los que antes de la guerra les gustaba tanto servir en el hotel Weber de la Keyserlei, sangrando y nadando en una espesa salsa marrón en la que un tenedor podía quedarse derecho, sangrando como un Cristo en la cruz. Es el miedo lo que te hace vivir, es el miedo lo que te hace vivir. Esas frases forman un estribillo en mi cabeza.

Aparcamos en la Della Faillelaan ante el cuartel general del Sicherheitsdienst.

En la planta baja hay mucho bullicio. La gente entra y sale. Veo a hombres uniformados que escoltan a otros hombres en cuyos semblantes ya no se atisba ni un ápice de humanidad. Algunos farfullan algo mientras son conducidos a la planta inferior. Las puertas se abren y un grito de terror aprisionado resuena antes de que vuelvan a cerrarse. Es el miedo lo que te hace vivir, es el miedo lo que te hace vivir. Los hombres vestidos de cuero

opinan que voy demasiado lento subiendo la escalera y me ayudan un poco. Mis pies apenas si tocan el mármol. Procuero mantener el control de la vejiga. Como a un niño pequeño, me dejan sentado en un banco en un largo pasillo y me gruñen que espere. Delante de una de las puertas hay un oficial de las Waffen-SS haciendo guardia con un arma. Uno de mis acompañantes da unos golpecitos. «Ha llegado la hora de un examen oral —me digo—, concéntrate y no pierdas la confianza en ti mismo.» Oigo a Angelo en mi interior reír con bastante desfachatez, o al menos tratando de contener la risa. Es el miedo lo que te...

La puerta se abre. Un hombre vestido con una chaqueta de cuero me hace una seña y yo entro mientras que él sale y cierra la puerta tras de sí. Ahí está ese pelirrojo de Gregor con su uniforme negro. Me señala una silla. Me siento.

Gregor procura evitar los sonidos alemanes. No lo consigue del todo, pero su dominio de la lengua es mayor de lo que había esperado cuando lo oí hablar en casa de mi tía Emma.

—Mejor aquí que en un café, Herr Wils.

Yo asiento. Mi corazón se calma un poco.

—¿Un vaso de agua?

Sin esperar mi respuesta, se acerca a una mesita auxiliar y coge una jarra. Me bebo el vaso que me ofrece en tres tragos. Lo vuelve a llenar sin hacer ningún comentario.

—*Sie scheinen mir ein wenig nervös zu sein...*[50]

—Mis disculpas, Oberscharführer.

Gregor sonrío.

—¿Conoce mi rango?

—Por supuesto.

—¿Y sabe lo que hago en su ciudad?

Yo asiento.

—En ese caso, no tiene usted de qué preocuparse, ¿no? A menos que esté circuncidado. ¿Está usted circuncidado, Herr Wils? —Me mira un momento—. Discúlpeme, eso ha sido poco decoroso. *Witze*, ha sido una broma. Perdóneme también por la manera en que lo he hecho traer hasta aquí, espero

que no lo haya conmocionado demasiado. *Na gut, zum Kern der Sache.*[51] Como probablemente sabrá usted, el Sicherheitsdienst ha renunciado al hecho de que su policía nos ayude en la gestión de la cuestión judía. *Das ist kein Problem.*[52] Al fin y al cabo, durante el verano pasado notamos que sus servicios tienen más agujeros que un... *Wie heißt das auf niederländisch?*[53]

—Colador.

—*Lech wie ein Sieb; fast die gleichen Worte...*[54]

Asiento.

—Nuestro amigo en común me ha hecho saber que puedo contar con usted. Eso sería muy práctico, después de que Herr Vingerhoets haya muerto de una *unglücklicher Weise.*[55] Sabemos que aquí y allá hay algo de... humm... subversión dentro de la policía. Roban cupones de racionamiento, ayudan a los judíos. No me cabe duda de que algunos de sus colegas, una pequeña minoría seguramente, se deja pagar bien por esos servicios. *Nicht?* [56]

—No sé nada de eso, Oberscharführer.

—Por supuesto que no. No tan directamente, lo comprendo. Eso requiere una adaptación. Aquí. —Se da unos toquitos en la frente con el dedo índice—. Pero lo conseguirá. Hay compensaciones. ¿Me comprende? Mantenemos en estricto secreto la identidad de muchos de nuestros llamados hombres de confianza. Desde luego haríamos lo mismo por usted. Algunos de ellos reciben una retribución. Por desgracia a usted no puedo ofrecerle eso. *Aber für Alles gibt es eine Lösung.*[57] Ya encontraremos una solución. Su amigo sabe a lo que me refiero. Hay muchas posibilidades. Lo que debe hacer usted es pensar, reflexionar.

Gregor enciende un cigarro, agita la cerilla y apaga el fuego.

—*Gut, das wir einander so...*[58] Quiero decir: su tía Emma... También podemos saludarnos allí de vez en cuando. *Verstehen Sie?*[59]

—Por supuesto, Oberscharführer...

—Considérelo como una posible inversión que nosotros hacemos en usted. Y sepa que su apreciado amigo seguirá... *mit mir kurzschließen soll.* ¿Entiende la expresión en alemán?

—«Seguirá contactando conmigo», sí, la entiendo.

Gregor expele satisfecho el humo.

—Otra vez son casi las mismas palabras.

—Sabes lo que dicen de ese asqueroso alemán, ¿verdad?

—Se dicen muchas cosas sobre el tipo, Lode.

—Así que se trata de hacer negocios con Gregor. Me he enterado de que algunas noches viste a algunos de sus amigotes de uniforme negro —gente de aquí, ¿eh?, nada de boches— para salir en busca de judíos o de personas sospechosas de tenerlos escondidos. Allí pegan cuatro gritos y hay que poner dinero o joyas sobre la mesa. Y luego se van a su café favorito y se dedican a beberse una botella de coñac tras otra en El Mirlo Blanco hasta la hora de cerrar. ¿Es verdad o no? Tú deberías saberlo.

—No me parece el tipo.

—¿Sabes a qué se dedica también? Al menaje. Cuando esos judíos ricos son expulsados de sus barracas, todo el mundo debe mantenerse alejado de allí. Al menos ése es el principio. Pero si alguien, como es el caso de nuestro Gregor, tiene buenas relaciones con alguno de los empresarios de las mudanzas de por aquí, puede hacer negocios. ¿A quién le importa una mesa de roble, una cama antigua o un cuadro colgado en la pared? Lo ido, ido está, las cosas pueden desaparecer por las buenas. Ya sabes adónde acudir si quieres un sillón...

—Sea como sea, hay otras ventajas. El Oberscharführer cree que soy uno de ellos. Eso podría ofrecernos protección, por ejemplo.

—Todo eso suena muy precavido. ¿Eres realmente uno de ellos? —Transcurren algunos segundos antes de que Lode se eche a reír—. Vamos, que todo esto ya es bastante serio.

Yo me río también, como de costumbre. Mientras, pienso en Chaim Lizke y me pregunto cuántas joyas y diamantes les habrá prometido a Lode y a su padre. Uno reconoce en el otro su propia traición. Veo que los perseguidos se desprenden de todas sus posesiones. Veo cómo los obligan a desvestirse hasta quedar en paños menores, cómo se dejan cachear hasta las tripas en busca de piedras preciosas y joyas.



—Dinero... —así responde Lode sin querer a mis pensamientos—, todo gira alrededor del dinero. A mí que no me vengan con que se creen en serio todas esas cosas sobre la raza superior y los traidores, sobre la sangre y la patria... Y tantos aspavientos levantando la pata con los que exhiben sus supuestos ideales caballerescos como si fueran vendedores de una atracción de feria... Y encima adoran el rugido del bigotito supremo que sale por la radio como si fuera un dios... Pura apariencia. Es muy sencillo: el dinero está en manos de los judíos y de eso es de lo que se trata. Un robo organizado, eso es lo que es.

Sus palabras suenan tan certeras... Yo siempre dudo, a veces me engaño a mí mismo diciéndome que no sé lo que está sucediendo realmente en esta ciudad. ¿Es cierto que el dinero lo explica todo? ¿Pensar así no es, en realidad, tremendamente ingenuo? La denuncia de Lode, que parece brotar de improviso, suena como una acusación que un adolescente lleva preparando mentalmente durante mucho tiempo pensando en su padre. Después de todo, hay otras sonrisas burlonas en la oscuridad, pensamientos como engendros que por desgracia aún no he conseguido plasmar en un poema, energías que buscan aferrarse a algo como ángeles caídos, desvaríos que me son susurrados al oído, actos sin motivo, consecuencias sin causa, coincidencias trágicas, confusión y vileza indiferente, además de sadismo, mala voluntad y falta de concentración. ¿Por qué Lode lo ve todo claro donde yo sólo veo turbiedad? Quizá sea porque él también es un ladrón. No, eso es demasiado cruel. Parece ante todo decepcionado, nada más. Resulta que no es un héroe, sino alguien que mantiene con vida a un judío porque todo gira alrededor del dinero. ¿O no? ¿Me equivoco? Ya no puedo verlo, el interior de mi camarada parece estar empañado como un espejo.

—¿De eso se trata, Lode?

—¿De qué?

—Dinero.

—A veces, Wilfried, hablas como un crío pequeño.

—¿Así que tú también?

—¿Así qué?

—Así que es por el dinero.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué te ha entrado de repente?

Lode me mira a los ojos, intenta encontrar algo y al final meneas la cabeza. De pronto me agarra del pelo.

—No lo hagas —le digo.

—No —dice él bruscamente—, no lo hago...

No hace nada.

Puros para los padres, cigarrillos para los jóvenes, tabaco de pipa para el abuelo sentado junto a la chimenea y tabaco de mascar para los trabajadores del ferrocarril, peones de carreteras o jardineros. Bienvenido a Bruyninckx, comercio de artículos de tabaco, con nuestra simpática Jenny detrás de la caja que, a juzgar por su singular escote veraniego con estas gélidas temperaturas de dos grados bajo cero, no se ha adaptado de inmediato a la forma de vestir que predomina entre las dependientas de los comercios.

El timbre de la puerta de la cueva de los ladrones sigue resonando.

—¡El guapo de Wilfried! —Sus labios forman una redonda O con teatral devoción y además se lleva la mano derecha a la frente como si fuese a desfallecer en ese mismo instante—. A una mujer como yo le afecta tu presencia: empiezo a sentir un cosquilleo en el estómago.

—Pareces muy contenta, Jenny.

Jenny sin alcohol es algo más intensa que la Jenny del Oporto. Nada de pestañeo lento, nada de ofuscación en la mirada, nada de lágrimas que amenazan con brotar por la menor insignificancia, mucha menos pinta de buscona que antes.

—¿Ya has tenido muchos clientes?

Entorna los ojos.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Sería eso posible?

—Caray, qué galante —se ríe—, y ya que quieres saberlo, te diré que esto es una mina de oro. No puedes imaginar cuánta gente quiere fumarse sus cupones de racionamiento lo antes posible en estos tiempos. Hace mucho que la gente olvidó cómo sabe el buen tabaco.

El timbre. Un cliente.

—Tu amigo está en la trastienda —susurra Jenny, y me señala la cortina marrón dorado que tiene detrás.

Recorro un estrecho pasillo atestado de cajas a ambos lados y llego hasta Barbita Feroz, que está sentado a una mesa llena de papeles, cuentas y cupones, iluminada por una lámpara de escritorio bastante potente que hace que su cabeza brille y las arrugas del entrecejo formen sombras espantosas. Tenga o no mucho trabajo mental, suena bastante animado.

—¡Bienvenido a mi nueva tienda, *jeune homme*! ¿Un paquete de tabaco? Para ti es gratis.

—¿Tu tienda? Sí que ha ido rápida la cosa.

—Digamos que el dueño se ha jubilado. Lo lamento por él, pero al fin y al cabo había infringido la ley racial. Debería haberlo sabido. Sea como sea, yo soy el encargado del negocio, o comoquiera que se llame eso.

Barbita Feroz aparta algunos papeles y encuentra por fin las cerillas. Complacido, enciende su pipa.

—El señor Bruyninckx ha dejado un buen stock, muchacho... Todo de antes de la guerra. Tabaco turco, tabaco inglés... Todo para sus clientes favoritos. ¡Tienes que verlo!

Agita una libretita.

La abro. Está llena de nombres seguidos de crucecitas, cifras, marcas de tabaco.

—La lista de clientes del señor Bruyninckx. No se le puede reprochar al hombre que fuera negligente. Y fíjate en los nombres... —Barbita Feroz saca otro papel—. Koch, Holz, Rothman, Kubelsky, Gottlieb... Todos los que figuran en la lista son judíos y todavía no los hemos atrapado. ¿No es increíble? Esos hombres siguen viniendo a menudo por aquí. Hoy ya se han pasado por lo menos dos. *C'est vraiment stupéfiant!* No los subestimes... No hay palabras para describir la inventiva de los israelitas. Y a la vez, su necia ignorancia es tan... ¿Puedes creer que esos dos se han presentado aquí diciéndole su nombre a Jenny, con un cupón de racionamiento robado en la mano y pidiendo su tabaco favorito? Así, sin más, como si la vida siguiera igual.

—¿Y ahora qué?

Barbita Feroz se frota las sienes con las dos manos y bosteza.

—Vamos a coger de golpe a todos los que podamos. No tiene sentido ir sólo a por uno o dos, porque entonces radio tamtam hace su trabajo y ya podemos despedirnos de los demás.

—Podrías bajar el precio del tabaco.

—Es una idea brillante. ¡No hay nada que le guste más a un judío que una rebaja! ¡No se hable más! ¡Eso es justo lo que vamos a hacer!

Cuánto me arrepiento de esas palabras, como si de repente por mi culpa me hubiera puesto a mí mismo debajo de una ducha de agua helada, castañeteando los dientes como alguien con fiebre, maldiciendo mi propia estupidez, el hecho detestable de que a veces mi lengua no obedezca a mi razón, mi boca, mi arrogancia, la vileza que hay en mí, mi necio deseo tan irreflexivo de bromear, de sentirme apreciado. A veces, siento la vergüenza como una picada de mosquito; otras, como un infarto; y otras aun como si el abrazo mortal de una boa constrictor me crujiera los huesos. Y nada ni nadie, ni ahora ni nunca me hará olvidar esto. Tú eres el primero, querido biznieto, al que se lo cuento. Quiero que sepas que solté el comentario de la rebaja en plan de broma. Se me ocurrió y lo dije sin pensar. Tan tonto fue, tan estúpidamente simple. Debes saber también que Angelo, esa voz que antes impme confió esa noche que la vergüenza es una señal de debieraba en mí y que ahora raras veces me susurra algo, lidad, y yo lo creí para que el sueño viniese más deprisa. Esa semana, después de anunciar una rebaja excepcional, en el estanco Bruyninckx detuvieron a una docena de fumadores judíos.

—¿Cuándo vas a llevarme a bailar, Wilfried?

Yvette se acerca al gramófono.

—Últimamente no es tan fácil...

—Lo sé. No se acaba nunca. Todas las semanas esos tipejos de negro

destrozan un local tras otro. Aquí en la plaza también, dos noches atrás. El Alma, el Lympia, y algunos más. Estaba en la cama cuando oí el griterío. Esos SS no pueden soportar que haya gente que quiera despejarse de vez en cuando. ¡Imbéciles! Y entonces a uno le entran ganas de ir a bailar. ¿Acaso es un crimen?

—¿Cómo quieres que te lleve a bailar cuando los negocios se están yendo al carajo?

—Pero cuento con tu inventiva. No irás a decirme que está completamente prohibido ir a bailar, ¿verdad? Si estás en el lado bueno, puedes ir a un montón de sitios.

Me mira como un gato a un ratón.

—¿Y yo estoy en el lado bueno?

—Conoces a gente de ese lado.

Me da la espalda y se dobla hacia delante.

La aguja del gramófono se posa sobre el disco con un crujido. «*Plaisi-i-i-i-i-ir d'amour ne dure qu'u-u-u-un instant... Chagrin d'amour dure toute la vie-e-e-e-e...*» La sala de estar se le queda demasiado pequeña. Susurra una frase de la canción de amor a una lámpara de pie, va hasta la ventana enlazando las manos como si la luna fuera a oírla, salta de pronto delante de mí frunciendo juguetonamente el ceño. «*Et pourtant notre tendre roman par ta faute... aujourd'hui vient mourir bêtement...*» Su voz envuelve sin esfuerzo a la del rruiseñor Rina Ketty, que, acompañada por su orquesta argentina, va dando vueltas desiguales bajo la aguja del gramófono. Pronuncia la erre francesa con más fuerza que la cantante italiana mientras se lleva las manos a las mejillas y con los ojos muy abiertos adopta una pose en un círculo de luz imaginario. No puedo dejar de mirarla y sonreír. Al final de la canción, Yvette hace una pirueta delante de su madre, que sonrío apoyada en el marco de la puerta de la cocina y me guiña un ojo con orgullo. Ay, ¿no tiene talento acaso? ¿No es su don tan manifiesto como para hacer feliz a otra persona con su voz? ¿No podría emocionar hasta las lágrimas a miles y miles de oyentes en los grandes escenarios europeos? Su madre y yo aplaudimos con entusiasmo. Ella hace una reverencia.

—Deberías cantarle esto a tu padre en vez de esas óperas tan difíciles con

las que lo vuelves loco.

—Ay, mamá, a él no le gusta oírme cantar, y ya está, *tout court*.

—Eso nunca viene por sí solo: a los hombres hay que animarlos. —Mi futura suegra mira en mi dirección como si acabara de cometer un desliz—: ¿No es verdad, Wilfried?

—No lo sé —respondo sin mirarla, y acerco la llama al extremo de mi cigarrillo.

Yvette lanza un suspiro teatral.

—Bueno, yo sigo recogiendo la cocina —concluye la madre abruptamente.

Yvette se sienta en el sillón a mi lado y empieza a hojear con brío una revista femenina que ya debe de haber visto miles de veces.

—Tienes que llamar a mi madre «mamá». También puedes decirle «madre».

—¿Te lo ha dicho ella?

Expelo el humo por encima del periódico que está delante de mí sobre la mesita del salón. «El peligro de los bolcheviques es silenciado...» «Queremos que se nos reconozca como pueblo...»

—¿No te consideras parte de la familia?

—Yo no he dicho eso.

—¿Pero?

—Nada.

—Mírame, estás más pendiente de ese periódico que de mí. ¿Qué significado para ti? ¿Media libra de higos?

De pronto suena muy arisca. La miro.

—No tienes ni idea de quién soy yo, Wilfried.

—Tonta.

Ella me pellizca el antebrazo.

—¿Quién soy yo? ¡Dilo! ¿Qué quiero yo de la vida? ¿Lo sabes?

Como un amante sacado de una película mala y anticuada donde se interrumpe la acción con carteles llenos de suspiros escritos en lugar de voces, me hinco de rodillas y le tomo la mano después de haber apagado mi cigarrillo turco a medio fumar en el cenicero.

—¡Felicidad! ¡Amor! ¡Me quieres a mí!

—Vuelve a sentarte. Te estás burlando.

Me siento de nuevo, me aliso una arruga de la pernera del pantalón.

—¿Es que siempre tenemos que hablar tan en serio?

He sonado un poco quejoso. Al fin y al cabo, soy yo el que siempre es demasiado serio, Yvette me lo reprocha a menudo, conmigo no hay mucha diversión. También estoy demasiado ausente y soy demasiado oscuro. Pero esto último, esa oscuridad, resulta de vez en cuando atractiva, ella también lo admite. Es sobre todo ese Wilfried intermedio, el que no es ni una cosa ni la otra, el que la pone de los nervios, como ella misma dice.

—¿Te has creído que yo quiero que llames «mamá» a mi madre?

—Sí.

Me da un buen cachete en la mejilla.

—Pues no, todo lo contrario.

—¡Au!

—Sí, au, niñato tonto.

—Contigo me pierdo.

—Lo que quiero es poder cantar, quiero que todo el mundo oiga mi voz, que me llamen el rruiseñor de la Coninckplein, una mujer de origen humilde cuya carrera la ha llevado hasta Milán, París y Nueva York. Quiero...

—Eso es justamente lo que yo estaba pensando también.

—Lo que quiero es libertad, quiero poder viajar de un lugar a otro. Quiero que tú me acompañes y que escribas tus poemas. Que no tengas que llamar «mamá» a mi madre, y quién sabe, quizá no nos casemos y vivamos en pecado, siempre viajando, tú debes hacer lo que quieras igual que yo quiero hacer lo que yo...

—... quieres ser lo que quieres ser...

Me da otro cachete.

—Siempre me interrumpes...

Le agarro la muñeca con fuerza y le digo con parsimonia:

—Ser lo que quieres ser es lo más difícil que existe.

—Ahí está él de nuevo. Lo veo en tus ojos. Ahí está el sinvergüenza.

Tía Emma nos hace una seña. Nos saluda con tanta expectación que me arrepiento de haber quedado con ella. Lleva puesto algo blanco con mangas abullonadas que combina con un collar de perlas doble que le cuelga holgadamente alrededor del cuello. Le devuelvo el saludo y conduzco a Yvette a través de las mesitas del café Hulstkamp hasta donde está tía Emma. Mi novia va vestida como una bohemia distinguida, una gitanilla con una falda amplia de talle alto a rayas blancas y negras y encima una blusa roja con una chaquetilla corta también roja que se ha cosido ella misma.

—¡Pero qué criatura más bonita! —exclama mí tía.

Las dos mujeres intercambian tres besos supuestamente efusivos, que se dan con la boca ligeramente ladeada para que ninguna de las dos deje estampado en la mejilla de la otra un rastro de pintalabios rojo vivo. Entre las mujeres, esa técnica de besar es una expresión de profundo respeto, según me ha hecho saber Yvette recientemente. O sea, que con una mujer a la que querrías ahogar en un barreño poco profundo lleno de ácido corrosivo harías lo contrario.

Después de esos besos, tía Emma se anda con cierta cautela, como un ganso que quiere calentar a sus pollitos recién nacidos.

—Siempre vengo temprano para poder sentarme en esta mesa. Desde aquí se tienen las mejores vistas.

—Yvette quiere bailar.

Tía Emma mira a Yvette con ojos chispeantes.

—Oh, pues lo hará sin ninguna duda. Estate tranquilo. En el momento en que mi Gregor entre aquí con sus camaradas, verás cómo se anima el cotarro.

Entre las cabezas de dos mujeres veo que detrás a la derecha hay un personaje extraño sentado a una mesa bebiendo ginebra. Tiene los ojos negros como el carbón y lleva el pelo como pegado con cola de empapelar; su cuerpo está envuelto en un traje de terciopelo negro, con un chaleco rojo debajo y una pajarita roja sobre la camisa blanca, cuyos puños le llegan casi hasta las yemas de los dedos y están rematados con un ribete de encaje.

—¿Has visto a ese pelele junto a la puerta de los servicios?

—Oh —suspira mi tía sin mirar hacia atrás—. ¿Lo conoces? Es Sus. Se



creo que es como un poeta que al parecer pasó mucho tiempo calentando la silla en este café.

—El Loco Polleke —digo, y aunque me indigno no se lo demuestro a mis acompañantes.

—No lo mires, chico. Ese Sus puede llegar a ser muy pelma y sin que te des cuenta se invita él solo a la mesa y nos arruina la velada.

—¿Qué te pasa? —susurra Yvette.

—Nada, nada —me apresuro a contestarle con una sonrisa.

A veces, uno se volvería loco de remate con esta ciudad y sus poetas. Cuánta pose, cuánta diarrea lírica. Pretender ser como Paul Van Ostaijen, ¿cuán bajo puede llegar a caer un seudoescriptor? El talento con mayúsculas no se fuerza con la ayuda de un guardarropa adecuado, joder. Requiere esfuerzo y vivir al límite, pero a buen seguro no una voluntad, una pose o una vestimenta que uno tome prestada de otro.

—Sea como sea —digo—, ¿qué van a tomar las señoras?

Tía Emma ríe resuelta:

—Luego tomaré champán, pero ahora pídemme una cerveza fresquita.

Yvette quiere un poco de vino. Levanto la mano y pido las bebidas.

—Para mí una cerveza con un chupito de ginebra.

—Caray, ginebra. Ten cuidado, no te vaya a sentar mal.

—Este café es conocido por su ginebra, querida.

—Procura no darte mucho a conocer por aquí, querido.

Yvette y yo nos echamos a reír. Pero los ojos de tía Emma revelan auténtica seriedad.

Mi tía da una palmadita eufórica.

—Qué pareja tan maravillosa hacéis. Eres una mujer con carácter, Yvette. Justo lo que él necesita. No puedes imaginarte lo impertinente que era éste de pequeño. ¿Lo recuerdas aún, Wilfried?

—No —respondo.

—Seguro que sí —me chincha Yvette.

—Madre mía si llegaba a gritar. No levantaba dos palmos del suelo que ya se ponía como un loco contra su madre y su padre. «¡Tú no eres mi padre!», aún le oigo decir. Y a su madre lo mismo. Cómo nos reíamos por

entonces. Era muy gracioso.

—Sí, sí —digo.

«*Extase sans phrases, adieu raison...*», canta el gramófono no demasiado alto en medio de las conversaciones de una decena de mesas.

Yvette levanta alegremente el dedo al aire.

—¡*La java du clair de lune* de Suzy Solidor!

—Caray, niña, sabes mucho de música.

—Quiere ser cantante, tía Emma.

—Me lo creo. Tiene porte para serlo.

—Suzy Solidor lleva un peinado corto con el flequillo justo por encima de los ojos. A mí también me gustaría llevarlo así.

—¡Ay, niña, qué ideas tienes! ¡Maltratar de ese modo tu bonito cabello! Además, esas hombretonas han quedado completamente desfasadas.

—Creía que querías cantar ópera, cariño.

—Mientras haya un escenario, tesoro...

Los alemanes ya están aquí. De pronto, el local se llena de uniformes negros y gris de campaña y mi tía Emma recibe un afectuoso abrazo del Asesor de los Asuntos Judíos de esta ciudad. Sus camaradas se encuentran en un estado lamentable y necesitan apoyarse en las mujeres; farfullan sus apellidos sin que apenas se les entienda. Por su parte, Gregor es la afabilidad en persona, nos saluda a Yvette y a mí con gentileza y pide que nos traigan enseguida champán y una botella de ginebra. El Oberscharführer Karl va acompañado de una rubia que lleva sus grandes rizos medio recogidos y luce una dentadura resplandeciente. A diferencia de Gregor, Karl es el típico SS que prefiere mirarnos a nosotros, los autóctonos, desde las alturas, pero por supuesto hace una excepción con las mujeres hermosas como Yvette, a la que trata inmediatamente como si ella llevara años esperando como una buena chica las enseñanzas de un sabelotodo como él. Sin que nadie se lo haya pedido y antes incluso de que nos traigan una enfriadera a la mesa, le da toda clase de explicaciones sobre cuáles son las marcas de champán adecuadas y qué variedad de uva se utiliza para conseguir al final un excelente resultado. La amiga de Karl le lanza una sonrisa a Yvette que haría que ese King Kong se echara a llorar como un crío. El Hauptsturmführer Heinrich no quiere que

se dirijan a él por su alto rango, a fin de cuentas está demasiado achispado para cortesías, y las correspondientes formalidades entre esos oficiales no parecen importar mucho en cuanto se pone el sol y los *garçons* in livrei los rodean como enfermeras con sus bandejas llenas de medicinas alcohólicas. El Hauptsturmführer tiene una profunda cicatriz en la mejilla izquierda y un ojo bizco. A nosotros no nos ve. Toda su atención está dirigida a las dos mujeres que lo acompañan y que aseguran ser hermanas. No pasa mucho tiempo antes de que se acerquen más mujeres a sentarse a su alrededor, y al parecer él las conoce a todas, aunque en ningún momento lo sorprendo usando un nombre de pila. A todas las llama Schatzi y Mausl.

Desde que los SS se han sentado a nuestro lado y con ellos los oficiales y seguidores de la Wehrmacht, el seudopoeta intenta llamar mi atención levantando cada vez un vasito de ginebra en mi dirección y haciéndome un guiño antes de fruncir los labios. Yo no le hago caso y me sirvo más bebida. Yvette resulta inaccesible debido a las lecciones del Oberscharführer Karl y, después de un par de intentos de incluirme en una conversación, tía Emma también se ha resignado ante el hecho de que su Gregor le exige completa atención mientras le cuenta entre risitas historias que yo no puedo seguir.

El local se llena. Yvette me lanza una mirada llena de silenciosa desesperación. Mi tía Emma también la ha captado y enseguida susurra algo al oído de Gregor.

—*Eine ausgezeichnete Idee!*[60] —exclama él de inmediato.

Chasquea los dedos, grita algunas cosas a la gente que hay detrás de la barra y acto seguido retiran las sillas y las mesas, suben el volumen del gramófono y mi tía y él empiezan a deslizarse en un metro cuadrado. Antes de que pueda ponerme de pie para sacar a bailar a Yvette, ella ya ha aceptado la invitación de ese maldito Karl. Su amiga rubia los mira como si fueran apestados, con los brazos cruzados.

—¿Querría bailar conmigo? —le pregunto.

No se digna ni a contestarme. Al parecer, estoy infectado con la misma enfermedad que Yvette. El amante alemán de la rubia parece bendecido con unas caderas flexibles y otras dotes de bailarín que consiguen que Yvette se relaje visiblemente en sus brazos. También habrá ayudado el hecho de que se

haya callado por fin. Él la mira con la boca entreabierta, como si su destreza fuera a llevarla a un éxtasis rotundamente indecente de un momento a otro. Me tomo dos vasos de ginebra seguidos y me sirvo otro con cierta torpeza. El seudopoeta me ha visto, se pone en pie y hace muecas como si tocara el violín con suprema devoción y los ojos cerrados. A continuación se inclina maliciosamente en mi dirección y empuja la puerta de los servicios.

—¿Tú también trabajas para esos hombres? —me pregunta un tipo con gafas.

—¿Tú sí?

—*Dolmetscher* —se apresura a contestar—. O sea, traductor.

—Sé perfectamente bien lo que significa.

—Mis disculpas, amigo.

—Estúpido, pedazo de imbécil, cuatro ojos de mierda. Me cago en tus disculpas, ¿te enteras?

—¡So, so!

—¿Es que te cres que soy un caballo o qué? ¿Eres un vaquero?

—Te dejo solo —dice el tipo de las gafas con calma.

No me cuesta ningún trabajo ponerme de pie y dejarme arrastrar por la turba que baila en dirección a los servicios. Yvette ni siquiera me ha visto pasar, se deja llevar como si estuviera hipnotizada. En los urinarios de hombres está el poeta, sacudiéndose las gotitas de su pito indudablemente pequeño como si sufriera de la próstata.

—Eh, eh... —exclama al verme.

Lo agarro del cuello y le estampo la cabeza contra la porcelana que tiene delante. Está tan sorprendido que apenas me cuesta esfuerzo, y luego está demasiado aturdido para resistirse a un segundo cabezazo que deja una mancha de sangre en el urinario blanco.

—¡So, so! —llora por fin.

Otro que cree que soy un maldito caballo. Durante unos segundos no sé bien qué hacer con él. Yo mismo me tambaleo. Pero luego lo arrastro hasta uno de los váteres y lo pateo hasta que se queda vomitando ahí. O al menos eso me parece. No puedo estar del todo seguro porque de pronto me encuentro de nuevo entre las parejas que bailan.

—¿Estás bien? —me pregunta Yvette por encima del hombro de su diligente compañero de baile.

Creo que le hago un gesto de asentimiento tranquilizador. Tampoco estoy completamente seguro de eso. Me desplomo en la silla y me sirvo otra ginebra. El alemán le está sobando las nalgas a Yvette. La saludo con la mano y levanto el pulgar. Todo estupendamente, todo bajo control, ¿tú también? Ella aparta la mirada de mí.

Gregor viene a sentarse a mi lado. Tía Emma se mantiene a cierta distancia y me mira abrazándose a sí misma como si tuviera mucho frío o acabara de ver un terrible accidente de coche. El gran jefe Heinrich está bailando con tres mujeres a la vez, o, mejor dicho: ellas bailan a su alrededor como frente a un dios pagano que estuviera desnudo sobre un altar. Ya no veo a los *garçons*, sólo bandejas llenas de bebida que van pasando de un extremo a otro del bar, sin que al parecer medie nadie en el asunto. Quiero volver a llenarme el vaso, pero aún está lleno. Gregor y yo empezamos a charlar, creo. Digo cosas. Él escucha. Entonces habla él.

De pronto me agarro fuerte a una farola de la De Coninckplein.

Yvette me mira furiosa.

Tengo molestias en el estómago. Quiero soltar un eructo, pero casi inmediatamente me pongo a vomitar encima del abrigo.

Creo que ella está llorando.

—No me has defendido.

—Tú querías bailar, tú, puta.

—No me escuchas. Borracho, no eres tú. No me has defendido.

Vuelvo a sentir otra oleada de vómito, esta vez tengo tiempo de inclinarme hacia delante. Un líquido verde sale disparado de mi cuerpo. Siento el sabor de la hiel. También tengo que ir al baño con urgencia.

—¿Me has oído? ¡No me has defendido, Wilfried!

Me da un bofetón en la oreja. Me zumba el oído. Me desplomo y empiezo a sollozar. Ella no me mira y busca la llave de su casa en el bolso.

—No se lo digas a tu hermano...

—Eso es lo que tú te crees. Le diré lo que a mí me dé la gana. ¡Qué decepción!

—No le digas a tu hermano que hemos... que hemos ido a bailar al Hulstkamp. Es importante... No puede enterarse..., ¿lo entiendes? ¿Lo entiendes, verdad? Cariño, cariño...

Pam. La puerta se cierra. ¿Ando o me arrastro hasta casa?

La resaca es como cabía esperar. El día siguiente es domingo. Mi madre se niega a dirigirme la palabra. Mi padre se mantiene igual de callado, pero en cuanto ella se da media vuelta, me habla del vómito que mi madre ha encontrado esta mañana temprano en el pasillo.

—Se conoce que el baño estaba demasiado lejos, ¿no?

—No sé de qué me hablas.

—No era distinto conmigo, sinvergüenza. Deberías haberte oído subiendo por las escaleras. Ibas más borracho que una cuba.

Por todas las veces que fue él quien subió la escalera dando tumbos, ahora me toca pagar a mí el pecado de ser el hijo que sigue los pasos de su padre. Ya me he emborrachado muchas veces pero hasta esta noche siempre había podido mantenerlo en secreto, lo que a él probablemente le irritaba mucho. Ahora la venganza es dulce. Por culpa de su signo de debilidad como patriarca y mi claro desprecio al respecto, ahora me toca pasar por caja. Tú también, Wilfried Wils, te llevas la peor parte de la idiotez masculina, la temeridad que la bebida trae consigo, los celos inmaduros en la pista de baile y todas las pequeñeces, hasta las más ínfimas, que normalmente permanecen ocultas pero que a causa del diablo de la bebida se ven magnificadas y exageradas para convertirse en una tragicomedia infame que va pasando de padre a hijo hasta la posteridad de la vida tabernaria. Como si ese simple presuntuoso al que tengo que llamar padre pudiera constatar para siempre con gran alivio que su hijo posee el mismo hígado lloroso que él, la única herencia auténtica que un hombre débil considera justa. ¿Yo, débil? Pues tú también, mocoso.

—Yo... Humm.

—Uy, que te estás poniendo verde. Corre al lavabo, bobo.

Llego al váter justo a tiempo. El olor a lejía y a jabón que siempre hay allí

me produce arcadas. Vomito, no paro de gemir, me contraigo, vuelvo a vomitar. Me sigue cayendo la baba. La cabeza me estalla. Me siento en el váter. Dentro de mí, Angelo canta una canción que resuena en mi submundo de dolor y arrepentimiento. Los acontecimientos de ayer están llenos de agujeros negros que, en cuanto intento desentrañarlos, se llenan con el agua salobre de la vergüenza humillante. No consigo ponerme en pie ni enderezarme. Sólo hay preguntas obsesivas que me zarandean entre aguas turbulentas que me llegan a los labios. ¿Es cierto que llamé puta a Yvette? ¿Podría ser que aunque me entraron ganas de partirle la cara a ese poeta no lo hiciera? ¿Cabe la posibilidad de que tía Emma le haya contado cosas de mí a mi madre con los ojos llenos de espanto? ¿De qué estuve hablando con el Oberscharführer Gregor? Es esta última pregunta la que sobre todo me provoca escalofríos como si fuera un conejo al que han despellejado vivo y cuelga agonizante cabeza abajo en un sótano. Una imagen imposible. Me hace volver a vomitar. Bilis esta vez, aunque me da la sensación de que es la propia vesícula biliar la que brota en forma de comida para perros blanda y maloliente.

Alguien forcejea con la puerta del baño.

—¡Está ocupado! —grito con voz ronca.

—Sufre —me reprocha mi madre desde el otro lado de la puerta—, no te mereces nada mejor.

Aún les quedan flores en el Groenplaats.

—Son las últimas, señor.

Quizá el naranja no le entusiasme y tampoco sé cuáles son sus flores preferidas, pero es lo que he encontrado y quizá sirva para reparar el daño. Me encamino a casa de Barbita Feroz porque sé que después del mediodía ella tiene que ir a leerle a su madre. Un ramo de flores no basta, hasta yo me doy cuenta. Necesito una explicación, algo que pueda recomponer los pedazos de su corazón, algo que la convenza de que no volverá a suceder nunca más. No volveré a tocar la ginebra, he aprendido bien la lección, caray, si hubiera sabido que uno puede pillar una borrachera tan mala así, habría...

¿Algo por el estilo? ¿O debería buscar en los recovecos más profundos y oscuros de mi alma? Algo que vaya más en la línea de que lamentablemente ella ya ha podido comprobar por sí misma la clase de canalla que soy, que esa bestia negra permanece encadenada el noventa y nueve por ciento de las veces pero que, lamentablemente, ayer ella misma fue testigo de esa ocasión excepcional en la que mordió a todo el mundo desafortadamente soltando espumarajos por la boca, y también eso forma parte de mí, cariño, perdóname, no sabes cómo me avergüenzo, pero por otra parte, quizá sea bueno..., no, bueno no, pero quizá no sea tan malo..., no, eso tampoco..., es más bien justo, sí, eso es, es justo que veas esa otra parte de mí, que a pesar de todo forma parte de mí, aunque sea una parte muy pequeña y además muy oculta, y que yo me sienta seguro ahora que puedo compartirla contigo..., no lo hice expresamente ni mucho menos, pero ya sabes lo que quiero decir, que los dos debemos conocer nuestro lado malo, sobre todo el mío, para estar bien seguros del amor del otro... ¿Algo así?

Llego media hora tarde. Ella ya se ha ido. Barbita Feroz mira las flores y me pregunta si son para él.

—Qué chistoso.

—Tu novia me ha dejado en la estacada, amigo. Mi madre es estricta: tu Yvette o nadie. Así que aquí estoy. Iba a quedar con Jenny.

—Vaya.

—¿Acaso tienes algo que arreglar? No me sorprende. Parece que ayer estuviste de jarana en el Hulstkamp.

—Las noticias vuelan.

Efectivamente, y es probable que sea un fenómeno común a todas las ciudades. Los tentáculos son profundos y extensos, lo dominan todo. Alguien hace sus necesidades en un barrio y al cabo de poco en el resto ya saben de quién procede el hedor y qué problemas intestinales lo causan. Estamos todos juntos en un parque de juegos interior y sin ventanas, mientras los murmullos, chismorreos y verdades a medias nos van cortando la respiración lentamente como enredaderas.

—Ayer vi a mein Freund Gregor en El Mirlo. Suele pasarse por allí para tomar la última copa con sus auténticos compañeros.



Nos sentamos. Esperamos. Me desabrocho el abrigo. De vez en cuando la madrecilla gime en la habitación de al lado como si acabara de picarle un insecto venenoso. Su hijo ni se inmuta.

—No vendrá —digo al final.

—Al tipo ese al que golpeaste ayer en el servicio...

—Cállese.

Así que es verdad, la historia se ha consolidado. Ya está aquí la prueba de la herida de la vergüenza que me ha estado atormentando el día entero y para la que no encuentro ningún consuelo.

—A Sus... Un buenazo. Ayudante de bibliotecario en la Conscienceplein. Es una suerte que tenga un empleo fijo, porque el hombre no sirve para mucho más. De acuerdo, sus poemas son mucho peores de lo que cabría esperar de un advenedizo, pero eso no es motivo para mandarlo al hospital a patada limpia.

—Ay.

—Por lo que he oído, le han dado puntos por todas partes. Gregor hizo que su chófer lo llevara al Sint-Elisabeth. Sí, camarada, ya puedes empezar a temblar. El pequeño Sus es un buen amigo del Obersturmführer...

—¡Socorro, socorro! —grita la madre de pronto en la penumbra.

—No le hagas caso, está de mal humor.

Barbita Feroz ceba la pipa con tabaco y la enciende. La madre vuelve a chillar.

Ahora el hijo reacciona al instante y grita con vehemencia:

—¡Vale ya! ¿Voy a tener que ir para allá o qué?

A ella se le escapa un suspiro como cuando se pincha un globo lleno de despecho y amor maternal resentido.

—Estoy hundido en la miseria...

Barbita Feroz empieza a reírse de mí.

—Mírenlo ahí sentado, el boxeador del sexto distrito. ¿Miseria? Digamos que enmendaste el error, pero por la cara que pones, lo habrás olvidado por culpa de tanta bebida como llevabas encima.

Gregor que me mira, yo que le digo cosas y después él que me contesta, en realidad eso es todo lo que sé.

—Es así de sencillo: tú eres uno de los nuestros y nosotros nos ayudamos los unos a los otros. Nuestro Oberscharführer lo sabe bien y sé que tú también lo sabes. La cosa se está poniendo interesante. Hay chanchullos y robos con relación a los cupones de racionamiento. Omer y yo tenemos muchos planes para las próximas semanas y apreciaríamos mucho tu ayuda. Una ayuda que, por cierto, tú mismo prometiste con la solemnidad de un niño de coro pero con la cabeza borracha y los nudillos manchados de sangre de otro. Gregor te imitó. Todos no partimos de risa.

Me pongo en pie y me abotono el abrigo.

—Uy, ¿ya te vas? No te olvides las flores.

—Déselas a Jenny.

—Se va a poner muy contenta. Gracias, Wilfried.

Posiblemente le haya mandado ya siete u ocho cartas, que empezaban siempre igual: «Vida mía, sigo sin tener noticias tuyas, sé que no merezco otra cosa, y aun así...». Sin embargo, ella sigue teniendo todos los postigos cerrados y las puertas atrancadas. Después de no haber obtenido ninguna respuesta a mis dos primeras cartas, decido ir yo mismo a echar mis mensajes de súplica en el buzón de la carnicería a altas horas de la noche, plenamente convencido de que el cartero se niega a colaborar conmigo, el universo mismo no quiere seguir plegándose a lo que yo siento por ella. A pesar de todo, Yvette guarda silencio, así que yo hablo más del amor y más del dolor y probablemente me vuelvo más insípido y llorón con cada frase. Angelo calla asqueado. Mi fuero interno suena tan vacío como una catedral después de medianoche. Estoy en la cama y me echo a llorar sin más. Sólo se oye un débil eco. «Soy una mala persona, soy una mala persona...», me repito a mí mismo en susurros, lo que hace que los sollozos se vayan intensificando más y más y al día siguiente amanezco con los ojos hinchados. Mi supuesta madre ya ha cedido; el vómito del pasillo ha quedado olvidado. Ahora me mira como a un gato que en su desgracia se ha refugiado debajo del armario y mientras estamos sentados a la mesa no cesa de advertirme que yo mismo voy a buscar mi perdición.

—Es como si tuviera una úlcera en la cabeza —le dice a su marido en voz baja estando yo presente.

—Esta locura no puede continuar —asiente mi supuesto padre.

No me atrevo a hablar con Lode sobre Yvette, y tampoco es que él me dé mucha opción. Nos vemos durante nuestro turno, incluso vamos a tomar juntos una cerveza de vez en cuando. Pero charlamos de todo un poco salvo de mujeres, amor o familia. Tenemos nuestro lenguaje secreto para referirnos a las entregas de provisiones a Chaim Lizke.

—Las patatas están listas detrás de la puerta —me dice Lode.

Y entonces yo finjo como hipnotizado que aún formo parte de la familia y al anochecer voy hasta la portezuela que hay junto a la carnicería y le llevo al judío el saco que encuentro allí.

En este momento no paro de darle vueltas a la carta que acabo de dejar. ¿No era demasiado cruel? ¿La despedida no era demasiado lacrimógena, demasiado poco viril, demasiado pueril? ¿No sería mejor que me despidiera de ella sin más, que me comportara por fin como se espera de un hombre? ¿Acaso la clase de poeta en la que aspiro a convertirme necesita a una mujer que no sepa apoyarme, que a la primera de cambio quiera hacer callar a su amado hasta la tumba? En realidad, ya ha durado demasiado. Voy a ponerle fin y que cada uno siga su camino. Pero ¿por qué de pronto siento un frío tan intenso o me hierve la sangre cuando me la imagino con otro, haciendo las cosas que ya me ha permitido hacer a mí? Maldita sea, pienso entonces, Yvette me ha convertido en un niño mimado. Y todo eso continúa dándome vueltas por la cabeza, todo acaba bien machacado ahí dentro, la carne y los huesos de mi espíritu poético van dando vueltas en ese molino de cavilaciones y suspiros, que está en perpetuo movimiento y de ese modo degenera en un picadillo de banalidad pequeñoburguesa. Luego, el odio que siento por mí mismo llama a la puerta y pregunta si puede pasar. Y Angelo sigue sin aparecer y yo sigo sin oír una voz burlona que me llame al orden. A pesar de que él sólo existe en mi mente, lo imagino en la cama con ella, hablándole entre risas de la carne picada que hay en mi cabeza y enseguida vuelve a hacerle... Sea como sea, no puedo más.

Chaim Lizke asiente con una sonrisa como de costumbre, saca la comida

del saco y, sin mirarme, la deposita encima de la mesa de la cocina para retomar enseguida su libro abierto. No le importa lo más mínimo que me quede o que me vaya. Me siento en el sofá hundido y compongo mentalmente una carta mejor, una última carta para ella, una carta que ablandará su corazón. Pero en cuanto empiezo a pensar en ello, siento que el último trocito de mí se pierde, aunque las frases sólo existan aún en mi cabeza.

Desde hace un par de años llevo en mi bolsillo interior una libretita encuadernada en piel con un cabo de lápiz. Cada vez que la saco, no paso de una frase que al instante está condenada al olvido, como si el hecho de sacar la libreta fuera un daño premeditado y, por consiguiente, demasiado inofensivo, demasiado orientado al genio poético en sí en lugar de a la forja de versos que dejarían pasmado a cualquiera. Y ahora esa libretita se encuentra de pronto ante mí, con el lápiz al lado, sin que yo recuerde haberlos sacado del bolsillo. La abro y tacho las palabras *Cuento ardiente* que antes contemplaba como título provisional y que, según sospecho, robé de alguien. Encima garabateo *Confesiones de un farsante*. Lizke no levanta la mirada en ningún momento mientras yo voy llenando una página tras otra con inmundicia, con poemas a los que nada ni nadie ha puesto trabas aún. Con cada nuevo inicio, oigo a Angelo contener el aliento.

Y ahí está por fin su carta sobre las baldosas del suelo del pasillo. Ya desde lo alto de la escalera reconozco su letra. Al igual que mis últimas cuatro cartas, la suya tampoco lleva sello, debe de haberla echado ella misma en mi buzón. Como si tampoco confiara en nada ni en nadie que se interponga entre nosotros. Abro el sobre. En el papel de carta sólo hay una hora y un día con un signo de interrogación, seguido de «Me encontrarás en el puente del Stadspark».

Ha pensado mucho, lo noto de inmediato en cuanto me acerco a ella, que está en ese puente en el día y la hora acordados. Espera bien erguida, las piernas ligeramente más separadas de lo que cabría esperar en una señorita, casi

como un hombre que se prepara para una pelea que seguramente acabará a puñetazo limpio.

—No me digas que lo sientes. Ya lo has repetido más que suficiente.

Los patos graznan debajo de nosotros. El invierno casi ha terminado.

—Estoy loco por ti —le digo.

—No son más que palabras —contesta ella.

—Cambiaré.

—Oh, ¿por qué? ¿Para que yo piense que todo será mejor? Prefiero no hacerlo, sería perder el tiempo y jugar conmigo.

—¿Es que ya no me quieres? ¿Se ha terminado? Dímelo y me resignaré.

—De repente vas muy rápido.

Me encojo de hombros como un payaso de circo maquillado con una cara triste y una lágrima pintada bajo el ojo, y con zapatones incluidos.

—Me duele demasiado. Prefiero acabar de una vez con esto.

Aparto los ojos de ella, poso las manos en la barandilla del puente y observo a una pareja que pasea debajo por una de las veredas con un cochecito de bebé, los dos mirando fijamente al frente sin intercambiar ni una palabra.

—Te gustan tanto los juegucitos, Wilfried... Ni siquiera tú mismo sabes ya cuándo dices tonterías y cuándo no.

—Podría ser —digo—, podría ser. No lo sé.

—Ven aquí. —Me estrecha con fuerza y siento que mi cuerpo se pone rígido—. Deja de hacer eso...

Nos abrazamos y yo tengo que contenerme mucho para no echarme a llorar como una criatura.

En ese preciso instante se despierta, en ese preciso instante Angelo dice: «Farsante».

Y ella dice:

—Ese alemán se propasó conmigo y tú no hiciste nada. No me defendiste. Me besa. Le devuelvo el beso.

—No volverá a suceder nunca más...

—Bah —dice, y vuelve a besarme, cálida y húmeda.

Y de pronto ya no entiendo nada del amor.

Pongo a un lado mis papeles, anotaciones y diarios, mi querido biznieto. Ya he tenido bastante por ahora. Además, tengo un cigarro preparado que quiero saborear sin que la tal Nicole entre a reñirme. Acabo de oírla cerrando la puerta, así que sé que ha ido a comprar. Quizá debería abrir una ventana, quizá no. Sin el menor empacho, voy echando humo como una chimenea en una ciudad industrial del siglo XIX. Probablemente sea más divertido negar ante ella el deterioro pulmonar mientras el humo sigue flotando en una niebla pardusca.

En estas páginas me he convertido para ti en un héroe de novela, en alguien que no sabe lo que le va a suceder en cuanto salga por la puerta y que, por lo tanto, va a ir recibiendo en la cara un bofetón tras otro, como un necio en una montaña ardiendo que no imagina que el incendio se debe a que ha sido él quien ha dejado descuidadamente su cigarro sin apagar en la hojarasca seca. Pero aunque aún falta mucho, en esencia lo que importa es que en un momento dado dices o haces cosas por las que tendrás que pagar un precio ya sea al cabo de unos segundos o de unas décadas. Cuanto más escribo para ti, más dejo que la nieve sepulte todo lo que sé, más finjo que este viejo es sólo un fantasma, una sombra que está detrás del joven Wilfried, que volverá a mirar al sol de un nuevo día, un joven que sabe demasiado poco de todo y que por eso se engaña pensando que nada puede afectarle. Al recordar la conversación que mantuvimos tu bisabuela y yo, ese sueño complaciente ha explotado. Ay... Sí, ay.

Cada vez me apetece menos el cigarro. Preferiría seguir siendo sencillamente Wilfried Wils, un tipo de edad avanzada que sólo reflexiona un poco sobre las cosas que tiene alrededor. Mira el mirlo que hay en ese árbol, qué gracioso. Y ahí, qué mono ese pequeñín con un gorro demasiado grande bajo el que casi desaparece su carita malhumorada. Mira esto y lo otro. Sigue mirando lo suficiente y verás un cuadro de Bruegel en colores actuales en el que tanto tú como el pintor estáis excluidos. Porque mirar sigue siendo mirar y al final eso no cambia absolutamente nada. Lo que me hace pensar en mi condenada nieta Hilde. Míranos. Estamos paseando por la calle Meir. Ella me

ha cogido del brazo. Tiene unos dieciséis años. El siglo XX ha empezado su última década. Estamos presenciando el final de la historia, así se lee en dos periódicos que, de ese modo, creen haber anunciado algo extraordinario que nos llega desde el eterno exterior. Todo sucede en presente y nunca más en pretérito; no hay nadie que deba seguir cargando con el lastre del pasado. No son más que bobadas.

—Yayo, estamos en un centro comercial donde te vacían el bolsillo a base de bien.

—¡No me fastidies! Y yo que pensaba comprarte algo de ropa.

—¿Es que ésta no te gusta?

Me suelta el brazo y da una vuelta sobre sí misma. Lleva puesto un viejo abrigo mío que le he regalado después de que me haya insistido mucho. En el cuello se enrosca una bufanda de unos cuantos metros de largo de todos los colores del arcoíris que alguna amiga suya le ha tejido. Calza unas botas del ejército en las que ha dibujado toda clase de signos con pintura blanca. Los leotardos están estampados con calaveras. Va peinada con los pelos de punta y luce numerosos pendientes en ambas orejas y un aro en la nariz.

—Para serte sincero, es ofensivo —me río.

—¿No te da vergüenza andar conmigo por la calle?

—Bastante vergüenza.

Volvemos a enlazar nuestros brazos. «¿Cómo es posible —pienso en ese momento—, cómo es posible que pueda llamar nieta a esta maravillosa criatura? Tiene salidas para todo.»

—Ese padre de familia va vestido como un crío de doce años. Ese otro hace mucho que no practica sexo; tú también te has dado cuenta, ¿verdad, yayo? ¡Fíjate en esos niños! Son medio tontos. ¡Y mira ahí! ¿Has visto cómo han agarrado bien el bolso esas señoras cuando ha pasado ese negro molón? Mierda, se me han acabado los cigarrillos y el dinero también. Y tengo mocos. ¿No podríamos ir al Groenplaats? Por allí deben de andar algunos de mis amigos.

—¿Quieres que te vean con este vejstorio?

Se queda callada un instante. Parece estar sopesando mi pregunta con demasiada seriedad. Al final sonrío como si ella fuera la única que conoce mi

secreto y por lo tanto pudiese hacer frente con enorme desdén a cualquier mirada de burla gracias al amor que siente por su abuelo. Yo soy incapaz de ocultar lo orgulloso que estoy. Me alegro de que ella siga parlotando como si nada hubiera pasado.

—Esta gente me saca de quicio. Traen a todos esos turistas a este gran manicomio antes de dejarles visitar la ciudad con la esperanza de que aquí les saquen la mayor parte de su dinero. Y tampoco es una coincidencia que ahí al final haya una torre monstruosa con el logo de un banco. Las personas son tan borregas...

—¿Todos los de tu edad piensan como tú?

—La mayoría son unos desgraciados, así que no, en realidad no.

—Espero que no le digas esas cosas a tu abuela.

—No —me dice, y me pellizca el brazo—, sólo a ti. Tú me entiendes.

De nuevo el orgullo hace que se me humedezcan los ojos. Toso, me trago las lágrimas.

—Me gustaría ir a Berlín.

—¿Qué pasa en Berlín? —le pregunto con voz ronca.

—Allí al menos hay gente interesante. He ahorrado algo de dinero, pero en casa me ponen muchas pegas.

—Sólo tienes dieciséis años.

—Si tú les dijeras algo al respecto...

—Yo no me quiero meter en eso.

—¡Soy tu ahijada!

—Precisamente. No quiero que acabes en cualquier arroyo berlinés rodeada de un montón de chusma.

—Me estás fastidiando.

—Exacto —le miento, muy en contra de mis deseos, porque existe la posibilidad de que al final ella consiga que interceda ante sus padres para que la dejen ir. Y no es eso lo que yo quiero. Quiero protegerla.

—¿Quiere protegerme, señor Wils?

Nicole me tiene bien agarrado del codo. De pronto estoy andando



despacito por la ciudad con ella y no con mi nieta. De pronto he ido a parar al presente y no sé cómo ha sucedido. Nicole me está hablando de la ropa que necesito comprarme.

—No quiero proteger a nadie. Estaba hablando conmigo mismo.

—A veces me parece que ya no se da usted cuenta de cuándo está hablando conmigo o consigo mismo.

—He perdido mi cigarro.

—Si eso es lo único que ha perdido, no hay problema. Hace meses que ya no tiene cigarros en casa. Los di todos. ¿Es que ya no se acuerda?

—Claro que sí —digo tan decidido como puedo—, claro que sí... Sólo era una expresión de las mías.

—Pues no le sigo... —suspira Nicole.

—Yo tampoco...

¿Qué le digo? ¿Si no me sigues, súbete a la bici que así correrás más? Nadie se ríe ya de esos chistes malos, y menos aún Nicole.

Me va conduciendo por calles llenas de madres y padres que creen que ese aire primaveral todavía demasiado frío le sienta bien a su prole. Algunas familias ya han cumplido con su deber y están molestando en la parada del tranvía como si el mundo hubiera perdido su encanto una vez más, rodeadas de grandes bolsas de plástico que, como sacos terreros, intentan formar un dique contra la melancolía de la que nadie dice ni una palabra. Mi madre, la que llevaba la peluca eternamente torcida en la cabeza, veía algo hermoso en las salidas para comprar ropa nueva. No creo que hubiera podido imaginarse este mundo, que llegaría una época en que esas compras, impulsadas por tanta publicidad, convertirían a la gente en mocosos balbuceantes que con las manitas pegajosas van buscando las anunciadas gangas.

Así también me llevan a mí por las calles comerciales: como a un niño grande sin memoria, sin pasado, sin nadie que le haga comentarios sobre el ensalzado presente. Comentarios que mi nieta iba haciendo sin parar en el pasado y de los que yo tanto disfrutaba en secreto. Hoy creo que ella debió de ser la última voz cercana que me dio réplica alegre e implacable.

Ahora no resuena nada, salvo el parloteo animado de Nicole.

Si voy solo por la calle, me engaño pensando que puedo valerme por mí

mismo. Si va ella a mi lado, vuelvo a tener miedo de tropezar y verme condenado a una silla de ruedas. El sueño de ser ingrávido de nuevo, sostenido en los brazos de un padre al que jamás consideré como tal, se burla ahora de mí. Las fuerzas que querían convertir a cualquiera en un niño dócil en vez de en una persona de pensamiento independiente eran entonces, al igual que ahora, omnipresentes.

—¿Le falta el aliento?

—¿Por qué? ¿Por todos esos engréidos que hay por aquí?

—Ya estamos otra vez —dice ella, y se echa a reír.

Cruzamos los Leien y veo la colorida muchedumbre de la calle Meir viniendo hacia mí.

—¿Es realmente necesario que haga esto?

Ella me aprieta la mano y por un momento tengo la sensación de que se arrepiente de haberme traído, que ella también tiene miedo de que vaya a caerme de culo ahí mismo, si es que me queda algo de culo.

—Ya falta poco. Y ahí habrá de todo lo que busca: una zapatería, también encontraremos pantalones y una camisería para comprar unas cuantas camisas nuevas como me había pedido.

*Camisería.* Es una palabra que usa para que me sienta cómodo. Antes solía hacerme las camisas a medida, pero en estos tiempos banales ir a una tienda especializada en camisas es la alternativa forzosa. Hacía mucho tiempo que no pasaba por la calle Meir. Incluso cuando los coches podían circular por aquí, ese refulgente paraíso de consumo ya estaba ahí con el culo en pompa. No lo he conocido de otro modo. Pertenezco a esa reducida franja de edad que todo lo mide con la guerra y no puede por menos de considerar el desafuero del presente como una gruesa costra sobre las heridas del pasado. Quedan demasiadas cosas enterradas aún, tanto en mí como en la ciudad. Los greñudos dijeron en los años sesenta que había una playa debajo del pavimento. Necios. Debajo de esas piedras hay engaño. Rómpelas y los muertos saldrán bailando. Ya están bailando ahora, mira, ahí hay uno. La veo de pie a mi lado con mirada acusadora. ¿Quién no pudo protegerte, Hilde, mi bonita, testaruda y atormentada nieta? ¿Fui yo o fue otro? ¿Fuimos todos juntos los que fallamos?

—Suspira usted como si hubiera pasado mala noche, señor Wils.

—Ya verás cuando llegues a vieja, Nicole.

Unas brillantes fauces de oro se abren en el lado izquierdo de la calle Meir. Una pisoteada alfombra roja con forma de lengua bífida conduce a una elegante boca abierta llena de dientes blanquísimos. Por una ranura en la que se ven a ambos lados los porcentajes anunciados en colores fluorescentes (–50 %, –70 %, ¡Liquidación por reformas!), llegamos a un espacio enorme donde la gente toma champán encima de una tarima y a izquierda y derecha hay mesitas detrás de las cuales se ven más tiendas aún, más iluminación, más oropel. Las animadas conversaciones y la música reptan por las altas paredes, quedan aprisionadas arriba por una cúpula de cristal y se precipitan hacia abajo.

—Creo que nunca había estado aquí.

—Esto antes era la sala de fiestas del ayuntamiento, señor Wils. Seguro que todavía se acuerda de ella, ¿no?

Una serpiente reptaba por mi interior hasta el esófago.

—¿Era aquí?

Nicole me mira preocupada.

—Espere, vamos ahí a sentarnos un poco.

—Tengo ardor de estómago —me quejo; de pronto me entra la flojera.

—Siéntese. He traído las tabletas para chupar, y le pediré un vaso de agua.

Sólo tiene que rebuscar un momento en su bolso y ya tengo las tabletas en mi mano arrugada. Voy chupeteando y mirando alrededor. Ella le hace una seña a un camarero vestido íntegramente de negro, con su escaso pelo de punta muy tieso y un agujero negro en la oreja. Voy dando sorbitos a un vaso de agua mientras el sabor mentolado de la tableta hace recular a la serpiente.

Nicole va removiendo su *lait russe*.

—¿Está bien?

Miro sus sinceros ojos porque necesito algo que me distraiga. No, no tiene marido. Yo diría que nunca lo ha tenido. ¿Le irán las mujeres? No hay

que descartarlo, aunque lo dudo mucho. ¿Cuántos años debe de tener ese cuerpo fibroso suyo, con esos ojos azules francos y esa cabeza rapada en la que destella el gris? ¿Unos cincuenta? ¿Cincuenta y cinco? Pero debe de haber conocido el amor o, en su lugar, una profunda tranquilidad. Quizá se habrá superado a sí misma, quizá se habrá reinventado por completo y, al hacerlo, contravino todo lo que los demás esperaban de ella.

—Tiene usted ojos de granuja, señor Wils.

—Sólo te estoy mirando.

—No vamos a hacer tonterías, ¿verdad?

—Debo reconocer a mi pesar que no sé nada de ti, que nunca he llegado a preguntarte nada. De pronto me siento un poco avergonzado.

Vuelvo a dar un sorbito de mi agua.

—¿Qué querría saber?

—Cuéntame lo que sea.

Procede de una familia rica. Su madre murió hace tiempo, al parecer de pena por culpa de un matrimonio infeliz. Su padre aún no está en el cementerio, por desgracia, según dice ella misma. Lo visita de vez en cuando, pero no se ocupa mucho de él, a pesar de que en su momento ésa fue su intención. Sin embargo, el viejo no quiere saber nada de ella y finge no conocerla. De jovencita fue muy rebelde. La creo. El dinero le importaba una mierda. Todos los amigos de su padre eran ricos y decadentes. Pasó muchas cosas con él; ya me contará si algún día me apetece oír esa clase de historias. Vacaciones en montañas españolas, increíble. Una locura. Pero, sea como sea, ella escogió su propio camino y eso la hizo más fuerte. Cuidar de otras personas se ha convertido en su vida, es su pasión, pero... Y enseguida empieza a hablarme de todo tipo de historias de trabajo, los recortes, los chismorreos, los controles, los cargos municipales que no tienen ni idea de lo que significa la atención a las personas y todo el tinglado que hay ahí montado. Yo asiento alentadoramente con la esperanza de que más adelante su parloteo tome otros derroteros, que quizá comience a hablarme de las mujeres con las que se ha acostado y que al final no la complacieron, pero tanto asentir no me sirve de nada, ni siquiera la autohipnosis sirve ya.

Sus palabras suenan cada vez más vacías, y sus historias, más difíciles de

seguir.

Me rindo, suspiro, me pierdo en ese monstruoso agujero dorado que, sin el afán consumista, fue el decorado de la antigua sala de fiestas municipal.

En la esquina de la Brialmontlei, la calle en la que en esos momentos uno ya no puede imaginarse que hace poco los niños judíos iban al colegio con una estrella amarilla cosida en el abrigo, está Omer Verschueren esperándonos. El abogado que yo llegué a ver en toda su gloria mientras hacía añicos las ventanas de la sinagoga de la Oostenstraat con una barra de hierro no me reconoce. Alguien debería acabar con ese fanfarrón. Sería un pecado que acabara exhalando su último suspiro tranquilamente en su cama.

—Llámame Omer —me dice con voz ronca.

Gracias a Dios, Barbita Feroz desiste de volver a presentarme con mucho bombo como su gran amigo literario. En vez de eso, le guiña el ojo a su compañero y le pregunta si lo ha traído «todo».

—Puedes estar tranquilo, camarada —le responde el abogado, y se da un golpecito en el lado izquierdo del pecho.

Me levanto el cuello del abrigo por el frío cortante, me froto las manos para calentarlas y pregunto qué vamos a hacer.

—¡Jugar a los detectives! —se ríe Barbita Feroz.

—Así es, mi joven amigo —gruñe el otro oso igual de contento—. Él es Sherlock Holmes y yo soy el doctor ese... cómo se llama...

—¡Elemental, querido Watson!

Las puertas están abiertas de par en par. Hay una larga fila que comienza en la calle Meir y serpentea hacia el interior del edificio, pasa por los paneles de madera bajo una luz amarillenta hasta el fondo de la amplia sala de recepciones y finalmente se divide en cinco mesas, dispuestas ordenadamente unas junto a otras, a las que están sentados dos funcionarios, cada uno con sus listas de nombres delante, una pila de tarjetas y un montón de sellos junto a una almohadilla de tinta. Antes se podía bailar aquí, ahora se reparten los

cupones de racionamiento a los ciudadanos. Torcemos por una calle lateral y a través de una puerta entramos en un pasillo, por detrás de la sala de fiestas. Barbita Feroz se presenta en voz baja a un conserje, un fulano con un mechón de pelos en las orejas y con pequeñas heridas de afeitado que sobresalen del cuello deslucido de la camisa. El hombre se sobresalta, se endereza y nos conduce hasta una pequeña habitación en las entrañas del edificio. No hay ventanas. Nada en las paredes. Una bombilla. Hay dos sillas sencillas y una mesa de acero preparadas. Sin decir palabra, nos deja ahí y se va.

—¿Qué hora es, maestro?

—Son las diez en punto.

Omer se estira y arroja el abrigo en dirección a la mesa. Algo pesado cae y va a parar a la silla. Omer lo coge y lo deposita encima de la mesa.

—¿Te has creído que estás en una película de gánsteres?

—Tienes razón —dice el abogado, y vuelve a guardar la pistola en el bolsillo interior.

—Tiene un permiso —dice Barbita Feroz guiñándome el ojo—, por cierto, yo también tengo uno... —Y me muestra el interior del bolsillo, donde asoma una culata.

—Yo me largo —digo.

Los dos me miran. Barbita Feroz meneaba la cabeza con aire paternal.

—Lo que vamos a hacer es muy sencillo. Ponte en la cola. No necesitamos nada más.

—Mi madre ya ha ido a buscar los cupones.

—Lo único que tienes que hacer es observar. Es muy probable que dentro de poco se arme aquí un buen jaleo. Algunas personas intentarán escabullirse. Y es muy probable que veas a algunas caras conocidas, gente de tu comisaría vestida de paisano. Tú sólo ten los ojos abiertos. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—¿Y qué pasa si alguien me reconoce?

Omer se ríe.

—Nadie quiere ver nada ni reconocer a nadie, ¿lo entiendes?

Llaman discretamente a la puerta.

—¿Señor?

—Pase.

El conserje del pelo en las orejas asiente tímidamente desde el umbral.

—He avisado a los hombres de dentro de que ya están ustedes aquí. Debo decirles que alguien se ha presentado con tres cartillas. Dos de los nombres figuran en la lista que nos ha pasado.

Barbita Feroz se frota las manos con aire teatral.

—Dícales que lo pongan aparte.

El conserje asiente tímidamente y cierra la puerta al salir.

—¿Qué lista es ésta? —me oigo preguntar.

—Nuestro amigo Wilfried ha oído campanas y no sabe de dónde vienen.

Omer se encoge de hombros y se rasca debajo del sobaco.

—No todo el mundo conoce los trucos del oficio.

—Sin embargo, es muy sencillo. En primer lugar, aún no nos hemos librado del todo de los judíos. Eso se debe a que, en segundo lugar, sigue habiendo tontos que creen que hay que ayudarlos. Y en tercer lugar, nos hemos enterado de que esos tontos han pensado tontamente que basta con presentarse ellos con la cartilla de racionamiento de esos narices ganchudas para procurarles comida. ¿Se puede ser más torpe? Y tienes que irte ya, Wilfried. No te puedes quedar aquí. Ve a ponerte en la cola.

Salgo al pasillo y luego regreso a la estrecha bocacalle, donde ahora hay un camión de mudanzas aparcado junto a algunos vehículos del ejército de la Feldgendarmerie y un coche en cuyo interior reconozco al Oberscharführer. Va vestido de paisano y está sentado al lado de su chófer. Esboza una leve sonrisa al verme.

Oculto mi cara enrojecida en el cuello del abrigo. No había vuelto a verlo desde lo que hice en el Hulstkamp. Me digo: «Es un juego, mantén la calma, hay que controlarlo». Pero por supuesto no sé nada.

Oigo los susurros que intercambian los que esperan hacinados en la cola. Nadie me mira. Algunas mujeres van con sus hijos pequeños. Un niño de unos tres años se queja de que está cansado, su madre intenta calmarlo con su osito de peluche.

—No acabo de entender por qué no pueden organizarlo mejor —rezonga uno.

—Típico de la ciudad —dice otro.

—Si se encargaran los alemanes, esto avanzaría más. Me juego lo que quieras.

Esta última voz se ha elevado un poco más, pero nadie reacciona. Las conversaciones van también del maldito viento que no para de soplar, de la caída de las hojas y de esa tía que tiene flebitis en una pierna y no puede contar con un médico serio y, claro, les toca a los demás apechugar con ella, aunque sea una arpía, dicho con permiso, y que no es justo que sea siempre esa rama de la familia la que se zampe los cupones. Una vez dentro, las conversaciones se apagan al entrar en una catedral en la que hay una decena de curas delante repartiendo la eucaristía. Muchos miran al suelo, listos para recibir la bendición. Veo aparecer a Barbita Feroz junto a una de las mesas. Con una breve inclinación de cabeza le pide a un hombre que lo acompañe. Estoy lejos, pero incluso desde ahí aprecio su sonrisa sarcástica. El hombre lo sigue sin titubear. Mientras, yo estoy en la segunda cola larga de la izquierda. El tiempo va pasando. Intento identificar a gente que conozco entre las numerosas espaldas que tengo delante. Reconozco a una de mis vecinas por el vistoso sombrero que lleva, lo que a ojos de mi madre la ha convertido en una mujer de dudosa reputación. En ese instante capta mi atención la oreja de un hombre que está en la fila exterior de la izquierda, cuatro o cinco personas por delante de mí. Algo me dice que lo conozco, que debería conocerlo, que incluso es importante que lo identifique. Me pongo discretamente de puntillas, pero no consigo ver nada más que una oreja y algo de pelo negro que asoma por debajo del sombrero. Uno casi creería que... Pero no puede ser. Entonces la sala se paraliza. Se oye un ruido procedente de la pequeña habitación donde Barbita Feroz ha conducido al hombre. Todo queda en silencio, sólo los timbrados de los sellos en las cartillas siguen imperturbables. Algo se cae. Un puño se estrella con fuerza sobre una mesa. Ahora oímos que alguien aúlla. Los funcionarios intercambian una mirada fugaz y luego reanudan su labor controlando nombres y poniendo sellos. Más gritos y luego otro ruido. «¡No!» Ahora la masa de gente está inquieta. «Qué



están haciendo ahí dentro...» Se oye: «Gestapo, Gestapo...». Alguien suelta una maldición. La maldición va pasando discretamente de una fila a otra. «Cabrones.» «Ya vuelven a las andadas.» «¿Es necesario ahora?» Un funcionario se pone de pie e inmediatamente se sienta. Barbita Feroz entra de nuevo en la sala. Su mirada se fija en la cartilla que otro funcionario ha dejado a un lado. Luego vuelve a mirar al hombre que está delante de todo y al que le piden sin palabras que se haga a un lado. De nuevo esa sarcástica inclinación y una mano invitadora que señala hacia la pequeña habitación. Pero el hombre, un gigantón con pinta de exmilitar, el pelo cortado al rape y anchos pliegues en su cuello de toro, no se mueve del sitio. Barbita Feroz apenas le llega a los hombros. El cuello de toro hace resonar sus cuerdas vocales en la sala donde antes de la guerra tocaban las orquestas y los alcaldes celebraban su baile anual, donde se bailaban valeses y se reía, donde se importunaba a las mujeres al final de una noche de borrachera.

—¿Puedo preguntar quién es usted? ¡No moveré ni un solo pie sin ver sus papeles! ¿Qué se ha creído?

El hombre se cruza de brazos. Mientras tanto me fijo en que el tipo del sombrero al que no consigo identificar va dejando pasar discretamente a la gente y da unos pasos hacia atrás con disimulo, de modo que ahora lo tengo más cerca. Barbita Feroz se saca la pistola. Todo el mundo retrocede. Algunos, a pesar de estar muy lejos del arma, se agachan y ponen las manos en la cabeza. La gente murmura. «Es increíble... No puede ser» «¿Se puede saber quién es ése?» «¡Gestapo, Gestapo!» Un chico joven con un pantalón bombacho y una chaqueta corta de cuero suelta una sonora imprecación seguida de un: «A mí no, ¡eh!». Enseguida abandona la sala y sale a la calle Meir. Entre tanto, las colas van moviéndose de un lado a otro como un barco durante una tormenta. La confusión va en aumento cuando Barbita Feroz apunta con la pistola al pecho del tipo del cuello de toro: «Y ahora vas a venir inmediatamente». La gente se estira para ver lo que está pasando delante. Las filas antes tan pulcramente divididas están ahora mezcladas. Alguien grita: «¡Cobarde!». Un viejecillo intenta calmar a Barbita Feroz. Alarga los brazos hacia delante. Veo alzarse el puño con la pistola y luego descender. Gritos de espanto resuenan en la sala. Entonces reconozco por fin la sombra que está a

mi izquierda y que aprovecha la confusión para escabullirse de allí. Chaim Lizke. Nuestras miradas no llegan a cruzarse ni un segundo. No sé si me ha reconocido, y, antes de darme cuenta, ya ha desaparecido. Es increíble. En ese instante se oyen los silbatos de la policía y dos agentes irrumpen en el interior, seguidos del joven de los pantalones bombachos que probablemente aún cree que en caso de violencia hay que implicar a alguno de los nuestros con uniforme. Y como si ahí arriba alguien estuviera jugando una partida de cartas y pusiera una de picas sobre la mesa, reconozco a Lode como uno de los agentes, su rostro encendido de ira. Hay empujones. Los niños gritan. Los silbatos de Lode y de su compañero son respondidos con órdenes en alemán. Como en una mala comedia, aparece de detrás del telón mein Freund Gregor seguido a la zaga por un montón de Feldgendarmes, todos con las armas en posición de disparo. Rodean a Lode de inmediato y se lo llevan. Barbita Feroz ha desaparecido. Todo el mundo se abalanza hacia la salida. Algunos niños se caen, la gente grita y yo me abro paso a empujones hasta la puerta, como un negado que se encuentra por casualidad ante las puertas del infierno.

Hasta bien entrada la tarde no reúno el valor para ir a la carnicería. Yvette y sus padres deben de estar terriblemente preocupados. Me paso horas sentado, cavilando junto al estanque del Stadspark, sopesando opciones, como si, idiota de mí, con un par de maniobras maestras pudiera cambiar la suerte del juego en el que me he visto metido.

Yvette abre la puerta. Tiene los ojos rojos y me mira como a una visita inoportuna.

—Uy, ¿y ahora qué? —me oigo decir con valentía—. ¿Qué sucede?

Ella se seca las lágrimas y me conduce arriba. Su madre me mira por unos instantes, pero no dice ni una palabra. También ella ha llorado. Como de costumbre, el padre está sentado en su sillón, detrás de un periódico.

—A mi corazón no le sientan bien estas cosas —digo—. Decidme, ¿qué demonios ha sucedido?

—Nuestro héroe se ha encerrado en su habitación —replica el padre, cortante, sin bajar el periódico—, ¡pregúntaselo tú mismo! Yo ya se lo había

dicho: aléjate de ese uniforme. Pero el señor no quiso escucharme. ¡Ya ves cómo ha acabado esto!

—Ay, papá, ya vale —se lamenta su esposa.

Subo otro tramo de escaleras y llamo a la puerta de su dormitorio.

—Lode, soy yo. Wilfried.

No hay respuesta. Entro en la habitación. Lode está sentado en la cama, de espaldas a mí.

—Abajo están todos llorando.

Se vuelve despacio. Tiene el ojo derecho cerrado.

—Lo he visto todo —le digo.

—¿Ah, sí?

—Estaba en una de las filas.

—Se nos han llevado. Se ha armado una buena.

—Deberías haberte mantenido al margen...

—¿Vas a empezar tú también? Si alguien te viene con el cuento de que hay un loco agitando una pistola en la sala de fiestas, ¿habrías tenido elección? Estamos en la policía, ¿no? ¿O acaso lo has olvidado?

Abre la puerta de su mesita de noche y saca una botella de ginebra. Toma un trago y me la pasa. Le doy un buen tiento y de pronto vuelvo a estar en el café Hulstkamp con los puños preparados. Mantente alejado de la ginebra.

—Perdona, no tengo vasos.

Me río. Él también.

—Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de ver quién era el hijo de perra que llevaba la pistola. Como me entere...

—Mi viejo profesor de francés... —me oigo decir.

Lode me mira, se rasca la barbilla.

—Era de esperar que tu amigo estuviera ahí.

—Había otro tipo también. Un abogado. Omer Verschueren.

Ahora Lode se sobresalta visiblemente.

—¿Qué?

Vuelve a darle un trago a la botella.

—¿Y sabes lo que dicen de él?

—¿Quién dice qué? —pregunto.

—Que juega a dos bandas. Ése hace cualquier cosa por dinero. Además, a mi padre y a mí nos conoce de sobra. Era nuestro abogado unos tres años antes de la guerra.

—Un malnacido de primera clase...

—Puedes estar tranquilo.

—Por mí ya pueden liquidarlo.

—Estamos de acuerdo.

Agarro la botella y vuelvo a tomarme otro buen latigazo de ginebra. Todo me da vueltas. Habría sido mejor no hacerlo. Es más fuerte que yo.

—Lode...

—Cállate. Cuidado con lo que dices. No, cállate igualmente.

Permanecemos en silencio durante un rato. Enciendo dos cigarrillos y le paso uno.

—También he visto allí a Chaim Lizke.

A Lode casi se le cae el cigarrillo de entre los dedos.

—Es imposible. Es absurdo. No puede ser.

Ahí está, en la penumbra de su escondite, detrás de la misma mesa de cocina, donde hay un libro abierto. Lo observamos.

—*Wo sind Sie gewesen?*<sup>[61]</sup> —le grita Lode.

Frunce el ceño. Mira a Lode, luego a mí. Su expresión no se altera. Incomprensión.

—*Sie sollen nicht nach aus gehen, Herr Lizke!*<sup>[62]</sup>

—*Zu Hause? Das geht nicht mehr.*<sup>[63]</sup>

De pronto aparecen lágrimas en sus ojos mientras sigue sonriendo servicial, listo para ayudarnos con cualquier insignificancia.

Lode y yo suspiramos al unísono. Lode extiende los brazos. Yo sigo observando a Lizke como si fuera un niño que quiere pillar in fraganti a un prestidigitador cometiendo alguna torpeza.

Lizke va a sentarse sin mirarnos.

Caen lágrimas sobre la mesa.

—*Alles ist zu einem Alptraum geworden*<sup>[64]</sup> —dice a nadie en particular.

Lode me dirige una mirada interrogante.

—*Alptraum* significa «pesadilla» —le dijo en voz baja.

Lizke se suena la nariz con un trapo mugriento.

Lo veo estremecerse antes de coger de nuevo el libro y seguir leyendo como si los fantasmas fuésemos nosotros.

Lode y yo estamos delante de una casa de la Lange Leemstraat. Junto a uno de los timbres hay una placa de cobre en la que está grabado «Seguros Flor Goetschalckx». El nombre de pila me hace sonreír. Lode llama al timbre que está encima del hombre de los seguros. No conozco al tipo joven que nos abre la puerta. Susurra el nombre de Vincent al ver a Lode, y a mí me presentan como Robert.

Por el pasillo huele a perro viejo y mojado. Subimos con el máximo sigilo la escalera chirriante. Un gramófono emite una suave melodía de piano detrás de una de las puertas de la primera planta. Nos conducen al interior, a una pieza con vistas a la calle, la más alejada de la escalera. Hay humo en la habitación. Un cuarentón con cejas pobladas como las antenas de un escarabajo curioso está sentado a una mesa de cocina cubierta con un tapete de ganchillo. Hay una tetera lista, rodeada de tazas vacías. El hombre de las antenas mira a Lode.

—¿A quién has traído, Vincent? —pregunta con voz cascada.

—A un colega, profesor, uno del sexto distrito. Se llama Robert. Me ha ayudado con un judío que yo...

El hombre hace callar a Lode.

—Está bien, amigo. No necesitamos saber más.

Comprendo por qué lo llaman *profesor*. Uno se lo imagina delante de un auditorio; los bancos atestados de estudiantes novatos que le sonrían y asimilan con devoción su sabiduría. El chico joven que nos ha dejado entrar es claramente un estudiante, y el chaval de pelo rubio que está en el otro extremo de la mesa hurgándose la nariz, también. Uno de ellos sirve el té humeante y nos sentamos.

—Señores —dice el profesor—, el enemigo está cometiendo una pifia

tras otra. Pueden ir olvidándose del norte de África, en Rusia les están dando una paliza y aquí, en nuestra propia ciudad, ningún boche ni ningún traidor pueden sentirse seguros de verdad. Digan lo que digan, está claro que después de una gran oscuridad empezamos a vislumbrar la luz más hermosa. Ahora no podemos darnos por vencidos. Cada acto de sabotaje, cada palo en las ruedas a esos colaboracionistas supone un paso hacia delante.

Dan golpecitos suaves sobre la mesa en señal de apreciación. El que se hurgaba la nariz enciende un cigarrillo y expelle el humo hacia el techo con aire triunfal, como un comparsa en una película de gánsteres.

El profesor me mira.

—Robert, tú también nos serás de mucha utilidad, como tu amigo Vincent...

Lode, o Vincent, lo interrumpe de inmediato.

—No ha venido aquí para eso, profesor.

—Entonces ¿para qué?

—¿Cómo están las cosas? Mi judío debe irse.

El profesor mira al tipo que nos ha abierto la puerta.

—¿Guillaume?

Éste se da un breve tirón del lóbulo de la oreja y empieza a hablar con una voz cómica:

—Ya está arreglada la dirección en Bruselas. La gente de ahí está al corriente. Lo único que falta es avisarles de cuándo se hará el traslado. Sus papeles...

—Estoy en ello —asiente el profesor—, es cuestión de días. Apenas podrán distinguirse de unos documentos auténticos. Bueno, amigos, es realmente increíble lo que la gente puede llegar a conseguir cuando vamos todos a una. Dentro de poco llegará nuestro turno. Ya habéis notado que la gente está lista para ello. La crueldad de las fuerzas de ocupación hará que nos ganemos el corazón de la gente.

Le brillan los ojos. Descarga un golpe sobre la mesa, pero enseguida sonrío.

—Disculpadme, sé que no debemos inquietar al señor Goetschalckx de aquí abajo.

Alrededor aparecen algunas sonrisas borreguiles, Lode también se apunta. Estoy junto a las cortinas de la ventana y oigo pasar un tranvía, lento y chirriante como un viejo trozo de chatarra sobre ruedas. Resuenan unos pasos. Alguien grita: «¡Pare!». Y da la sensación de que el tranvía tenga que suspirar primero antes de poder frenar. Fuera, la vida cotidiana; aquí dentro, la conspiración de una pequeña banda que cree que se acerca el momento, una revolución de té y galletas de avena que confía en las mentiras que el profesor se ha hecho creer a sí mismo sobre el bando correcto y la gran razón, como un tipo que juega con cerillas en un depósito lleno de pólvora y ve cada llamita que prende como una señal de iluminadora esperanza.

—¿Ya te has quedado tranquilo? —me pregunta Lode con entusiasmo mientras andamos con los cuellos del abrigo levantados de regreso a la Van Eycklei.

Guardo silencio. Caminamos a buen paso.

—Dime —le pregunto al final con expresión seria—, ¿el tal Flor Goetschalckx también está en el complot?

Lode frunce el ceño.

—Pues podría ser de utilidad. Con un equipo así, un agente de seguros vendría muy bien: para todos tus eventuales accidentes familiares y actividades fuera de casa.

Lode suspira y añade:

—Una casa muy bonita, ¿no?

—Con una sonrisa dice el necio la verdad, amigo. ¿Qué estás haciendo con esos aficionados?

—Mejor callamos sobre dónde has estado tú, amigo.

—¿A saber?

—¿Con toda esa chusma en el Hulstkamp, adonde llevaste a Yvette? Sí, sí, lo sé, le pediste que no me lo contara. ¿Te has vuelto loco perdido?

—Es más seguro así, estar a bien con esos cabrones.

—¿Más seguro para quién? ¿Para mi hermana? No lo creo. Todo el mundo lo ha visto todo en esta ciudad. Pero tú te has creído que eres

invisible, piensas que es un juego.

—¡Mira quién fue a hablar! Tu profesor también lo ve así.

—¿Así que somos una caterva de idiotas?

—Pues claro que sí.

—¿Una cerveza?

—¿Por qué no? Quizá el Hulstkamp aún esté abierto.

—No me toques los cojones, «Robert».

—Ni tú a mí, «Vincent».

Un cuarto de hora más tarde brindamos en la taberna Alma.

Mi uniforme se ha convertido en un consuelo. Alinea y ordena los días, el acto de patrullar es un ritual tranquilizador en medio de la locura que vemos a diario, y entre tanto ya conozco tan bien a Gaston que hasta puedo terminar sus frases rutinariamente. Al final de nuestro turno, trasladamos al inspector las quejas que nos han llegado durante la jornada y él anota en el Registro de Incidencias lo que le parece bien. Por lo general, espero que al terminar nos dé su bendición. Al fin y al cabo, eso es lo que parece, una absolución de los pecados.

—Así es —gruñe Gaston—, y mientras ninguno de nosotros...

—... monte un numerito...

—... todo saldrá bien. Carajo, Wilfried, creo que estás haciendo muchos progresos. Es bonito ver cómo un potrillo joven, después de mucho tambalearse y vacilar, acaba sosteniéndose por fin sobre las cuatro patas, aunque...

—Ya vale.

Gastón se ríe con ganas. Estamos sentados en el comedor y damos cuenta de nuestros bocadillos antes de empezar el turno.

—¡Tienes que oír esto! —se ríe Gaston, y alisa las arrugas de su periódico—. Una carta pastoral de nuestro cardenal. «El estado del país está empeorando cada día. Las acciones violentas se cometen sin cesar prácticamente en todos lados. Los atentados contra la vida son incontables. ¿Adónde nos lleva este río de sangre?»



—Caray —digo.

—La cosa se pone seria cuando ese hatajo de mitras alza la voz. Y esta otra frase tampoco tiene desperdicio, escucha: «Pedimos que pongan fin a la serie de actos sangrientos y que vuelvan la calma y la paciencia, en la firme esperanza de una paz justa».

—*Voilà*, pues ya está todo arreglado. Los de la resistencia habrán leído el periódico, ¿no? Entonces ya podemos irnos a casa.

—Y así el terrorismo se irá definitivamente al infierno.

—Puedes estar seguro.

Gaston hace ademán de ir a levantarse, pero enseguida vuelve a sentarse con un gemido.

—¿Qué tienes ahora?

—La almorrana o agujero sangrante, camarada. No te rías. Es por culpa de la bebida. Aprende de mí antes de dejarte caer en manos de la desgracia y la perdición.

Gust el Bizco entra y dice que acaba de estallar una bomba en la Potgieterstraat.

—Deberías estar en camino —le dice Gaston con semblante serio. Me guiña el ojo mientras abre su fiambarrera.

—Bobo, eso queda fuera de nuestra ronda y bien que lo sabes.

—Francamente, tampoco es nuestra especialidad —añado yo.

En este barrio lleno de cafés, hoteles y joyerías no hacen estallar bombas ni tiran explosivos a los escaparates. Sospecho que hay demasiados alemanes por los alrededores, y una bomba es muy llamativa y suele causar más de una víctima. Muy de cuando en cuando disparan a alguien por aquí a la caída de la noche en su propia casa o en el portal, a veces precedido de una advertencia como: «Esbirro de los nazis, el tribunal del pueblo te condena». A veces, uno de los amenazados pone una denuncia, otras veces, no. No es que cambie gran cosa. Ayer casualmente mandamos que se llevaran a uno al hospital, donde al parecer murió de repente. «He venido a denunciar que van a por mí —farfulló antes de que llegara la ambulancia—, y no habéis movido ni un dedo.»

Nosotros asentimos, lo corroboramos, levantamos el acta, lo anotamos,

pedimos detalles. ¿Cuándo recibió esa carta exactamente, señora? ¿Podría decirnos dónde se encontraba usted en ese momento, señor? ¿Cuál de sus vecinos muestra en su opinión un comportamiento sospechoso? Esas acciones están destinadas a inspirar tranquilidad. Nosotros velamos por usted. Pero esos pensamientos nos tranquilizan sobre todo a nosotros.

—Es necesario —opina Gaston—, si no, nadie hablaría con un nervioso servidor de la ley que dijera que ya no se persigue nada y que por tanto no existe ningún control.

—Hace ya mucho tiempo que no existe, ¿verdad?

—Desde luego. Pero una cosa no quita la otra. Tu calma y tu dignidad son armas en tiempos de locura. Da gracias a tu uniforme, chaval, te ofrece un poco de paz.

Desde abajo, alguien grita nuestros nombres.

El inspector nos hace saber que tenemos que ir al Golding de la Anneessensstraat.

—Unos alemanes están liando una buena allí.

—Olvídelo. Encárgueselo a otros dos peleles.

—Os lo encargo a vosotros dos, Gaston. Ya deberías estar en camino.

—No.

—¡Gaston —brama el inspector—, si no quieres montar un numerito, no lo montes! ¡Haz tu trabajo de una puñetera vez!

Algunos colegas no pueden contener la risa, aliviados de que no les haya tocado ir a ellos. Salimos a la calle bajo un fuerte aplauso.

—¡Vamos, vosotros podéis! —nos gritan.

La taberna Golding está un par de edificios más allá del cine Metro. Hay mucha gente en la estrecha y bulliciosa calle. No son ni las ocho de la tarde, todo está aún por empezar. Sin embargo, hay un SS que ya ha tenido suficiente. Se apoya contra un árbol que hay al lado del establecimiento y aúlla a la luna llena, enloquecido. Todo el mundo finge que no existe. Antes incluso de que hayamos llegado al local, una mesa sale despedida a través del ventanal. El soldado borracho se agacha rápidamente, pero recibe una lluvia

de cristales rotos. Mira dentro con una sonrisa bobalicona y se encoge de hombros mientras los cristales le resbalan por el uniforme. Después saluda con la mano a sus amigotes y suelta una fuerte risotada cuando varios clientes salen a toda prisa del local como ratas asustadas. Uno de ellos, un tipo algo achispado con un bigotito a lo Hitler y una gabardina demasiado grande, nos sale al paso:

—Están como un cencerro. Menos mal que habéis venido, porque la cosa se está desmadrando. —Luego se detiene, nos mira primero a uno y luego al otro, y suspira—: Me parece que no sois suficientes.

El interior de la taberna parece un campo de batalla. Las sillas y las mesas están revueltas. Uno de los SS con espuma de cerveza en la boca destroza un taburete estampándolo contra la barra. Las astillas salen volando por todas partes. Veo asomar una cabeza que enseguida vuelve a ponerse a cubierto detrás de los surtidores de cerveza. Hay unos cinco SS sentados en círculo, brindando sin prestar la menor atención al estropicio. Hay otros sentados un poco más al fondo, rodeados de enfriaderas para el champán y mujeres que ríen escandalosamente. Uno de ellos está sentado aparte y llora sin que nadie le haga caso. El de la boca espumeante alcanza otro taburete con las manos ensangrentadas y de pronto nos ve ahí de pie. Con una sonrisa de oreja a oreja, llama a sus camaradas.

—*Hurra, Jungs! Die Feuerwehr ist da!*[65]

—¿Qué está gritando ese imbécil? —me pregunta Gaston apretando las mandíbulas.

—Dice que somos bomberos.

Gaston se saca la porra y la descarga en el cuello del ario rubio borracho, que le salía al encuentro con los brazos abiertos y una amplia sonrisa. El SS cae de rodillas tosiendo y agarrándose el cuello. Ahora todo el mundo nos mira. Salvo por los estertores del soldado, que tiene serios problemas para respirar, reina el silencio. Todos están sobrios, todos están súbitamente decididos. Al fondo del local, apartan con calma a las mujeres que tienen colgadas al cuello. Una copa de champán cae. Hasta el fulano que hace un momento estaba lloriqueando se cruje los nudillos, preparándose para la pelea.

—No ha sido tu idea más brillante, Gaston.

Me ignora por completo y grita mucho más fuerte de lo que jamás lo había oído gritar hasta ahora:

—¡Todo el mundo a casa! ¡*Zu Haus*, venga! ¡Largo de aquí ahora mismo o vais a saber lo que es bueno! ¿Entendido? *Ferstanden?*

Tiran al suelo el casco que Gaston lleva en la cabeza. Él suelta un insulto, se da la vuelta y se topa cara a cara con un SS. Los demás avanzan hacia nosotros un paso, fríos y calculadores, una máquina de matar lista para engullirnos; nosotros, una presa bufonesca. Uno de ellos recoge el casco blanco del suelo, se abre la bragueta y mea dentro. Pasan unos segundos antes de que los soldados rompan a reír como locos.

—Tenemos que largarnos de aquí —digo con todo el aplomo que puedo.

Ahora Gaston está completamente fuera de sí.

—¡Me cago en la puta, mi casco!

Sus escasos pelos negros están de punta en nudos sudados. El SS se sacude el pito y le arroja el casco a Gaston. Ahora los meados nos resbalan por la cara. Las sirenas empiezan a sonar con fuerza. Se oyen truenos a lo lejos.

Los ingleses. Un ataque aéreo.

La artillería antiaérea se activa de inmediato.

Oímos que cierran una trampilla detrás del mostrador. El dueño del bar se ha escondido en la bodega de cerveza.

En ese momento se oye un estampido sordo que hace temblar las paredes y todo el mundo se agolpa hacia fuera para salvar la vida y Gaston y yo ya no somos un par de bomberos cómicos.

—¡Salvados por los ingleses! —exclamo.

—Empieza a acostumbrarte —replica Gaston.

Hace buen tiempo y ella tiene ganas de ir en bicicleta. Me deja la de su madre.

—¿Adónde quieres ir? —me pregunta.

Lo que dice, cómo me mira, todo sugiere que para ella todavía estoy en

una especie de limbo, lejos de su corazón.

Pasamos por delante de la casa donde Chaim Lizke continúa escondido, lo que de pronto hace que desee seguir trabajando en mis poemas, mis «Confesiones de un farsante» que surgieron justamente ahí, sentado a la mesa donde el judío lee sus libros, y sólo ahí pueden seguir creciendo cada vez que voy a llevarle provisiones. En cuanto me pongo a pensar en ello, los versos se me enroscan alrededor. Pero Yvette me vigila estrechamente y no puedo despistarme con otra cosa. Ahora debo estar con ella y en ningún otro lugar. Torcemos a la izquierda, cruzamos la Italiëlei y subimos hasta el final del Paardenmarkt. Me sigue sin decir ni una palabra, sin preguntarme adónde vamos. Cerca del barrio de las prostitutas tuerzo a la derecha y atravesamos la ancha Ankerrui. Ahí las barcas se mecen en las aguas del Willemdok y las gaviotas graznan más fuerte que en ningún otro lugar de la ciudad. Traqueteamos por el puente.

—¿Adónde me has traído?

—Lejos de la ciudad —le digo, y suena como «lejos de la suciedad».

Pasamos por delante de tascas de marineros donde ya hay borrachos que andan dando tumbos, apoyando una mano contra las fachadas y con la cabeza gacha, a pesar de que ni siquiera es la hora del almuerzo. Las pescaderías han sacado fuera toda su mercancía en cajas de madera, pero apenas hay gente sobria por ahí. La ciudad sigue durmiendo.

Después del Londenbrug, donde están amarradas las embarcaciones más grandes, se ve el verdor de la riba del río, que seguimos en dirección norte.

—¡Ajá! —se ríe—. ¿Es ahí adonde vamos? Pero si todavía no ha empezado la temporada.

A pesar de que hace bastante más calor, el verano aún no ha llegado. Precisamente por eso quiero ir al bosque, a la playa y a los estanques del Noordkasteel. Calculo que ahora no habrá ni un alma por allí. Y yo quiero estar a solas con ella.

Está muy tranquilo.

Ella mira el agua que lame la playa desierta. Un poco más allá, en la otra

orilla bordeada de álamos, hay tres pescadores en su barco. La tomo de la mano y echo a andar hacia los matorrales y los árboles.

—¿Qué estás tramando?

Me parece ver en su mirada que quizá sepa la respuesta a esa pregunta y ahora siente curiosidad por saber cómo manejaré la situación. Es una prueba, así me lo hace saber: supérala y podremos seguir adelante, fracasa y el final estará cerca. Extiendo mi gabardina sobre un discreto tramo de césped detrás de unos espesos arbustos. Ella se sienta con elegancia, como si estuviéramos en un pícnic con sándwiches y té, rodeados de mayordomos con guantes blancos.

—¿Tienes un cigarrillo para mí?

Hago caso omiso de su pregunta y le beso el cuello. Percibo su sonrisa. Con la punta de la lengua trazo el camino desde la clavícula hasta detrás de la oreja. La sonrisa se ensancha. Llevo las manos a sus pechos. Los pulgares encuentran los pezones a través del sujetador y la tela de color crema de la blusa que lleva puesta. Le desabrocho dos botones. Al tercero, su mano me agarra la muñeca izquierda. Mi otra mano se apresura hasta su cuello y la obligo a echarse hacia atrás, al suelo. Ella me suelta la muñeca. Ahora tiene la blusa abierta. Le levanto la camiseta de satén sin permitir que se me escabulla. Ella aparta la mirada. Cuando vuelvo a lamerle el cuello mientras la mantengo bajo control, se le escapa un gemido. Le subo la falda de tubo hasta que veo el portaligas. Le muerdo brevemente un muslo. Y luego empiezo a mordisquear por todas partes. Ella levanta la cabeza por un instante, pero yo vuelvo a echarla hacia atrás.

—Animal... —me dice, pero suena más bien como una pregunta, y esa pregunta me provoca.

—No, soy yo.

Yo, el sinvergüenza, solamente yo. Y le subo la falda hasta las nalgas y vuelvo a morder y a chupar.

—Quiero... —susurra ella un par de veces seguidas—, quiero...

A lo que le respondo que ella no tiene nada que querer, que mejor se calla. Y como por milagro, ella no sonrío.

Le levanto las nalgas y le bajo las bragas de encaje por encima de las

medias. Ella se lleva inmediatamente las dos manos entre las piernas. Le agarro las muñecas, le pongo las manos contra el suelo, miro su vello y sigo mirándolo.

—¿Qué haces? —ríe de repente nerviosa.

—Comerte toda —le respondo.

La miro a los ojos. Ella asiente fugazmente, nada más.

—¡Eh, tú, marrano! ¡Deja a esa señorita en paz!

Me doy la vuelta. Un pescador con la cara colorada y un bigote caído me mira furioso.

—Lárgate —le digo con calma—. Lárgate o lo único que quedará de ti será tu pesca.

—Bocazas.

Me pongo de pie.

—Adiós —digo—. Hablo en serio. Vete a casa. Tu madre te freirá el pescadito que has atrapado.

El pescador mira a Yvette por encima de mi hombro, asiente y vuelve al camino en dirección río arriba. Todavía estoy con la espalda vuelta hacia ella cuando me susurra por fin:

—Ven aquí.

—Antes tendrás que hacer algo —digo.

Me bajo la cremallera del pantalón. Ella se incorpora. Por primera vez no percibo ningún titubeo. Por primera vez me siento ansioso. Me bajo los calzoncillos y de pronto estoy justo delante de ella. Me mira.

—Abre la boca —digo.

Hacemos el amor hasta que empieza a atardecer. De vez en cuando una voz se acerca a nosotros y luego vuelve a alejarse. Apenas reparamos en ello. Yo le muerdo. Ella me araña. De virgen a fiera sin ninguna transición.

Más tarde dice:

—¿Qué te pasaba antes, loco?

Y nuevamente no sonrío. Ahora lo dice en serio.

Quiere volver a casa a pie aunque ya empieza a oscurecer de verdad.

Caminamos en silencio el uno junto al otro hasta que dice:

—Tú y ese pescador. Ese hombre parecía de pronto muy asustado.

—Mira esto...

Barbita Feroz desliza hacia mí dos cédulas de identidad. En una de ellas sale un hombre que no conozco, de profesión comerciante, etcétera, etcétera. La otra hace que el corazón me dé un vuelco. Mantengo mis manos temblorosas debajo de la mesa. En la fotografía del pasaporte aparece Chaim Lizke. Es una foto muy reciente. Me mira suspicaz y orgulloso. Apellido: Goetschalckx. Nombre: Florimond, Jozef. Profesión: asegurador. Debajo de la foto figura su estatura: 1,60 m. En la casilla de «Domicilio» pone Lange Leemstraat, 22. Firmado por «El funcionario del Servicio Civil (o su delegado)». En la esquina superior derecha hay una salpicadura marrón que todavía no está del todo seca.

—Falso, por supuesto —dice Barbita Feroz con desdén.

—¿Ah, sí?

—Me apostaría el cuello a que son narices ganchudas. ¿Y tú? Fíjate en esos ojos y en el grueso labio inferior.

Estamos sentados en una pequeña oficina en la planta baja de una casa elegante de la Elisabethlaan, el nuevo cuartel general del Sicherheitsdienst. Los altos ventanales tienen vistas a un jardín que está empezando a asilvestrarse. Los mirlos cantan. Uno de ellos aterriza sobre la verja de hierro fundido de la terraza, vuelve la cabeza, mira hacia el interior, vuelve la cabeza una vez más y echa a volar hacia uno de los castaños que están en el lateral. A nuestra derecha hay una glorieta con arcos y columnas, lista para retroceder en el tiempo, para tomar el té durante un caluroso día del siglo XIX, con personal que trae las tartas y sirve el té en vajilla de plata.

—¿Aún estás aquí, Wilfried?

—Es falso, pero está bien hecho —digo con demasiada precipitación—, o quizá se han limitado a coger cédulas vacías y las han rellenado ellos mismos. También podría ser.

—Pase lo que pase, hace tiempo que estamos seguros. Pase lo que pase, y sobre todo: pase lo que pase durante tu servicio en la Vestingstraat. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar?



—¿Cómo lo habéis conseguido?

—Como lo conseguimos todo, *jeune homme*. Una ciudad que está enferma, una ciudad que se ha contaminado con demasiados bacilos extraños durante muchos años, aunque debo añadir que la plutocracia imperante por entonces pasó por alto continuamente esos elementos ajenos al pueblo... Una ciudad así acaba vengándose, es inevitable, es una ley de la naturaleza. En cuanto sus habitantes ven la oportunidad de alzar la voz, ya no hay quien los pare. Así se purifica a sí misma una ciudad.

—O sea, un chivatazo.

—Pero, bueno, qué palabra es ésa. Me decepcionas. Con tu evolución intelectual creía que al menos habías dejado atrás el patio del recreo.

—Nosotros también recibimos cartas así. La mitad de ellas parecen haber sido escritas por alguien que acaba de escaparse del manicomio o que busca revancha porque su mujer le es infiel con el vecino.

—Y la otra mitad son personas que hacen una valiosa contribución a fin de que la ciudad pueda erradicar la enfermedad y a nosotros nos libren de judíos y terroristas que siguen creyendo que su antiguo régimen todavía no se ha terminado. Uno de ellos nos dio una dirección en la Lange Leemstraat. «Regularmente hay extrañas reuniones de hombres a altas horas...» Fuimos a echar un vistazo. ¿Y qué resultó?

Sigue respirando. Mis manos se aferran a las perneras del pantalón. Ahí viene. Ahí viene la acusación, ahí viene el escupitajo en la cara, la mano sobre el hombro, el golpe, el final. Mi mente corre frenéticamente por este nuevo circuito como un bólido. ¿Doy más gas, lo niego y me echo a reír? ¿O evalúo la curva que hay que tomar, freno, admito una parte y tergiverso la otra?

—Básicamente se trataba de un hombre. Al final hemos conseguido dar con él en una casa cercana a la Belgiëlei. Ahí encontramos estos papeles, junto con los típicos panfletos y munición. No es mucho, pero suficiente. Fue una apuesta centrarnos sólo en él, pero ha dado sus frutos, porque la investigación no acabará ahí ni mucho menos.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Barbita Feroz mira al jardín a través de la ventana. Está empezando a

lloviznar.

—¿Sabías que los alemanes son tan disciplinados que no sólo un *Ehrenamtlich*[66] como yo debe presentar una solicitud oficial para hacer un interrogatorio especial, sino que prácticamente todos los empleados tienen que presentarla sea cual sea su rango o posición?

—No, no lo sabía.

—Gregor no quiere saber nada de esa burocracia. Y debo admitir que es tediosa, incluso ridícula, pero, por otra parte, uno no puede por menos de mostrar admiración ante tanto control en tiempos de guerra. No somos unas bestias. Aunque a veces las bestias hagan faltan. Y, sin embargo: ese control, esa solicitud... Portentoso. Sea como sea, nuestra petición será aceptada muy expeditamente. Son buenas noticias. Nuestro sospechoso ha admitido que en su grupo hay implicado alguien de la policía. Alguien de tu comisaría.

—¿Quién?

Barbita Feroz se frota las manos.

—Para eso te he hecho venir, Wilfried. No puedes dejar pasar este momento. Omer está ahora con él. Yo diría que dentro de una hora lo sabremos todo.

La puerta del sótano se abre de golpe y oímos a un hombre gritar mientras bajamos por la escalera. El espacio está dividido en celdas, donde se ven sombras detrás de las rejas en completo silencio. Sólo oigo a una mujer recitando un padrenuestro. Barbita Feroz abre una puerta metálica. El miedo y la inmundicia me dan la bienvenida. El profesor está ahí dentro, desnudo y ensangrentado, con las muñecas encadenadas y colgado de una barra de hierro. Hay un tipo con gafitas medio apoyado sobre una mesa. Se está liando un cigarrillo. Me parece que es ese tipo insignificante que conocí en el Hulstkamp, que graznó que trabajaba de traductor para el SD. Ahora me dirige una mirada de menosprecio, lame el papel de fumar y enciende el cigarrillo.

—Tal vez conozcas a Joris...

—Nos hemos presentado —asiento.

Omer se vuelve hacia mí. Lleva las mangas de la camisa remangadas y se está limpiando las manos llenas de sangre. Un delantal de carnicero le cubre la ropa. Hay barras y palos encima de la mesa, además de una botella de coñac y vasos.

—¿Qué tal? —pregunta Barbita Feroz mientras se despoja también de su chaqueta y se sube las mangas de la camisa.

—Está tardando demasiado para mi gusto —susurra Omer.

El profesor empieza a sollozar y a maldecir quedamente. «Cabrones, cabrones...» Va soltando las palabras en burbujas. Los mocos le caen por la nariz. Tiene toda la cara hinchada. Me da la sensación de que le han partido un brazo. Sus manos parecen garras, algunos dedos ya no tienen uñas. El resto del cuerpo es un amasijo de moratones, heridas profundas, manchas parduscas y sangre coagulada.

Omer se sirve otro vaso y nos mira interrogante. No, no me apetece el coñac. A Barbita Feroz tampoco. Omer se encoge de hombros y se bebe la copa de un tirón. Joris con sus gafitas también toma un sorbo de la suya.

Los sollozos del profesor se vuelven más ruidosos.

—¡Ya está bien! —grita de pronto—. Ya está bien, malditos hijos de perra.

—Ahora resulta que abre la boca. —Omer se ríe entre dientes—. ¿Lo oyes berrear?

Barbita Feroz se planta delante del profesor.

—Tendrás que perdonarme, pedazo de crápula, no pude estudiar tanto como tú. De modo que soy más lento cuando un intelectual hace saber que empieza a estar hasta los mismísimos. No lo entiendo, ¿sabes? Así que intento averiguar a qué te refieres exactamente con eso de «ya está bien».

Omer va hasta donde está Barbita Feroz, no sin antes habernos guiñado el ojo primero a Joris y luego a mí, como si quisiera decirnos ahora vais a saber lo que es bueno, la mejor broma aún está por llegar.

—Además, somos nosotros los que decidimos cuándo ha estado bien. Sé que eso puede resultar difícil de asimilar para un tipo de la élite como tú, uno que se ha pasado la vida despreciando a la gente como nosotros. Sí, adelante, dilo. A tus ojos somos unos traidores a la patria, ¿verdad, amigo de los

judíos? O sea que a los que son como nosotros puedes dispararles por la espalda y dejarlos morir desangrándose delante del portal de nuestra propia casa. ¿No es verdad? Pero ahora, por desgracia, con todo ese desprecio intelectual tuyo no eres nada.

Omer le atiza al profesor un puñetazo en el estómago. Por un instante, el llanto se detiene. Por un momento, todo se detiene. Y yo pienso: «¿Cuándo le tocará a él? ¿Cuándo podremos acabar con el abogado?».

—¡Joris! ¡Agua!

El gafitas coge un cubo.

—Apartad... —murmura.

Barbita Feroz y Omer se apartan cada uno a un lado. Joris tira el agua enérgicamente sobre el profesor. El hombre se espabila de golpe, endereza la cabeza y me mira; yo me encuentro algo más atrás, pero plenamente a la vista. El profesor sigue mirándome, abre la boca, escupe sangre y de pronto parece sonreír. La escena es tan demencial que hace latir mi corazón con tal fuerza que temo que todos los presentes lo oigan.

—Robert —grita el profesor—, Robert y Vincent, esos dos hombres de la pol... de la poli... de la policí...

Sacude la cabeza y vuelve a escupir sangre.

Procuro mantenerme firme, pero escuchar los dos ridículos nombres en clave que Lode nos procuró a él y a mí casi me hace desfallecer. El profesor deja caer la cabeza de inmediato.

—¿Qué Robert? ¿Qué Vincent? —gritan Barbita Feroz y Omer mientras lo muelen a golpes, pero el profesor ya no gime ni solloza, no es más que un saco de boxeo exánime.

—¡Joris!

El gafitas sostiene el cubo debajo del grifo, lo llena de agua y, con el mismo aplomo de antes, repite:

—Apartad.

El cubo de agua se derrama sobre el profesor, y él vuelve a espabilarse, vuelve a buscar mi mirada, que yo mantengo clavada en el suelo.

Primero escupe burbujas de sangre y luego asiente a medias en mi dirección:

—Aquí está...

Me veo a mí mismo abalanzarme sobre él presa del pánico apartando a Omer y a Barbita Feroz.

—¿Quién es Robert? ¿Quién es Vincent? —me oigo gritar a mí mismo mientras le doy un rodillazo en la entrepierna. El profesor pierde el conocimiento, se desinfla como un globo.

—Anda, qué tonto... —se burla Barbita Feroz.

—¡Joris!

Otra descarga de agua en esa cara magullada. Nada.

Permanece colgado sin rechistar.

Omer suspira.

—Me parece que vamos a tener que ir a buscar al médico. ¿Joris?

—Ahora mismo voy... —suspira Joris mientras me espeta que soy un aficionado.

Son las dos de la tarde y llueve a cántaros.

—Joder... —masculla Lode por tercera vez—. ¿Cómo lo sabes?

—Sabes perfectamente cómo lo sé.

—¿El cafre ese de la barbita está implicado?

Asiento.

—Así que estamos hasta el cuello.

—El zoquete al que tú llamas profesor no conoce nuestros nombres, ¿o me equivoco? —pregunto.

Lode asiente ensimismado. Veo que está pensando una docena de cosas más.

—No conoce ninguno de los nombres... pero en alguna ocasión nos hemos reunido en el lugar donde tenemos escondido a Chaim Lizke. Qué imbécil he sido. Fue allí donde se tomó la foto para su cédula de identidad.

—¿Y ahora qué?

—Ese judío debe largarse. Hoy mismo.

Lizke se asusta y retrocede mientras levanta los brazos para protegerse la cara. La silla donde estaba sentado se cae hacia atrás, la lámpara que está encima de la mesa se tambalea. Echa mano enseguida de un martillo que probablemente habrá encontrado por ahí y que desde entonces lleva consigo como su única arma. Ya no podemos ayudarlo y él lo ha intuido en el acto. El martillo que empuña deja claro que ahora nosotros somos igual que el resto.

—*Keine paniek* —articula Lode lo más tranquilo posible.

Lizke vuelve a sentarse con un titubeo y se disculpa mientras se limpia el sudor de la cara. Deja el martillo a un lado y escucha lo que esperamos de él.

—*Nein, nein!*

Miro a Lode y suspiro. Al fin y al cabo, ¿qué le estamos pidiendo a este hombre? Le proponemos que se ponga en camino sin papeles para ir a una dirección en una ciudad que apenas conoce, intentamos endilgarle un billete de lotería en lugar de una salida válida. Y él lo sabe.

—*Ich gehe nicht. In keinem Fall.*[\[67\]](#)

—Si te quedas aquí, *kaput*. Nosotros también *kaput*. ¡Todo se irá a tomar por saco, Herr Lizke! No hay alternativa.

Tengo que apartar los ojos de Lode o corro el riesgo de echarme a reír como un idiota por culpa de los nervios.

—¡Dile algo tú también, Wilfried!

—Es todo o nada, Herr Lizke. *Alles oder nichts*. No nos queda otra posibilidad. *Es gibt keine andere Möglichkeit. Verstehen Sie? Wir sind verraten*. Nos han traicionado.

Lizke no ha mirado a Lode en ningún momento mientras le hablaba, pero a mí sí me mira, como si mis ojos ocultaran un enigma. Entonces va a buscar dócilmente su abrigo del perchero.

Lode alza las cejas.

—Caray, te tiene miedo.

—Y hace bien —respondo.

Fue idea de Lode acompañar al judío hasta la Middenstatie vestidos de uniforme. Ahora que andamos con él en medio por la plaza Geuzenhofkes en

dirección a la avenida Keyserlei noto cómo crece en mi interior el malestar por este plan, como si dentro de nada fueran a desenmascarnos en un baile de disfraces. Es sábado y luce el sol. Las calles están muy concurridas. Los tranvías tintinean al pasar, la gente que abarrota las mesas de los cafés mira fuera, a los transeúntes, y, por consiguiente, a nosotros. La Van Maerlantstraat está un poco mejor en lo que a gente se refiere, pero ahora que estamos más cerca de la estación, Lizke empieza a hablar entre dientes y de pronto se detiene en el borde del paso de cebra porque hay dos oficiales alemanes al otro lado, listos para cruzar.

—*Nicht stehen blijven...*[68] —le reprocha Lode.

Pero parece como clavado en el suelo. Sin intercambiar ni una palabra, Lode y yo lo agarramos del codo casi sincronizadamente y cruzamos la calle. Los alemanes muestran su satisfacción con un gesto de asentimiento y un discreto saludo en nuestra dirección.

—¿Qué vamos a hacer en la Middenstatie? —digo con un suspiro.

—Pues comprar un billete y dejarlo en el tren que va a Bruselas —me susurra Lode, como si estuviera hablando de un niño rebelde.

—*Entschuldigung?*[69] —gime Lizke.

—Saldrá bien —dice Lode guiñando el ojo forzosamente.

Pero somos unos aficionados, somos unos chapuceros, somos unos payasos; llevamos el pecho decorado con una fila de botones plateados y en nuestra cabeza hay un orinal blanco; somos el comienzo de un chiste: «Van dos locos vestidos de Carnaval con un judío por la Keyserlei cuando...». No queda nada de nosotros, nuestro uniforme amenaza con volverse transparente y el judío parece tener una estrella cosida en la parte delantera del abrigo y una diana pintada en la espalda.

En la esquina de la Van Ertbornstraat y la Keyserlei, muy cerca del cine Rex, nos detenemos. No podemos cruzar la calle a causa de un desfile. Decenas de individuos vestidos con el uniforme de las Brigadas Negras marchan en dirección a la Middenstatie. Todo son banderas, todo son pancartas. «Un solo Líder, un solo Movimiento, un solo Pueblo», se lee en una de ellas. Y en otra: «Viva el nacionalsocialismo». Se oye el redoble de tambores, cantan y marchan al compás. Pero la muchedumbre que hay en la

calle ya no vitorea a las tropas negras como unos años atrás. Casi nadie tira el sombrero al aire y grita: «Viva nuestro pueblo». Prácticamente nadie se detiene a mirar salvo algún que otro granjero que ha ido a parar a la gran ciudad por primera vez y ahora se quita la gorra mientras mira al suelo, como si quisiera mostrar sus respetos al paso de un cortejo fúnebre. Solamente saludan algunos oficiales de las SS, nada más. Notamos que Lizke tiembla entre nosotros. Lo sujetamos con firmeza de las muñecas, aunque con discreción. Por fin, la comitiva acaba de pasar y podemos cruzar.

—*Wir folgen die Toten*[70] —murmura el judío repetidamente.

Suena como si los fantasmas pudieran bailar en pleno día. Ya casi hemos llegado a la estación.

Esto está lleno de uniformes. Miembros de las SS, soldados alemanes, Feldgendarmes, algunos de los nuestros por aquí y por allá. Saludamos cada dos por tres y, mientras tanto, vamos abriéndonos paso. La comitiva de las Brigadas Negras se desvía a la izquierda en dirección al zoo, donde probablemente se pronunciará un discurso con mucha fanfarria y mucho tralalá después de lo cual todos levantarán la pata para saludar a la bandera. Mientras miro a los últimos doblar la esquina, de pronto, entre ese hervidero de gente, entre los pasajeros que corren para alcanzar el tren, los viajeros con su equipaje en la entrada de los hoteles, las mujeres que se besan y los hombres que se dan golpecitos en el hombro, atisbo a Barbita Feroz y a Omer sentados en una terraza. Como dos personajes de un vodevil, los dos están ahí sentados, disfrutando del sol. Omer tiene la mano levantada para llamar al camarero. Aprieto el paso, procurando alejarnos de la calzada y arrimarnos más a las fachadas y entonces me asalta la duda. ¿De veras he visto a esos hombres ahí sentados? Pero no me atrevo a volverme a mirar para cerciorarme. Me siento contagiado, atrapado, observado.

—¿Qué te ocurre?

—Tomemos la entrada de la Pelikaanstraat.

—*Was ist los?*[71]

—*Kein Problem* —le replico a Lizke—, *kalm bleiben*. [72]

Cruzamos. Lizke intenta soltarse.

—No lo haga... —le advierte Lode.



Es un espectáculo intentar mantener a alguien bajo control, arrastrarlo con pasos renuentes hacia esa entrada lateral, pero nadie de la masa levanta la mirada. Además, la gente está acostumbrada, no necesita saber nada, se limita a registrar algún detalle, todo es normal y seguirá siéndolo. Miro por encima del hombro en dirección a la Keyserlei, casi esperando que Omer o Barbita Feroz hayan emprendido la persecución, listos para pillarnos en el último momento.

—¡Joder! —exclama Lode.

Ese movimiento mío, ese fugaz instante de distracción, es lo que ha aprovechado Lizke. Se zafa de nuestras manos bruscamente y echa a correr como un loco alejándose de nosotros, zigzagueando entre los viajeros, con el sombrero en una mano y una modesta maleta en la otra. Lode y yo tardamos unos segundos en salir de nuestro asombro y emprender la persecución. Entramos en la Middenstatie y lo vemos correr hacia el vestíbulo central. Apartamos a la gente a empujones y echo mano del silbato, pero por suerte Lode hace un gesto negativo con la cabeza antes de que yo comprenda que no es buena idea: no podemos atraer la atención de mirones ni de colegas sin una explicación seria. Corremos hacia el vestíbulo, nos chocamos con algunas personas que nos increpan y nos llaman de todo. En el inmenso vestíbulo miramos alrededor. Nada. Demasiada gente, demasiado ajetreo, y ni rastro de Lizke. Lode me hace un gesto de asentimiento y se apresura hacia la salida de la Astridplein. Yo subo corriendo por la escalera para tener mejor vista desde lo alto. El sudor me corre por la frente. Nada. Ni rastro de Lizke. Entonces, veo regresar a Lode solo.

Lo hemos perdido.

—Dime qué te pasa...

Mi madre no puede aguantar más ver a su hermana retorciéndose las manos así. Mi padre se ha escondido detrás de un periódico. Yo estoy sentado a la mesa de la cocina, embargado por una profunda tristeza, incapaz de ponerme de pie y sin ánimo para irme a mi habitación y aislarme debajo de un armario como un gato enfermo. ¿Cuánto tiempo tendré que seguir siendo

un hijo para estos dos?

Tía Emma suspira.

—No voy a importunarte con eso.

—Pues entonces vete —contesta mi madre con firmeza—. Has entrado con los ojos llenos de lágrimas, así que ahora no me vengas con bobadas. He retirado la comida del fuego expresamente por ti, porque veía que pasaba algo.

—Con otras palabras: has venido a molestarnos —se oye por detrás del periódico.

Mi padre tiene hambre. Me guiña el ojo, yo lanzo otro suspiro.

—No, papá, eso no es verdad. Y tú puedes quedarte a comer. Aunque no tenemos gran cosa.

—No como tú, Emma —vuelve a intervenir mi padre.

En los últimos meses se ha obsesionado con la comida del prójimo, que en su imaginación siempre es más abundante que el puchero que hay en casa. Cree que su mujer lo mata de hambre y la culpa en gran medida de la creciente escasez, que yo consigo compensar cada vez menos.

—Oh, cállate de una vez. ¡Tu estúpida cháchara me tiene harta!

Silencio. El repentino rugido de mi madre nos altera a todos profundamente. Mi padre baja el periódico, de pronto tan pálido como un trapo de cocina. Tía Emma se queda boquiabierta. Mi madre ha bajado la vista, pero habla en serio, hasta ahí está claro, no retira ni una sola palabra. Mi padre se levanta, tose y dice que se va a tomar el aire un rato. Oímos cerrarse la puerta.

—Me alegro de que se haya ido, tanto molestar... —dice mi madre, aún decidida y con una voz ni temblorosa ni aguda.

Señala con la cabeza en mi dirección y le pregunta a mi tía si también tiene que echarme a mí. Las dos mujeres estallan en carcajadas. Yo me levanto.

—No —dice tía Emma—, tú quédate.

—¿Has terminado con tu alemán? —le pregunta mi madre.

Mi tía niega con la cabeza.

—No, es por lo que ha venido a decirme hace un rato. No está bien, he

tenido que tranquilizarlo. Nunca lo había visto así.

—No te vayas por las ramas, Emma.

En el tono de mi madre se ha colado algo que no sabría identificar, como si el grito que ha soltado hace un momento hubiera liberado algo que nos había estado escondiendo hasta ahora. Tía Emma no se da cuenta; de todos modos, darse cuenta de algo en los demás no es su punto fuerte.

—Hace cosa de un mes llegó un fulano del frente oriental, un tal Hauptsturmführer Schmidt o algo así. Gregor y el resto no se llevaban bien con él. Yo llegué a verlo en una ocasión. Muy callado, no bebe. Siempre malhumorado. Gregor me dijo que no quería comprender cómo funcionaban las cosas aquí, que ese hombre se quebró en Rusia, que ha visto y vivido demasiado, que en realidad se quedó medio trastocado y por eso le ofrecieron un puesto más tranquilo. Hoy..., y me entran escalofríos sólo de pensarlo..., este individuo se ha peleado con todos, sobre todo con Heinrich... —Tía Emma me mira—. Tú lo conoces, estaba en el Hulstkamp la vez que estuvisteis también tu novia y tú... ¿Te acuerdas de él?

Tía Emma me ve palidecer, pero con una mirada penetrante me deja claro que no entrará en detalles sobre la borrachera de aquella noche y lo que sucedió en los servicios.

—El Hauptsturmführer con la cicatriz en la cara, un tipo bastante agradable. Heinrich...

—Lo recuerdo vagamente.

—Bueno, pues el del frente oriental lo ha matado. ¿Puedes creerlo? ¿Alemanes disparándose unos a otros? El tal Schmidt sacó su pistola y lo liquidó como si tal cosa. Gritó que todos eran unos aprovechados. Increíble. Mi Gregor trabaja noche y día.

—¿Y han encerrado a ese loco?

—No —dice tía Emma con calma—. Gregor tuvo suerte, porque ese tipo empezó a disparar a todos. Al final fue el propio Gregor el que consiguió abatirlo. Podría haber muerto... —Tía Emma rompe en sollozos.

—Ay, chica...

Mi madre le da un suave pellizco en el hombro.

—A veces... —Mi tía llora más fuerte ahora, apenas consigue articular las

palabras—. A veces... pienso... que todo va a irse a pique... Te enamoras, le quieres tanto y haces planes..., pero hay muchas cosas que pueden torcerse... A veces pienso: ya está, se ha terminado... ¿Y qué haré yo entonces? ¿Lo entiendes?

Se lleva la mano a la barriga. Vuelve a sufrir dolores de estómago. De vuelta al punto de partida.

—Oh, vamos, no será para tanto —dice mi madre mientras me mira con más lucidez que nunca, quizá lúcida por primera vez.

Tía Emma se despide. Oigo que todavía solloza débilmente delante de la puerta de la entrada y luego se va.

—Tu padre debe de estar a sus anchas, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Vaya...

Después de volver a poner la comida en el fuego, va a sentarse a la mesa de la cocina.

—Así que ya empiezan a destrozarse los unos a los otros. ¿En qué clase de circo se está convirtiendo esto? Vienen aquí y roban como cuervos, metiendo en el saco todo lo que arramblan, luego se ponen hasta arriba de bebida, se aprovechan de las mujeres como nuestra Emma, que por mucho que la quiera, no es más que una infeliz, y ¿qué pasa al final? Empiezan a matarse unos a otros... Todo por culpa del dinero de esos extranjeros que se instalaron aquí. ¿Ves lo que pasa? Esos judíos han vuelto loco de codicia a todo el pueblo. Las dos partes tienen lo que se merecen.

—Sí —digo—, la culpa siempre la tiene el otro.

—¿Nunca te cansas de tus propias estupideces, Wilfried?

Las sombras pueden hablar. No hay sangre coagulada en el suelo de esta habitación, tampoco hay trozos de carne seca, verduras o patatas que yo haya llevado. Los libros en alemán de Barbita Feroz siguen ahí, junto con un abrigo, algunas prendas interiores olvidadas y un calcetín raído. El resto ha desaparecido junto con Chaim Lizke. Estoy acabado. O no. Es difícil decirlo. La dirección clandestina de Lizke es mi escondite. Aquí voy llenando una

página tras otra con mis versos, con mis «Confesiones de un farsante», como si todo estuviera perdido, como si el propio final se hubiese suprimido y todo avanzase incesantemente hacia la boca del infierno, un objetivo que jamás puede ser alcanzado. Lo único que hemos oído, lo que Lode ha podido ir recogiendo de aquí y de allá, es que el profesor siguió encerrado en la Begijnenstraat y que después lo trasladaron a un campo de concentración. Nadie sabe nada más. Todo sigue adelante y nadie ha irrumpido aquí. Nadie ha venido a apresarme y sacarme a rastras del escenario como a un actor rechazado. Así que sigo escuchando las sombras y escribiendo lo que será mi primer poemario. El mundo exterior se ha convertido en una excusa, un pasatiempo para las horas que no paso aquí. Aún huele a Lizke. Tomo el martillo que él encontró. De vez en cuando me parece verlo en un rincón en penumbra con su sonrisa de disculpa, o creo que está a mi lado sentado a la mesa, leyendo, mientras la tinta de mi pluma va emborronando y formando letras. Escribo sobre bastardos y ambigüedades, sobre sangre en el suelo y golpes en la cara, sobre niños que nacerán con el casco, sobre la falsa lentitud y la amistad ambigua. Sobre un lugar muy iluminado dejo dos enemigos jurados hablándose y sonriéndose, cada uno con una copa en la mano y un cuchillo debajo de la mesa. Hago marchar a soldados con la bragueta abierta detrás de madres que protestan. Los periódicos no se libran de mi impetuosa boca. Hago pasar lentamente a filas de gente con hambre en la mirada por delante de altas pilas de muñecas sacrificadas. Embadurno los cuerpos torturados con miel y los decoro con ramitas de tomillo. Todos los gramófonos resuenan a la vez en una gran confusión: «¡Ha vuelto a nacer un héroe!». Por lo que todo el mundo canta desde el salón dominical: «Pamparapé, ¡qué callado estás, José!». Le dedico un poema a Lode, pero lo rompo inmediatamente. Luego veo a Lode y a Yvette juntos en un sueño incestuoso y los versos se presentan como las prostitutas en la esquina de una calle, haciendo chasquear la lengua de forma ostentosa y obscena. Soy la antítesis del rey Midas: mis palabras lo convierten todo en inmundicia y depravación en vez de en oro. A veces dejo la pluma a un lado y releo un par de poemas. ¿No se parecen demasiado unos a otros? Pero la furia escritora que se apodera de mí apenas se deja despistar unos momentos. Cada vez que

vuelvo a casa, oigo que Angelo suspira satisfecho en mi interior. Por fin, oh, por fin. Se ha alzado un hijo que colmará de desprecio al padre de la poesía decrepito y demasiado sentimental, que desdeñosamente destruirá esa arrogante obstinación a golpe de versos.

Es por estas palabras, oh, querido biznieto, por lo que de pronto me encuentro en mi propio estudio y en este siglo y me creo aislado temporalmente de la historia que todavía me falta por contar. Me parecen precisas, pero a la vez el alma de poeta que se ha despertado me resulta tan extraña, tan ajena a lo que luego ha sucedido en mi vida, que ganas me entran de echarme a reír en su cara. ¡Tú, inútil! ¡Tú, pedazo de arrogante! ¡Tú, ignorante! Ni con todo el esfuerzo del mundo puedo evocar el valor que han producido estas palabras. Lo que sí puedo recordar es que el poemario fue publicado después de la guerra. ¿Lo aclamaron? Probablemente no. ¿Lo despreciaron? Quizá, pero uno se olvida igual de rápido de eso. ¿Significó la revolución del hijo en la casa de los versos? Una persona necesita el sinsentido, apoyado sin duda por la voluntad, la ambición y las visiones de futuro, pero eso no lo hace menos ridículo. Buena parte de ese sinsentido sólo lo compartes contigo mismo. De vez en cuando molestas al que tienes al lado. Pocas veces resulta edificante. Si te viera a ti leyendo todo esto, apartaría la vista y, con una sonrisa afable, te dejaría solo en la habitación. Pero tan pronto como cerrara la puerta a mi espalda, la impaciencia desbordaría mi corazón. Si más tarde me hicieras saber que has terminado tu lectura, te dedicaría una mirada expectante, como la de un perro que intenta alegrar a su amo con una nueva gracia, aunque esa novedad consista en un «regalito» que por primera vez ha soltado en la alfombra de baño. Compartes por vanidad. Y esa vanidad es ridícula y lo ridículo te hace vulnerable. Jamás le dejé leer nada a Yvette. La mantuve alejada de mi poesía. Fuera de los versos impera la normalidad, dentro de la poesía, todo lo demás; así lo habría expresado también aquel joven Wilfried.

Visto en retrospectiva, habría querido dejarle leer todo a mi nieta porque sentía que ella me entendía, que sabía de lo que estaba hablando, a pesar de que ella misma apenas hubiera vivido nada. Pero Hilde empezó a alejarse de

mí a partir de los diecinueve años. De un día para otro tuve que constatar que mi aliada, la niña de mis ojos, aquel miembro de la familia rebelde que yo creía que formaba parte de mi pequeña conspiración contra todos y todo, ya no quería saber nada de mí. Desapareció de mi vista, a través de sus padres supe que ni las escasísimas reuniones familiares conseguían cautivarla ya, y cuando renuncié a mi orgullo y me atreví a llamarla por fin para oír cómo le iban las cosas, me dejó claro que estaba demasiado ocupada con sus estudios para ponerse al teléfono. Supe que tomaba medicamentos para desterrar sus oscuros sueños de la cabeza. En mi imaginación, esas pastillas iban devorándole los sesos poco a poco, y lo primero en ser devorado fue todo lo que me unía a ella; después, se vería reducido a nada como lo demás, a banalidad sin altibajos, y entonces ¿qué? Entonces ¿qué? Derramé lágrimas de amargura por ella. Pero eso no me proporcionó liberación alguna, como tampoco lo hicieron la ira y la venganza que vinieron a acosarme. No hay nada que pueda devastar tanto a una persona como la cólera sobre algo que no logra comprender. Porque no se va, sigue quemando sin sentido ni razón hasta que cualquier recuerdo acaba calcinado. Y yo supe con seguridad que habían sido esas pastillas tuyas las que la habían alejado de mí y también, lo que era peor aún, que por eso precisamente se las tomaba, para librarse de la bestia negra que reconocía tanto en mí como en ella. Qué presuntuoso, qué fanfarrón. A veces todavía lo pienso.

Nicole llama a la puerta.

—Vete... —le digo.

—Le he llenado la bañera —contesta, y abre la puerta—. Madre mía, tiene los ojos muy rojos.

—Es por los cigarros —le digo.

—Hace meses que desaparecieron, señor Wils. Los dimos todos. ¿Es que ya no se acuerda?

Me toma del brazo con firmeza y me conduce hasta el cuarto de baño. Me va quitando la ropa y para ello me manda que levante un brazo y luego el otro, que suba un pie y mientras tanto me apoye en su hombro; con otras palabras, que no se lo ponga difícil. Con cada maniobra dice: «Así..., muy bien» o «Eso es..., estupendo». Sus pequeños comentarios de aliento son un

consuelo para mí, lo reconozco sinceramente. Levanto los brazos, me apoyo en su hombro, huelo la típica loción intencionadamente neutra de su piel, que chifla a las enfermeras, y susurro agobiado «Cuidado, cuidado» si me ayuda a entrar en la bañera demasiado rápido para mi gusto.

—Deja que lo haga yo —le pido cuando ella coge el jabón.

—La espalda se la enjabono yo —suspira.

—¿Qué noticias hay, Nicole? ¿Qué traen hoy los periódicos?

Ella me lava la espalda y va soltando su resumen:

—Los soldados siguen en la calle, los refugiados siguen llegando, las bolsas están como siempre al borde de la quiebra y la Unión Europea es una farsa.

—Ahórrame tu cinismo, Nicole.

—No me atrevería, señor Wils. Y espérese un momento. Solo no podrá salir del baño.

—Como si no lo supiera ya —le digo casi relajado en el agua cuya temperatura ha decidido ella casi con la ilusión de haber regresado al comienzo, yo en el papel de recién nacido y ella en el de madre.

—Se acabaron los ingresos extras —dice Yvette lacónica.

Recibo la carta con el ribete negro durante un ataque de pánico. Me veo a mí mismo desnudo en una plaza de armas y a cuatro verdugos que se me acercan desde las cuatro esquinas empuñando una porra.

—Te avergüenzas ante la vista de todos —truenan un SS mientras se me sueltan las tripas y tiemblo y lloro en presencia de aquellos que se hacen llamar mis padres y que ahora me miran arrugando la nariz.

—¿Es que no has aprendido nada de nosotros?

Ése podría ser el último verso del poema que yo...

—Cariño... La carta, ni siquiera la has mirado.

Al parecer, la madre de Barbita Feroz ha estirado la pata. Verschaffel, Amandine, nombre de soltera: Leyers. Nacida en la época en la que la gente aún se desplazaba en carruajes y las calles olían a excrementos de caballo; fallecida mientras sobre su cabeza sobrevolaban aviones con bombas en la



panza, como una dragona a punto de parir. ¿Padeció al final? Ah, no, aquí pone que Dios la llamó a su lado mientras dormía, sin duda con la cofia blanca ceñida a la cabeza y envuelta en capas de ropa de dormir, puede que soñando con un conde adúltero, un artista con el corazón ensangrentado y una sirvienta dócil, un mundo lleno de rufianes y prostitutas, y en el que no aparece ningún hijo.

—Ha conseguido llevarla a la tumba.

—Exageras, mi amor... —sueno como un poeta con un absceso en la boca.

Yvette arquea las cejas a la vez que se acerca una cerilla encendida al cigarrillo. Sus padres tienen una oscura sospecha de dónde ha adquirido esa nueva costumbre.

—En la cama de él, naturalmente —oí susurrar al padre detrás de la puerta de la cocina ligeramente entreabierta—. Ya lo sabes.

—¡Chis! —chistó entonces su madre, enfadada, echando un cazo de agua sobre el fuego de su posesiva paternidad.

Por supuesto, a ese padre no lo engañas. Le basta mirar a su hija para saberlo. A veces cogemos apresuradamente las bicicletas y vamos hasta el Noordkasteel para desnudarnos detrás de un arbusto. Pero cada vez hace mejor tiempo, así que hay más paseantes o pescadores e incluso de cuando en cuando alguien que va vadeando por el agua con los pies descalzos. A veces sólo son breves momentos en casa de ella, para los que tengo que pasar sigiloso por la carnicería. En mi casa es casi imposible, y llevarla al lugar adonde voy a escribir mis poemas y donde teníamos escondido a Lizke es sencillamente impensable para mí. Ella dice continuamente que debemos darnos prisa, que tenemos poco tiempo. A veces parece como si me dejara entrar en ella porque de lo contrario me descontrolaría demasiado, me volvería demasiado loco por culpa del deseo. A veces se trata de ella y nuestro juego es una respuesta a su negra inquietud, que de ese modo es aplacada, aunque dura poco, como un trozo de carne que le tiras a un perro furioso. Es esa inquietud la que probablemente su padre reconoce y me reprocha haber avivado. A la hija misma no la tratan con más severidad, todo lo contrario. Al fin y al cabo, su padre cree estar inmerso en una última lucha

por ganar su corazón, porque ahora esto va en serio: el pretendiente llamado Wilfried Wils ya no se irá. El hombre se ha vuelto zalamero, aunque sus ojos siguen siendo duros. En ningún momento me dice ni una palabra de su bella hija, aunque tampoco dice nada sobre el hecho de que su hijo y yo hayamos dejado escapar a su gallina de los huevos de oro judía. «He tenido que engañarlo un poco», me dijo Lode al respecto cuando yo le pregunté. Bobadas, claro. Y es mentira, a un carnicero como él no lo engañas. Y mientras tanto...

—¡Cariño! ¿Dónde tienes la cabeza?

—Pero si sólo he dicho que no tenías que exagerar.

—Y yo te digo a ti que tu amigote ha acabado con su madre. Cuántas veces le habrá chillado, era increíble. A veces se pasaba días sin darle de comer. O la asustaba muchísimo hasta que la pobre mujer se llevaba la mano al corazón y se echaba a llorar. ¿A ti te parece normal? Y a él le importaba un bledo que yo lo supiera o no... Me alegro de haberme librado de ese trabajo. Últimamente ya no podía ver a ese tipo ni en pintura.

—Sí, sí —digo.

—Le pegaba.

Yo asiento. ¿Por qué Yvette ha recibido una tarjeta de defunción y yo no?

La mujer fue enterrada en la iglesia de Sint-Andries, en su antigua parroquia. Gótico tardío por fuera, barroco por dentro, una iglesia para los pecadores con clase que contrastaban vivamente con los pobretones que se quedaban en la escalera de la entrada lateral. Niños, ancianos de manos temblorosas y una mujer con un niño de pecho. Me apresuro a entrar, llego tarde. Yvette no ha querido acompañarme. «¡No quiero volver a verle la cara a ese asesino!» Pero yo sí, yo sí quiero ver a Barbita Feroz. Quiero que él me vea para poder leerle la expresión y saber cuál es mi situación.

La iglesia es demasiado grande para la modesta asistencia. Me quedo detrás, reconozco al dueño de El Mirlo Blanco flanqueado a cada lado por dos de sus clientes fijos.

Gente de luto que ocupa veinte asientos como mucho. No hay ni un solo

alemán presente ni tampoco nadie de las SS flamencas. Tampoco veo a amigos del alma como Omer. Algunos viejos y un par de compadres de taberna sentimentales, nada más. Han puesto dos coronas de flores junto al ataúd. Estoy demasiado lejos para ver de quién son. Avanzo con sigilo hacia la derecha y ahora tengo una vista en diagonal de los dolientes sentados en la primera fila. Jenny está junto a Barbita Feroz, como si la ceremonia de duelo también fuera de pronto un matrimonio entre ellos. Cada vez que él se frota los ojos o deja caer la cabeza, ella le pone de forma rutinaria la mano detrás de la espalda, como alguien que serenamente le presta ayuda a otro mientras vomita. Va impecablemente vestida, una novia de negro. Aunque es una lástima que no pueda renunciar a ese pintalabios rojo chillón, pero así es Jenny. Barbita Feroz, todavía inclinado hacia delante, llora ruidosamente por las palabras que el sacerdote que está delante susurra. Es tan bufonesco que me imagino perfectamente que ese hijo conmovido de cuarenta y muchos años que acaba de quedarse huérfano sonrío como un hijo de Satán detrás del cuello subido de su abrigo. Espero a que llegue la oportunidad de pasar junto al ataúd para dar el último adiós y me pongo al final de la cola. Avanzamos despacio. Jenny es la primera en verme. Le da un apretón en el brazo a Barbita Feroz. Hago la señal de la cruz sobre el féretro, me inclino más y acepto el recordatorio que me ofrece el enterrador. Antes de tener que girar por una de las columnas, veo la mirada que echa en mi dirección. ¿Esconde ira o es miedo?

Unos días después, cuando me planto delante de su puerta llevando bajo el brazo varios libros en lengua alemana que le tomé prestados para deleite de Chaim Lizke, suelta:

—Demonios...

Escruta la calle a ambos lados antes de dejarme pasar. Más bien me arrastra al interior, agitado y avergonzado.

—¿Quién ha venido, tesoro? —le grita Jenny algo aburrida desde el dormitorio.

—¿Ya estaba en la cama? Lo siento.

Barbita Feroz me mira y meneas la cabeza.

—Acompáñame a mi estudio.

A Jenny le dice que no pasa nada, que soy yo.

Subimos la escalera en silencio, él cierra la puerta con cuidado.

—Eres muy osado —me reprocha.

Dejo los libros encima de una de las mesitas auxiliares.

—Lo sé. Debería haberle devuelto estos libros mucho antes.

Él me mira desconcertado y se queda con la boca abierta literalmente.

—¿Quién te has creído que eres? ¿De dónde sacas esa maldita pretensión tuya?

—«Mi inocencia me hace llorar...»

—¿Perdona?

—«*Mon innocence me ferait pleurer. La vie est la farce à mener...*»

—«... *par tous.*» Sí, muchacho, yo también lo conozco, fanfarrón. ¿En serio me sales ahora con Rimbaud? No todo es una farsa. ¿De dónde te has sacado eso? ¡Tú no eres ningún Rimbaud! ¡No eres más que un maldito *doscaras* que no sabe a qué juego está jugando! ¿No lo entiendes? ¡Deberías verte la cara! ¡Qué clase de máscara es ésa... ¿Qué te pasa? ¿Cómo es posible que me haya dejado...? ¡Nada menos que a mí!

Intenta bajar el tono de voz todo lo que puede, pero al pronunciar la palabra *mí*, la rabia le sale alta y reverberante.

—¿Cariño? —se oye de inmediato dos cuartos más allá.

—No pasa nada, Jenny, me he atragantado.

Tembloroso, se sirve un vasito de licor y lo apura de un solo trago. Se sirve otro. A mí no me ofrece nada. Con un suspiro voy a sentarme en uno de sus cómodos sillones de lectura.

—Demonios, no comprendo nada de lo que... —empiezo.

—¡No! —Barbita Feroz levanta los brazos en mi dirección.

Echa chispas por los ojos. Me recuerda a una imagen del duque de Alba, el verdugo español de los Países Bajos, que condena a los rebeldes de estas tierras a una hoguera pintada con vivos colores que me conmocionaron de niño cuando estaba en la escuela, sin saber bien por qué. Miembros destrozados, cuerpos exánimes que los cuervos picotean, siluetas negras en

las horcas, pendones agitándose en el viento, el caballo del duque que levanta las patas delanteras como si el animal titubeara elegante al borde de un abismo sin que su jinete sospeche nada, los círculos febriles alrededor de los ojos dilatados del noble mientras mira al populacho que se cree tan audaz para desafiarlo y se encuentra con la horca bien alta en el cielo. «¡Aplastad esa furia! ¡A la horca con ellos!»

—Pareces estar disfrutando. ¿Tan corto eres o qué?

—No —respondo—, pero si quisiera contarme lo que...

—¡Pero bueno, vuelves a hacerlo otra vez! Me tratas como a un imbécil. ¡Deja ya esa comedia! Lo sé, ¿está claro ahora? Sé lo tuyo. ¡Eres un malnacido, eres un traidor! Aquel estúpido miserable, aquel ingenuo profesor inútil me lo dijo con todas las letras. ¿Te creías de verdad que la patada que le diste en los cojones habría conseguido acallararlo? En ese momento ya intuía que había algo que no cuadraba. Se lo sacamos antes de que acabara el día, Omer y yo... ¿Tienes la menor idea de...?

Barbita Feroz vuelve de nuevo hacia el mueble bar y se sirve otro vaso que se bebe con idéntica rapidez.

—¿Tienes la menor idea de la situación en la que me has puesto? —Me mira fugazmente sacudiendo la cabeza—. Está claro que no, porque de otro modo te habrías dejado caer por aquí mucho antes. Un cobarde o un idiota, no acabo de saber bien lo que eres, quizá las dos cosas a la vez.

En una ocasión me acusaron de robar en la escuela. Había cogido el estuche de otro. Primero me sentí muy culpable pero luego negué el incidente. Cuando el director me reprochó mis actos, me sentí víctima de una injusticia, pero al mismo tiempo era consciente de esa mentira tan profundamente oculta en mi interior, que había adquirido vida propia y que, en el momento de la confrontación, se quedó atrapada en las estancias de mi memoria.

Entonces derramé lágrimas. Ahora no. Ahora sonrío. No sé bien por qué.

—¡No! —me chilla Barbita Feroz al ver mi sonrisa.

—Cariño, ¿qué pasa ahí?

Barbita Feroz abre la puerta y emite sonidos tranquilizadores en dirección al dormitorio.

—Tranquila. Ahora mismo vengo. ¡Lo prometo!

Cierra la puerta y levanta la mano hacia mí. Me levanto. Él me tira de nuevo sobre el sillón.

—Doy la cara por ti —susurra—. Como en la Elisabethlaan se enteren de que les has engañado..., también vendrán a por mí. ¿Lo entiendes? Entonces los abrigos de cuero vendrán a por nosotros y nos llevarán al paredón sin remedio, tanto si tu tía se acuesta con Gregor como si no.

Me agarra de la solapa y me pone en pie.

—¿Tienes idea de lo que he tenido que hacer para conseguir que Omer mantenga el pico cerrado?

—Suélteme.

Barbita Feroz se paraliza. De repente, se ve viejo y desgastado, un ermitaño con una bata raída, rodeado de alimañas.

—He tenido que darle todas las llaves de las casas judías amuebladas que aún me quedaban. Eran mis ahorros. Se acabó lo que se daba... —Me suelta—. Para ti es un juego, imbécil. Pero somos las personas como yo los que pagamos las cuentas. Hemos acabado con los judíos de esta ciudad, los parásitos que durante tanto tiempo habían asolado Amberes están casi todos fuera. Era una promesa que nosotros hemos cumplido. En parte ha sido mérito mío, a pesar de la hipocresía de gente como tú, a pesar de la eterna oposición que esperas en general, pero no de aquellos a los que consideras tus aliados. Cuando uno pretende ser cínico sobre casi todo, acaba cayendo justamente en la trampa y se deja embaucar. Estás viviendo de prestado, canalla, y soy yo el que ha conseguido el préstamo para los dos. ¿Te enteras? No, no te enteras. Te lo veo en la cara. —Otro vaso. Ahora tartamudea mientras las lágrimas de borracho le caen por las mejillas—: Pero ni siquiera esto será un obstáculo... Puedes estar tranquilo... Ni siquiera esto me aguará la fiesta... Lo único que yo quería... era tener un estanco con Jenny..., tranquilos..., sin ninguna nariz ganchuda a la vista, en una ciudad en la que se pudiera respirar de nuevo y en donde la gente como yo se sintiera agradecida por el sacrificio que he hecho, por el engaño que he tenido que soportar, la traición de malnacidos como tú, tu traición. Pero ahora que...

La puerta se abre de golpe. Ahí está Jenny enfundada en un salto de cama

de color verde pistacho.

—¡Se acabó lo de seguir bebiendo! —Los pechos le bailan en esa ligerísima prenda.

La gran sala de fiestas del zoológico está abarrotada. Lode ha conseguido entradas. Dentro de nada la gran orquesta de baile de Stan Brenders «animará el cotarro», como anticipa él.

—Esto está lleno de zazús —susurra Yvette emocionada.

—Caray con todas esas cabezas grasientas —se burla Lode, que también lleva el pelo aceitado.

Pero los mocosos zazús van un paso más allá de lo que Lode o yo hacemos con nuestro peinado. La grasa les gotea verdaderamente de los rizos que les cuelgan en largos mechones por encima del cuello alto de la camisa. Todos van muy erguidos enfundados en sus trajes, con el cuerpo esmirriado tras una fila doble de botones, un pantalón demasiado corto y una americana muy amplia llena de bolsillos cosidos y que muchos de ellos se niegan a quitarse en la sala. Porque en tiempos de escasez hay que dejar que la tela cuelgue, hay que fingir que los cupones de ropa son fáciles de conseguir, aunque en las caras de ojos hundidos de la mayoría de ellos se vea que apenas tienen para comer. Todos llevan consigo un paraguas que usan como si fuera un bastón y que no abren aunque les caiga encima una tromba de agua. Están repartidos por toda la sala. Las mujeres apoyan la cabeza en sus hombros estrechos o se abrazan a su espalda huesuda como si esa gente del swing amenazara con desplomarse en cualquier momento. Muchas de las chicas zazús llevan faldas plisadas por encima de la rodilla y sienten predilección por el pelo rizado. Van maquilladas en tonos pálidos con un toque de malva en los pómulos. A Yvette le encantan sus hombros rectangulares y que muchas de ellas lleven dentro de la sala unas gafas de sol redondas y negras como si estuvieran bajo el sol radiante de la Costa Azul.

—Cuánta fanfarronería, ¿no?

—Sí —asiento a Lode.

Lo veo como un ave de presa observando a esos pájaros pomposos, a esa

osamenta debajo de colores alegres. Con toda esa fuerza juvenil, que no tendrá más que cinco años menos que nosotros, siento al Padre Tiempo empujándome por la espalda hacia ningún lugar. Ninguno de esos dandis puede compararse con la sangre fría de Lode o la mía. Es casi increíble que aún no hayamos sufrido ninguna crisis nerviosa. No hemos intercambiado ni una palabra acerca de la espada de Damocles que pende sobre nuestras cabezas. Por otra parte, Lode no necesita decirme que sigue colaborando con sus amigos de la resistencia. Una mirada me basta. Parece reírse del asunto como un hombre que en cualquier momento puede hacer estallar una bomba que lleva escondida. Desafía al mundo entero con esa desfachatez suya cada vez más y más temeraria, pero el mundo no parece estar aún lo suficientemente interesado. Y yo tengo mis pesadillas, mis momentos de audacia seguida de ataques de pánico, todas mis otras cosas. Lo más idiota es que esos zazús parecen absolutamente indiferentes. Les importa todo un carajo, lo único que cuenta para ellos es la música. Quieren bailar y hacer lo que les da la gana. Están arrellanados en esos sillones como niños de pecho, con los ojos entornados y los labios fruncidos, a la espera del pezón materno de su amor. No, lo intuyo. Ha sucedido. Ya soy demasiado viejo. Y todo tiene que empezar todavía.

—Al menos apenas hay boches en la sala. —Yvette sonrío y sus dientes son demasiado blancos para las palabras.

—También tienes razón. Por fin no se oye nada de bofricano.

—¿Bofriqué? —ríe Yvette.

—¿Llevan años rondando por aquí y todavía no los has oído? Un boche no habla alemán, sino bofricano.

Es un chiste de mi padre. Se sabe a montones. No hay nada de comida decente, y sí colas larguísimas para los cupones. En la ciudad ya no se encuentran zapatos o una chaqueta de verano y, según él, con lo que le queda en el ropero ya no puede salir a la calle.

Oímos susurros delante, los músicos toman sus puestos detrás de la cortina y los murmullos cesan casi de inmediato. Se sube el telón.

Ahí está Stan Brenders saludando al público con una inclinación de cabeza, acompañado por unos quince músicos más. Se oye un fuerte aplauso



y silbidos. Stan Brenders es Dios. Otra inclinación y nos saluda brevemente a nosotros. Los músicos toman asiento, Stan se vuelve hacia ellos y es como si el cielo descendiera sobre la sala con un estruendo. Como por arte de magia, la batuta del director va haciendo aparecer una tras otra a brillantes bestias del baile. Ya después de la primera melodía ves a las mujeres moviéndose en sus asientos y a los hombres chasqueando los dedos.

—¡Vamos, Stan! —gritan algunos después de la enésima canción, cuando el alboroto del aplauso se apaga.

Brenders mira hacia atrás y les guiña el ojo algo cohibido.

—¡Qué tipo tan simpático! —suelta Yvette.

—Chaval, la perdiste. —Lode me mira y se ríe.

No veo en sus ojos una alegría auténtica sino sólo oscuridad. Entre tanto, la sección de viento se ha puesto en pie y parece como si nosotros nos eleváramos con ellos. Muchas personas se han levantado y los animan ruidosamente.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Los guardias de la sala se las ven y se las desean para conseguir que se sienten de nuevo; a fin de cuentas, algunos de los zazús no se dejan amansar así como así. El saxo tenor empieza un solo frenético mientras el resto de los instrumentistas de viento vuelven a sentarse. Sus notas vuelan a un millón por hora describiendo innumerables curvas. Cuando al final toca el estribillo con los demás músicos, nos saluda brevemente con la cabeza y nosotros nos desollamos las manos aplaudiendo. Lode se lleva los dedos a la boca y les silba con fuerza, se va exaltando, se pone a dar gritos apenas inteligibles. Luego se levanta el trombón y con la sordina sopla sobre nosotros notas que sostiene cada vez más tiempo.

—¿Un trago? —me pregunta Lode, y me pone una petaca debajo de la nariz.

Yo asiento y bebo. La ginebra quema. Yvette no puede desviar los ojos del escenario, así que no se ha percatado de nuestro pequeño *tête-à-tête*.

Después de que yo haya devuelto la petaca, ella vuelve la cabeza y me dice apresuradamente que no le quitemos ojo al batería. ¡El batería, el batería!

—Jos —aclara Lode—. El de aquí.

El resto de la orquesta se retira cuando el batería empieza su solo. Desde detrás de los cristales redondos de sus gafas asiente alentándonos y todos empezamos a seguir el ritmo cada vez más rápido. A los guardias de la sala les resulta difícil mantener a la gente en su sitio. Algunos siguen poniéndose en pie. El batería Jos golpea el tambor, hace cantar a sus platillos y logra que la sala se estremezca con el pedal contra el bombo. De repente se levanta y comienza a bailar alrededor de su gran batería sin perder el ritmo. Lo aclaman. Nuevamente nos mira y asiente al compás de las palmas. Luego se aleja por completo de la batería y camina por el suelo de madera del escenario, pasa por la barandilla hasta la sala. Nosotros seguimos aplaudiendo al compás, pero más bajo para que puedan oírse aún los palos, que ahora golpea contra la montura de cuerno de sus gafas. Así sigue tocando mientras avanza por la sala, siguiendo los asientos hasta que llega a una joven que se levanta de un salto frente a él. Los palos van pasando del asiento a su enorme cinturón. Todo el mundo contiene el aliento y sigue el sonido, que ahora apenas se oye. Las puntas de las baquetas mantienen el ritmo a la perfección contra el metal del cinturón, como si debajo, en el vientre de esa joven, fuera a nacer un tiempo acelerado, mientras que ella empuja con orgullo sus puños contra su talle y deja hacer al batería.

—Caray, caray. —Lode contiene el aliento y se protege los ojos como si seguir mirando aquello fuera a atraer males y locuras mayores.

Luego las baquetas se alejan del cinturón y, caminando hacia atrás, el batería va abriéndose paso, continuando con su redoble por los respaldos de los asientos y el suelo, por la escalera y el escenario de madera para acabar deslizándose detrás de la batería como un personaje salido de una película que hubieran hecho retroceder ante nuestros ojos. El resto de la orquesta se une para tocar el final, más apoteósico que nunca. Luego se hace un silencio fugaz antes de que todo el mundo se ponga de pie y empiecen los aplausos, las aclamaciones y los silbidos. El batería nos mira con cara de borrego, como si ahora ya no se acordara de la clase de dios que era apenas un minuto atrás. Stan Brenders sigue siendo un dios, aunque también él parezca algo tímido.

—¡La guerra casi ha terminado! ¡Lo presiento! ¡Casi nos hemos librado

de toda la miseria! —exclama Yvette con lágrimas en los ojos y alza un puño.

La sala entera siente lo mismo. ¡Que os den a todos! ¡Esto se acabó!

Lode y yo nos miramos y asentimos, pero ninguno de los dos experimenta esa alegría por dentro.

La gente sigue gritando y dando palmas. Después se encienden las luces de la sala. Tengo que ir urgentemente al servicio. Yvette asiente. Bajo las escaleras de mármol. Mi vejiga llena no es más que una excusa: necesito estar solo un momento. Hay muchos hombres eufóricos en los urinarios con la palma de la mano contra la pared y los pies echados hacia atrás para desahogarse sin que les salpique al pantalón y los zapatos. Yo me aísló en uno de los retretes y me abro la bragueta. Oigo a Lode gritar mi nombre.

—¡Aquí! —contesto.

—¡Ábreme! —Martillea la puerta un par de veces—. ¡Venga!

—¡Estoy ocupado, idiota!

Retiro el pestillo y Lode se cuelga rápidamente en el interior. Su mano se aferra a mi garganta y me empuja contra la pared mientras cierra la puerta a su espalda con el pie.

—Cómo puede ser... —susurra un par de veces.

Su aliento despide un olor acre. No puedo decir ni una palabra, me tiene agarrado por el cuello.

—Cómo puede ser... —suena furioso por fin— que todavía no nos hayan descubierto, ¿eh? Eres tú el *doscaras*. Eres tú. Tú eres el traidor.

Entonces intenta besarme.

**TANTEANDO A  
TRAVÉS DEL POLVO,  
JADEANDO EN EL  
AIRE HELADO DEL  
INVIERNO**

Tanteando a través del polvo, jadeando en el aire helado del invierno, así ve tu bisabuelo aparecer a las primeras personas de debajo de los escombros del cine Rex, como muertos vivientes, con una mirada aturdida y la sangre brotándoles de las orejas, sin saber de qué infierno acaban de salir y a qué averno han ido a parar. El cohete, el arma de represalia V2, se ha adentrado en un cine abarrotado, un rayo arrojado por un dios ario, un dios al que ya no le importa si golpea a su objetivo o no, mientras cause miedo. ¿Miedo? Puedes estar tranquilo. La ciudad ha sido liberada, pero sus habitantes tiemblan de hambre y desesperación en los sótanos. Madres y padres llevan ya tres meses viviendo ahí metidos, y aunque mi supuesta madre también ha extendido una cama para mí con un triste retal como cortina separadora entre su dormitorio y el que espera se convierta en el mío, yo sigo insistiendo, a pesar de sus insoportables súplicas, en que el sótano no es para mí y que prefiero morir si hace falta. Porque si los bombarderos y los asesinos destellantes han escrito mi nombre en sus aparatos, como los todopoderosos despiadados y ahora especialmente resentidos, no habrá nada que hacer, tanto dará estar acostado entre mis supuestos padres oliendo mal en un sótano, estaré condenado. Y, además: moriremos de todos modos, se muere a diario. Apenas dos días después de los ya más de doscientos cincuenta cadáveres y los innumerables heridos que en aquella fría tarde querían ver a Búfalo Bill en pantalla grande —tantos cadáveres que hasta los estadounidenses han decidido trasladar temporalmente los cuerpos aplastados y desmembrados al zoológico, porque todas las morgues están tan abarrotadas que ya no se

pueden ni cerrar las puertas—, mi hermosa Yvette me anuncia que está embarazada, que mi esperma ha sido más rápido que nosotros y que dentro de poco habrá una nueva vida en una ciudad donde la muerte anda por ahí tambaleante como un putero insaciable, borracho y temerario.

—*Hello, this is Joe.*

Es mi tía Emma quien dice eso y su *hello* suena *very* actual.

En la habitación más presentable de nuestra casa hay un tipo alto como un pino, un indio canadiense, uno de los que nos ha liberado, un sargento, además, no un mero soldado raso sin galones ni medallas. Mi madre ha accedido al final a recibirlo. No ponía reparos por su clase o su raza, sino por tener que salir de su sótano y volver a arreglar la mejor habitación. Se trataba de dejar temporalmente el miedo y entregarse al capricho. Pero ella no está sola. La ciudad entera se ha resignado a que en estos días la muerte pueda llevarse a una persona entre un pedo y un eructo, entre la sopa y las patatas, ambas cosas proverbiales en estos días, porque no queda casi comida y tampoco eso le agrada a mi madre: recibir a alguien de otro continente sin el correspondiente festín en la mesa. «¿Cuándo empieza la guerra?», así comienza un amargo chiste. «Cuando las sirenas dejan de ulular.» Y es la pura verdad. Ahora caen tantas bombas al día, tantas armas de represalia V1 y tantos cohetes, tantas armas de represalia V2, que no tiene sentido activar las sirenas porque las últimas semanas sonaban ininterrumpidamente. O sea que a partir de esta semana ya no se oye nada y lo que tenga que caer del cielo, caerá. «¡Tómame otra, José!» «Con mucho gusto, André, sólo que la bebida se ha vuelto a terminar. ¡Quedaba una botella, pero tu mujer acaba de tirarla!» Jamás había oído contar tantas tonterías como en las últimas semanas. Cuanto más terrible es todo lo que nos rodea, más se ríe la gente. Pero no es una risa franca, suena más bien a algo entre toser y echar las

tripas.

—*Hello, hello* —le dice mi padre al indio como si fuera un radiotelegrafista molesto por una mala recepción.

Joe no dice gran cosa. Está entre nosotros como un tótem, pero le brillan los ojos. Mi mano desaparece en la suya; sin embargo, no llega a apretarla de verdad.

—*Emma says you are a policeman.*

—*Oh, yes...* —le digo, e imagino que sueño como un engréido actor francés que finge dominar la lengua de Shakespeare y John Wayne.

¿Pero qué puedo decir? Apenas queda nada de mi uniforme; Yvette ha ido remendando con aguja e hilo lo más gordo una vez tras otra. Los ingleses, los americanos o los canadienses, como ese ídolo que se encuentra en nuestra propia casa, no están demasiado interesados en la dignidad de nuestro uniforme, por no hablar de lo que debería representar, ahora que las fuerzas de ocupación han abandonado la ciudad y le han dado bastantes puñetazos en la boca en su propio país. Se ríen de nosotros, amistosamente, pero aun así se ríen. No parecemos del todo auténticos a sus ojos, con nuestros cascos blancos y nuestras capas negras raídas y con todos esos agujeros en las botas. No nos quieren ahí cuando estalla una bomba. Nos miran como si fuéramos niños que se meten por el medio y estorban. Se ríen con descaro cuando hago sonar el silbato al ver el enésimo cadáver. Nos toleran, pero no mucho tiempo. En su opinión, sería mejor que nos quedáramos en casa durante una temporada. Esos liberadores joviales y relajados no lo dirán jamás en voz alta, pero les adivinas el pensamiento. Nosotros somos los payasos, ellos son los héroes. Y, además: nunca están completamente seguros de nuestras simpatías. ¿Acaso muchos de los nuestros no siguen levantando el brazo ante el retrato del Líder cuando nadie los ve?

El sargento Joe toma asiento y se bebe el té aguado.

Tía Emma está radiante de alegría. Durante el caos de la liberación se trasladó repentinamente de una punta de la ciudad a la otra: a un pequeño apartamento situado en los alrededores de la Schildersstraat, detrás del Museo



de Bellas Artes. No volvimos a saber nada de ella, tampoco cuando la primera arma de represalia cayó cerca de su barrio llevándose a la tumba a muchas personas y acallando para siempre la gran alegría de la liberación. Mi madre se puso como loca, a pesar de que el nombre de mi tía no aparecía en las listas de muertos y heridos. Al cabo de unas semanas recibimos noticias suyas. Pero no fue hasta la llegada de los días de invierno, pasada la Navidad y el Año Nuevo, cuando pudimos verla por fin y fue inmediatamente con el sargento Joe.

—Nos conocimos en el Hulstkamp.

—¿No deberías hablar inglés? —le pregunta mi madre a mi tía.

—Tú tampoco sabes, ¿no? Hasta Wilfried, el genio de la familia, apenas lo chapurrea. ¿O me equivoco?

—Aprendo rápido... —digo, y doy otro sorbito de té.

—*Hey Joe, everything wonderful?* —se ríe tontamente mi padre.

—*The best is yet to come* —contesta el indio con un gesto.

Mi supuesto procreador ha pasado algún que otro apuro, pero ahora ciertamente todo es *wonderful*. A pesar de pertenecer al «movimiento», puede seguir trabajando en el ayuntamiento como si nada. «Sabrán dónde encontrarme», dijo temeroso cuando los tanques de los aliados entraron por las calles. Pero no lo encontraron. Típico de mi padre: estaba feliz como un chiquillo por no haber tenido nunca la menor relevancia, y siguió siendo tan insignificante que nadie se tomó la molestia de ir a por él. Mi padre levanta el pulgar. Joe hace lo mismo y de pronto se ríe por primera vez, mostrando una fila de dientes blanquísimos, igual que un coco que se abre y descubre su interior.

Mi madre se arredra un poco.

—No puede ocultar sus orígenes salvajes.

—Déjalo ya.

—Sólo estoy bromeando —le dice mi madre a su hermana, y además es verdad.

El sargento Joe es diferente de la mayoría de los canadienses que seducen a

las mujeres de esta ciudad con historias sobre los enormes ranchos que poseen en su país o que les llenan la cabeza con otros susurros lascivos sobre su riqueza. Al fin y al cabo, todos esos supuestos terratenientes regresan a casa, a veces con una mujer que han dejado preñada, pero por lo general como un ladrón en la noche. Joe se queda y abre un café con Emma. Al cabo de un tiempo rebautizan el local como Café Cheyenne, porque Joe ha comprendido que la gente de por aquí quiere que le sirva «un indio de verdad». Encima de la barra hay colgado un tocado de plumas y sobre las copas luce un hacha, una auténtica, según Joe, utilizada para arrancarles la cabellera a los blancos. El café va viento en popa, el matrimonio de Emma y Joe, no. Pero «hay que aguantar con lo que se escoge», sigue repitiendo mi madre después de cada ataque de llanto de su hermana. Veinte años después, tía Emma se ha vuelto majara, ve fantasmas y grita. Lo llaman demencia. Al final, antes de que la trasladen a uno de esos centros, ruge que ese «negro» que hay en su cama no es su hombre de verdad y a continuación susurra el nombre de su amante alemán («*Ach Gregor, mein Liebchen!*»),<sup>[73]</sup> al que no ha vuelto a ver desde el verano del 44 y que en ese otoño de la guerra barre con la ametralladora a unos cincuenta hombres en algún lugar de Holanda y después acaba o bien en una zanja con un tiro en la cabeza, o bien desde entonces está en una piscina en Sudamérica. En los ojos con glaucoma de Emma, ha seguido siendo el único hombre de su vida. Emma muere y Joe contempla su ataúd sin lágrimas en los ojos. Al cabo de un año, muere él también, silencioso y alcanzado finalmente por la guerra, derrotado en la línea de meta, muy lejos de todos los demás indios.

—Yo te salvé la vida —dice Omer—, la tuya y la de tu compañero Lode Metdepenningen. —Suspira y gruñe como un oso de circo sin zarpas—. Sabía incluso dónde teníais escondido a ese judío. Lo sabía todo. ¿Por qué narices crees que he venido? Porque te tenía controlado. ¿Qué vienes a hacer aquí aún? Sé qué clase de almacén hay detrás de esa puerta. ¿Tu compañero nunca te dijo que yo había sido el abogado de su padre? Soy un patriota y pese a todo quieren mi pellejo. ¡Me llaman incívico! ¿Qué te parece? Cría cuervos y te sacarán los ojos. Acosado como un animal.

Estamos en la Van Maerlantstraat. Estoy a punto de abrir la puerta de la entrada. Omer sale de entre las sombras. Me agarra de la solapa del abrigo. Me mira fijamente a los ojos. Hace días que no se afeita. El aliento le huele a desesperación.

—Sabía que el padre de Lode ocultaba a judíos. No podía ser de otro modo, lo hacía por dinero. Los hombres del pedrusco eran sus mejores amigos. Ahí veía «oportunidades», ya lo decía antes de la guerra. Yo estaba al corriente, pero no dije nada. Te lo repito: sin mí, tú y tu amigo, el guapo hijo del carnicero, estaríais agonizando en algún campo de concentración, más muertos que vivos, o ya estaríais bajo tierra. ¿Me has oído bien?

—Suélteme el abrigo, Omer.

—Déjame entrar. Es todo lo que te pido. ¿Acaso te avergüenza? ¿O es que ese carnicero sigue teniendo ahí escondido a algún cerdo judío al que quiere quitarle las piedras y al que aún no le ha dicho que todo se ha acabado?

—Para usted sí se ha acabado. Le buscan.

—¿Y tú? ¿Es que tú no hiciste nada? ¿Cuántas fechorías tienes a la espalda? ¡Eres un maldito *doscaras* y lo sabes!

Abro la puerta y lo conduzco al antiguo escondite de Chaim Lizke, el judío que iba a irse. Mira alrededor y me pregunta qué son todos esos papeles.

—Poemas —respondo—, vengo aquí a escribir.

Omer olvida su miedo y su desesperación y suelta una sonora carcajada.

—¿A escribir poemas? ¿Quién te has creído que eres? Todo se ha ido a tomar por saco, apenas quedan paredes en pie, nos llueven las bombas, la gente vive hacinada como ratas y el señor escribe poemas. El señor se sienta aquí con una pluma de pavo real y un tintero y adora a su musa como un auténtico chupatintas. ¿Es eso lo que haces para no volverte loco?

—Siéntese —le digo con calma, pero lo imagino ya sacrificado, cabeza abajo y con los pies colgados de un gancho, soltando sangre en un cubo que hay debajo, como un cerdo, como Mussolini con su amante, como carne desperdiciada.

Omer se sienta y se hunde. Ya se ha olvidado de su risa; todo él es tristeza y autocompasión.

—Hace poco asaltaron la casa de mi madre, donde llevaba meses escondido. Mi madre se quedó dentro. Le arrancaron la cabeza... ¿Sabes lo que es ver a tu madre así? ¿A tu propia madre?

Le salen mocos por la nariz, ahora ya no es ningún oso enjaulado sino un san bernardo con una pata rota en la nieve, que sólo puede aullar flojito.

—Tengo oro... Te lo daré si me ayudas, tengo que salir de aquí. Tengo que llegar a España. Allí tengo amigos. Tú y tu compañero me podríais arreglar los papeles. Tu comisaría sigue siendo igual de corrupta, ¿no? Lo que hiciste por los narices ganchudas también podrías hacerlo por mí. Yo soy nacido y criado aquí, y te he protegido, te he protegido... Sin mí estarías...

—Ahí hay una manta —le digo—, puede hacer mucho frío.

Lode se ríe:

—¿Te has vuelto loco?

Le muestro la llave.

—¿Dices que vienes aquí a escribir poemas?

Cuando llegamos al escondite, no se ve a Omer por ninguna parte. Miro por todos lados y oigo un ligero ronquido en la penumbra.

—Me cago en todo —susurra Lode—. ¿Quién es ése?

El abogado yace completamente extenuado debajo de una manta y un montón de periódicos que se ha echado por encima, como un vagabundo que se protege de la intemperie.

—¿Señor Verschueren?

Omer se endereza de golpe como si se despertara de una pesadilla.

—¡Déjenme en paz! ¡Pandilla de cabrones! —grita.

Lode me mira.

—No lo entiendo.

—Sujétalo contra el suelo —le digo.

—Pero por qué...

Omer da frenéticos manotazos a su alrededor, pero en cuanto intenta ponerse de pie, Lode lo empuja con fuerza hacia el suelo. Miro la mesa donde están mis poemas. En el cajón de los cubiertos hallo lo que busco.

—¡Sujétalo!

Omer brama, intenta arañar a Lode en la cara.

Con el martillo que Chaim Lizke utilizó la última vez para defenderse de nosotros, golpeo el cráneo del abogado cuatro veces seguidas. Una de ellas casi roza la oreja de Lode, pero siempre evito sin esfuerzo los manotazos de Omer. Él sigue convulsionándose y yo sigo descargando el martillo a un lado de su cabeza calva, que ahora parece más un plato de gachas rojas que un cráneo.

—Para ya —dice Lode.

Tiene la cara manchada de sangre. Probablemente, yo también.

El martillo descansa pegajoso en mi mano.

—Sabes que había que acabar con él —jadeo—. No podía morir tan tranquilo en una cama, él no. Me diste la razón entonces.

Lode mira al frente.

Registro los bolsillos de Omer Verschueren.  
Encuentro un reloj de oro de mujer.

—¿No te han escupido en la cara, *jeune homme*?

—No.

—Lo hacen a veces, cuando estás ahí parado en la puerta. Oí que a una mujer le echaron encima un orinal lleno de excrementos desde un piso. La mujer tuvo que volver a casa. Su marido no pudo soportar verla tan sucia.

—Caray —digo—, no se acaba nunca.

—Pero es probable que tú vieras bastante al principio.

—Y que lo diga.

Al principio significa al final, cuando los alemanes acababan de retirarse y los ingleses y los canadienses lo festejaban juntos. Al principio significaba no poder ser más policía porque todo el mundo parecía ir por ahí con un arma. Al principio significaba seguirles la corriente a todos con la esperanza de que se fueran calmando un poco. Al principio la ira era tan grande que se convirtió en una fiesta, era tan grande que encerraron a personas en jaulas de animales y nosotros mirábamos y les decíamos a los transeúntes: no ensucien. Al principio había caos, oscuro y peligroso. Al principio no había nada más, en cualquier caso no había alcalde porque éste había utilizado un conflicto con las SS flamencas para cambiar de chaqueta antes de que fuera tarde. Durante poco tiempo no hubo nada y sólo prevaleció la arbitrariedad de la calle, el brazo del héroe borracho enlazado con el brazo del otro monstruo que había permanecido sobrio. Al principio hubo venganza y todo el mundo dijo que era justificada, porque eso es lo normal después de tantos años de sufrimiento. ¿Todo el mundo? No, aquellos que ahora se encontraban al otro

lado del látigo se quejaron enseguida por la gran injusticia que se cometía con ellos y dijeron que jamás lo olvidarían y mucho menos lo perdonarían. A lo que el resto replicaba: «¡Tú, caradura colaborador!». El nuevo principio empezó con un cuchillo blandido y una comitiva que al inicio lo seguía zigzagueante y sin ir al compás, pero que poco a poco volvía a disciplinarse con la normalidad, como una red de camuflaje debajo de la cual seguía existiendo la vileza: la eterna división con un puñado de poderosos arriba que siempre ganan, que jamás se manchan los bajos del pantalón y cuyos zapatos siempre permanecen impolutos y que saben lo que significa la «prudencia» y, por consiguiente, disponen de la capacidad para evaluar anticipadamente la situación y hacer que ésta se pliegue en su beneficio. Para ellos no hay principio ni final. Para ellos simplemente continúa.

Barbita Feroz tose detrás de los barrotes de la sala de visitas.

Todo huele a fenol, el producto desinfectante que usan en los hospitales y las morgues, pero también huele a mierda y a meados, a desesperación y a la eterna razón como un trozo de carne putrefacta con malentendidos pululando como gusanos.

—Nadie viene a visitarme —dice.

—Vaya, muchas gracias —le digo.

Él levanta la mirada y ríe forzosamente.

—Bueno, tú...

—Es mejor que nada.

—¿Te enteraste de lo de Omer? Un par de canallas le aporrearon la cabeza. Lo encontraron junto a los Leien. Parece que tardaron bastante en poder identificarlo. Aquí uno apenas se entera de nada, pero de esa clase de noticias sí. A los buitres les falta tiempo para venir a susurrártelas. Creí que se las había arreglado para escapar. A España, suponía yo... Pero no, simplemente lo habían matado a palos. Tan buen hombre, con tanta educación, tanta clase. Sabía griego clásico. Recitaba fragmentos de la *Ilíada* de memoria. Y así sin más..., como...

Barbita Feroz empieza a sollozar. Caen grandes lágrimas de sus ojos saltones. Aparta la mirada, se limpia las mejillas, se suena en un trozo de tela que vuelve a esconder enseguida.



—Pero a mí no me pillarán. *Non! Non, à présent je me révolte contre la mort! Le travail paraît trop léger à mon orgueil: ma trahison au monde serait un supplice trop court.* ¿Lo entiendes? No me arrebatarán mi orgullo. Yo no he traicionado mis principios. Me resisto a la muerte. Como...

—Como Rimbaud.

—*C'est ça...* Aunque posiblemente ese poeta genial me habría mirado con desprecio porque aún sigo vivo, porque no me han puesto contra el paredón para ejecutarme. Porque eso habría sido más honorable, eso habría...

—Venga ya.

Barbita Feroz se sorbe los mocos.

—¿Por qué estás aquí?

—Pues para verle.

—Quizá sea para reírte de mí. Mírame bien, deja que tus ojos se recreen. ¿Estabas allí cuando me condenaron?

—No —le digo.

—Los miré a todos a los ojos con orgullo. No renegué de nada de lo que hice. Dije que lo había hecho por todos nosotros. ¡Casi explotaron de indignación! ¡Cómo me atrevía! ¡Debería darme vergüenza! Mis camaradas que estaban conmigo en el banquillo de los acusados desviaron la mirada, algunos de ellos escondieron la cara. Se avergonzaban de mí, de las cosas que todos ellos habían hecho también. Uno me chistó que me había vuelto loco y que cerrara la boca. Pero entonces grité con más fuerza aún: «¡No soy ningún siervo de la plutocracia y jamás lo seré! ¡Siempre he servido a mi país, a mi pueblo y a mi rey al luchar contra el judaísmo!». Entonces se hizo un silencio. El fiscal se llevó la mano al corazón, no podía articular palabra de pura cólera. El juez me miró y dijo casi con respeto: «Le creo, señor Verschaffel, pero los hechos siguen siendo los hechos. Usted ha infringido la ley». Entonces yo grité: «¿Qué ley?». Me cayó cadena perpetua.

—Unos años aquí dentro y puede que le suelten.

Barbita Feroz desestima mi frase como si fuera irrelevante. De pronto casi se le ve contento, parece que ha encontrado un tema que puede alegrarlo enormemente:

—¿Cómo va con el estanco? ¿Cómo anda mi Jenny?

No sé qué contestar a eso. Cuando la ciudad fue liberada, Barbita Feroz fue uno de los primeros en ser arrestados. A «su Jenny» la sacó a rastras del estanco una muchedumbre enfurecida, la raparon al cero, le pintaron una esvástica en la frente y la fotografiaron rodeada de gente eufórica junto a otras mujeres. No es posible que Barbita Feroz no se haya enterado, o que no haya oído al menos algún rumor. Y claro, ¿qué puede hacer una mujer como Jenny después de eso? ¿Adónde puede ir? De vuelta a hacer la calle, supongo.

—Ni siquiera me escribe. Aunque la verdad es que apenas sabe cuatro palabras.

—La he perdido de vista.

Me mira y veo que no me cree.

—¿Y la tienda?

—La lleva otra persona.

—Pero esa tienda es mía. ¡Esté preso o no! ¡Tengo los papeles!

—Déjelo correr.

Barbita Feroz muere cinco años más tarde de un infarto. Se dice que lo dejaron reventar, que el médico tardó una hora en presentarse. Al menos eso fue lo que alguien me contó. Hace mucho que no recuerdo quién.

He vuelto a coger el poemario, biznieto. Lo he buscado y al final he dado con él. Lo que un día fue una promesa en el papel, tan reciente como una hogaza de pan acabada de hornear, parece ahora tan viejo y olvidado como la persona que lo escribió, encerrada en un tiempo pasado. El papel basto y marrón de racionamiento casi parece cartón. La triste y pequeña imagen de un grabado en madera con el nombre de «Angelo» en la portada y las grandes letras impresas que en el interior forman mis poemas no pueden llamarse anticuadas, ni siquiera ahora, sino que parecen proceder de otro mundo que ha desaparecido al igual que la Atlántida. *Confesiones de un farsante*; aquel título intencionadamente lúdico tuvo que cargar ya entonces con el peso de un diseño sombrío, que se aceptó como la norma general durante las secuelas de una época sombría. MCMXLVI, pone: «Impreso en 1946 por la editorial Het Voorschot»; publicado por un hombre que parecía sacado de una revista y que siempre me tuvo algo de miedo desde que le hice una visita a su dirección del Paardenmarkt vestido de uniforme y le hice saber que no se puede dar por sentado que un agente no pueda ser poeta.

El editor se ve tímido en la taberna Betty en la Rotterdamstraat. Estamos en algún momento de 1946. No hace demasiado tiempo que aquí destrozaban discos contra el suelo. Seguimos bebiendo cerveza suave porque los días de escasez aún no han terminado. Celebro con unas pocas personas que mi

poemario ha visto la luz. Estoy exultante porque en ese momento creo que dentro de nada me convertiré en un literato a tiempo completo y ya no tendré que volver a ponerme un uniforme nunca más. Mi esposa Yvette está a mi lado, aunque preferiría estar junto a nuestro hijo, o sea, tu abuelo, que tiene casi dos años y que estos días se pasa las noches tosiendo sin parar en su camita. Sé que Yvette ya no se imagina nada. Sabe que nunca se convertirá en cantante, nunca será un ruiseñor en los escenarios internacionales, sino sencillamente una madre y un ama de casa como tantas otras, pero una que cose su propia ropa y que gracias a su estilo y su clase cosecha la admiración y la envidia del barrio entero. Es un pobre consuelo mientras empuja un cochecito de niño y pone a hervir los pañales, también yo lo sé, pero algo es algo. No hablamos de ello. Ella se muestra agradecida y hasta parece enamorada cuando salgo a tiempo de ella y no hay riesgo de que vuelva a quedarse embarazada. Ése es nuestro acuerdo: un niño es más que suficiente. Pero no se lo contamos a nadie, ni siquiera lo comentamos entre nosotros. Si lo hiciéramos, sería una vergüenza.

Mientras estoy en la taberna Betty esperando a más amigos, no pienso en todo eso. Al contrario, me deleito en mi embriaguez. Oigo un alto «¡Ding! ¡Ding! ¡Ding!» encima de mi cabeza, el ruido de un martillo golpeando con furia un yunque, para moldear la pieza de metal brillante de mi fuerza de voluntad en algo práctico como cuatro herraduras que, humeantes aún, se ajusten a unos cascos y se claven en las pezuñas para poder montar a la Musa. Sí, así me engaño en ese momento. No puedo imaginarme siquiera que en los próximos años esa Musa apenas saldrá del establo, que como mucho pastará en un prado, pero que jamás podré montarla como es debido y que, por lo tanto, seguiré siendo un policía para el resto de mi vida y nunca me convertiré en el poeta que me había imaginado. Sí, seguiré escribiendo y publicando, con editores cada vez más prestigiosos que ese pobre bufón de la editorial Het Voorschot. Me acabarán mencionando incluso en el *Paisaje de las letras neerlandesas* y ahí me describirán como «idiosincrático y contradictorio», como dije al comienzo de esta historia, pero no va más allá de eso.

La puerta se abre y pienso: «¿Será él?». No, no es Chaim Lizke. Es un

idiota que se le parece. Chaim Lizke ha desaparecido. La historia se lo tragó entero y luego lo vomitó discretamente como fantasma tras una esquina. Unas veces parece resurgir aquí, en este café, y otras se aparece por allá. A veces su espíritu reclama una compensación; otras, muestra melancolía. A veces está donde le corresponde; por lo general, no. De ese modo, no encuentra la paz, todos lo saben. Pero mejor un fantasma molesto que de cuando en cuando le pega un susto de muerte a alguien que tener que reconocer que una vez fue real.

Alrededor no están hablando de fantasmas. Mi colega Gaston habla de política, porque vuelve a haber elecciones.

—No quiero montar un numerito, pero estamos igual que entonces —suelta Gaston.

Del bolsillo interior se saca un periódico doblado y señala una caricatura donde al alcalde de antes de la guerra, que de nuevo es candidato en estos tiempos de posguerra, lo han dibujado como una prostituta acostada en un diván, y debajo pone: «¿Amante de quién?», porque a su alrededor hay judíos torpemente bosquejados con una nariz ganchuda fumando cigarros y agitando dinero.

—¿Qué quieres decir con que estamos igual que entonces? —le pregunta alguien.

—Pues que los judíos vuelven a llevar la voz cantante.

—¿Qué quieres? —pregunta otro—. Somos la ciudad del diamante.

—Lo decía en broma —dice Gaston—, busca la palabra *sarcasmo* en algún diccionario.

—Gaston el Cagajudíos... Que aún tengamos que ver esto...

—Anda ya, tío... —replica Gaston.

—No montemos un numerito —digo yo—. ¿Quién quiere otra pinta?

El dueño lo ha oído y niega con vehemencia.

—¡Tengo algo mucho mejor, señores! En el sótano me quedan dos cajas de cerveza negra de antes de la guerra. ¿Qué tal si se las ofrezco ahora? ¡Gratis, desde luego! Para los policías de esta ciudad, que siempre nos han apoyado en circunstancias difíciles.

Se oyen vítores cuando el dueño del bar va al sótano.

—Si lo oyera Lode... —digo casi en voz alta.

Justo en ese momento, Lode entra por la puerta, acompañado de un hombre mayor con un cuello demasiado delgado para cualquier talla de camisa.

—¡No podrías llegar en mejor momento! —exclamo.

Lode asiente pero no sonrío. Reparte algunas palmaditas en los hombros de algunos. Yo recibo un parco «Felicidades por tu librito».

El profesor me estrecha la mano y me mira fijamente a los ojos. Entonces me viene el recuerdo de que una vez le pegué una fuerte patada a ese hombre en los cojones en el sótano de tortura del Sicherheitsdienst.

—Ah... —dice cuando me ve palidecer—, todos seguimos adelante. La vida continúa.

Trago saliva, maldigo en voz baja y pienso: «¿Cómo hace uno eso, cómo lo explica, por dónde empieza? O se limita a decir: perdón, fue un accidente, o no del todo, bueno, tú ya me entiendes, ¿no?».

El profesor acepta el vaso de cerveza negra que le ofrezco y hojea tranquilamente mis *Confesiones de un farsante*, mirándome amigable de cuando en cuando y bebiendo cerveza.

—¡Por el comienzo de una carrera literaria! —dice al final, resuelto, y levanta su vaso vacío.

—¡Jefe, otra cerveza para el profesor! —exclamo aliviado.

Lode me mira. Es una mirada bien calculada. Quiere que vea cuánto asco es capaz de expresar hacia mí sin mover ni un solo dedo, sin llenarme de vómito de la cabeza a los pies. Me limito a pedir otro vaso de cerveza negra también para él. Tratándose de familia, no hay otra forma de hacer las cosas: invitar al que te desprecia.

Cuando ves a alguien como tu alma gemela y precisamente por eso le entregas todo tu amor, crees comprender cosas de ella que a otros dejan boquiabiertos, afligidos o angustiados. Mi nieta se hace cortes en los brazos y mi pecado es que creo saber por qué. En silencio comprendo lo que se hace a sí misma o permite que le suceda. Creo saber lo que tiene que soportar en la vida, más aún: estoy convencido de que ella lleva una parte del equipaje que yo le he dado, que ella es la destinataria de una carta incendiaria que sin yo querer le he traspasado en mis genes.

—¿Qué se supone que debemos hacer con ella? —se lamenta Yvette cuando vuelve a recibir una llamada telefónica de nuestro hijo informándonos de que han encontrado a Hilde en algún antro de droga, desvariando y completamente fuera del mundo.

—Absolutamente nada —contesto yo—, deja a esa niña en paz. Son tonterías de mocosos.

Pero para mí ella no es ninguna mocosa y lo suyo tampoco son tonterías. A mis ojos son actos de resistencia, de un gran dolor interior. Estoy seguro de que se debe a las voces que lo impulsan a uno a hacer cosas para llegar finalmente hasta sí mismo, para convertirse en quien debe ser, para ser quien realmente es y, como ya he dicho antes, eso es lo más difícil que existe, porque el mundo no concede ese privilegio así como así y la gente quiere por encima de todo que seas como los demás.

Lo comprendes todo, lo relativizas todo, te sosiegas.

Después de otra ronda de terapia o de una hospitalización forzosa, vuelve a aparecer radiante en la puerta. Lleva un globo rosa donde pone: «*Hello, I Love You*», y pretende ser una muñequita dulce y buena con su abuela, mientras que a mí me guiña un ojo que lo traiciona todo. Yo también le guiño el ojo y le susurro que no debe dejarse manipular así. Ella no da muestras de haberme oído. Lleva una camiseta negra de manga larga con esqueletos con guadañas y se ha pintado los labios de negro. Tiene una mariquita en el hombro y luego de repente ya no está. Ya no es mi nieta. La han llenado de medicamentos que le vacían la cabeza, la hacen normal, lo que ella no podrá aceptar al final y lo que la conducirá al abismo.

Dice:

—Mi padre me ha pedido que venga para deciros que no tenéis que preocuparos, que voy a volver a estudiar, que voy a ser buena y que me voy a matricular en la universidad. Es estupendo, ¿no? ¿Cuál de los dos está más contento?

—Mientras tú seas feliz... —dice mi mujer tan contenta como puede.

—¿Qué vas a estudiar? —le pregunto.

—¡Historia! —exclama Hilde con entusiasmo.

Sabes el motivo, crees que tiene que ser así, te engañas a ti mismo diciéndote que en realidad deberías estar orgulloso. Pero ella ya no llama, simplemente no da señales de vida.

—Le deben de ir bien las cosas —dice Yvette—, probablemente tenga novio. Anda ocupada con sus estudios. Está buscando su camino.

—Sí —digo.

Pero la ira me reconcome por dentro, porque entre tanto sé por Lode que él sí la ve, a menudo incluso. Me entero durante nuestra cita semanal para jugar al ajedrez.

—Quiere saberlo todo.

—¿Sobre qué?

—Sobre el pasado. ¿Contigo también es así?



—A veces —digo secamente.

Coloco el alfil como cebo al alcance de la reina de Lode. Por supuesto, el muy mamón no cae en la trampa.

Esperas, aprietas las mandíbulas, practicas la paciencia.

Ha desaparecido.

Nadie la ha visto desde hace tres días. Yvette va hasta nuestro dormitorio, cierra la puerta con llave, se pone a llorar sobre la colcha.

Le digo a la puerta:

—Todo saldrá bien.

Ella sigue llorando. No puedo entrar en la habitación. Le doy una patada al gato.

Un gélido puño de acero me comprime una arteria y no vuelve a soltarme.

No piensas en nada más, estás pendiente de tu respiración, de tu corazón.

Entonces suena el teléfono.

La han encontrado, colgando de una soga, colgando en un viejo búnker de guerra donde normalmente no entra ni un alma, colgando ahí con un propósito, así lo siento yo.

Sollozando, araño la puerta del dormitorio.

—Ábreme, maldita sea... Hay malas noticias. Abre la puerta, cariño. Por favor.

Pero la puerta no se abre. El llanto sólo hace que aumentar, se convierte casi en gritos hasta que después de horas Yvette ya no puede más y aparece, de pronto tan envejecida que casi no queda nada de ella.

—No me defendiste —suspira, y no dice más.

Y quizá ni eso sea del todo cierto. Quizá no dice nada.

No lo sabes, lo sabías, te engañas a ti mismo.

Pero eso es lo que hace la gente a diario, maldita sea, eso es lo que hace

todo el mundo y casi siempre sin consecuencias. Eso lo hace todo el mundo y no pierden a un nieto. La mayoría van avanzando tranquilamente hasta la tumba. Pero tú no.

Ha dejado una carta.

El yayo es un cabrón.

No dice nada más.

Sin embargo, esas cuatro palabras son suficientes.

Yvette se bebe todos los días dos botellas de Oporto y no consigo sacarle ni una palabra.

Cada mañana sale a la calle para aprovisionarse de bebida y luego se encierra.

Yo duermo en mi estudio. De vez en cuando la oigo sollozar, nada más.

El yayo es un cabrón.

Mi hijo, mi nuera y mi nieto me miran.

Preguntan por qué.

Por esas pastillas, digo yo, por esos antidepresivos que le hacíais tragar, eso acabó trastocándole por completo la cabeza.

No quieren volver a verme.

Mi hijo dice: «Espero que revientes». Es lo último que oigo de él.

Lo veo medio año más tarde, en el funeral de mi mujer.

—Bebió hasta destrozarse —oigo decir a Lode a mi espalda en la iglesia, así sin más, como si no importara mucho que yo lo oiga.

—Todavía no te has dado cuenta de que soy el único a tu alrededor que no te teme. ¿Te enteras de una vez? Yvette, tu hijo, tus supuestos amigos... Todos. ¿Acaso se apuntaba alguno del trabajo cuando decías de invitar a una cerveza? Ni un alma. Tú y yo, sí, pero nadie más. Tú y yo, y tú y yo sabemos por qué. Porque me arrastraste en tu vileza. Tú, asesino... Y no, no fue por venganza por lo que se lo conté a tu nieta. Simplemente le dije la verdad porque no podía hacer otra cosa. Lo que pasó después..., maldita sea..., me devora por dentro, no me deja dormir. Pero si yo tengo la culpa, tú también la tienes. Si yo pago, tú también... ¿Por qué crees que mi hermana bebía tan absurdamente? Por miedo, todo el mundo te tiene miedo, porque nunca se puede confiar en un perro traicionero, porque no se puede confiar en alguien que sea ciego a sí mismo, a lo que lleva dentro, y que por eso siempre actúa como si los demás mantuvieran las apariencias, como si los demás no supieran lo que él hace, como si los demás no supieran afrontar la vileza, mientras que tú mismo no tienes ni idea de lo mucho que apesta tu miserable podredumbre, tú, el gran poeta, sólo tienes manchas negras en el corazón, sólo traición...

—Sí que fue por venganza, Lode. No intentes engañarme.

—Oh, amigo.

Lode muere y lo entierran en el cementerio de Rivierenhof. Su esposa le sobrevive. Sí, está casado, se casó poco después de la guerra, igual que yo. Con un tipo así, esa mujer no disfrutaría mucho del matrimonio. Por otro lado, nunca se sabe. No para de llorar en la iglesia. No me ha dado un beso, ni siquiera la mano. No se merece más que estas pocas frases.

A menudo he querido mear en la tumba del fulano llamado Metdepenningen, Lode. Nunca lo he hecho. Ya me atormenta lo suficiente.

Hasta aquí he llegado.

Se acabó.

Nicole me humedece los labios.

Nicole me dice que tú no existes.

Lo dice menos crudamente:

—Es como los cigarros que ya no fuma usted, señor Wils. Los dejó hace mucho tiempo.

Vuelve a mirarme y me parece que lo hace con amor. O también podría ser compasión; a mi edad, uno ya no se esfuerza en distinguirlos.

—Su nieto no tiene hijos... —suspira quedamente.

Me echo a reír y ya no puedo parar.

Nicole se ríe también, con cierta incomodidad, y luego se inquieta.

—Pero, señor Wils, tenga cuidado o le va a dar algo.

Tiene razón, muchacho.

Qué estupidez es esa de reírse así.

Sin embargo, es una broma ideada por Angelo o por algún otro monstruo que se burla de lo que sucede en mi cabeza.

Porque si tú, mi oyente, no existes...

¿Quién dice que alguien como yo existe?

¿Quién dice que existimos?

Tú no.

Gracias a Herman Van Goethem por darme luz en mi oscuridad; a Koen Aerts, por su aliento y comentarios; a Stef Franck, por su fraternidad, hospitalidad y por dejarme los libros adecuados en el momento adecuado; a Luc Coorevits, por la organización Behoud de Begeerte; a Katrina Van Hauwermeiren y Charles Derre, por cada correo y cada conversación.

A mi madre, mi hermano, mi familia, mis amigos: gracias. También a la ninfa que me escuchó día tras día y me dio tanto amor y aún sigue dándomelo.

Quien quiera saber en qué estoy trabajando ahora, puede perderse conmigo en un laberinto de fuentes de información que Stef Franck está reuniendo para mí y de donde surgirá un nuevo libro: <<http://wildevrouw.blogspot.be>>.

# NOTAS

[1]. «¡Venid de inmediato!» Todas las notas al pie son de la traductora. (*N. de la e.*)

[2]. «Casi hemos llegado.»



[3]. «¡Arriba!»

[4]. «Ya está bien.»

[5]. «Servicio de Seguridad.»

[6]. «¡Carne de cañón! ¡Somos carne de cañón!»

[7]. «¿Dónde están esos cañones?»

[8]. «Yo tengo un *permiso especial*.»

[9]. «Yo no.»

[10]. «Tiene la voz de un cañón.»



[11]. «¡Largo de aquí!»

[12]. «¡Largaos ahora mismo!»

[13]. «Documentación, por favor.»

[14]. «Gilipollas.»

[15]. «¡Me cago en la policía belga!»

[16]. «Se lo vuelvo a pedir...»

[17]. «¿Eres sordo o qué?»

[18]. «¿No podríamos olvidarnos de todo esto?»



[19]. «¿Órdenes?»

[20]. *Vinger* significa «dedo» en neerlandés.

[21]. «Mi amigo Gregor, Wilfried. Gregor, éste es el joven del que ya te he hablado.»

[22]. «¿Es policía?»

[23]. «La guerra nos convierte a todos en policías, ¿no es así?»

[24]. «Está bien, Eduard, sólo estaba bromeando.»

[25]. «La guerra nos convierte a todos en policías, ¿no es así?»

[26]. «¿Qué hemos hecho?»



[27]. «¡Por favor, por favor!»

[28]. «¡Hijos de puta!»

[29]. «¡Debería daros vergüenza!»

[30]. «¡Tesoro! Mis invitados ya están aquí.»

[31]. «Espera.»

[32]. «Vuelve.»

[33]. «Te espeeero, eres para mí... Mi felicidad.»

[34]. «¿Debo?»



[35]. «¡Por favor!»

[36]. «¡Y ahora, coñac!»

[37]. «¡Francés, por supuesto!»

[38]. «¿Eres policía?»

[39]. «Sí, y me siento orgulloso de serlo.»

[40]. «¡Por una brillante carrera!»

[41]. «¿Ha traído a un amigo?»

[42]. «Por favor, siéntese...»



[43]. «Lo siento, no tengo tiempo.»

[44]. «Por supuesto...»

[45]. «Me parece usted un intelectual...»

[46]. «¿Tiene usted libros?»

[47]. «Los libros no son míos.»

[48]. «Muchas gracias. Muy amable...»

[49]. «Me alegra mucho.»

[50]. «Me parece que está un poco nervioso.»



[51]. «Bien, vayamos al grano.»

[52]. «No supone ningún problema.»

[53]. «¿Cómo se dice en neerlandés?»

[54]. «Como un colador; casi las mismas palabras...»

[55]. «De una forma tan desafortunada.»

[56]. «¿No?»

[57]. «Pero todo tiene una solución.»

[58]. «Está bien que nosotros...»



[59]. «¿Me entiende?»

[60]. «¡Una idea estupenda!»

[61]. «¿Dónde ha *eztado*?»

[62]. «No puede salir de aquí, Herr Lizke.»

[63]. «¿A casa? Eso ya no es posible.» (Debido a la mala pronunciación de Lode, Lizke no entiende bien la pregunta.)

[64]. «Todo esto se ha convertido en una pesadilla.»

[65]. «¡Bravo, muchachos, ya están aquí los bomberos!»

[66]. «Voluntario.»



[67]. «No me voy. De ninguna manera.»

[68]. «No se detenga.»

[69]. «¿Perdone?»

[70]. «Seguimos a los muertos.»

[71]. «¿Qué pasa?»

[72]. «Ningún problema, mantenga la calma.»

[73]. «¡Ay, Gregor, amor mío!»

*Voluntad*  
Jeroen Olyslaegers

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Wil*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, Maria Picassó i Piquer

© Jeroen Olyslaegers, 2016  
Publicado por primera vez por De Bezige Bij, Ámsterdam | Amberes

© por la traducción, Marta Arguilé Bernal, 2018

La traducción de la cita de Cantos de Maldoror está tomada de la edición de José J. Olañeta Editor, con traducción de Aldo Pellegrini.

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Flanders Literature  
([www.flandersliterature.be](http://www.flandersliterature.be))





© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-322-3382-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NARRATIVA  
**LITERARIA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**





**Jeroen Olyslaegers**

---

Voluntad

---

